**CONGREGACIÓN DE LAS CAUSAS DE LOS SANTOS**

**ANÍBAL MARÍA DI FRANCIA**

**Biografía**

Título original: *Annibale Maria di Francia. Biografia*,Editrice Rogate, Roma 1994.

Traducción: P. Matteo Sanavio RCJ

Editor General: P. José María Ezpeleta RCJ

Se autoriza para imprimir:

P. Bruno Rampazzo RCJ,

Superior General de los Rogacionistas del Corazón de Jesús

© Rogacionistas del Corazón de Jesús.

    Comisión para las traducciones. Roma 13 de julio de 2019.

# **Presentación**

¿Quién es el santo? ¿Qué es la santidad? ¿Acaso es algo misterioso, inaguantable?

Ciertamente, cada uno, según su propia experiencia y sensibilidad, intenta dar una respuesta. El que busca responder a estas preguntas descubre siempre sus «cartas», o sea se dibuja a sí mismo, o por lo menos revela el itinerario que a él parecería más adecuado para alcanzarla.

Creemos que sea el caso del Padre Aníbal María Di Francia.

Él mismo, en efecto, en el elogio fúnebre de Sr. María Lucía del Monasterio de Estrella Matutina en Nápoles pronunciado en 1907, nos dejó, sin querer, un testimonio de su idea y de las características que, para él tiene la santidad.

«¿Qué es la santificación de un alma? – escribió – El Apóstol dijo que esta es la voluntad de Dios: *Voluntas Dei santificatio vestra* (1 Tes 4, 3).

«Según la mirada superficial de unos cuantos, no hay santidad eminente si no está rodeada por un gran aparato de austeras penitencias y de una gran manifestación de hechos y obras trascendentales, de prodigios y milagros de primer orden.

«Sin embargo estos se engañan. Verdadera santidad es la perfecta unión, por lo menos activa, de nuestra voluntad con la del Altísimo, por puro amor de Dios, y con el único recto fin de gustar a Su Divina Majestad. Cuando el alma llegó a este estado dichoso, no desea nada más que quedar escondida con su Dilecto, que a menudo hace que esta alma sea escondida también a sí misma.

«Aquí no hace falta para nada actuar grandes prodigios, con la suspensión de las leyes de la naturaleza, porque el alma, consagrándose totalmente a su Dios, actuó el máximo entre los prodigios. De ella puede decirse: *Vita mea abscondita est cum Christo*: Mi vida está escondida con Cristo (Cf. Col 3, 3).

«Sin embargo, como, según dijo Jesucristo, de los frutos se reconoce el árbol, y como un árbol bueno tiene que dar necesariamente frutos buenos, de ello sigue que, por cuanto sencilla y escondida sea la eminente santidad de un alma, es inevitable que, en diversos tratos, según las circunstancias, y tras un largo perseverar de la virtud, no se vean claramente y a menudo sus clarísimos indicios. El recogimiento interior, la mirada del intelecto siempre fijada en Dios, la voluntad siempre firme en la Divina Voluntad, la rectísima intención, la castísima pureza, toda esta sublime santidad, encerrada y escondida en el espíritu más interior, bien pronto aparece por fuera. […]

«Lo que luego no puede quedar escondido, a pesar de todos los esfuerzos que haga un alma, es el fuego siempre ardiente del Divino Amor».[[1]](#footnote-1)

Leyendo la biografía del Padre Aníbal, y buscando reconstruir su itinerario espiritual, tenemos la gustosa sorpresa de encontrar una correspondencia evidente con estas ideas y pensamientos. Mejor, estas fueron las ideas de perfección que el Padre Aníbal intentó perseguir durante su existencia, porque era un hombre como todos los demás. En otras palabras, no nació santo. Se esforzó de entender día tras día, lo que significara para él la vida en relación con lo divino. No buscó eludir los interrogantes que inquietan los adolescentes, más bien intentó responder con lo que el ambiente, la Iglesia, la cultura, la sensibilidad y su carácter le permitían hacer.

Así, entre ideas tradicionales e intuiciones, entendió que era necesario enfocar un ideal, que luego crecería y maduraría con él.

Un hombre, pues, con su carácter, con sus cualidades y sus defectos, que escogió el Sacerdocio como el camino para recorrer para perseguir su perfección. Y luchó, día tras día, sin perder jamás la certeza que a su lado estaba siempre el Señor dándole la mano.

El santo, entonces, es el hombre que quiere realizar en sí el hombre del Edén, el Adán antes de la caída, que conversaba libremente con el Señor, aquel hombre que Jesucristo vino para redimir con su Encarnación.[[2]](#footnote-2)

La santidad fue, pues, su vida.

«Yo creo que el Canónigo Di Francia siempre está en la presencia de Dios, y que todo lo que hace, lo hace para Dios y con Dios. Se ve de cómo actúa que para él quedar rezando ante el Sagrario, o predicar, o confesar, o limpiar a un pobre repugnante, o dar de comer o vestir a un niño pobre y desamparado es lo mismo».[[3]](#footnote-3)

Así dijo Mons. Antonio Di Tommaso, obispo de Oria, que pudo conocerlo muy bien durante más de veinte años.

La biografía que presentamos, en efecto, es la reconstrucción de la vida del Padre Aníbal: de un Padre Aníbal hijo de su tiempo y de su tierra, un Padre Aníbal que edificó con humildad su santificación.

Un hombre ardiente, un poeta, un soñador, un apasionado lector de místicos que está en medio de pobres, marginados, niños, ignorantes, porque en ellos él ve al mismo Jesucristo que levanta en la Sagrada Forma en la celebración eucarística.

Un poeta que se ocupa de cosas prácticas; un hombre que, con el máximo respeto, tiene el valor de escribir y decir siempre lo que piensa delante de todos.

Para entender este hombre hace falta partir por el marco más amplio del medioambiente que lo engendró y por los ámbitos sociales y culturales que frecuentó, para luego, poco a poco, a través de testimonios y documentos, restringir la mirada fijándose en su existencia terrenal.

Él vivió y actuó en una época histórica particular, pero su ejemplo, sus ideales, sus aspiraciones van más allá del espacio y del tiempo.

Unos cuantos podrán probar la grandeza de este hombre, de este sacerdote a través de las vicisitudes no comunes a las que encaró; otros podrán coger la profunda espiritualidad que lo distinguió; otros todavía podrán contestarle sus elecciones y su actuación; nadie, sin embargo, creemos que podrá quedar indiferente. Y esto, sin lugar a duda, es lo más importante.

La biografía que presentamos es, en realidad, un trabajo especial. Se trata de un trabajo «científico», o sea fundamentado en documentos y testimonios de primera mano, y no se pierde en sentimentalismos hagiográficos. Probablemente es el tipo de biografía tan augurada por San Luís Orione, en que destaca la personalidad el Padre Aníbal «firme y todo de una pieza».[[4]](#footnote-4) Y no podría decirse diversamente, ya que la presente reconstrucción biográfica reproduce la que se presentó oficialmente a la Congregación de las Causas de los Santos en la «*Informatio*» de la «*Positio super virtutibus*»,[[5]](#footnote-5) como instrumento para la competentes Autoridades Eclesiásticas, para que expresaran un juicio sobre la personalidad y la obra del Padre Aníbal, y para emitir un parecer autorizado sobre la heroicidad de sus virtudes.

Se quiso proponer este texto como biografía separada por sus características específicas de cientificidad y rapidez en la lectura, para constituir, además, un punto de referencia seguro y atendible también para los estudios que sobre el Padre Aníbal se van multiplicando en estos últimos años.

**P. Pietro Cifuni**

Superior General de los Rogacionistas

**ANÍBAL MARÍA DI FRANCIA**

# **Situación del Sur de Italia en la época de la Unificación**

El Meridión de Italia desde su más remota antigüedad fue un punto de encuentro de diversas civilizaciones, un cruce de pueblos, culturas y formas de espiritualidad que influyeron profundamente en la gente del Sur.

La sociedad meridional es, hasta hoy, una sociedad difícil para clasificar y aún más para juzgar: sobreviven, en efecto, elementos griegos arcaicos y franco-borbones, romanos, griego-bizantinos e hispano-aragoneses, sin hablar de los árabes y nórmanos-suabos.

Desde el punto de vista religioso desde los orígenes del cristianismo convivieron la Iglesia romana con la bizantina en sus diversas formas que expresan su espiritualidad. El Monaquismo, además, en sus diversas manifestaciones y concretizaciones del itinerario de la perfección jugó un papel no indiferente. Hablando así del sur monástico es indispensable hacer mención de los monjes ítalo-griegos, a los basilianos, a los benedictinos, a los dominicos y, finalmente a los jesuitas.

Estas diferentes culturas y tipologías espirituales dejaron sus huellas impregnando profundamente las almas y engendrando expresiones, fobias, devociones, tabúes y relaciones sociales a menudo incomprensibles y así fácilmente malentendidos y malinterpretados.

Un dado negativo que incidió e incide profundamente desde el punto de vista económico es el particularismo y la falta de la mentalidad de inversión típica del capitalismo, de las formas de iniciativas empresariales y de corporativismo.

La del Sur, quedó, entonces, esencialmente una sociedad económicamente pobre que supo expresar lo mejor de sí fuera de los confines patrios o bien en las regiones septentrionales de la península.

La destinación común de las regiones meridionales fue evidenciada por Renda con estas palabras: «Lo que acontece en Sicilia – tuvo que decir en una intervención – no concierne sólo a Sicilia, más bien arremete el modo en que se organiza la lucha política y social en todo el ámbito del Reino meridional. Así que, si aquí una reforma sigue o no sigue, esto se refleja en el resto del Estado, así si una reforma sigue o no sigue en la Capitaneada o en la Tierra de Trabajo esto tiene una influencia en Sicilia, o sea existe una unidad dialéctica, un bloque de fuerzas que actúa en el nivel de este u otro ámbito territorial, de esta o de aquella unidad política administrativa».[[6]](#footnote-6)

En resumen, podríamos decir que las condiciones generales eran económica y socialmente deprimidas, debido también al mal gobierno borbónico y por la escasa capacidad de la Derecha, tras la Unidad de Italia, de encarar el problema del Meridión.[[7]](#footnote-7)

La conformación política post unitaria, además, lejos de solucionar el problema de las condiciones económicas del Sur de Italia y de Sicilia en particular, más bien empeoró la situación.

La Iglesia, por su parte, poseía muchos bienes; no tantos cuanto cierta propaganda interesada de la época quiso hacer creer, sino que seguramente representaban al menos una décima parte de todo el territorio siciliano.[[8]](#footnote-8) Parte de estos bienes servían para alimentar las diversas formas de beneficencia tradicional con que se buscaba aliviar con la limosna las miserias de los pobres, pero gran parte constituían la “mano muerta”.[[9]](#footnote-9)

Lo peor, sin embargo, no fue haber sustraído a través de la confisca de los bienes eclesiásticos, algo a los pobres, - a este inconveniente se intentó obviar con donaciones por parte del Estado y de los Ayuntamientos a Institutos de beneficencia[[10]](#footnote-10) – más bien fue que se desplazaron fuera del Sur de Italia y de Sicilia la ganancia de la venta de estos bienes.

Romeo, en efecto, destacó que los 250 millones de liras (unos 500 millones de euros actuales), ganados entre 1862 y 1882 por la venda de los bienes eclesiásticos confiscados únicamente en Sicilia, se gastaron por el Estado, casi exclusivamente, en el Norte de Italia, y que, de 92.000 hectáreas de terreno siciliano vendido, sólo 6.000 llegaron a pequeños propietarios.[[11]](#footnote-11)

Así que los servicios y los trabajos públicos de la Isla permanecieron en un estado de atraso lamentable.[[12]](#footnote-12)

A estos males «materiales» se tiene que añadir la plaga del analfabetismo, que, en los campos, en 1876, alcanzaba el 100%.[[13]](#footnote-13)

En resumen, problemas administrativos, económicos y sociales empezaron a aparecer «en decenas y con una rapidez impresionante, y se tenía que solucionarlos en seguida»[[14]](#footnote-14), y «aumentaba la miseria, la liquidación de muchas pequeñas industrias, conculcadas por la competencia de las del Norte».[[15]](#footnote-15)

Así se dibujó un cuadro desolador: en Sicilia, según las estadísticas oficiales de 1861, sobre una población de 2.392.414, unos 1.112.776 estaban en paro y los indigentes comprobados subían a unos 33.890.[[16]](#footnote-16)

Ante las protestas por la miseria, el paro, la subida de los precios y los reatos cometidos durante los tumultos populares se contestó con la represión más feroz por parte del Gobierno, que entregaba al Tenientazgo y a los Prefectos poderes extraordinarios. Todo esto destacó la impreparación de la clase política dirigente, pero también de la Iglesia, allá donde hasta aquel entonces sólo pocos se habían preocupado del problema social y de la cuestión obrera.[[17]](#footnote-17)

Las realizaciones prácticas no faltaron, pero no fueron ni numerosas ni revistieron siempre un marcado carácter de justicia social. Mientras tanto, el Meridión, y más aún Sicilia, necesitaban urgentemente de hombres de acción y no de solos principios: reclamaban obras y hechos de índole social. Y para solucionarlos eran indispensables reformas, y hacían falta sobre todo instituciones nuevas: Cajas de ahorro y sindicatos obreros.[[18]](#footnote-18)

En otras palabras, la cuestión que agitaba en aquellos años el Sur de Italia y Sicilia no era una cuestión de personas, ni de formas, sino la lucha perenne entre aquellos que no tienen nada, contra los que poseen demasiado.

La Iglesia no tenía la tarea específica de sanar la solución política y práctica de estos problemas, que la tocaban también directamente; sin embargo, desde el punto de vista institucional no hizo demasiado. Fueron, en cambio, unos hombres particulares los que empezaron iniciativas que en su época podían parecer simplemente una locura. Don Bosco, Cottolengo, Don Guanella, Fray Ludovico de Casoria, Bartolo Longo, Don Orione, y en Sicilia el P. Santiago Cusmano en Palermo, el Padre (luego Cardenal) José Benedicto Dusmet en Catania[[19]](#footnote-19) y el P. Aníbal María Di Francia en Mesina organizaron una asistencia religiosa y social a los más necesitados entre los desvalidos.

Estos personajes no ofrecieron unas soluciones, ni mucho menos pretendieron solucionar la cuestión social, pero desarrollaron actividades que acabaron con tener un peso social y religioso no indiferente, anticipando a menudo formas modernas de asistencia y de integración social, y representando, en la mayoría de las veces, una solución o un recurso temporal para tantas criaturas desdichadas y desventuradas.

Ellos buscaron potenciar la justicia con la caridad evangélica, encarnando la figura del sacerdote apóstol y misionero sin clamores propagandísticos de programas e ideologías, y trabajando para que aquel sentido de solidaridad humana y cristiana, que debe ligar a los que quieren vivir el Evangelio, se tradujera en hechos y acciones, en obras de asistencia permanente y duradera, para defensa de los más necesitados.

La poca conformidad o escasa sensibilidad demostrada, en cambio, por gran parte del clero se debía a menudo por un factor cultural y espiritual. En la mayoría de las veces se trataba o de personas que se dedicaban al ministerio, casi burocráticamente, para asegurarse un porvenir social y económico menos incierto, o de descendientes de la burguesía o de los notables, que se volvieron clérigos, y también prelados, por una necesidad de tradición familiar.[[20]](#footnote-20)

Además, el problema de la relación entre Estado e Iglesia -entendida en el sentido más amplio de la palabra, o sea del poder temporal a su misión espiritual – vivía uno de sus momentos más delicado: por un lado la Iglesia buscaba con todos los medios salvar el poder temporal a menudo haciendo hincapié e instrumentalizando para este fin su misión espiritual; por otro lado el Estado, casi siempre impregnado por un laicismo radical, buscaba tener el control político y territorial de los beneficios eclesiásticos y en este conflicto la Masonería tuvo un papel determinante.[[21]](#footnote-21)

El Sur de Italia, luego, prendido en el sueño definitivo de la Unidad, sintió profundamente el viento revolucionario, y el bajo clero, y gran parte del clero regular, desarrollaron un papel de primer plano.[[22]](#footnote-22)

# **La Iglesia y la Sociedad Mesinés**

Mesina, patria de Aníbal María Di Francia, encarna profundamente las características que antes tratamos. La diócesis en finales de ‘800 contaba unas 110 parroquias con 300unos .000 habitantes. Después de la de Palermo era la más consistente de la Isla.

«En el Meridión, - tuvo que escribir el P. Santiago Martina – la situación era particularmente grave en las diócesis de Lecce y Mesina, debido a la edad avanzada de los dos Ordinarios, que había permitido la instauración de los más graves desordenes, incluso morales».[[23]](#footnote-23) El Cardenal Arzobispo de Mesina era entonces Francisco Pablo de los Príncipes de Mola Villadicani (1780-1861), un santo varón pero no dotado de aquel pulso que aquellos tiempos necesitarían.

El Prelado había desplegado todos sus esfuerzos en la reconstrucción del Seminario, destruido tras el desastroso terremoto de 1783, año particularmente infausto para toda Italia del Sur. Consiguió reabrirlo con celo verdaderamente patrio y episcopal, a reformar los reglamentos, a instituir administradores, a nombrar profesores eruditos; sin embargo, siendo un hombre sencillo, no tenía aquella fuerza para mantener la disciplina y entonces aprovecharon muchos malintencionados, frustrando todos sus esfuerzos.

La oposición de los anticlericales mesineses fue áspera por lo cual los Eclesiásticos fueron «distraídos de sus tareas para tutelar la fe».[[24]](#footnote-24)

El proceso unitario de Italia le había vaciado los conventos y había hecho indócil gran parte del clero, al punto que el mismo Pío IX en una carta del 2 de octubre de 1857 lamenta con el rey de Nápoles «los graves desórdenes que existen en la diócesis de Mesina, debidos a la antigua ineptitud y la presente debilidad del Cardenal». Y no tardó en enviarle en ayuda como Administrador Apostólico (1859-1867), al Mons. José Papardo, obispo titular de Sinope.

A Villadicani sucedió el Mons. Luis Natoli (1867-1875), «hombre docto y gran orador, pero a pesar de los esfuerzos heroicos» la situación no mudó mucho. Su constante dedicación a la formación de un seminario y al control del clero no obtuvieron resultados, así que el Arzobispo José Guarino (1875-1897), instalándose en la Diócesis encontró un seminario que se podría más bien llamar una pensión: había allí pocos clérigos casi todos mayores, que estudiaban sin mucho compromiso para ser sacerdotes.[[25]](#footnote-25)

La mayoría de los futuros sacerdotes eran unos Clérigos externos, como también fue el Padre Aníbal: ellos proveían a su formación teológica frecuentando aquellos pocos cursos de moral y dogmática enseñados por el Canónigo Juan Filócamo y por el Canónigo José Ardoino en el Seminario y sustituían las demás asignaturas en una forma que podríamos definir de autodidactas.

Su formación espiritual y litúrgica se confiaba a los párrocos y a la frecuencia de las celebraciones en la iglesia parroquial.

De esta forma no se podía tener, por cierto, una formación sistemática, ya que mucho se dejaba al interés de cada uno. Y Aníbal se dedicó con ardor al estudio de la Sagrada Escritura, fuente primaria de su predicación y de su actividad caritativa.

Aunque el externado presentara muchos inconvenientes, permitía sin embargo un desarrollo de la personalidad en modo más conforme a la realidad, nos atreveríamos a decir actuando una selección natural. No por casualidad, en efecto, en estos años de crisis hubo hombres que hicieron hablar de sí. Haciendo sólo algún nombre: Mons. Letterío D’Arrigo Ramondini, Mons. Francisco Di Francia, el P. Antonino Muscolino, los Canónigos Sofía, Trischetta y Vitale, y entre ellos se tiene que comprender a Aníbal Di Francia. Permanecían, sin embargo, tiempos difíciles, de los que estos personajes estaban plenamente conscientes.

Aníbal, en efecto, haciendo el elogio fúnebre de Guarino, dijo: «Me guarde el Señor que yo, alabando a Guarino, quiera esparcir sombra sobre sus antecesores, de santa y venerada memoria, ¡pero los tiempos del ’60 para nosotros fueron tiempos de aflicciones excepcionales para la Iglesia de Dios! Se vio la desolación del Reino del Señor y la abominación de la casa de Dios, de la que habló el vidente de Babilonia».[[26]](#footnote-26)

Mons. Guarino, en efecto, habiendo considerado las condiciones en que se encontraba el Seminario, lo cerró y envió a los seminaristas al de Noto, regentado por los Jesuitas. Intentó, luego, poner orden entre el clero.

Diferentemente de sus antecesores, asumió unas posturas claras consecuentes al espíritu de auténtico pastor que lo animaba, y este modo suyo de hacer le creó no pocos problemas porque chocaba contra los intereses de muchas familias.

«Libré la diócesis – tuvo que escribir – de dos arciprestes pésimos que ocupaban dos importantísimos arciprestazgos: uno fue destituido con sentencia; el otro renunció tras empezar procesos eclesiásticos».

Como se podía prever, se desencadenó una campaña en contra suya, guiada por elementos descontentos del clero y atizada por los masones.

«Destituido el arcipreste con sentencia mía confirmada por la Santa Sede, no promoví el sobrino que vivió en la ambición de suceder al tío: pero hubiese sido un error *peior priore*. Él intentó escribir, y escribió aquí en contra de mí y ahora lo intenta en el Piff-Paff».[[27]](#footnote-27)

Las divisiones entre el clero, además de problemas contingentes como éstos, tenían un origen remoto, debidas sobre todo a la débil formación y preparación teológica de unos elementos, interesados más bien a una «provechosa» sacramentalización que al anuncio de la Palabra de Dios. Esto era un fenómeno además no limitado a la Diócesis de Mesina, sino difundido en todo el Meridión, causado también por la falta, como habíamos mencionado más arriba, de lugares adecuados de formación.

El ambiente mesinés además que sufrir por este mal común del Meridión tuvo la mala suerte, tras episodios contingentes, de ver contrapuestos unos exponentes eminentes que, naturalmente, involucraron un gran número, para no decir la mayoría, de curas; sólo pocos curas consiguieron quedarse al margen.

De esto sufrió el mismo Movimiento católico. Promovido, en efecto, con mucho retraso, tuvo muchas dificultades sea por la oposición de unos sacerdotes, sea por los programas inadecuados elaborados para la situación socio-religiosa del Sur.

Todo este estado de fluidez y contradicción determinó en el Movimiento una serie de contrastes y divisiones internas, que reveló también la escasa o inexistente espiritualidad de los socios y de los asistentes eclesiásticos. Conflictos que desembocaron en verdaderas rebeliones contra el Ordinario.

«El Arzobispo – escribió Mons. Gottardo Scotton, una de las figuras más conocidas de la intransigencia católica – quitó una grandísima dificultad, disolviendo el Círculo de la Juventud Católica, excesivamente rebelde a su autoridad y que sigue todavía sus encuentros a pesar de Él. El amor y el celo del Arzobispo para nuestra obra es grandísimo».[[28]](#footnote-28)

Otra preocupación del Mons. José Guarino fue la que la enseñanza religiosa se desarrollase con regularidad y seriedad. Para esta finalidad delegó como inspector el nuevo canónigo Aníbal Di Francia, que nos dejó en 1882, un detallado *Informe* de las inspecciones a las diversas iglesias abiertas a la enseñanza de la Doctrina Cristiana.[[29]](#footnote-29)

«Cuánto sería feliz – suspiraba el Prelado – si pudiese decir: en aquel punto de Mesina hay un asilo para los pobres, en aquel otro punto los jóvenes tienen una buena escuela que los instruye y los educa, en aquel barrio de la ciudad hay una casa de salvación para los pobres niños dispersos, en aquel otro una buena institución socorre a los desvalidos».[[30]](#footnote-30)

Fue bien feliz, entonces cuando el Padre Aníbal le pidió de ir a realizar su apostolado de redención en las «Casas Aviñón».

El Arzobispo había notado este joven sacerdote, desde su primera formación, y le demostró un cariño particular, y esto constituyó, para la facción contraria al Cardenal, un elemento discriminante que le provocó no pocas penas y dificultades.

La situación de la Iglesia y del Clero mesinés era así: sin querer ser retóricos, se podría bien decir que allí había luces y sombras. Sombras que a menudo se alargaban y aumentaban por el espectro de la miseria, del hambre, de las epidemias y de los terremotos. Y la gente, elemento primario del apostolado y de la obra de la Iglesia, a menudo era la víctima designada de la política inadecuada del Gobierno, del conflicto entre Iglesia y Estado, y de las luchas eclesiásticas locales.

En Mesina, como también en otras muchas ciudades italianas, las sectas, especialmente la masonería y el socialismo, habían conquistado gran parte de los intelectuales y de la alta burguesía. El clero, además, no estaba acostumbrado a salir de su casa para el ejercicio del ministerio pastoral.[[31]](#footnote-31)

El pueblo era, por lo tanto, poco instruido en la religión, generalmente pasivo, con una vida espiritual fundamentada casi exclusivamente en las prácticas exteriores. Y aquella religiosidad popular, típica del Meridión, o era instrumentalizada por el clero y por los notables con fines de lucro, o ridiculizada por los intelectuales, con el resultado de un vaciamiento casi total de aquel impulso espiritual, que anima desde antiguo las devociones.

El Padre Aníbal justamente en este sector tuvo que jugar un papel de primer plano, ya que su apostolado se dirigía a la catequización de los más sencillos y al socorro caritativo de las clases más bajas de la sociedad.

Supo, en efecto, recuperar y relanzar el patrimonio espiritual de la religiosidad popular, que había alimentado durante siglos las almas de gran parte de la gente, injertándole gradualmente una piedad cristológica.

El otro ambiente, además de Mesina y Sicilia, en que el Padre Aníbal actuó durante largo tiempo instalando sus Obras, es la Apulia y en particular la ciudad y diócesis de Oria (Bríndisi).

También esta región, participaba los malestares comunes del Meridión y las vicisitudes de la Iglesia, en particular, son diversas: tal vez edificantes, más a menudo amargas y tristes. Se sucedían personalidades de relieve, dignas y responsables, de veras dotadas de espíritu religioso, profundamente humanas y socialmente sensibles, a personajes mediocres o con un horizonte limitado al propio interés o hasta insatisfechos y mezquinos. Aquí también el choque frontal que se produjo con ocasión de la muerte de Mons. Teodosio M. Gargiulo (Obispo de Oria de 1895 hasta 1902) entre el arcipreste de la Catedral Don Cosme Ferretti y el canónigo cantor Don José Ribrezzo partió en dos la Iglesia de Oria.[[32]](#footnote-32)

Se llegó a la destitución y al alejamiento de Ferretti por parte del Capítulo y a un endurecimiento de los Canónigos también hacia el Seminario y el Arzobispo de Taranto. En este clima de tensión el 19 de marzo de 1904 hacía su entrada en Oria el nuevo Obispo, Mons. Antonio Di Tommaso.

La fuerte personalidad del Prelado consiguió poco a poco tener el control de la situación: redujo a la obediencia el Capítulo; intervino para eliminar muchas costumbres indecorosas, que bajo una apariencia de piedad y de devoción en realidad dañaban seriamente la verdadera fe; curó las almas a través de una vigilancia atenta de los deberes del clero y de la predicación. Los largos pleitos del clero de Oria, sin embargo, tuvieron inevitables consecuencias negativas, alejando cada vez más los fieles de la frecuencia de la Iglesia.

El Padre Aníbal conocía Oria: había ido allá varias veces desde su juventud, como tendremos modo de decir, había estado en contacto epistolar con Mons. Gargiulo y luego con Mons. Di Tommaso, así que cuando hubo el terremoto del 28 de diciembre de 1908 se dirigió a este prelado para encontrar socorro. De este evento desastroso la Providencia sacó una provechosa colaboración entre el Padre Aníbal y Mons. Di Tommaso.[[33]](#footnote-33)

El Padre Aníbal actuó también en Oria la «evangelización dominical de los pobres, - nos lo atestigua él mismo – como hacemos en Mesina, además del socorro, también diario, de los pobres verdaderamente necesitados»; puso en actuación su «especial misión: educar a las artes y trabajos los muchachos de la calle para formar de ellos buenos trabajadores; y las chicas pobres a los trabajos femeninos y domésticos para poderlas un día colocar en familias honradas, y buscarse con el propio trabajo el pan de la vida».[[34]](#footnote-34)

Esta acción apostólica se demostró particularmente provechosa, tanto que Mons. Di Tommaso podía decir: “Usted me evangelizó Oria”. En efecto, el P. Carmelo Drago recuerda: «Antes de nuestra llegada le lanzaban para escarnio a los curas en Oria de todo: zanahorias, tomates y núcleos de manzanas, sobre todo los muchachos; pero luego, acercados y atraídos por nosotros, a través de regalitos, juegos y catecismo, se regeneraron totalmente».[[35]](#footnote-35)

Después de haber trazado esta breve panorámica histórica y ambiental, pasamos a analizar el ámbito familiar en que el Padre Aníbal nació y creció.

# **Las familias Di Francia y Toscano**

La familia Di Francia tenía orígenes caballerescos. Llegada a Italia tras Carlos I de Anjou († 1285), parece que fue siempre ligada a la corte, habiendo unas ascendencias reales.

En efecto, desde el primer exponente de que se tienen noticias ciertas, un cierto Jannino de Francia se sabe que era nieto de Felipe Leo, de estirpe real.

El Rey Ladislao († 1414) le concedió los feudos de San Casiano, Nocegli, Nardó y Andrani en tierra de Otranto y el 16 de junio de 1413 le dirigía un privilegio con estas palabras: «*Nobili viri Jannino de Francia caporali arimigero, familiar et fideli nostro*».

A su vez, la reina Juana II († 1435) le confirmó los feudos de las Apulias y lo creó mayordomo y capitán de las guardias reales. Lamentablemente no se conoce el descendiente directo de Jannino y es difícil establecer el grado de parentesco con Pablo Di Francia *falconerius regius* nombrado en unos documentos de 1468. Sabemos, en cambio de un bisnieto de Annino Nardello de Francia fiel hombre de armas del Rey (1497).[[36]](#footnote-36)

No sabemos, aunque sea posible imaginar las razones, cuáles fueron las motivaciones por las que en principios del siglo XVII los Di Francia perdieron los feudos de tierra de Otranto y fueron a establecerse en Calabria. Así que nacieron los ramos de Cosenza, Catanzaro, Paula, Squillace, Monteleone y Tropea.[[37]](#footnote-37)

Para nosotros tiene gran importancia el ramo de Monteleone Cálabro, la actual Vibo Valentia, pues de aquí, probablemente por cuestiones de intereses económicos, hacia el fin de ‘700, salió Diego, bisabuelo de Aníbal, estableciéndose en Mesina. No se conoce el año exacto de ello, sólo se sabe que en 1804 era Senador.

De él tuvo sus orígenes el ramo mesinés de la familia, galardonada con el título noble del Marquesado de Santa Catalina en el Jonio.[[38]](#footnote-38)

Diego de la hidalga María Úrsula Paparatti Mastrilli tuvo diez hijos que fueron iniciados, según la tradición de familia, a la abogacía, al ejército y a la vida claustral. Escogieron el claustro buena parte de las hijas – dos fueron Abadesas – mientras los varones buscaron lazos con las familias nobles mesineses.

Fue así que Francisco se casó con Catalina de los príncipes de Mola Villadicani, mientras Juan una Gustarelli Rosso. Juan, abuelo de Aníbal, tuvo tres hijos, dos varones y una mujer: Francisco, Rafael y María Luisa. Rafael fue monje en la abadía cisterciense de Roccamadore. Seguidamente fue el encargado de la enseñanza de las Letras en el Colegio «San Nicolau» que los cistercienses tenían en Mesina.[[39]](#footnote-39)

María Luisa se casó con el célebre estadista y escritor José La Farina (1815-1863).

Francisco, futuro padre del P. Aníbal, fue iniciado a la carrera militar, heredando también el título de Caballero y de Marqués de Santa Catalina. Hombre dinámico y emprendedor, ascendió a los más altos grados: en efecto, con sólo 31 años (15 de junio de 1851) fue nombrado Vicecónsul Pontificio, y antes de terminar el mismo año, Capitán Honorario de la Marina.

Era un hombre estimado no sólo por el título noble, sino también por sus cualidades morales e intelectuales.

«Mi padre (que yo no conocí porque muriendo me dejó con dos años), - escribió el mismo Aníbal – era buen poeta, estudioso de nuestros clásicos, y escribió y publicó versos en este estilo».[[40]](#footnote-40)

El hijo no es el único en hacernos conocer la actividad cultural del padre, otras noticias es posible sacarlas del historiador mesinés Cayetano Oliva que, entre otras cosas, dice: «El progreso literario de Mesina seguía su movimiento ascendiente y el 1842 no fue menos que los años anteriores. Entre las efemérides (…) hubo el *L’Aristocle*,[[41]](#footnote-41)periódico de literatura bella, publicado por un núcleo de jóvenes de ingenio, entre los que destacaban Mauro Granata, Onofrio Basilio, Francisco Di Francia».[[42]](#footnote-42)

Don Francisco tenía un discreto patrimonio con posesiones en Mesina y en las aldeas de Contessa, Giampilieri Superiore y Gesso.

De más modestos orígenes era, en cambio, la familia Toscano. Guillermo, abuelo de Aníbal, en efecto, era Comisario de Policía. Se había casado con Matilde, con lejanas ascendencias nobles que derivaban de los Marqueses de Montanaro.

Ambos abuelos maternos tenían origen verosímilmente napolitano. Por razón de servicio la familia se hallaba en Mesina y aquí nacieron los cuatro hijos: Ana, la futura mamá de Aníbal; José, que fue sacerdote diocesano, director del periódico *La Parola Cattolica*;[[43]](#footnote-43) Rosalía y Antonio.

Ana era una chica muy reservada. Vivía con una tía anciana y «tenía también ella un poco de gusto poético», como nos refiere el Padre Aníbal.[[44]](#footnote-44)

Ambas familias, de donde tuvo su origen nuestro Aníbal, no eran sólo por tradición católicas y filo-pontificias, sino profundamente creyentes y practicantes.

En modo especial, hace falta destacar su fidelidad al Sumo Pontífice en aquello momentos difíciles, característica hecha propia en su más alta intensidad por el Padre Aníbal y transmitida a sus hijos espirituales.[[45]](#footnote-45)

# **Nacimiento y primera infancia**

Como se usaba en aquella época, el Caballero Francisco pidió a los parientes la mano de Ana. La chicha, muy tímida y reservada, mostraba «una gran aversión al estado conjugal»[[46]](#footnote-46) debido probablemente a la rígida educación y al carácter.

Los padres y la tía anciana, con que vivía, buscaron de convencerla, prospectándole el buen partido que le se presentaba con aquel joven de elevado nivel social.

Ana pareció persuadirse y fue marcada la fecha del matrimonio el 2 de junio de 1847. El día no fue escogido por casualidad, sino dictado por la gran devoción mariana de las dos familias, Di Francia y Toscano, y además de los novios: correspondía, en efecto, a la vigilia de la fiesta de Nuestra Señora de la Carta, protectora de Mesina.[[47]](#footnote-47)

El matrimonio fue celebrado la noche del 2 de junio hacia las 20,30, mientras bajaba un fuerte aguacero.[[48]](#footnote-48) Terminado el rito, sin embargo, la chica pidió volver a la familia. Esto echó en la consternación a los padres y familiares, que intentaban persuadirla de la adquisición del nuevo estado, pero no hubo nada que hacer. Sólo el 12 de agosto siguiente aceptó de ir a vivir junto con Don Francisco.[[49]](#footnote-49) Y en seguida se reveló un matrimonio feliz.

Mientras tanto en la tarde del primer día de septiembre de aquel 1847 los mesineses insurgieron nuevamente contra los Borbones; ya lo habían hecho en 1812 y en 1820. El motín fue dominado con el estado de sitio. El 29 de enero de 1848, sin embargo, al grito de: «*¡Que viva María! ¡Que viva la Constitución!*» Mesina repuso a la apelación revolucionaria que llegaba de Palermo.

Empezó una lucha áspera entre los revoltosos y las tropas borbónicas, como recuerdan los historiadores de la época: «En el Monasterio de la Magdalena[[50]](#footnote-50) fue áspera, terrible la batalla, y aquel gran edificio asaltado, prendido por el fuego, y con ello el templo bonito cercano. El barrio Zaera, abierto y no fortificado, fue esto mismo condenado al fuego, ni una sola casa se salvó de las llamas devoradoras».[[51]](#footnote-51)

El que tenía posibilidades, buscó dejar la ciudad, trasladando la familia en otros lugares: Don Francisco, dejada la casa que tenía cerca del torrente Portalegni, llevó a la mujer a la casa de campo que tenía en Giampilieri Superiore. Aquí, en efecto, el 8 de septiembre de 1848 nació su primer hijo, Juan[[52]](#footnote-52) y, el año siguiente, el 11 de noviembre de 1849, María Catalina.[[53]](#footnote-53)

Sobrevenida la calma, la familia Di Francia regresó a Mesina.

Dos años después, Don Francisco tuvo que registrar un año particularmente favorable: con el decreto del 15 de junio de 1851 el Consulado General Pontificio en Sicilia con sede en Palermo lo nombraba «Vicecónsul Pontificio en la Ciudad y Puerto de Mesina con la residencia en dicha Ciudad y con la dignidad de todas las facultades, honores y privilegios, y recompensas que están conjuntos a este compromiso», para «vigilar sobre los intereses y la protección del comercio, navegación y súbditos pontificios».[[54]](#footnote-54)

Un mes después, el 5 de julio, se alegraba por el nacimiento del tercer hijo, al que dos días después en la pila bautismal en la iglesia de Santa María de la Providencia (Parroquia San Lorenzo) impuso el nombre de María Aníbal. El nombre Aníbal no fue asumido por el parentesco, sino en memoria del marqués Aníbal Bonzi de Bolonia, íntimo amigo de Don Francisco.[[55]](#footnote-55)

El año se cerró con otro reconocimiento: el 26 de diciembre el Ministerio de las Armas le participó el decreto con que «la Santidad de Nuestro Señor se dignó nombrarla al grado de Capitán honorario de la Marina».[[56]](#footnote-56)

El 1851 fue, por tanto, un año extraordinario para la familia Di Francia, bien diferente del año siguiente: el 23 de octubre de 1852, en efecto, Don Francisco falleció prematuramente, dejando a tres niños y a la mujer encinta del cuarto hijo de cinco meses.[[57]](#footnote-57) De un día para otro, pues, la pobre Ana se vio caer encima toda la amargura de la viudez, el peso de la familia y la administración del patrimonio. Tenía sólo 22 años.

Saboreó la amargura del vacío dejado por aquel hombre, que había tanto amado. No se consoló, quiso sentir todavía vivo a su alrededor al menos el nombre, y por eso el 19 de febrero de 1853, cuando nació el cuarto hijo, no dudó en ponerle el nombre de María Francisco de Paula.[[58]](#footnote-58)

El nacimiento del niño y los problemas por la salvaguardia del patrimonio la obligaron a confiar a Aníbal a una vieja tía. Empezó así para él la triste experiencia de huérfano, que tanto tenía que afectar su existencia. Lo que pesó aún más este estado suyo fue el hecho que la mamá, completamente al obscuro hasta aquel entonces sobre los movimientos administrativos del marido, «se encontró muy incómoda. Y por las riñas que salían por la dificultad en las exacciones, por los gastos que tenía que aguantar, era obligada a hacer cabo a abogados y procuradores, a subir y bajar de los tribunales, con el peligro de perder todo lo que poseía».[[59]](#footnote-59) Así que pudo reservar bien poco cuidado a la vida del hijo. La tía vivía sola, a menudo encerrada en una habitación que salía en un patio ciego, sin aire y sin luz, y el niño estaba obligado a permanecer siempre con él en la casa. «En resumen, - como él mismo comentaba - había lo suficiente para matar a un niño de aquella edad».[[60]](#footnote-60)

Normalmente de estos años permanecen vivas en el recuerdo unas imágenes, y al Padre Aníbal «quedó imprimida en la memoria, entre las tristes escenas de aquella edad, aquella tristísima de la muerte de la vieja tía en el terrible cólera que en 1854 devastó nuestra bonita ciudad. ¡Se acordaba de cuando vinieron los enterradores para llevarse el cadáver! Él también fue afectado por la enfermedad, y recordaba como la mamá quedaba vigilando llorando al lado de su camita. Me dolía, él nos comentaba, verla llorar, pero no comprendía la motivación. (…) Pero un día, mirando por detrás de los cristales de una ventana, vio la calle desierta, y luego de repente pasar una tropa de soldados, con un paso que sonaba tenebroso y triste en aquel ambiente de muerte. ¡Y sintió que se le encogía el corazón!».[[61]](#footnote-61)

Logró superar la enfermedad quizás también porque por fin, podía tener a la mamá toda para él y disfrutar un poco de sus cuidados amorosos.

Esta experiencia amarga le infundió aquella particular comprensión y aquel amor especial para con los huérfanos y los niños abandonados, que caracterizó no sólo su vida sino también todo su sistema educativo,[[62]](#footnote-62) y que sin embargo «le provocó un natural temor, que siempre tuvo, de los lugares oscuros, de las noches oscuras, de la vista de los cadáveres y de todo acto tétrico. (…) Y por estaos naturales temores tenía por la noche que descansar con una débil lucecita al lado».[[63]](#footnote-63)

Cuando tuvo siete años, o sea en el mes de octubre de 1858, empezando la edad escolar, Doña Toscano lo puso en el Colegio «San Nicolau de los Caballeros» regentado por los Cistercienses. Para esta elección contribuyó, probablemente, en modo determinante, el tío paterno, el Padre Rafael Di Francia.

Aquí el niño encontró en el Padre Ascanio Foti su primera guía espiritual. Este era un hombre que «nutría un gran amor a la Santísima Virgen, que se esforzaba de suscitar en las almas de los candidatos, y predicaba con tanto ardor sobre las virtudes de la Virgen que en ocasiones se emocionaba hasta las lágrimas».[[64]](#footnote-64)

La tradición mariana de la familia así recibió una incentivación devocional que cayó como la semilla en un terreno fértil.

Mientras tanto, el 11 de mayo de 1860 aconteció el desembarco y la ofensiva de los Mil en Marsala (Trapani). Sicilia era todo un hervidero de almas y batallas.

Acercándose el Dictador, Mesina, último baluarte de la isla estaba toda en fermento. Se preveía el sitio de la ciudad. Afortunadamente, el año escolar acababa de terminar, todos los niños fueron retirados del Colegio, y permaneció sólo Aníbal. El Padre Rafael había aconsejado a Doña Ana de mudarse a la casa de campo que tenía cerca de la aldea Contesse, con los demás hijos, mientras él cuidaría del niño.[[65]](#footnote-65)

El 20 de julio en Milazzo, Garibaldi vencía las tropas borbónicas y una semana después entraba en Mesina, a pesar de que la ciudadela aún resistía. La conquista de Sicilia ya era realidad.[[66]](#footnote-66)

El 7 de septiembre de 1860, Garibaldi entró en Nápoles y el 21 de octubre siguiente hubo la votación para la anexión del Reino de las Dos Sicilias al de Italia. José La Farina, que se había casado con María Luisa, tía paterna de Aníbal, sostenedor de las hazañas garibaldinas fue elegido por Mesina su Deputado en el Parlamento Italiano y el 27 de octubre fue nombrado Consejero de Estado.[[67]](#footnote-67)

Doña Matilde Montanaro Toscano, abuela de Aníbal, quizás tras la muerte del marido, había vuelto a Nápoles. Desde aquí, en este periodo, empezó a solicitar a Ana para que la alcanzara para abrazar nuevamente a los nietos tras el reciente ciclón de acontecimientos, y sin duda, le hizo notar que, una vez en Nápoles, la nueva posición de La Farina le facilitaría un buen arreglo de los hijos. La mujer, considerado también el hecho que para aquel año el «San Nicolau» permanecería cerrado y los colegios suspendidos, zarpó con los hijos rumbo a Nápoles.[[68]](#footnote-68)

José La Farina, en efecto, había pensado que Aníbal podría entrar en el Colegio Militar de la «Nunziatella», para luego seguir en la Academia, iniciándole así a una brillante carrera militar, y de poner María Catalina en el Colegio de los Milagros, donde era Directora la entonces Princesa Margarita de Saboya.[[69]](#footnote-69)

Ana quiso que el hijo conociera la decisión y éste le hizo entender que no sentía ninguna atracción para la vida militar. Ella comprendió y comunicó al cuñado que aceptaría la propuesta sólo para el arreglo de la hija.

Indudablemente era la Providencia quien preparaba su camino porque – algo bastante raro para la época – los familiares no ejercieron ninguna presión ni intentaron pasar por encima de la voluntad del interesado, como al revés se solía hacer.

Mientras tanto, justamente durante esta permanencia napolitana, aconteció que la portera del palacio en que vivía la abuela, viendo al pequeño Aníbal vestido con el hábito blanco de los educandos cistercienses, le auguró convertirse un día en sacerdote.[[70]](#footnote-70)

# **Adolescencia y primera juventud**

En el otoño de 1861, probablemente, Ana regresó en Mesina con los tres hijos varones: el Colegio «San Nicolau» volvía a abrir y ella quería que Aníbal siguiese con los estudios y que también Francisco comenzara.[[71]](#footnote-71)

Aníbal, con una inteligencia viva y despierta, se distinguió en los años siguientes en la declamación y en las representaciones teatrales, revelando un precoz talento poético; sus tendencias claramente literarias tomaban pie y dejaban esperar bien.[[72]](#footnote-72)

Mientras tanto en febrero de 1865 la capital de Italia fue provisionalmente trasladada de Turín a Florencia, en la espera de poder alcanzar un acuerdo con el Pontífice para tener Roma como capital del nuevo Reino. Italia así progresaba en el camino de la suspirada unificación geográfico-política, pero nuevos acontecimientos empezaron a turbar y dividir los sentimientos y las consciencias de los Italianos. El 7 de julio de 1866, en efecto, el Parlamento aprobó la ley, presentada por el Ministro de Justicia De Falco, que preveía la supresión en toda Italia de las Órdenes Religiosas y liquidaba el eje eclesiástico.[[73]](#footnote-73)

Bettino Ricásoli, que en junio de 1866 había sido nombrado Presidente del Consejo de los Ministros, para conciliarse con el Vaticano, intentó atrasar la aplicación de la ley. Fue el tema principal de la caída de su Gabinete. El nuevo Gobierno no tuvo escrúpulos y aplicó la ley al pie de la letra.

Las Órdenes religiosas fueron suprimidos y sus bienes confiscados.

También el Colegio «San Nicolau» fue cerrado definitivamente, y así los dos hermanos Di Francia fueron obligados a volver a su familia.

Los estudios siguieron en privado bajo la guía de docentes ilustres que ya habían tenido en el Colegio, entre ellos el poeta mesinés Félix Bisazza. Este lo tenía en gran estima y lo hizo conocer en los ambientes literarios mesineses como una joven esperanza de la poesía italiana.[[74]](#footnote-74) Aníbal, en efecto, era un poeta con un sentimiento auténtico y delicado, o sea sabía coger los pálpitos del mundo que lo rodeaba y los afinaba con los movimientos de su alma. Sabía elevar las impresiones a símbolos de su íntimo. El joven, a pesar de tener diversas satisfacciones con sus composiciones, apreciadas en varios círculos literarios, y a través de la colaboración con el periódico *La Parola Cattolica*, dirigido por el tío materno don José Toscano,[[75]](#footnote-75) sin embargo sentía el tormento de la adolescencia.

De los poemas de la época de los que es posible sacar su estado de ánimo, las emociones, los sueños, las esperanzas, se entrevé el alma de un adolescente con sus ansias y problemas, que vivía en la realidad social, política y religiosa del momento.

La incertidumbre sobre el futuro, las elecciones de la vida, su papel en la sociedad, como para cada joven afectaban a Aníbal. «La idea de pensar también a un estado de vida para el porvenir»,[[76]](#footnote-76) se había presentada con prepotencia. En este periodo, en efecto, el joven sintió germinar un tierno sentimiento para con una chica. Un sueño fugaz que se apagó muy pronto con la muerte de ella.[[77]](#footnote-77)

Probablemente este violente y repentino truncamiento acentuó aquel periodo crítico de su adolescencia, empujándolo a apartarse para buscar un poco de paz. Luego encontró de todo congenial frecuentar el convento y los Padres de María Santísima de Porto Salvo, donde en el silencio, en la soledad y en las conversaciones espirituales, parecía encontrar alivio. Aquí descubrió las vidas de los Santos y se sumergió en estas lecturas edificantes.[[78]](#footnote-78)

En el intento de coger los elementos esenciales de la personalidad del joven Aníbal podemos decir que era dotado de una emotividad delicada y tal vez sufrida, que tenía el desahogo en una genuina y gentil inspiración lírica, y en una acentuada inclinación hacia la religión.

Esta particular inclinación explica porque, con 17 años, obtuvo por el confesor el permiso de recibir la Eucaristía cada día.[[79]](#footnote-79)

«(…) Se tiene que saber que naturalmente él habría sido más bien impetuoso por su excesiva sensibilidad, pero en toda su vida (…) procuró celosa y rigurosamente frenar los movimientos naturales de la ira, convirtiéndose disciplinadísimo y mansísimo, como un San Francisco de Sales».[[80]](#footnote-80)

Maduraba en él, pues, casi sin darse cuenta, aquella particular propensión del cristiano que luego desemboca en la vocación, en la consagración de sí al Señor.

# **Inteligencia del Rogate**

Queriendo sintetizar el itinerario espiritual y vocacional del Siervo de Dios es posible coger tres momentos que caracterizaron profundamente no solamente su espiritualidad, sino también toda su existencia.

Los primeros dos se pueden considerar unas intuiciones-inspiraciones, mientras el tercero es un encuentro: son como tres escalones de la misma vocación, tres momentos de su itinerario con el Señor.

Uno de los Teólogos censores de los Escritos del Siervo de Dios declaró:

«Él fue tan penetrado por la necesidad, para la Iglesia, de tener numerosos y dignos trabajadores y de la eficacia del recurso evangélico para impetrarlos que, para actuarlo, se puede decir que movió realmente tierra y cielo. Este tema fue la razón de su vida, la nota dominante de sus escritos, la característica de su Obra».[[81]](#footnote-81)

Para enfocar este momento particular aprovechamos el testimonio del P. Domingo Serafín Santoro: «Sobre los orígenes remotos de su vocación rogacionista, el Padre decía que le dolía la deserción de los sacerdotes y de los frailes por los motines revolucionarios del tiempo; por otro lado la santidad le parecía demasiado trascendente y admiraba por consecuencia el gran heroísmo de los santos, que consideraba en los frescos de las iglesias y de los conventos, especialmente de su Porto Salvo; para hacer florecer nuevamente aquellos tiempos de piedad pensaba que la sola oración fuese el remedio, y ya componía unas cuantas de ellas justamente para obtener sacerdotes santos; un día, sin embargo, leyó en el Evangelio el Rogate, y de aquí su asombro, ya como ninguno de los muchos manuales de oración trataba este tema, y así se sintió impulsado a cultivar la Rogación evangélica».[[82]](#footnote-82)

Aquella particular inclinación hacia lo sagrado que tenía Aníbal, aún joven, se concretizaba en la comunión diaria, en las lecturas y conversaciones espirituales, pero también en la piadosa costumbre de visitar cada día el Santísimo Sacramento expuesto para las Cuarenta horas en las diversas iglesias de Mesina. Un día encontrándose en la Iglesia de San Juan de Malta[[83]](#footnote-83) «tuvo en mente este pensamiento dominante – es el mismo Padre Aníbal que habla de sí en tercera persona – o sea que para actuar el mayor bien en la santa Iglesia, para salvar a muchas almas, para extender el reino de Dios en la tierra, ningún medio fuese tan seguro como el acrecentarse de escogidos ministros de Dios (…) y que así óptima y provechosa oración para preferirse sería la de pedir insistentemente al Corazón santísimo de Jesús que envíe a la tierra hombres santos y sacerdotes escogidos (…) Esta idea le pareció muy clara e indiscutible.

«Seguidamente quedó sorprendido y compenetrado leyendo en el Santo Evangelio aquellas divinas Palabras: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies, que mande trabajadores a su mies”».[[84]](#footnote-84)

Esta intuición-inspiración se tiene que poner «en el comienzo de su vida espiritual», cuando todavía no había madurado en él la llamada para el sacerdocio.[[85]](#footnote-85)

Fue «como una voz interior dirigida a él, para hacerlo apóstol y propagador»,[[86]](#footnote-86) el motivo dominante de toda su vida: «Sobre el Rogate no digamos nada», escribió él mismo en su autoelogio fúnebre, «a ello se dedicó, o por celo o por obsesión, o el uno y la otra».[[87]](#footnote-87)

Esta intuición constituyó el primer momento de la vocación del joven Aníbal, que marcó profundamente y en modo determinante su camino espiritual. Ciertamente fue en el fundamento de su elección de vida, que maduró en la sombra de este ardiente fervor y desembocó en modo natural y firme en la opción del Sacerdocio.

# **Vocación**

Muchos años después, el P. Aníbal confió al P. Vitale: «No fue verdaderamente ordinaria mi vocación: hubo algo sobrenatural». Y he aquí como se manifestó:

«En una noche, mientras rezaba, sintió fuertes impulsos en el alma de consagrarse totalmente al Señor, de inmolarse a Él, de no entretenerse más en el mundo; y así, ya de día, corrió a la iglesia donde estaba expuesto el Divinísimo Sacramento en forma de Cuarenta Horas, y allí tuvo que repetir a Jesús Sacramentado: *Loquere, Domine, quia Audit servus tuus!* Y escuchó interiormente tales voces y tuvo tanta luz en su mente, tanto incendio en su corazón, que él mismo no sabía expresar o igual no lo quería».[[88]](#footnote-88)

El testimonio del P. Vitale está confirmado en lo que recuerda el profesor Leopoldo Nicotra, amigo de infancia del Padre Aníbal:

«Supe por Aníbal, muy amigo mío, que me lo confiaba todo, que (…) se sentía llamado por Dios poderosísimamente. Más bien aquí recuerdo, con gran conmoción, sus tiernísimas palabras (las escribo *ad lítteram*): “Dios me llama, y de manera extraordinaria, con medios inesperables casi me obligó a ser un sacerdote». Me siento venir las lágrimas y casi me parece escuchar la voz de aquel Escogido (…) porque él me hablaba sinceramente (conociendo mis convicciones religiosas) sobre el modo extraordinario que Dios había usado para sustraerlo al mundo y ungirlo con el Oleo Sagrado».[[89]](#footnote-89)

En una confianza al P. Tusino él mismo tuvo que describir las características de esta vocación:

«Mi vocación tuvo tres cualidades: 1. Fue antes de todo *repentina*: por cuanto yo amara la vida devota en aquellos tiempos de masonería y liberalismo imperantes, sin embargo, no pensaba a la vida eclesiástica: de repente el Señor me envió su luz. 2. Fue *irresistible*: sentía que no podía sustraerme a la acción de la gracia: tenía que ceder absolutamente. 3. Fue *ciertísima*: tras aquella luz, yo fui absolutamente cierto que era Dios el que me llamaba, no podía más mínimamente dudar que el Señor me quería para aquel camino».[[90]](#footnote-90)

La profunda conciencia del *Rogate* había acentuado sin duda su vida de oración y de piedad, además sus lecturas, como por ejemplo la vida de Juan Berchmans, beatificado por Pío IX en 1865, tuvieron su peso. Esto es posible sacarlo de una recensión que hizo de este libro en el periódico *La Parola Cattolica*, en que entre otro escribió:

«Aconsejamos a todos esta lectura, y especialmente a los jóvenes, por los que parece que Dios quiso crear este hijo de San Ignacio como modelo, espejo de la más alta perfección, verdadero trato de la inocencia, de la sencillez y de la más maravillosa modestia. Y en la vida de un tan casto jovencito en efecto hay algo que atrae y empuja al ejemplo; (…) puede mucho sobre el corazón de los jóvenes».[[91]](#footnote-91)

Se tiene que creer que Aníbal percibió su vocación entre los meses de septiembre y noviembre de 1869, y fue una vocación no sólo sacerdotal, sino también religiosa, sin embargo, no en el sentido en que la entendía y la entendió aún durante muchos años. Su pensamiento era, en efecto, el de hacerse jesuita.

«Entonces decidí hacerme Jesuita, y a salir cuánto más antes posible. Hubiese realizado mi propósito»,[[92]](#footnote-92) pero el Señor no lo llamaba en este sentido y se lo hizo entender a través de su confesor, que perentoriamente le dijo: No es el tiempo de hacerse religiosos esto en que todos los religiosos son perseguidos: te harás cura seglar.

El confesor, considerados los tiempos, – eran los años en que el Estado había disuelto las Órdenes religiosas y se había apropiado de sus bienes – había expresado un consejo humanamente intachable; es cierto, espiritualmente «el consejo en sí no era bueno, - tuvo que comentar el mismo P. Aníbal muchos años después – pero el que obedece nunca se equivoca: aunque se equivoque el confesor, adivina *per accidens* y manifiesta la voluntad de Dios».[[93]](#footnote-93)

Y fue justamente un consejo providencial, que el joven entendió sólo con el paso de los años. En este propósito, en efecto, confió al P. Vitale: «Oiga, yo entonces me quería hacer Jesuita, y me quería alejar de esta ciudad; pero si hubiese sido ahora, no habría sentido aquel deseo, ya que la necesidad que tiene Mesina de sacerdotes, que salven las almas y se consumen por Jesucristo, es inmenso. Y siento que tengo que sacrificarme por las almas de mis conciudadanos».[[94]](#footnote-94)

Aquella marcada sensibilidad poética con que la naturaleza lo había dotado influyó sobre sus lecturas y muy pronto a los libros de ascesis añadió los de los místicos, en particular los escritos de Santa Teresa del Niño Jesús y de San Juan de la Cruz.[[95]](#footnote-95) Descubrió que este tipo de literatura respondía mejor a sus exigencias espirituales y se puso en búsqueda de otros textos. Por este motivo entró en contacto también con las Capuchinas de Santa Verónica Giuliani de Ciudad de Castillo. Fue una correspondencia feliz porque, como tendremos el modo de decir, llevará aquel magnífico fruto que es la edición del Diario de la Giuliani.

El joven Aníbal ya no tenía dudas: el Señor lo llamaba, pues no quería interponer otro tiempo para realizar su vocación. Y como buen hijo de familia manifestó este deseo a la mamá, cierto de su comprensión y favor. En cambio, tuvo un claro rechazo y de aquel momento su oposición se volvió casi insuperable. Esta postura negativa de doña Toscano no era dictada por el anticlericalismo, sino podríamos decir por una necesidad contingente: manifestando Aníbal notables capacidades intelectuales y prospectando un porvenir brillante, habría asegurado a la familia aquella estabilidad patrimonial que había faltado tras la muerte del marido. Así que, un buen casamiento y una carrera civil hubiesen sido útiles para la persona y la familia.

En este sentido es muy explícito el primer biógrafo: doña Ana «pregustaba para el hijo una noble carrera o de hombre de letras o de profesional, que habría acrecentado el prestigio de la familia. No comprendía cómo él, poeta, declamador, ya publicista, alma de artista más que de contemplativo, a su manera de entender, pudiese soñar con un estado para nada brillante en aquellos tiempos. Y más que una resolución madura, tanto menos sobrenatural, la buena mujer pensaba que fuera la de su hijo una veleidad poética del momento».[[96]](#footnote-96)

La oposición fue aún más clara cuando el deseo de ser sacerdote fue expresado también por Francisco, el hijo menor. La mamá conocía bien los dos y era de la idea que «Francisco puede ser que siga, pero Aníbal no ciertamente. Con su vivacidad, con sus impulsos no puede ser que un piadosísimo seglar», mientras Francisco «no vivaz, sino reflexivo; estudioso, pero sin tanto ímpetu; calmo y calculador en los asuntos de la familia», tenía igual mayores probabilidades de éxito. De todas maneras, doña Toscano, «aunque no quería dar su consentimiento ni al hijo menor, creía que éste podría con más facilidad tener éxito en el nuevo estado».[[97]](#footnote-97)

Los dos hermanos, entonces, hicieron causa común, no desistiendo del propósito de seguir la que creían que fuera la llamada de Dios. Comentaron con el confesor la situación que se había creado en familia y éste les aconsejó de pedir audiencia al Arzobispo para exponerle el caso.

Sin interponer tiempo se presentaron ante Mons. Luis Natoli (1867-1875), arzobispo de Mesina en aquellos años,[[98]](#footnote-98) pidiéndole el permiso de vestir el hábito clerical.

El prelado no tenía motivos para negarles tal permiso, más bien era bien feliz de darlo, - habría seguido con la bonita tradición de las familias Di Francia y Toscano – y con respecto a la oposición de la mamá, probablemente, les aconsejó de hacer intervenir su confesor.[[99]](#footnote-99)

Hecho tesoro del consejo, los dos hermanos escogieron el día 8 de diciembre de 1869 para vestir el hábito. Las razones no son difíciles para explicar: habían crecido en una familia, podríamos decir, nacida bajo la bandera de la devoción mariana, y la fiesta de la Inmaculada era una solemnidad muy sentida en Mesina. Aquel año, luego, la fiesta para todo el mundo católico asumía una particular importancia, dada la apertura, en el mismo día del Concilio Vaticano I.

«Pasada la noche en oración, antes que amaneciera, los dos hermanos vistieron el sagrado hábito, salieron furtivamente de su casa, para ir a nuestro gran templo de la Inmaculada. (…) Recibieron la Santísima Comunión y estuvieron largamente doblados ante los pies de la inspirada y plateada estatua de la Inmaculada, pidiéndole nuevas luces, fuerza y perseverancia en el santo fin que los animaba».[[100]](#footnote-100)

Para tener una idea de la magnificencia de aquel 8 de diciembre, relatamos un trozo del artículo escrito por el P. Rafael Di Francia en el periódico *La Parola Cattolica*:«en los dos majestuosos templos de la Inmaculada y de la Anunciación, y desde las primeras vísperas, a pesar de que el clima fuese llovioso, las calles estaban alborotadas, y por doquier la gente acorría para llenar las dos iglesias. (…) Todavía no había amanecido que el sonido de mil sagrados bronces anunció como por doquier se celebrara el nuevo astro del Concilio Vaticano. No hubo capilla, por cuanto pequeña, que no celebrara aquel día».[[101]](#footnote-101)

Esto explica porque los dos hermanos pudieron salir de buena mañana sin suscitar la sospecha de la madre. Sin embargo, como destaca el P. Vitale: «el hecho no podía pasar inadvertido en la ciudad, porque sea los estudiantes sea los profesores y publicistas, además de los numerosos amigos de la familia, conocían al joven clérigo y elegante escritor, que ya los críticos empezaban a apreciar», y entonces, «la noticia llegó a la madre aún antes de que los hijos se le presentaran con el hábito sagrado».[[102]](#footnote-102)

Como se podía prever, la mamá no quiso recibirlos en casa; pero había sido preparado el contra movimiento: intervino el confesor que interpuso sus buenos oficios. Ana aceptó el hecho cumplido, aunque permaneciéndole aquellas perplejidades que le habían hecho negar desde el principio el consentimiento para este paso.[[103]](#footnote-103)

La ley del 15 de agosto de 1867 del nuevo Parlamento italiano, como ya tuvimos modo de decir más arriba, había abolido las Órdenes religiosas y había confiscado sus bienes. Permanecían jurídicamente reconocidas como entidades las diócesis y las parroquias. Había luego las llamadas entidades «subsidiarias»: seminarios y juntas parroquiales para el mantenimiento. Los inmuebles presentes y futuros de estas dos entidades reconocidos, sin embargo, tenían que ser transformados en rentas del estado. En práctica los seminarios estaban cerrados, funcionaban como escuelas particulares, pero no se les reconocían como institutos de formación escolar y espiritual para el clero.

Claramente, también en Mesina el seminario en aquella época estaba cerrado. Aníbal, como, por otro lado, los demás clérigos, frecuentaba como «externo» la escuela que era particular. A pesar de los esfuerzos de Mons. Luis Natoli eran pocas las enseñanzas que se daban: algún cursillo de dogmática tenido por el can. Juan Filócamo, de moral por parte del can. José Ardoino, mientras la filosofía y las letras se enseñaban por dos docentes de la Universidad, Catara-Lettieri y Félix Bisazza, hasta que éste murió por el cólera.[[104]](#footnote-104)

La formación de estos «clérigos externos» se demandaba a los párrocos, que luego, con ocasión de las ordenaciones, tenían que presentar un atestado de buena conducta. En esta situación se comprende fácilmente cuánto tenía que ser difícil la conveniente formación espiritual de los candidatos al sacerdocio. Mucho dependía, pues, por el compromiso y la responsabilidad personales del seminarista. Y este mismo compromiso, a su vez, dependía de la conciencia que uno tenía de la propia vocación y de la determinación de querer convertirse en un digno ministro de Dios. Aníbal, pues, se encontró a tener que empezar y seguir su currículo de estudios y formación en esta situación.

El joven clérigo fue confiado a los cuidados pastorales del párroco «P. José Mangano, de la venerable iglesia parroquial de San Lorenzo, Archidiácono Mártir, de esta Noble Ciudad de Mesina», que periódicamente certificaba su buena conducta.[[105]](#footnote-105)

De mayor el P. Aníbal confió al P. Vitale, su estrecho colaborador, que con la asunción del hábito talar creía haber ya alcanzado el ideal de su vida,[[106]](#footnote-106) o sea de ser unido íntimamente a Dios: índice, esto, no solamente del fervor del momento, sino también del entusiasmo con que emprendía este camino en respuesta a la llamada de Dios.

Era joven y también tenía los altibajos propios de la edad, momentos de fervor, de entusiasmo, pero también de temor, de duda, de desánimo, de dificultad, que son propios de aquella edad y de quien empieza el camino no fácil del sacerdocio.[[107]](#footnote-107)

Habiéndose arrojado de cabeza, con el ardor del neófito, para vivir aquella nueva realidad, hizo que al espíritu de oración añadía largos ayunos que lo agotaban. Fue Él mismo a hablar de ello, de mayor, al P. Vitale, confesando de «haber sido un poco exagerado en estas penitencias que solía llamar, me parece con San Bernardo “locuras de juventud”».[[108]](#footnote-108)

No viviendo en el Seminario, no tenía un director espiritual fijo: frecuentaba a P. Pedro de Portosalvo o. f. m., P. Pedro de Jesús y María delle Trombe, P. Pellegrino, P. Lorino o. p., el can. José Ardoino, el abad basiliano D’Amico, todos sacerdotes que desarrollaban su servicio en las parroquias y se tenían en gran consideración entre la gente por su doctrina y virtudes.

En efecto es el mismo Aníbal que nos lo revela: «Estaba yo en la flor de mis años, aún no Sacerdote, sino sólo vestido con el hábito sagrado; y me deleitaba y embriagaba alguna vez con la lectura de las vidas de los Santos, y, todavía nuevo en la experiencia religiosa, me imaginaba que los Santos o las Santas vivían en un tiempo, pero luego hubiesen desaparecido, como ciertos héroes legendarios, que ya no se reproducen. Y decía entre mí: Oh, ¡si hubiera todavía los Santos! ¡Cómo quisiera conocerlos y amarlos, y obtener por medio suyo toda gracia por Dios!

«Con el alma vibrante con ardor juvenil, me imaginaba la santidad objetivamente en las incomprensibles regiones del misticismo más trascendental, en aquella comunicación íntima de un alma escogida, que no vive ya la vida de los sentidos, sino que se transformó totalmente en Dios, y de allí se lleva para sí los esplendores divinos, como un espejo clarísimo puesto ante los rayos del sol: un ser que vive con una vida sobrenatural, no común a todos los demás hombres, y, como confidente de la infinita Bondad, puede sacar de ella para la tierra gracias y bendiciones sin fin. (…)

«Así preocupado, me fui a un venerando Padre franciscano, Pedro de Porto Salvo, a un Convento de Mesina y le propuse mi duda: o sea si existiesen aún en la tierra seres sobrehumanos como en los siglos pasados. Pero aquel, que era hombre de Dios, me dijo que nunca faltan en la tierra almas de perfecta santidad; que nuestro Señor Jesucristo nunca de ellas deja falta su mística Esposa, que es la Iglesia; y que sepa, me añadió, que en Nápoles hay una gran Sierva del Señor, llamada Sor María Luisa de Jesús» (…).[[109]](#footnote-109)

El deseo de conocer unos «santos» vivientes fue una particular tensión espiritual típica del P. Aníbal, que no se tiene que considerar como una curiosidad finalizada a sí misma, sino entendida como estímulo para la búsqueda de la propia santificación.[[110]](#footnote-110)

«los grandes siervos de Dios, - escribió el P. Aníbal a Mons. Zimarino – tienen un acierto finísimo para discernir los espíritus, y luces particulares para entender las cosas dudosas».[[111]](#footnote-111)

Y él necesitaba de luces particulares, porque estaba atravesando un momento difícil por diversas razones: advertía una cierta frialdad espiritual; su salud no era excelente y se perfilaba una intervención quirúrgica; había el peligro de una llamada a las armas; el hermano Francisco había dejado el hábito eclesiástico para dedicarse a la música; el matrimonio de la mamá, pasada en segundas nupcias con el noble Arturo Spadaro, seguía entre muchas dificultades.[[112]](#footnote-112)

«Llegué en Nápoles el 26 de julio de 1870. Palpitaba de sagrada emoción ante la grata del Monasterio de Estrella Matutina, en presencia de la humilde Sierva del Señor que, dotada como era del espíritu del Señor, anticipó mi venida con lo que su Esposo Celestial le inspiraba. Pasaron cincuenta y dos años del conseguimiento de mi ideal, o sea de ver una Santa en vida, más bien que verla y hablarle, sentir su sagrada dilección».[[113]](#footnote-113)

Se instauró una correspondencia espiritual entre Sor María Luisa y el joven clérigo.[[114]](#footnote-114)

Justamente por una carta que le escribió Sor María Luisa – atestigua el P. Vitale - «podemos relevar que tenía que ser conocida en Mesina la gran caridad a la cual estaba inclinado su corazón, y la generosidad de sus limosnas, por lo que el estado de familia lo permitiera; porque, abusando, unos malvados le hicieron llegar una vez cartas anónimas pidiéndole con amenazas ingentes cantidades de dinero».[[115]](#footnote-115)

Sor María Luisa le habló de la célebre María Palma de Oria, conocida no sólo en Italia, sino en gran parte de Europa, por los fenómenos extraordinarios que presentaba, y lo puso en contacto con el canónico Vicente De Angelis, confesor de Palma,[[116]](#footnote-116) con el que se desarrolló una correspondencia llena de profunda espiritualidad. A través de De Angelis, luego, tuvo la manera de entrar en contacto con Sor María de la Cruz, o sea Melania Calvat, la vidente de La Salette.[[117]](#footnote-117)

Estos contactos y estos viajes que a una mirada profana podrían parecer superfluos y hasta fuera de lugar, en realidad eran una providencial toma de contacto con aquellos ambientes, sobre todo de Apulia, que serían unos puntos cardenales para la extensión de su Obra.

Mientras tanto los estudios seguían: además de los especificadamente eclesiásticos, siguió con los «profanos» y el 26 de agosto de 1870 consiguió el diploma de maestro elementar. No se trataba de algo que tenía que satisfacer una forma intrínseca de vanidad; este título le hacía falta para poder enseñar para financiar los estudios sin pesar sobre la familia. Muy pronto lo encontramos, en efecto en el Instituto Saccano. Comenta el P. Vitale: «No tengo conciencia de su diligencia y solercia, pero es cierto que tuvo que aprovechar porque las mejores familias de Mesina se lo contendían como maestro; fue, por ejemplo, preceptor en la noble Familia Cumbo; fue profesor de letras en el Instituto Saccano».[[118]](#footnote-118) Pero además de comprometerse en el estudio, el joven Aníbal en estos años como clérigo se dedicó a la predicación.

El 16 de enero de 1870, o sea tras algún mes de haber vestido el hábito talar, fue invitado por el Rector de la iglesia de San Nicolau de los Cocineros para tener un panegírico sobre Nuestra Señora de la Providencia.[[119]](#footnote-119)

El panegírico en San Nicolau no fue, en efecto, un episodio, sino el comienzo de una tradición: en San Julián y en Santa María del Arco predicó sobre la Virgen «Estrella de la Mañana», y luego aún en San Lorenzo, su parroquia, durante todo el mes mariano. En resumen, desde entonces las invitaciones se multiplicaron y el joven clérigo se dedicó a ello muy celosamente, desarrollando una intensa actividad oratoria (panegíricos, novenas, meses marianos, etc.) no sólo en las diversas iglesias de Mesina, sino también en los alrededores.[[120]](#footnote-120)

El Padre Francisco Vitale atestiguó: «Muy pronto se convirtió en el predicador más rebuscado en la ciudad y en las aldeas. Aunque me dijera, recién ordenado sacerdote: “durante cinco años no prediques, sino estudia, sino te pasará lo que me ocurrió: deteriorarme en la salud y en la madurez de los estudios”».[[121]](#footnote-121)

El objeto continuo de su actividad oratoria de estos años es la Virgen María: es invitado para predicar el mes de mayo en la Iglesia de Santa María de la Providencia (Parroquia de San Lorenzo); introduce en Mesina la devoción a Nuestra Señora de Lourdes. Escribió, en efecto, el mismo Padre Aníbal: «Esta querida devoción a María Inmaculada de Lourdes hoy existe en nuestra Ciudad, y se va difundiendo cada vez más. Tuvo origen en el mayo de 1876, por las narraciones que se hicieron de las Apariciones de Lourdes en la Iglesia Parroquial de San Lorenzo. El pueblo quedó profundamente conmovido con ello; así que, terminado el Mes Mariano, para que la devoción se perpetuara, se estableció una Asociación Piadosa bajo el título de la Inmaculada Concepción de Lourdes, de la que muchos son los inscritos y están creciendo cada vez más. Esta Asociación hoy es agregada a la Archicofradía primaria que existe en Roma, y así goza del tesoro común de las indulgencias».[[122]](#footnote-122)

El joven clérigo se convirtió muy pronto en el alma de este movimiento mariano y, como él mismo relata en un informe del 2 de diciembre de 1876, tras seis meses del comienzo, aquella Asociación contaba con 400 inscritos, que aportaban la cantidad mensual de 5 monedas.[[123]](#footnote-123)

Escribió y publicó un novenario a Nuestra Señora de Lourdes y, tras petición de Sor María Luisa de Jesús, otro sobre Nuestra Señora de Estrella Matutina.[[124]](#footnote-124)

En mayo de 1878, el Padre Aníbal, recién ordenado sacerdote, introdujo la misma devoción en Oria (Brindisi) en la iglesia de San Domingo.[[125]](#footnote-125)

La capacidad de animar, de comunicar su celo, era desde entonces fuera de lo común, como se entiende de numerosos testimonios: «La ruego cálidamente de querer hacer de pública razón – escribía el Canónigo Juan Filócamo, párroco de la iglesia de San Lucas, al Director de *La Parola Cattolica* – mi pequeña carta como signo de agradecimiento para con el ilustre y querido joven Subdiácono Aníbal María Di Francia, que animado por el espíritu de Dios supo, durante el Sagrado Novenario, rezar sermones tan fervorosos y bien organizados, que consiguió involucrar a muchos del numeroso y culto auditorio para inscribirse en el listado de los que con oblaciones espontáneas quieren cada vez más hacer más decoroso el culto externo de la Preciosísima Sangre».[[126]](#footnote-126)

Todos los testimonios concuerdan en destacar que su método de predicación era el de adaptar su palabra a las diferentes categorías de oyentes, el contenido era siempre catequético, lleno de citaciones de la Sagrada Escritura y de los Padres de la Iglesia, y el argumento más frecuente era la Madre de Dios.[[127]](#footnote-127)

El aspecto catequético es, sin duda, predominante en toda su vida y en todo su apostolado. Conseguir atraer el auditorio e infundirle con un lenguaje sencillo y claro las grandes verdades de la fe y explicar la profundidad de los misterios de nuestro credo, revela una buena preparación de base y una capacidad notable de comunicación, pero sobre todo una profunda convicción y asimilación de todo lo que se quiere participar. Todo esto será para el P. Aníbal uno de los elementos esenciales de su apostolado, de su ministerio sacerdotal, de su vocación a la evangelización.[[128]](#footnote-128) Esta «necesidad» suya explica también la asiduidad en catequizar a los niños, que, como tendremos el modo de ver, será una de las notas dominantes de su Obra.[[129]](#footnote-129)

# **Hacia la Ordenación Sacerdotal**

Aníbal a partir de que empezó a percibir la crisis vocacional de su hermano Francisco, que había dejado el hábito talar, no se cansó nunca de rezar y pedir oraciones a las personas piadosas, con las que era en correspondencia, para un regreso de él a la elección vocacional.[[130]](#footnote-130)

Su pena aumentaba en la medida que él se acercaba a la fecha en que hubiese empezado a recibir las sagradas órdenes, mientras el hermano hacía diversos intentos para tener un trabajo público, habiendo completamente apartado la idea de ser sacerdote.

El domingo 11 de febrero de 1872, Aníbal probablemente llegó a conocer la intención del Arzobispo de empezar a conferirle en el otoño la Tonsura y las primeras dos Órdenes Menores. El tormento de no poder tener a su lado al hermano Francisco, como había estado con ocasión de la vestición del hábito eclesiástico, era grande y molesto: por la noche, a las 10 y 35, escribió dos oraciones, una a la Madre de Dios:

«Oh Virgen mía Santísima, Madre bellísima y siempre Inmaculada, Virgen antes del parto, en el parto, y después del parto, Inmaculada desde el primer instante de vuestra Concepción, heme aquí postrado ante Vuestros Sagradísimos pies para pediros una gracia. Oh María, Madre mía, esta gracia yo la pido a vuestro corazón inmaculado y purísimo, yo la pido a vuestra poderosa intercesión. Esta gracia, oh María, es que Vos impetréis perseverancia en el bien y el Santo Sacerdocio a… Sí, oh Madre mía, nosotros somos dos hijos vuestros, vos os tenéis que recordar, oh Madre mía, que el día sagrado a vuestra Inmaculada Concepción vestimos el hábito sagrado los dos por vuestra intercesión. En aquel día, oh Mamá, Vos nos hicisteis triunfar los dos sobre el demonio. Ahora, yo por vuestra Misericordia siento aún la dulce invitación de la santa vocación: pero C…[[131]](#footnote-131), oh Mamá, empieza a entibiarse y dudar; yo os suplico y conjuro aquí postrado ante vuestros pies que vos lo despeguéis totalmente del mundo, que lo hagáis triunfar sobre todos los asaltos del demonio y hagáis que juntamente conmigo llegue al Sacerdocio.

«Sí, oh Mamá, yo os suplico por esto para vuestra Omnipotencia, Sabiduría y Caridad, por vuestra dignidad de Reina de todo el Universo y Madre de Dios; os suplico por ello por amor y por los méritos de San José que vos amáis tanto, por amor y por los méritos de todos los Ángeles y de todos los Santos y por amor y por los méritos de vuestro Hijo divinísimo Jesús.

«Oh Hermosa Madre Inmaculada, haced a él esta gracia por Jesús Bendito, por todos sus dolores. Por aquel dolor os suplico, que probó Jesús en toda su y vuestra pasión, pedidme esta gracia.

Vos lo podéis hacer y vos lo tenéis que hacer. No miréis mi soberbia, Mamá mía; yo soy aquella nada que vos sabéis. Oh Mamá mía, decidme que sí, os suplico, yo no me marcho antes que me digáis que sí. Oh Hermosa Madre, Reina Inmaculada, vos la hacéis, sed siempre bendita, y dadme la gracia de rogaros siempre. Mamá mía, hacedme esta gracia que yo y C…[[132]](#footnote-132) pudiéramos ser sacerdotes santos, os ruego por amor de los Ángeles, de los Santos, especialmente por aquellos que más os aman, por amor de Jesús y de José, para Gloria y honra de la Santísima Trinidad. Ave María».

La otra oración es dirigida al Santo cuyo nombre llevaba el hermano, San Francisco de Paula:

«Oh Santo taumaturgo, que desde vuestra infancia os consagrasteis todo a Jesús y María, os suplico aquí postrado ante vuestros pies que impetréis con vuestra poderosa intercesión, una verdadera vocación a C…[[133]](#footnote-133) y una firme y confiada correspondencia por parte suya a la invitación celestial. Sí, oh gran Santo, recordad que él lleva vuestro bellísimo nombre y que por esto Dios bendijo os lo puso bajo vuestra custodia.

Os suplico que nos impetréis a los dos esta gracia por amor de Jesús José y María. Amén».[[134]](#footnote-134)

Mientras tanto, el 15 de septiembre de 1872, fiesta del Santísimo Nombre de María, en la capilla arzobispal, Mons. Luis Natoli administraba a nuestro clérigo la Tonsura y las primeras dos Órdenes Menores; y luego, seis meses después, las otras Órdenes Menores.[[135]](#footnote-135)

Mons. José Guarino, nombrado arzobispo de Mesina tras el fallecimiento de Mons. Natoli (3/8/1875), el año siguiente (10/6/1876), confirió a nuestro clérigo el Subdiaconado en la iglesia del Monasterio de Santa Teresa.[[136]](#footnote-136)

El 19 de marzo de 1877, Aníbal tuvo el consuelo de ver atendidas sus oraciones: el hermano Francisco decidió retomar el hábito talar y seguir en la preparación al Sacerdocio.[[137]](#footnote-137)

Los dos hermanos, en efecto, se encontraron nuevamente juntos en el recorrido hacia el Sacerdocio: el 26 de mayo de 1877, en la iglesia del Monasterio de Montevergine, - muy querido por Aníbal porque allí se veneraba la Beata Eustoquia Calafato – Mons. Guarino confería a Aníbal el Diaconado y a Francisco la Tonsura y las dos primeras Órdenes Menores.[[138]](#footnote-138)

Ya recordamos el hecho que Aníbal usaba hacer limosnas a los pobres y que estos le conocían ya por su generosidad, o sea, esta buena acción cristiana hacía parte de su normal *forma mentis*.

Sin embargo, un día, el Señor, sirviéndose justamente de este hábito actuó lo que podríamos considerar el tercer momento de la vocación del Padre Aníbal.

Aconteció hacia finales de 1877 o justo en los comienzos de 1878, cuando «el Diácono [Aníbal] Di Francia, pasando en un callejón estrecho y remoto de la ciudad se tropezó con un pobre andrajoso, ciego, o al menos así parecía, sentado en el suelo, que gimiendo pedía la limosna a los transeúntes. ¡Cuántos de estos en su vida había visto Aníbal, y los había socorrido enseguida, como su corazón le sugería, y luego había seguido su camino, satisfecho por la acción caritativa realizada! Pero esta vez aquel mendigo, joven de edad, sucio y lloroso, llamaba su intención. Era la voz de Dios que hablaba al corazón del enamorado Levita; y nuevo Samaritano, que siente que tiene que sanar todas las llagas del infeliz, se para, y luego de ponerle monedas en la mano, le pregunta: ¿Adónde moras?».

«Fue una palabra que salió igual sin saber de su boca, pero la respuesta en los decretos del Señor tenía que indicar el campo en que el Padre [Aníbal] era llamado para empezar sus grandes obras».[[139]](#footnote-139)

Se desarrolla entre los dos una breve conversación densa de significado:

El P. Aníbal le pidió: «¿adónde moras?»; él respondió: «en las Casas Aviñón». «¿Conoces las cosas de Dios?», pregunta. «¿Y quién es el que me las enseña?». «¿Dónde están estas casas Aviñón?». «Hacia la Zaera». «Iré a verte».[[140]](#footnote-140)

Parece un eco de lo que se cuenta en el Evangelio de Juan: «*Jesús se volvió y, al ver que lo seguían, les pregunta: “¿Qué buscáis?”. Ellos le contestaron: “Rabí (que significa Maestro), ¿dónde vives?”. Él les dijo: “Venid y veréis”. Entonces fueron, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día*».[[141]](#footnote-141)

El nuevo sacerdote el 3 o 4 marzo fue a ver a Francisco Zancone en las *Casas Aviñón* para enseñarle las cosas de Dios,[[142]](#footnote-142) y finalmente vendió todo lo que tenía, estableciéndose allí para siempre no sólo para enseñar las cosas de Dios sino también para redimir moral y materialmente aquella pobre gente.

El Padre Aníbal había entendido en las palabras del mendigo la llamada del Señor, y entrando en las *Casas Aviñón* intuyó el momento más sublime de su propia vocación emprendiendo con valor el camino difícil, lleno de zarzas y piedras que conlleva el Apostolado de la Caridad.

El P. Vitale así comenta el episodio: «había empezado la misión: la hoz estaba ya en la mano del agricultor; difícil, pesada la fatiga, pero el Dueño del campo así mandaba y la gracia habría suplido a la enfermedad de la naturaleza.

«De aquel instante Francisco Zancone representará el iniciador de la gran familia de los Pobres antonianos. Él, renacido en las costumbres y la fe, hasta que viva será el íntimo amigo del Padre. Más tarde, cuando se conmemorará cada año la venida de Jesús Sacramentado en aquellos lugares resucitados a una vida nueva, Zancone lo tendríamos como jefe de mesa, en frente del Padre, siempre, hasta los tiempos del terremoto, cuando falleció».[[143]](#footnote-143)

El éxito del primer intento del joven diácono tuvo que alimentar sus esperanzas, congeladas, sin embargo, unos días más tarde por dos que se creían los cabecillas de aquella pobre gente: «Padre, ya os podéis ir; - le dijeron en tono de amenaza – para convertir a todo este gentío, hacen falta dos capuchinos con tanto de barba: no es obra para vos».[[144]](#footnote-144) Era lo mismo que un aviso.

Sin embargo, Aníbal no se desanimó porque había hallado el campo de su misión. De él mismo, en efecto, conocemos los dos pensamientos que ocuparon su mente cuando se acercó por primera vez en aquel Barrio.

Ante tanta miseria y escualor – escribió – «era menester acordarse de las palabras del Evangelio: “Aquellas muchedumbres estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dice a sus discípulos: *La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies*”».[[145]](#footnote-145) Además, «se enteró que no podría haber lugar mejor para ejercer un poco la caridad por puro amor de Nuestro Señor Jesucristo Sumo Bien, ¡que también ama tanto a los pobrecillos y los quiere salvos!».[[146]](#footnote-146)

En verdad, solamente el amor de Jesucristo podía impulsar al Padre Aníbal para intentar, él solo y sin medios, una hazaña que habría hecho temblar a cualquiera, por cuanto rico de recursos humanos, no hubiese tenido, como él, íntima unión con el Señor.

Su espiritualidad, en efecto, se centró en la Divinidad como expresión misericordiosa que trazó el maravilloso designo salvador de la Redención actuada a través de la Encarnación, Muerte y Resurrección. Así que su espiritualidad tiene un elemento dominante esencial: Jesucristo, que él honró en la persona de los pobres y “pequeños”.

Su Cristología no era abstracta e indefinida, sino tenía como centro propulsor la visión del misterio pascual de la Pasión de Jesucristo y de Jesucristo Eucaristía, y estaba enraizada en el Evangelio, que él, animado por verdadero espíritu de fe, había comprendido y aceptado al pie de la letra.

El 16 de marzo de 1878 Mons. José Guarino lo ordenaba sacerdote en la iglesia del monasterio del Espíritu Santo.[[147]](#footnote-147)

En la mente del joven sacerdote estaba fija la idea de la redención de las *Casas Aviñón*. Se presentaba a su meditación Jesucristo pobre, que le decía de creer hecho para él lo que se hacía a los pobres; Jesús Crucificado que grita de tener sed; Jesús que sufre por falta de buenos trabajadores.

Escribe nuevamente el Padre Vitale:

«Sin Embargo el Señor, pensaba él en la pureza de su fe, ¡habla por medio de los superiores! Y el nuevo sacerdote se presenta ante el Arzobispo Guarino, y haciéndole la descripción del Barrio Aviñón, le manifiesta la idea de quererse dedicar a la evangelización de aquellos pobres. El Arzobispo Guarino, mente de águila y corazón de ángel, como el Padre lo llamaba, entendió de inmediato que no se trataba de una obra común, sino de una hazaña inspirada; y con voz resuelta, le dice: “Usted vaya allí, ¡vaya sin dudas y salve a aquellos pobrecillos!».

«Esto fue suficiente para el Padre. Su obispo había hablado: se había manifestado la voluntad del Señor».[[148]](#footnote-148)

El P. Aníbal celebraba cada día la santa Misa en la Iglesia de San Dionisio (parroquia de San Julián) y luego iba a las *Casas Aviñón* para su apostolado.

En esta iglesia el 10 de octubre de 1879 Él había anunciado una predicación para el triduo del Sagrado Corazón: era presente la señora Laura Jensen Bucca, que pidió de confesarse.

Doña Jensen recordó esta fecha como el día de su «conversión» y desde aquel momento fue una válida colaboradora del Padre Aníbal en las *Casas Aviñón*.[[149]](#footnote-149)

# **Las «Casas Aviñón»**

Vamos ahora a describir brevemente lo que será el campo específico de la futura actividad apostólica del Padre Aníbal María Di Francia.

La zona de la Zaera, comprendida entre el torrente homónimo y el Portalegni, forma hoy una de las zonas centrales de Mesina: los dos torrentes fueron cubiertos y forman respectivamente dos grandes arterias: avenida Europa y calle Tommaso Cannizzaro.[[150]](#footnote-150)

Viniendo de Catania se entraba en Mesina atravesando el torrente Zaera, recorriendo la calle de Puerta Imperial, así llamada por la Puerta Imperial que introducía a la ciudad.[[151]](#footnote-151) Toda la zona empezó a ser poblada a partir del siglo XVI hasta el desastroso terremoto de 1783 que derribó completamente todo el barrio. Seguidamente, ya no fue reconstruido y se convirtió en campos abandonados en la periferia de la ciudad.

Después de la anexión de la Isla al Reino de Italia se empezó a sentir la necesidad de expandir la ciudad. Tras unos años de estudios y propuestas, el 6 de febrero de 1869 se autorizó el plan regulatorio hacia el sur que comprendía también la vieja zona Zaera.

Una modesta área de esta zona asumió un papel de primer plan en la vida del Padre Aníbal, porque se convirtió en el campo de su apostolado de redención y en la plataforma de lanzamiento de la Obra Piadosa de Beneficencia.

El marqués Antonio Avignone, en la época de la construcción de este barrio, había hecho edificar diversas filas de casitas de un piso, que desembocaban en la calle del Valor que, a su vez, comunicaba con calle de Puerta Imperial. Este cuadrilátero se llamaba comúnmente *Casas Aviñón*.[[152]](#footnote-152)

Las casitas se alquilaban diariamente a la gente pobre que no podía procurarse alojamiento en la ciudad, pagando dos o tres monedas por día, reclamados por cuenta del propietario por parte de una vieja, llamada Doña Ana.[[153]](#footnote-153)

Muy pronto el barrio Aviñón se convirtió en el receptáculo de los pobres y la delincuencia de la ciudad: durante el día salían a mendigar por las calles de Mesina y de noche, pagando el alquiler, podían alojar en aquellas casitas.

Zancone era justamente uno de aquellos pobres, y moraba en este lugar de miseria.

El estado del barrio se puede imaginar fácilmente: un brote de epidemias y degradación moral y material.

He aquí la descripción que nos transmitió el Padre Aníbal: «En la ciudad de Mesina existía desde hacía muchos años una amplia multitud de casitas fabricadas con la finalidad de hospedar a la gente pobre. Aquí se formó una tal mezcla de los más miserables mendigos y despreciables de la ciudad, en el máximo desorden y desbarajuste, abandono y suciedad, que aquel lugar se convirtió en objeto de horror para todo el país; y reclamó más veces la atención de la pública Autoridad, especialmente en los peligros de epidemia; pero ningún recurso fue jamás usado. Había en cada casita, reducida más o menos peor que un establo, una familia de pobres, si de familia se pudiera llamar, ya que no existían vínculos ni religiosos ni civiles, ni normales relaciones de parentesco, sino que se yacía como brutos. Muchas enfermedades a los ojos afligían gran parte de aquella pobre gente, allá se contagiaban los pobres niños, descalzos, sucios, haraposos; allá se sufría por el hambre con todos los malestares de la extrema pobreza, jergones con paja sucia en el suelo, y una gran cantidad de insectos de especies diversas, ¡hasta hacer morir algunos lentamente devorados!

Mayores eran los males morales. Las niñas perecían allí una tras otra inevitablemente. Ninguno tenía la osadía de poner pie en aquel lugar de abominación tan grande».[[154]](#footnote-154)

El barrio Aviñón era, en resumen, uno de aquellos barrios etiquetados en muchas páginas de la literatura del ochocientos con el nombre de «malditos», que se hallaban en las periferias de las grandes ciudades en finales del siglo XIX, a menudo ignorados por la buena gente y aborrecidos por los que habían llegado a conocerlos.

# **Comienzos de la Obra Piadosa de Beneficencia**

Ya dijimos que el Padre Aníbal, una vez ordenado sacerdote, empezó a frecuentar diariamente el barrio Aviñón.

Claramente sus visitas nuca eran con las manos vacías, porque bien sabía que no se puede llamar el pobre al pensamiento del cielo, cuando siente la gran preocupación de buscar un bocado de pan en la tierra. Aquella gente por lo tanto empezó a entender que el joven cura la amaba de veras y se interesaba para su bien.

Al Padre Aníbal interesaban sobre todo los niños que corrían el riesgo de perderse en aquel mar de lodo. Era urgente, pues, organizar la enseñanza de la doctrina cristiana, teniéndolos juntos, porque la buena semilla pudiera arraigar más fácilmente. Para mejor conseguir sus objetivos alquiló una de aquellas casitas, hizo construir el suelo, la hizo pintar, y organizó en aquel lugar el catecismo, que se tenía una noche para los niños y la otra noche para las niñas, pero luego empezaron a llegar también chicos y pobres.

El Padre Aníbal llevó una mesita y colocó encima de ella, entre dos velas, un Niño Jesús de cera e hizo de aquella pobre casa una capilla.

Para las festividades navideñas de 1879 organizó una novena, y luego para la cuaresma intentó predicar y preparar aquella gente para la Pascua.

Con la aportación de Doña Catalina Scoppa,[[155]](#footnote-155) marquesa de Cassibile, el Padre Aníbal adquirió la casita y amuebló la capilla.

«Cuando empecé la Obra, - comenta el Padre – ella se entusiasmó, pero tengo que creer que aquel consejero la puso en el camino de no ayudar aquella Obra, sino de convertirse en fundadora de la misma. En efecto allí enviaba aquel ex fraile, con el que se encontraban en el lugar. La señora Marquesa llegaba con la carroza, una carroza *sui generis*, vieja, pero que se hacía reconocer por todos; por lo cual nació en el pueblo la idea que yo no fuera nada más que el encargado de la Marquesa. Fue sin embargo una vez solamente: de todas maneras, hizo nacer esta idea. Dijo que quería abrir allá una pequeña iglesia, y efectivamente compró una de aquellas casitas por quinientos liras. Así se presentó a Mons. Arzobispo Guarino y le dijo que todo lo habría hecho ella en aquel lugar: iglesia, instituto, etc. todo esto constituyó una cruz singular para el Iniciador de la Obra, que además seguía por su cuenta yendo diariamente a aquel lugar: pero queriendo empezar con las aportaciones la capilla, fue durante muchos años limitado por la razón que, pidiendo el permiso para ello a Mons. Arzobispo, él le respondía: “Lo hará todo la Marquesa: tened paciencia”. (…)

«Finalmente luego el obispo entendió que eran todas palabras las de la Marquesa, y me presenté nuevamente ante Mons. Arzobispo y, habiéndole simplemente pedido si me permitía hacer la iglesia, Él, sin añadir más, me dijo: “¡Hágalo, hágalo sin problemas!”, signo que ya había entendido que las promesas de la Marquesa desaparecían».[[156]](#footnote-156)

El P. Aníbal en este periodo compuso la primera oración por las vocaciones que empieza con la invocación: *Corazón compasivo de Jesús* y la hacía rezar cada día tras el catecismo por aquellos pobres.[[157]](#footnote-157) Él destaca: «Bien se sabe que cuando se pone mano a empezar una obra cualquiera en que pueda haber alguna gloria del Señor, y el bien también de algunas almas, tienen que surgir unas dificultades de todas maneras para atravesar la iniciativa piadosa y destruirla».[[158]](#footnote-158)

Las dificultades y las contradicciones crecían día tras día, y la hazaña, a la que se había dedicado, tendría que costarle, como se usa decir, lágrimas y sangre. La hostilidad por parte de unos y el boicot de parte de otros, hizo su trabajo difícil, al punto que, poco a poco, fue tomado por un oscuro desaliento, y empezó a enrarecer sus visitas al Barrio Aviñón. Decidió ir a Nápoles, decía para recuperarse, «pero parece más bien – nota el Padre Vitale – que él se fuera allí para consultar a hombres de espíritu, con que o ya estaba o quería entrar en relación, para tener consejos y luces; e igual fue en aquella ocasión que por primera vez se acercó al Padre Ludovico de Casoria».[[159]](#footnote-159)

El Padre Aníbal recordaba a sus colaboradores la enseñanza magnífica que tuvo por el Padre Ludovico de Casoria (1814-1885) sobre la conducta para tener con los pobres para llevarlos al Señor. Él se quejaba de encontrarlos a menudo poco dispuestos a ponerse en paz con Dios gracias a la confesión. Y el Venerable a él: «Cuando vos habréis acogido a un pobre, y lo habréis limpiado, vestido y revestido desde la cabeza hasta los pies, y lo habréis socorrido al menos durante un mes, entonces podréis empezar a hablarle de confesión».

El P. Aníbal habló al P. Ludovico de sus iniciativas en Mesina, de las dificultades que encaraba, no últimas las económicas, y le enseñó un pequeño mapa del barrio Aviñón que él había dibujado. El Venerable, destacando la pobreza y la humildad de aquellos comienzos, le dijo: «Me gusta, me gusta que la Obra nazca en la gruta de Belén». Quiso llevar él mismo una aportación eficaz, pero faltando de dinero pensó de llamar sobre la naciente Obra la atención de la Marquesa de Cassibile, que nuestro protagonista ya conocía, pero esperaba que la intervención del Venerable pudiese dar frutos mejores.[[160]](#footnote-160)

De los encuentros, pues, que tuvo en Nápoles con las Hermanas del Monasterio de Estrella Matutina y con otras personas piadosas, el Padre Aníbal tomó valor y, vuelto a Mesina, se puso con renovado ardor a trabajar en medio de los pobres del barrio Aviñón.

Él, sin embargo, sentía que no se podía llegar a la regeneración de aquella gente con la sola acción pastoral: todo el ambiente tenía que ser regenerado si se quería que el fruto de su misión fuese duradero. Y ciertamente, solo, no hubiese podido enfrentar a lo que era necesario actuar, al menos en la organización de los servicios esenciales para elevar el nivel social de aquellos pobres.

Recurrió al consejo del Arzobispo Guarino, que le indicó al sacerdote José Ciccolo como una posible válida ayuda.[[161]](#footnote-161)

Mientras tanto, el 18 de diciembre de 1880 había sido ordenado sacerdote también don Francisco Di Francia, que se unió a él con el P. Antonino Muscolino.[[162]](#footnote-162)

Sin duda la colaboración que podían ofrecer estos tres sacerdotes era ocasional, porque a menudo estaban comprometidos en otros frentes, pero para el Padre Aníbal era igualmente preciosa.

Pensó de hacer conocer la naciente Obra a la ciudad, inaugurando solemnemente la capilla el día de San José (19 de marzo de 1881). Don Ciccolo, por su parte, propuso para aquel día un gran banquete preparado y servido por las nobles damas mesineses.[[163]](#footnote-163)

«La mañana de la fiesta el Padre, profundamente conmovido, celebró la santa Misa y con los ojos húmedos de llorar, se esforzó de hacer comprender el amor inmenso de nuestro Señor por las almas y cómo se tenía que corresponder evitando el pecado. Habló sobre el amor que se tiene que dar a la Santísima Virgen e hizo resaltar las glorias del Patriarca San José, del que los pobres tenían que esperar la santa Providencia. Una ola de gozo espiritual nunca sentido invadió aquellas multitudes».[[164]](#footnote-164)

Así que hubo el banquete al que tomaron parte más de 200 pobres. Pero leamos directamente el informe que hizo de ello el periódico mesinés *La Parola Cattolica* bajo el título *Pauperismo y beneficencia*: [[165]](#footnote-165)

«El 19 de este mes, día consagrado al glorioso patriarca San José, tuvo lugar en un barrio de la extrema ciudad, dicho *Casas Aviñón*, un banquete para todos los pobres moradores de aquel misérrimo lugar.

«Es uso de muchos devotos de San José dar en el día de su fiesta una refección a los pobres;[[166]](#footnote-166) pero este banquete presentó algo nuevo y conmovedor a todos los asistentes.

En una de aquellas calles rodeada por las numerosas barracas, bajo el cielo se puso una larga mesa, a la que sentaron más de doscientos pobres entre hombres, mujeres y niños. Las comidas formadas con la más generosa abundancia, fueron repartidas a aquella gente pobrísima, además de una buena porción de pan, algo de vino y fruta. Todo se realizó con orden y tranquilidad: y pareció admirable la compostura con que estaban en la mesa aquellos doscientos invitados.

«Como jefe de la mesa estaba una estatua bonita de San José, con dos cirios encendidos, y parecía que presidiera cariñosamente a aquellas multitudes de pobres, que, casi agradeciendo tanta providencia, prorrumpían a menudo en el grito de: *¡Qué viva San José!*

«Sabemos que este banquete fue ideado y realizado por el egregio sacerdote P. José Ciccolo, sobrino de la feliz memoria de Mons. Ciccolo, obispo de Trapani. Sabemos, además, y lo hacemos de pública razón con nuestro gran gusto, que a los cuidados del P. Ciccolo se prestaron con generosidad digna de alabanza muchas familias de nuestra ciudad, entre las que indicamos la familia Grill, el Duque Juan, Doña Concepción La Corte viuda Woff, Doña Lella Grill, el Barón Gustarelli, Don Cayetano Mángano, Don José Musolino, Don Lorenzo Ottaviani, el Marqués de Condaugusta, Don Ricardo Costarelli, el Com. José Mauromati, Doña Lella Loffredo, el Caballero Francisco Mauromati, Don Enrico Ainis, el Príncipe d’Alcontres, Don Plácido Melardi.

«Parte de estos nobles señores providenciaron con sus medios todo lo que hizo falta para la comida, y parte donaron otras limosnas para aquellos pobres.

«En medio de aquel barrio de extrema miseria hay ahora una pequeña capilla, en que el mismo día fue celebrado por primera vez el incruento sacrificio de la Misa. Hace unos dos años unos jóvenes sacerdotes de nuestro clero, movidos por profunda compasión por el estado extremamente miserable de aquel pueblo, que se podría parecer a una tribu de salvajes, se dedicaron espontáneamente con infatigable premura al cultivo moral de aquella plebe bruta, y para procurarles unos medios de subsistencia. La pequeña capilla es dedicada al Sagradísimo Corazón de Jesús y fue allí elevada por la piedad de la noble señora Catalina María Marquesa de Cassibile, que queriendo participar de una obra de tanta gloria de Dios y bien del prójimo, coopera para allá mantener el culto.

«Ahora no queda que una palabra de respetuosa exhortación a tan nobles Señores y Señoras, para que quieran seguir su generosidad a ventaja de aquella mezquinísima gente. Nosotros estuvimos más veces en aquel lugar, y llevamos en el corazón las más dolorosas impresiones, por la miseria que allá encontramos. ¡Hace falta ira allá para comprender lo que significa pobreza, escualor, miseria, abandono!

«Allá hay niños que lloran, que en vano chupan en las flacas mamas de las pobres madres: allá viejos cayentes y extenuados por los largos ayunos; hombres y mujeres afectados por enfermedades a los ojos, o bien mutilados en el cuerpo e inhábiles al trabajo; allá las niñas expuestas por el hambre a los más graves peligros… Ay, ¡en aquel lugar hay muchas aflicciones, muchas lágrimas!

«Hasta ahora el barrio Aviñón no se nombró en Mesina, ¡sino para despertar un escalofrío de horror y nada más! Ninguna mano benéfica secó ninguna de aquellas lágrimas; pero hoy muchos nobles señores del país echaron una mirada de compasión a aquellos mezquinos, que por lo demás son hombres como nosotros; como nosotros sienten la necesidad de la vida; como nosotros fueron creados a imagen y semejanza de Dios.

«Hoy un número de jóvenes sacerdotes se dedicaron para el alivio de estos miserables. Hoy pues es para esperar que aquel lugar, hasta ahora abominable, se convierta en un campo de noble carrera de beneficencia, donde encuentren un largo desahogo de su generosidad todos los que encierran en el pecho un corazón que se compadece de las miserias de los demás.

«Aprovechamos mientras tanto esta ocasión para destacar a tantas benéficas y distinguidas personas, una sola de las muchas extremas miserias, a las que subyacen aquellos infelices, y a la que tendría en algún modo arreglarse: y esta es la falta total de camas.

«Vengan a comprobarlo muchas personas caritativas: vengan y lo verán con sus mismos ojos lo que quiere decir miseria: y entenderán lo que justo ahora acabamos de mencionar.

«Aquellos mezquinos en la mayoría duermen, mejor sufren las noches en la nuda tierra: ¡allá donde el suelo está justamente empapado de humedad! Y esto hace horror y compasión. Sabemos que Don Adolfo Grill dio, hace tiempo un donativo de 250 liras para que se hicieran unas tablas para cama; y se hicieron cincuenta camas, pero sólo con las tablas, sin colchones.

«Dormir sobre las nudas tablas en vez del nudo suelo es una pequeña ventaja. Oh, si se quisiera realizar toda entera esta obra de misericordia, proveyendo con camas y colchones a todos aquellos pobres: ellos no acabarían de bendecir, por como bendicen con lágrimas de verdadera gratitud, a sus bienhechores, y de rogar al Sumo Dios por ellos.

«Y la oración de los pobres es poderosa ante Aquel que no hace preferencias de personas (cf. Hch 10, 34). Y a Él solamente sea todo el honor y la gloria de aquel poco bien que hacen sus criaturas».[[167]](#footnote-167)

Así fue conocida la iniciativa del Padre Aníbal y el campo de su apostolado, pero no era suficiente: hacía falta garantizar una ayuda estable. Pensó a una *Apelación* por la prensa para solicitar la beneficencia de las personas dinerosas.[[168]](#footnote-168)

La iniciativa dio sus frutos y el Padre Aníbal, integrando los donativos con su patrimonio, pudo adquirir unas casitas para empezar allá unos talleres: las mujeres adultas trabajaban la cuerda para las sillas y las niñas en el bastidor. Así, además de la oración, hacía falta el trabajo para acostumbrar aquella gente a ganarse el pan.[[169]](#footnote-169)

Estos talleres necesitaban de unas instructoras: Doña Laura Jensen Bucca se ofreció para enseñar a las niñas el uso del bastidor.[[170]](#footnote-170) Pero hasta que en el barrio reinaba aquella mezcla imposible entre hombres, mujeres, niños y niñas, no se podía esperar sacar nada concreto. Hacía falta crear la posibilidad de separar sobre todo los pequeños de los mayores; pero, ¿adónde poner todos aquellos pobres?

Una noche el Padre Aníbal, hallándose en casa de Mons. Basile, Provicario General, sintió hablar de las Hermanitas de los Pobres, que recogían a los abuelos abandonados, los limpiaban y los alimentaban ayudándose a través de la cuestación.

Se fue en seguida al Arzobispo, Mons. Guarino, y lo solicitó para invitar en Mesina a las Hermanitas. Poco tiempo después la Superiora vino a Mesina para darse cuenta de la situación.

Mientras tanto, el 22 de enero de 1882, Mons. Guarino había nombrado al P. Aníbal Canónigo Estatutario de la Iglesia Metropolitana de Mesina.[[171]](#footnote-171)

«En aquella ocasión los amigos le dieron alguna ayuda para la adquisición de las insignias,[[172]](#footnote-172) y de las vestimentas, pero se conformó con objetos usados y alguna mortificación no le faltó.

«Doña Cucinotta, que le había dado el patrimonio sagrado, le regaló hasta el anillo, que igual usó sólo una vez, y seguidamente lo donó a la Santísima Virgen Inmaculada, en el templo en que él había vestido el hábito clerical».[[173]](#footnote-173)

El mismo 27 de febrero llegaban en Mesina las Hermanitas de los Pobres, que con la ayuda de Don Ciccolo hallaron una casa idónea para su finalidad en el barrio Ringo.[[174]](#footnote-174) Con la venida de estas hermanas empezó el desapego del P. Ciccolo del barrio Aviñón. Y se entiende fácilmente el por qué: las hermanas representaban una Congregación religiosa perfectamente organizada y probada por muchos años de experiencia y podía desarrollarse fácilmente, mientras la iniciativa del Padre Aníbal en las *Casas Aviñón* se debatía entre mil dificultades sin una real perspectiva si no la de una fe inquebrantable y del confiado abandono en manos de la Providencia.

El traslado de los abuelos al asilo de las Hermanitas no solucionaba, sin embargo, el problema del barrio Aviñón: hacía falta arreglar las familias en lugares mejores, se tenían que limpiar y arreglar aquellas barracas para convertirlas en talleres.[[175]](#footnote-175) Y luego hacía falta proveer a los niños: el 19 de marzo de 1882, en efecto, el Padre Aníbal pensó de inaugurar una pequeña guardería organizando un almuerzo para los pobres, como el año anterior, pero limitado a los niños.

Ciertamente, esta vez no hubo la resonancia del año anterior, donde nobles y pudientes habían cocinado y servido, fue una fiesta más familiar: «Domingo, día sagrado para el patriarca San José, hubo un banquete para los niños pobres del barrio Aviñón. – Así escribió el periódico *La Parola Cattolica* – Más de cincuenta niños de ambos sexos, vestidos con sus pobres trapos, hacían honor a las comidas sencillas, que a ellos se les daba por los sacerdotes que les servían con gusto.

«Aquel banquete fue como la inauguración de una especie de guardería infantil, que se abrió aquel día bajo los augurios del patriarca San José, del que toma el nombre. Ahora la guardería está ya en ejercicio: y un grupo de aquellas niñas perdidas, abandonadas ya se recogieron durante todo el día para recibir allá discreta instrucción e iniciación al trabajo. (…)

«Es un trabajo lento, con obstáculos, lleno de tribulaciones y sacrificios; no se trata de una, sino de muchas clases hambrientas y que yacen en la pobreza más desoladora. (…)

«Igual un día la religión católica actuará allí uno de aquellos milagros de transformación, de que ella sola es capaz. El Reino de Dios surgirá en las ruinas del reino del pecado y el orden, la paz y la salvación florecerán allá donde el desorden y la desventura tuvieron su imperio».[[176]](#footnote-176)

Estas últimas palabras parecen ser una profecía.

La guardería había así empezado y se perfilaba la necesidad de tener un Orfelinato con unas estructuras articuladas: había sido, en efecto, presentada al Padre Aníbal una niña de pocos años, huérfana de ambos padres, abandonada y enfermiza. El Señora la enviaba y no podía que ser la bienvenida. A la primera se añadió una segunda, y luego una tercera, y luego fueron veinte y cuatro. El Padre Aníbal limpió y arregló otras cuatro casitas por un lado de la callejuela, luego otras cuatro en el otro lado, y cerró la callejuela con un muro dejando una puertecita como entrada y así inauguró oficialmente el Orfelinato femenino el día 8 de septiembre de 1882.[[177]](#footnote-177)

El Orfelinato se llamó: *Pequeño Refugio del Corazón de Jesús*; seguidamente su nombre fue: *Pequeño Refugio de María Inmaculada*.

Las niñas fueron confiadas, por un breve tiempo, a una terciaria dominicana.[[178]](#footnote-178)

El 8 de octubre de 1882, con ocasión del centenario del nacimiento de San Francisco de Asís (1182-1882) se organizó en el barrio Aviñón otra comida para los pobres. El acontecimiento revistió gran importancia por la participación del Arzobispo Mons. José Guarino.

He aquí lo que escribió el periódico *La Parola Cattolica*:

«(…) Hacia la una de la tarde, el banquete ya estaba listo: los convidados esperaban ansiosos, abarrotados juntos con el pueblo curioso, delante de los barrotes de una valla, en cuya entrada había cuatro guardias municipales, de pie, que mantenían el buen orden.

«De repente, el sonido agudo de la pequeña campana de la capilla allí existente anunció, saludando, la llegada de S. E. Mons. José Guarino, nuestro querido Arzobispo. Él vino para alegrar con su presencia la fiesta, y para dar la bendición a la mesa preparada. En la llegada del digno prelado, resonaron los conciertos musicales de la banda del «Convitto Cappellini», que se nos había enviado por los Diputados del Instituto Piadoso.

«Se hicieron entrar los pobres uno tras otro, y cuando todo ya fue listo, S. E. Arzobispo rezó la bendición; luego quiso asistir durante unos momentos en el reparto de las comidas y en el buen apetito de los pobrecillos. Su mirada era entre lo sagrado, el contento y el conmovido: (…) Los pobrecillos sentados en la mesa llegaban a unos 160».[[179]](#footnote-179)

Para poder tener un cuadro completo de lo que el Padre Aníbal había actuado en el barrio Aviñón en los últimos dos años, tenemos una especie de informe para los bienhechores, que habían respondido a la *Apelación* de abril de 1881, de que ya hablamos.

He aquí el texto completo:

«¡Muy distinguidos Señores! Con una *apelación* en fecha de abril de 1881 nosotros los que suscribimos[[180]](#footnote-180) nos dirigíamos con confianza a Sus Señorías Ilustrísimas, rogándoles para que quisieran colaborar cada mes con la Obra de la caridad, para la rehabilitación de aquella pobrísima plebe que mora en aquel lugar del barrio Zaera, que es llamado *Casas Aviñón*.

«Sus Señorías acogieron humanísimamente nuestra humilde oración, y desde aquel día hasta hoy no cesaron de corresponder una limosna mensual para esta finalidad. Es por eso que sentimos el más estrecho deber de agradecer sinceramente a Sus Señorías Ilustrísimas, y esto lo hacemos con ánimo muy grato, por medio de la pública prensa.

«Mientras tanto, para debida satisfacción de Sus Señorías Ilustrísimas, les hacemos conocer las grandes ventajas que sus limosnas mensuales y otras aportaciones aportaron a aquellos pobres.

«1. Se fundó hace dos años en aquel lugar un Refugio para las jovencitas que viven en el gran peligro de perder la honradez. En ello se recogen también niñas abandonadas y huerfanitas. Aquí aquellas pobrecillas reciben una conveniente educación e instrucción en diversas especies de trabajos y también en las clases primarias.

«2. Se abrió una escuela de tarde para los niños varones, y para ellos se piensa abrir cuanto antes otro lugar de amparo.

«3. Se abrió también una pequeña guardería para niñas de cinco a ocho años en ella se recogen las niñas hasta la noche, para recibir allá un poco de instrucción en los trabajos y en la primera lectura, y un poco de comida.

«4. A todo esto se añaden las limosnas diarias, indispensables, de comida u otro, que tienen que hacerse en medio de aquella mezquinísima plebe, para reparar a extremas y tremendas miserias.

«Renovamos en el mismo tiempo nuestro agradecimiento más sincero a Sus Señorías Ilustrísimas, que, con el óbolo de su generosidad y caridad, nos permitieron hacer un poco de bien a aquellos pobres, que también son hermanos nuestros, y sienten como nosotros las necesidades de la vida. Y todos aquellos pobrecillos, beneficiados por Sus Señorías Ilustrísimas, hombres y mujeres, viejos y niños, se asocian con nosotros a estos agradecimientos: ellos ruegan al Sumo Dios para que se digne recompensar con mil bendiciones sobre Sus Señorías Ilustrísimas y sus familias tanta generosidad.

«Y estén seguras Sus Señorías que grandes gracias y misericordias por el Señor se atraerán levantando a los pobres y especialmente a los niños, que también están tan queridos por el Redentor Jesucristo.

«Confiando que los favores de Sus Señorías no nos faltarán, Les rogamos que quieran cada vez más mirar con ojo de particular bondad esta Obra de rehabilitación que en medio de tantas dificultades y pesadísimas fatigas intentamos llevar adelante; y mientras tanto, manifestando nuevamente a Sus Señorías nuestra más sincera gratitud y agradecimiento, vamos a signarnos.

Mesina, el 18 de julio de 1883

Devotísimos y obedientísimos siervos

Can. A. M. DI FRANCIA

Sac. JOSÉ CICCOLO

Sac. ANTONINO MUSCOLINO

Sac. FRANCISCO M. DI FRANCIA

El Padre Aníbal así pensaba:

«Quería hacer el Orfelinato masculino absolutamente, porque no quería sólo el Orfelinato femenino. Me parecía hacer un trabajo sin nervio, si me fuera preocupado sólo del Instituto femenino. Así que puse mano bien pronto al masculino. El Femenino estaba cerrado por un muro en la callejuela: era un pequeño cerco. En el rincón opuesto de la calle había un almacén de unos diez metros de largo y cuatro de ancho, que se me había dado gratis por el Señor Lorenzo Interdonato. Allí dentro se inauguró el Orfelinato Masculino, con los primeros niños tomados del mismo barrio Aviñón, y alguien de fuera».[[181]](#footnote-181)

El mismo Padre Aníbal, en efecto, muchos años más tarde, escribiendo al Can. Celona, que estaba fundando la Congregación de las Ancilas Reparadoras, lo avisa sobre un cierto «agotamiento de la energía sagrada viril» que fácilmente se puede hallar teniendo sólo las obras femeninas; y sigue haciendo esta sincera confesión sobre lo que le aconteció a él: «Justamente para suprimir este insensible agotamiento espiritual, que quise, empujado por la divina inefable bondad del Corazón adorable de Jesús, echarme en medio de los pobres, codo a codo, en medio de su suciedad y sus insectos (…); y después que puse en marcha la comunidad femenina no me contenté hasta que no tuviese empezado el orfelinato de aquellos malcriados desagradables y rebeldes, que, naturalmente, me repugnaban inmensamente, ¡y fueron para mí durante muchos años un sufrimiento continuo, indescriptible! ¡Pero sentía que mi espíritu se fortificaba a nueva y sagrada virilidad!».[[182]](#footnote-182)

Aquí hace falta destacar que aquel sobrehumano transporte que sentía para con los pobres, que para él personificaban de veras a Jesucristo, era fruto de una fe heroica y caridad ardiente, merecida por el Señor tras superar una inmensa repugnancia, con un sufrimiento indescriptible durante muchos años. Por eso sigue en la carta mencionada al Celona con una sentencia, que para él fue norma durante toda su vida: «Siempre será verdadera la gran máxima del Venerable ilustrísimo Tomás de Jesús: ¡Cuidado con todo a lo que la naturaleza tiende!».

Guiado por estos pensamientos y a pesar de las innumerables dificultades que tenía para mantener el orfelinato femenino, el 4 de noviembre de 1883, con especiales oraciones, el Padre Aníbal presentó al Señor los primeros cuatro muchachos, empezando así el primer Orfelinato masculino.[[183]](#footnote-183)

Pero estos no quisieron desmentir sus orígenes: por la noche se escaparon llevando consigo mantas, sábanas y todo lo que pudieron alcanzar.

El Padre Aníbal no se desanimó y empezó nuevamente desde el principio: los años pasados entre los pobres del Barrio Aviñón lo habían acostumbrado a prever también estas posibilidades.

Las necesidades eran muchas y continuas. En diciembre se pudo organizar una feria de beneficencia, ideada por Doña Jensen que, de acuerdo con otras damas de la aristocracia, dirigió una «apelación a la caridad de las almas piadosas y generosas para una feria de beneficencia, bajo el patrocinio de María Santísima Inmaculada y del glorioso patriarca San José, en ventaja de los pobres abandonados y de los niños perdidos del barrio Aviñón».[[184]](#footnote-184)

La estima de Mons. Guarino hacia el Padre Aníbal se concretizó en este periodo con diversos cargos, entre ellos el nombramiento como Prefecto y Responsable de la vigilancia y disciplina de los Clérigos externos (6/7/1882).[[185]](#footnote-185)

Tal vez, el arzobispo lo llamaba para tener charlas o ejercicios espirituales en el seminario. El P. Vitale atestigua: «El que escribe y aún guarda en su alma, tras cerca de medio siglo, las palabras santas escuchadas en medio de los otros Clérigos, en la Capilla del Seminario, puede atestiguar la luz celestial con que iluminaba las mentes, el fervor que suscitaba en los corazones y el amor de Jesucristo que les infundía».[[186]](#footnote-186)

Siempre en 1882 Mons. Guarino lo encargó de la inspección catequística en diversas iglesias de Mesina. Y el Padre Aníbal el 20 de agosto presentaba un informe detallado.

Aquí tenemos la síntesis y los puntos esenciales:

1. Estado de la enseñanza:
2. Distribución de la enseñanza; 2) frecuencia; 3) disciplina; 4) instrucción de las clases; 5) profesores.
3. Inconvenientes particulares.

Tras presentar un análisis de los *inconvenientes generales*:

1. Método de enseñanza: memorización mecánica, falta del libro de texto; 2) escasez de frecuencia; 3) supresión de la enseñanza en los días festivos; 4) reparto de cromos;

Avanza una serie de *propuestas*:

1. El método de enseñanza, que tendría que ser finalizado a dos cosas: a) la instrucción de la mente a través de un buen libro de texto, una buen explicación de esto por parte de los profesores, y el uso de las imágenes, y b) la educación del corazón a través de la educación a la oración, las instrucciones, los cuentos, las industrias espirituales, las fiestecitas, las cancioncitas, la frecuencia a los Sacramentos, las asociaciones (Hijas de María, Luisitos, Milicia Angelical, Guarda de Honor, etc.).
2. La escasez de la frecuencia es, a su parecer, consecuencia de la falta de regularidad y de la escasa afección de los profesores a los niños.
3. Cree que sea útil y obligatorio aprovechar de los días festivos para la catequización y propone unos exámenes y premiaciones para comprometer a los niños en la sagrada competición.
4. Es además importante tener un listado de las clases y serían oportunas inspecciones periódicas. Finalmente, habla de la posibilidad de deputar esta enseñanza a los laicos, en la falta de los sacerdotes, y de crear nuevas líneas de enseñanza.

«El plan que aquí propuse – concluye – es muy extenso y su aplicación requiere trabajo y personas. (…) La ventaja que se puede sacar de esta enseñanza bien directa y regulada sería inmensa, y motivo de eterna salvación para muchas almas. No queda, pues, que rezar y trabajar».[[187]](#footnote-187)

Además de la actividad en el barrio Aviñón, el Padre Aníbal en aquellos años desarrolló una intensa actividad oratoria,[[188]](#footnote-188) que poco a poco tuvo que reducir para dedicarse a las Obras de caridad ya empezadas en el barrio Aviñón. Este apostolado ya lo absorbía tanto que a menudo estaba obligado a no poder satisfacer las obligaciones del Coro que tenía como Canónigo. Por tanto, el 13 de noviembre, con una sincera carta dirigida a Mons. Guarino, pidió ser dispensado del canonicato. Entre las otras cosas escribió:

«Añada Vuestra Excelencia que, en medio de tantos trabajos, yo me quedo casi solo, y además con una salud que no es de las más fuertes.

«En este estado de cosas, yo no pude atender mínimamente a mis deberes de canónigo. Hace más de cuatro meses que no voy al Coro, y desde más tiempo no asisto a las sagradas funciones de la Catedral: y esto me duele mucho, sea por la falta de servicio que la Catedral padece, sea por la falta de buen ejemplo, que si no redunda para daño de los Reverendos miembros del Capítulo, sin duda vuelve para poca edificación del pueblo, y lo que es peor para escándalo de los Clérigos, que yo tendría que edificar preferentemente en calidad de su Director».[[189]](#footnote-189)

El Prelado le hizo llegar el día siguiente la respuesta: rechazaba, sin posibilidad de apelación, las dimisiones y lo animaba a seguir en el camino empezado, manifestando su admiración por la caridad en el cuidado de los pobres.[[190]](#footnote-190)

Se dijo que el Orfelinato femenino estaba bajo la dirección de la Dama Jensen, inteligente, dinámica, efectiva; razonablemente se podía pues esperar que todo tenía que ir adelante sin problemas. Pero, a pesar de sus buenas calidades, tenía un defecto que las comprometía todas: pensaba que no tenía que aceptar en todo la guía del Padre Aníbal.

Su presencia continua conseguía frenar las posibles ilusiones de la Señora, pero cuando tuvo que ir a Nápoles para arreglar unos asuntos familiares, la Jensen quiso dar prueba de sus capacidades organizativas. Impuso una cierta clausura a las huerfanitas, permitiendo el coloquio con las madres sólo a través de una grata de hierro.

Las madres vieron en aquellas restricciones un abuso de poder, un atentado a la libertad de las hijas y suya y, sin pensar más veces, hicieron piña y fueron a retirar a las hijas con la intervención de la policía.

Vuelto a Mesina, el Padre Aníbal se halló con este desastre y tuvo que empezar levantando el moral de la Señora y luego tocando de puerta en puerta para pedir que las niñas volviesen al orfelinato.

En este propósito el Padre Aníbal destacaba, con amargura, que tomar huérfanas que tienen la madre no permite, generalmente, llevar a cabo la educación de las niñas:

«Desde aquel entonces – decía en efecto el Padre Aníbal – empecé a comprender cuánto sea para evitar tomar huérfanos de padres, que tengan la sola madre, porque siempre o casi siempre tuve que arrepentirme de ello. Gente del vulgo, sin ningún entendimiento de la obligación de educar bien a las hijas, basta que una amiga cualquiera le diga: “A vuestra hija la maltratan”, para que se impongan de tenerla otra vez, hasta haberme hecho llamar más veces a la policía. No faltas de una malicia innata o adquirida por el demasiado bajo origen y vida sin educación ninguna, se daban cuenta de mi premura en salvar su prole y sacaban de ello motivos de aprovechamiento a los que, con cierta disimulación, se tenía que corresponder. Episodio gracioso: una de aquellas madres, vulgarísima, que tenía una hija pequeña en aquel naciente Orfelinato, se presentó un día a Doña Jensen y le dijo de referirme a mí: “la gente me toma el pelo diciendo: usted tiene una hija allá dentro, ¿y no le dan nada?”».

«Por eso – escribe el P. Vitale – en el sentido de aquellas mujeres, el Padre Aníbal quedaba obligado hacia aquellas madres, cuyas hijas eran amparadas. ¡Bendita caridad cristiana, que de las oposiciones trae alimento para difundir sus llamas!».[[191]](#footnote-191)

# **Fundación de la Congregación femenina**

En finales de junio de 1884 el Padre Aníbal había ido a Nápoles y desde allá pensó seguir para Roma con la intención de pedir al Papa unas ayudas para las Obras de las Casas Aviñón.[[192]](#footnote-192)

Naturalmente, para tener consejos y eventualmente para conseguir una audiencia, se dirigió a Mons. Isidoro Carini (1843-1895), punto de referencia de los sicilianos porque siempre disponible para beneficiar y para amar.[[193]](#footnote-193)

Este era muy amigo de Mons. José Guarino y del P. Santiago Cusmano, y así con mucha probabilidad el Padre Aníbal se le había presentado a él con las credenciales del Prelado.

Le confiaría las dificultades en que se debatía la nueva institución y habría salido la idea de confiar la Obra del barrio Aviñón al «Bocado el Pobre», fundado en Palermo por el P. Santiago Cusmano (1834-1888),[[194]](#footnote-194) así que ambos creyeron reconocer al otro la paternidad de esta idea.

Mons. Carini, en efecto, comunicó a Cusmano que el P. Aníbal «quisiera ponerse totalmente, incluidas sus cosas, en la sombra del Bocado el Pobre y bajo las grandes alas del P. Cusmano»,[[195]](#footnote-195) mientras que el Padre Aníbal escribía al P. Santiago que «estando en Roma (…) el querido P. Carini me aconsejaba de fundir esta Obra con la suya de Palermo»,[[196]](#footnote-196) y aún: «Mons. Carini me propuso en Roma una fusión de esta Obra del Barrio Aviñón con la alabadísima de Vuestra Señoría».[[197]](#footnote-197)

El P. Aníbal obtuvo también una audiencia con el Papa, pero no alcanzó su finalidad: «Fui al Santo Padre en Roma, con la esperanza de conseguir alguna limosna, pero mi esperanza falló».[[198]](#footnote-198)

Además, no pudo ponerse en seguida en relación con el P. Cusmano porque, difundida la voz que en Mesina se habían manifestado casos de cólera, las Autoridades sanitaria para prevención habían impuesto la cuarentena, así que el P. Aníbal no pudo regresar. Fue informado sobre este asunto en Roma y escribió una carta al hermano don Francisco, intentando solicitar su presencia en el barrio Aviñón: «Imagínate lo que me duele no poder volver a Mesina en estos momentos en que tendría que tendría que encontrarme en mi sitio por todos los acontecimientos posibles. (…) Mientras tanto te encomiendo aquellos pobres niños de las Casas Aviñón; no puedo pensar que me encuentro tan lejos en estos momentos.

«Cuando puedes ir alguna vez, ve a confortarlos, y les dirás que yo los bendigo, y permanezcan confiando en el Señor, y que recen y frecuenten los Sacramentos ».[[199]](#footnote-199)

Finalmente, en los primeros días de agosto, pasado el peligro del cólera, el P. Aníbal pudo regresar en Mesina y escribió en seguida al P. Cusmano añadiendo entre otras cosas, un mapa de las *Casas Aviñón*.[[200]](#footnote-200) Empezó así una correspondencia rica de aquella espiritualidad dominada por una fe viva y por una caridad sin límites, mientras, por otras partes es posible destacar las condiciones miserables del barrio Aviñón que a través de la obra incansable del joven canónigo empezaba a tener un nuevo rostro.

«¡Vuestra Señoría – escribió al Padre Cusmano – imagine qué dificultades reparar a tanta miseria! Con la ayuda del Señor logré edificar una pequeña capilla al Sagrado Corazón de Jesús,[[201]](#footnote-201) y conseguí fundar tres Pequeños Institutos para niños abandonados, que son iniciados a los artes y oficios, y algunos instruidos, porque manifiestan la santa vocación al Sacerdocio. [[202]](#footnote-202)

«Las niñas trabajan, y entre ellas un cierto número quieren darse a Jesús, y oh, ¡parece que sean las primeras florecillas que germinan entre los horrores de aquel lugar!

«Estas pequeñas Obras son justamente incipientes; no hay rentas, se vive de puras limosnas; parece humanamente imposible seguir adelante, se vive con dificultad el día a día; ¡pero asistimos a grandes milagros de la Divina Providencia! Las contradicciones, las dificultades y las penas son continuas. ¡Qué viva Jesús!

«Fui al Santo Padre en Roma, con la esperanza de conseguir alguna limosna, pero mi esperanza falló.

«Mientras tanto hay una bonita tribulación que me angustia. Padre mío, para dar el pan a 100 niños y a 100 pobres, pagar las casitas, vestir las Comunidades etc. etc. tuve que endeudarme, y estoy sumergido en las deudas hasta la garganta. ¿Cómo las pagaré? Tiene que pensar en esto el dulce Corazón de Jesús.

«Mientras tanto el martes que viene tengo que pagar quiera o no quiera 400 liras por el pan. Padre mío, el Sagrado Corazón de Jesús me inspira de dirigirme al padre Cusmano, que ama a los pobres, y puede bien considerarme.

«Le ruego, Padre mío, de ayudarme en cualquier manera, y cuánto más antes posible. El Sagrado Corazón de Jesús la recompensará».[[203]](#footnote-203)

Y seguía la propuesta de fusión de las Obras según lo que se había pensado con el Mons. Carini; pero el Cusmano no se mostró entusiasta de este proyecto y para la deuda sugirió de «dirigir sus instancias directamente a S. E. Rev.ma Arzobispo Guarino.[[204]](#footnote-204)

Unos diez días más tarde, el 20 de agosto, informó al P. Santiago que «el Sagrado Corazón de Jesús se dignó venir en ayuda de la Obra de sus pobres, enviándonos 600 liras de limosna en modo justamente prodigioso». Así que, retomando el discurso de las dificultades de la Obra del barrio Aviñón creyó haber individuado «el gran inconveniente que hay es que falta de un hombre de Dios, que la lleve adelante. Hace más tiempo que ruego al Sagrado Corazón de Jesús para que se digne proveer esta Obra con un hombre ardiente». Y lo invitaba a Mesina para ver la Obra.[[205]](#footnote-205) Mientras tanto, en enero de 1885 Mons. Guarino había ido a Palermo y en aquella ocasión había hablado con el Cusmano de la Obra nacida en el barrio Aviñón de Mesina, solicitándolo a enviar a sus religiosas. Cuando lo supo el P. Aníbal, manifestó su inmensa alegría: « mi amadísimo Monseñor Arzobispo – escribió a Cusmano el 10 de febrero – me participó la buena noticia que Usted enviará sus santas hijas las Siervas de los Pobres a Mesina, en el medio de los Pobres del Sagrado Corazón de Jesús amparados en el barrio dicho Aviñón.

«(…) Monseñor Arzobispo en estos días visitará el lugar de los Pobres, y seguidamente escribirá a Vuestra Señoría invitándole a Mesina. Sin embargo, sería una muy buena cosa que Vuestra Señoría viniera sin retraso apenas le invita el Monseñor. Mis chicos esperan ansiosamente la venida de Vuestra Señoría. Yo dispuse sus corazones».[[206]](#footnote-206)

Seguidamente escribió otras tres cartas para conocer la fecha de la ida del Beato,[[207]](#footnote-207) pero no tuvo respuesta por la enfermedad de él hasta el 10 de abril, en la que se dice listo para llegar a Mesina en cuanto le será posible y, para hacer obediencia a Mons. Guarino, está dispuesto a enviar a sus religiosas, pero cree que sea inoportuna una fusión de las Obras, ya que «el desarrollo de las artes, de la prensa, de los trabajos femeninos, el título de la Obra, los programas publicados por la asociación, forman todo un conjunto para imprimir un carácter específico. (…) Es verdad que miramos hacia la misma finalidad, y usamos en gran parte los mismos medios; pero también tenemos modalidades diversas por las que la unión no haría que destruirnos, porque no sería ya ni la Obra Piadosa de los Pobres del Sagrado Corazón de Jesús, ni la del Bocado del Pobre».[[208]](#footnote-208)

Así que venimos a saber que las ideas del Cusmano correspondían con las del Padre Aníbal sobre la inoportunidad de la fusión: «Vuestra Reverencia tuvo luces por el Señor en escribir esta carta; pero tendrá más aún cuando llegue en Mesina. Todo lo que dice es verdad; ni yo sabría cómo solucionar el asunto. A mí también me va a parecer que una es la Obra del Bocado del Pobre y otra la Obra de los Pobres del Sagrado Corazón de Jesús.

El Sumo Dios, Autor de todas las buenas Obras, se gloría en hacerlas una diferente de la otra, por lo cual el espíritu de una Obra no es perfectamente el de otra; aunque se entienda que todas tiendan a la misma finalidad; pero *stella differt a stella* [1Cor 15, 41].

«Tuve siempre estas ideas siempre en el pensamiento, desde cuando el Monseñor Carini me propuso en Roma una fusión de esta Obra del barrio Aviñón con aquella alabadísima de Vuestra Señoría (…)

«Es verdad que el Monseñor Arzobispo, invitando a Vuestra Señoría en Mesina actuó por sí mismo; y yo nada sabía que lo hubiese invitado. He aquí pues que el Sumo Dios actuó por medio de su Ministro.

«En cuanto a mí, deseo ardientemente la venida de Vuestra Señoría, y la ruego por amor del buen Jesús que Vuestra Señoría se apresure en venir. Viniendo y mirando se formará criterios más exactos; hablaremos, nos entenderemos, y lo comentaremos mejor al Superior. Luego será lo que Dios quiere. Pero Vuestra Señoría no falte en venir».[[209]](#footnote-209)

Finalmente P. Santiago llegó a Mesina el 11 de mayo de 1885. De esta visita afortunadamente, tenemos dos relatos: uno del mismo Cusmano y uno del Padre Aníbal.

«Llegado allá, en Mesina, a las 12 del lunes 11 pasado, fui recibido en el palacio arzobispal – escribió el 13 de mayo el Cusmano – (…) Aquí el primero en presentarse fue el óptimo canónigo Di Francia, que inmediatamente me condujo al naciente establecimiento, que es encantador por su pobreza y por la protección con que el Señor guarda en una admirable calma aquellos seres que se encuentran allí juntados.

«En el conjunto quedé conmovido por el celo caritativo de aquel digno sacerdote y por la verdadera y pacífica pobreza que en aquel lugar se disfruta.

«El día siguiente fui allí para celebrar la santa Misa; hice el coloquio en la santa Comunión; hice el sermón del mes mariano, y luego confiriendo con aquel buen Padre parece que hubiese quedado bien dispuesto en unirse con nosotros. Se hicieron unos proyectos de ampliación; pero Monseñor no quiso que se tuviesen iniciativas en ninguna cosa, si antes no vuelve a Mesina una cierta señora Marquesa, que se comprometió en querer proteger esta nuestra fundación».[[210]](#footnote-210)

Y he aquí unos pasajes significativos del informe escrito por el Padre Aníbal el 7 de marzo de 1923:

«El Padre Santiago Cusmano, invitado por Su Excelencia, vino a Mesina para visitar mi naciente Instituto aún en la cuna en las barracas, dividido en dos secciones, separadas entre ellas por un muro, una de huérfanos y una de huérfanas. Me fui, en seguida que tuve noticia, al palacio obispal.

«La vista de aquel santo sacerdote era edificante por una humilde postura y una expresión de profundo recogimiento todas suyas.

«En cuanto me vio, anticipando cualquier otro saludo, me miró, y con su actuar dulce, suave y devoto, me dijo: *¡Jesucristo nuestro!* ¡Cuántas cosas me pareció comprender en aquel saludo, que salía tanto de las usuales presentaciones!

«Nos fuimos juntos a aquel lugar mío de barracas habitadas por los pobres. Era por la mañana, y él celebró la santa Misa en el Oratorio que había formado reuniendo y limpiando dos de aquellas casitas y allá predicó. (…)

«Se pasó luego a la visita de los dos incipientes Orfelinatos. Se paró conmigo en una de aquellas casitas, para razonar sobre el argumento. Me hizo observar que, en aquel lugar, entre aquellas casitas, la Obra no podría desarrollarse. Sus palabras fueron: “El lugar sofoca la Obra: si en las mimas casitas se tiene que hacer dormitorio, comedor, laboratorio, etc. esto no será posible”.

«De repente volvió la mirada en aquella casita en que estábamos hablando y exclamó: “Cuánta ternura me inspiran estas casitas! Pero para el desarrollo de la Obra no son suficientes”.

«Se tocó el tema de que él asumiera la hazaña y formase una Casa suya, tal como era en los proyectos de Mons. Arzobispo Guarino, que tenía por todas las cosas de Palermo una especial predilección.

«Pero yo observé la santa imparcialidad del Siervo de Dios. “No, dijo él, no puedo tomar por mí esta naciente institución, porque veo que ya camina, que tiene un nombre por sí (…), ya tiene un comienzo, el Señor podría querer otra Obra suya”.

«Le pregunté si en estas obras se tiene que ir con el compás, o sea calculando ingresos y salidas como se hace en una administración en regla y proporcionando así el bien que puede hacerse, o más bien se puede seguir en el día a día, con la confianza en Dios y sin hacer muchos cálculos. Me repuso estas mismas palabras: “¡Cuando yo no iba con el compás, veía milagros!”.

«Cuando volvimos a Mons. Arzobispo, este insistía para que mi naciente Obra fuese tomada y absorbida por el P. Cusmano en la suya, añadiendo que así se quitarían muchos huérfanos del abandono. Él con buenas maneras disuadió el Arzobispo, y concluyó: “*Pauperes semper vobiscum habetis*” (Mt 26, 11), o sea que por cuanto se reúnan, no se podrá nunca comprenderlos todos, y que era bueno que se formara otra Obra para recoger otros huerfanitos y huerfanitas».[[211]](#footnote-211)

El Padre Aníbal pudo registrar como consecuencia inmediata de la visita del P. Cusmano el abandono por parte de Mons. Guarino de la idea de fundir la Obra de Mesina con el «Bocado del Pobre» de Palermo. El Arzobispo contaba siempre, sin embargo, con la Marquesa de Cassibile, que tras haberlo tenido en suspenso le dio respuesta negativa, como se entiende de una carta del Padre Aníbal a Cusmano: «Aquella señora Marquesa de la que hablaba Mons. Guarino, dio una respuesta totalmente negativa: no quiere ayudar la Obra Piadosa para nada».[[212]](#footnote-212)

El Cusmano en su visita se había asombrado por el hecho que la pequeña capilla de Aviñón no fuese sacramental. El Padre Aníbal, en efecto, hacía tiempo que había empezado la preparación espiritual de sus nacientes comunidades y de los pobres para la venida, en forma estable, de Jesús Sacramentado en el pequeño Oratorio de las *Casas Aviñón*.

«Nacía espontáneo, en todos, el deseo que el Oratorio se hiciera sacramental – escribe el mismo Padre Aníbal -. Este pensamiento predominaba el Iniciador[[213]](#footnote-213) de esta Institución Piadosa.

«En verdad habría hecho falta muy poco para colocar allí el Santísimo Sacramento: hubiese sido suficiente el permiso según la ley eclesiástica; pero el sacerdote que había empezado a Obra estimó que la venida de Jesús Sacramentado en aquel Oratorio, en medio de aquella multitud de pobres de toda especie y de niños, fuese precedida por una preparación bastante larga y adecuada para impresionar profundamente las almas; estimó que la venida del Santísimo Sacramento en aquel lugar marcase un acontecimiento, una época de la Obra, porque Nuestro Señor Jesucristo habría sido hospedado allí justamente en medio de aquellos pobrecitos, hecho Él también pobrecito entre aquellas casitas, por amor de sus hijos derelictos.

«Se empezó pues con toda industria piadosa para suscitar una santa expectación en el alma de los niños recogidos, y en toda aquella multitud. (…)

«En este tiempo se hacían instrucciones continuas sobre la importancia de este gran acontecimiento que tenía que realizarse, se excitaban los corazones a la fe, al amor, al deseo de Jesús. Fueron escritas unas estrofas y puestas en música, que empezaban con estos versos: *Cielos de los Cielos, abríos. Baje el Dilecto a nosotros*. (…)

«Mientras tanto se ampliaba el Oratorio, añadiendo un pequeño coro para las huérfanas y se adornaba y embellecía cada vez más el pequeño Templo y el sagrado altar».

El Primer día de Julio de 1886 se celebró solemnemente la primera venida de Jesús Sacramentado en la Obra:

«Para cumplir el feliz acontecimiento – escribió el Padre Aníbal – fue destinado, sin ninguna precomprensión, sino igual por divina predisposición, el día 1 de julio de 1886. (…)

«Así llegó el 1 de julio de aquel año. Aquel día será para nosotros siempre inolvidable. Los huérfanos y huérfanas con vestidos nuevos esperaban en la iglesia el sagrado acontecimiento. Los alrededores de aquel lugar y las callejuelas adyacentes al Oratorio habían sido todas limpiadas. Hacia las 7 horas de la mañana el sacerdote subió al altar para ofrecer allí el divino Cordero y atraerlo en el mismo tiempo para morar entre sus pobres. (…) En el *Communio* pronunció un discurso de ocasión, destacando la gran suerte de aquel lugar miserable, transformado en morada del Rey de Reyes, y la gran suerte de aquellos pobres y niños, de tener entre ellos el Creador de todo, el Redentor adorable de nuestras almas, y así que se tenía que sentir la obligación de hacerle buena compañía. (…)

«Inmediatamente, siguió la procesión del Santísimo Sacramento, que salido de la pequeña capilla, pasó por las callejuelas de aquel lugar miserable, y entró por la vía pública de la ciudad. Lo precedían los huérfanos y las huérfanas con cirios encendidos y lo seguía y rodeaba aquella multitud de pobres. (…) Y no acabó allá la modesta solemnidad (…); duró en efecto hasta el domingo siguiente, pero en modo que se pudiera hacer divertir a los niños.

«En la callejuela interna, contigua al Oratorio, fue puesto un escenario, y en las horas de la tarde los niños, vestidos de clérigos, declamaban al aire libre discursitos preparados sobre la venida del Dios Sacramentado. En el apartamento de las huérfanas se hizo lo mismo. Muchos señores y señoras intervinieron.

«El último día, domingo, las dos comunidades de huérfanos hicieron la comida en las mismas callejuelas, cada una en el atrio del propio apartamento, con brindis de ocasión y santa hilaridad. En las horas de la tarde hubo nuevos discursitos, y se terminó por la noche con la bendición solemne del Santísimo precedida por una exhortación preparada».[[214]](#footnote-214)

Nacía así la «fiesta» por excelencia de la Obra que el Fundador quiso centrada en el culto eucarístico, y así la consideró «fecha histórica del nacimiento de sus Obras». Desde aquel momento, en efecto, no faltaba nada para la promoción integral de los pobres y de los huérfanos. La transformación material y moral de las *Casas Aviñón* tuvo el sello de la redención eucarística.

«Se tiene que saber y recordar – escribió el Padre Aníbal – ahora y en perpetuo, que esta Obra Piadosa tuvo por su verdadero, efectivo e inmediato fundador Jesús en Sacramento».

He aquí, entonces, la herencia espiritual del Padre Aníbal: Jesús Eucaristía centro de atracción del apostolado y de la promoción humana, en una palabra, centro de todas las iniciativas. Así él sentía la presencia de Jesús Sacramentado en sus Obras y así quería que fuese, por todos, sentido y reconocido el lugar central que la Eucaristía tiene que tener en todos sus Institutos.

Durante las celebraciones del Primero de Julio en el Instituto femenino, una de las hijas de Doña Jensen pronunció el discursito con una oración conclusiva en que fueron nombradas tres de las futuras novicias de la Congregación femenina: María Affronte, María Giuffrida y Josefa Santamaría.[[215]](#footnote-215)

Desde el origen del Orfelinato femenino «todos mis cuidados – escribe el Padre Aníbal – se dirigieron al conseguimiento de esta finalidad, que es inherente a todo Instituto educativo: el buen éxito de las jóvenes.

«Comprendí altamente mis obligaciones, mi responsabilidad. Juntar chicas para alimentarlas y dejarlas vegetando, no es implantar una casa de educación; no es mudar las suertes de la orfandad abandonada y preparar el porvenir de las derelictas hijas del pueblo. Hace falta que la educación regenere y moralice la chica arrancada al vagabundeo; hace falta que la instrucción la haga capaz de ganarse un día honestamente el pan de la vida.

«Esta gravísima tarea de la educación e instrucción de muchas huerfanitas, me puso en otra gran necesidad: en la necesidad de procurarme buenas educadoras o de formarlas. (…)

«Yo sentí la estrecha necesidad de ella en cuanto empecé a recoger huerfanitas. Pero las comunidades que deseaba para mi Orfelinato, o sea las Hijas de la Caridad[[216]](#footnote-216) y las Hijas de Santa Ana, no pudieron aceptar mi invitación, no teniendo yo medios para recompensarlas».[[217]](#footnote-217)

Mientras tanto, en Mesina hacia septiembre de 1886 las Hermanas Hijas de Santa Ana abrieron un Instituto. El Padre Aníbal, probablemente en febrero de 1887, aprovechando la presencia en Mesina de la fundadora, la Sierva de Dios Madre Rosa Gattorno, la invitó para hacer una visita al naciente Orfelinato femenino, pero no logró conseguir el compromiso de la dirección del Instituto en el barrio Aviñón.[[218]](#footnote-218)

Mientras tanto el can. Ciccolo, no sabemos si por encargo del Padre Aníbal o de Mons. Guarino, intentaba interesar las Hermanas de la Pequeña Casa del Cottolengo de Turín, pero «no se podía asegurar un lugar adecuado sin gastos, - atestigua el P. Vitale – ni hablar de cantidades que se requerían para el sustentamiento, porque todo era oscilante, en mano de la Providencia». Y, así, no se hizo nada.[[219]](#footnote-219)

Fracasados los intentos de hallar una comunidad dispuesta para aceptar la dirección de la Obra femenina, «entonces – dijo el Padre Aníbal en el discurso de 1906 – concibió un pensamiento igual muy atrevido, si no audaz: el de formar yo mismo una comunidad de hermanas educadoras de mis huerfanitas».[[220]](#footnote-220)

«Se persuadió – atestigua el P. Vitale – de pedir al Arzobispo la facultad de vestir las primeras hermanas, esperando del responso del Superior de conocer la voluntad de Dios.

«El Arzobispo le repuso: “Haga sin problemas, pero secretamente, sin mucha propaganda”».[[221]](#footnote-221)

«Este permiso – confió el Padre Aníbal al P. Santoro – en verdad me fue suficiente».[[222]](#footnote-222)

El Padre Aníbal quiso poner la naciente Congregación femenina bajo la protección de San José, por eso decidió entregar el hábito en las vísperas del 18 de marzo de 1887. El dibujo del hábito fue ideado por Doña Jensen, mientras que el Fundador quiso que el color fuese café en honor de Nuestra Señora del Carmen, y luego dibujó el emblema: un corazón pintado sobre tela, para coser en el hábito, con el lema: *Rogate Dominum messis*.[[223]](#footnote-223)

Fue hecho un pasillo en una de las casitas y salieron unas celditas donde entraba también una cama, una silla y una mesita en la pared. El pequeño coro, creado en la iglesia el año anterior, era su lugar reservado.[[224]](#footnote-224)

El 18 de marzo las futuras novicias presentaron a Mons. Guarino una petición para pedir su permiso y bendición: «nosotras aquí suscritas le pedimos una gracia. Desde hace tiempo estamos en este *Pequeño Refugio de las Pobrecillas del Sagrado Corazón de Jesús*, sentimos un gran deseo de ser todas de Jesús, dedicadas a su amor y a su servicio. (…) Pero nosotras no sabemos comenzar este retiro, ni nuestro Director Espiritual tiene el ánimo de hacérnoslo comenzar, si antes la soberana y deseadísima Bendición de Vuestra Excelencia no baja benéfica para reconfortar nuestro pobre espíritu».[[225]](#footnote-225)

El Padre Aníbal así recuerda el acontecimiento, escribiendo al Arzobispo: « el día 18 de marzo del presente año, vigilia de la fiesta del Glorioso Patriarca San José, Patrono Universal de la santa Iglesia, tuve el honor de presentar a la Excelencia Vuestra un habitito rojo, llevando el lema: *Rogate Dominum messis* y una súplica con la que pedía a la Excelencia Vuestra la Santa Bendición y el permiso para poder yo recoger cuatro de aquellas jovencitas, que fuesen dedicadas a la Oración para obtener los buenos trabajadores a la santa Iglesia.

«Vuestra Excelencia benignamente me dio el permiso y la bendición, y en vísperas de aquel día, las cuatro jovencitas, bajo la particular protección del Glorioso Patriarca San José, con el testimonio de dos Sacerdotes, o sea el que suscribe y el Reverendo padre [Antonino] Muscolino, vestían un hábito simple y modesto, con una cofia y una capa; y hacían cuatro promesas (…): *Castidad, Obediencia, Pobreza* y de *rezar* la divina misericordia para que envíe los buenos trabajadores a la santa Iglesia.

«Así venía a formarse un pequeño Noviciado de virgencitas que aspiran a una Profesión religiosa, en la que las cuatro promesas se convertirían en votos».[[226]](#footnote-226)

El 19 de marzo entraron en el noviciado: María Affronte, Josefa Santamaría, Rosa D’Amico y María Giuffrida.[[227]](#footnote-227) Fueron llamadas *Pobrecitas del Corazón de Jesús* y el noviciado fue nombrado *Pequeño Retiro de San José*.[[228]](#footnote-228)

El Primero de Julio de 1887 se celebró el primer aniversario de la venida de Jesús Sacramentado. A ello participó también Mons. Guarino, que, «echando una mirada benigna sobre aquella humilde y naciente institución, se dignaba impartir sobre aquellas jovencitas su Pastoral Bendición, acompañándola con aquella divina y misteriosa palabra: *“Creced, hijas afortunadas, creced en el Señor”*».[[229]](#footnote-229)

El Padre Aníbal llegó mientras tanto a conocer que Mons. Guarino cultivaba la idea de una fundación de sacerdote que se dedicaran a las misiones populares en las aldeas. Era justamente lo que hacía Don Francisco Di Francia, al que justamente el Guarino manifestó su pensamiento. Francisco habló de ello con el hermano Aníbal, que aprovechó inmediatamente la ocasión para sugerir que la comunidad podía empezar en seguida en el barrio Aviñón con la doble tarea: ayudar el Orfelinato y encargarse de las misiones.

«Mi hermano Sacerdote me habló de un proyecto de una fundación de Sacerdotes, - escribió el Padre Aníbal a Mons. Guarino el 25/11/1887 – que recogidos juntos bajo una regla y con una Profesión se dedicaran a la salvación de las almas con las santas Misiones.

«Este proyecto de la Excelencia Vuestra se encuentra admirablemente con las ideas, con los deseos que se alimentaron desde hace años en este lugar de Pobrecillos del Sagrado Corazón de Jesús y con las oraciones que desde hace más años se elevan a la Divina Presencia para conseguir esta gracia. (…)

«Es remarcable que mi hermano el Sacerdote desde unos cuantos meses puso un particular amor en este lugar; aquí él mora a menudo, pasa la noche de vez en cuando, y hace instancias para que le prepare una pequeña habitación. El Padre [Antonino] Muscolino y [mi] hermano Sacerdote, manifestaron desde hace más tiempo la buena voluntad de mudarse aquí.

«Con estos elementos y disposiciones, me parece que se podría comenzar muy bien el proyecto santo de la Excelencia Vuestra. (…)

«La Excelencia Vuestra sería el Fundador y Superior de la pequeña Comunidad; el padre [Antonino] Muscolino o mi hermano sería un vice Superior inmediato. ¡La Excelencia Vuestra nos daría la regla y la bendición! (…)

«Tenemos al Clérigo [Pascual] Scibilia que podría hacer parte desde ahora siendo un joven con raras virtudes. Tenemos a un joven que sería hermano lego, y un piadosísimo y humilde hijo».[[230]](#footnote-230)

El proyecto del Arzobispo no tuvo ningún seguimiento. Mientras tanto la fama de las virtudes del Padre Aníbal empezó poco a poco a atraer a jóvenes clérigos: la idea del P. Aníbal y de los jóvenes era la de alcanzar el sacerdocio, no de formar una comunidad religiosa en el sentido estricto; así que, al lado de la sección de los huérfanos, se empezó la de los clérigos que, sustancialmente, se consideraban ellos también unos acogidos que habían manifestado signos de vocación eclesiástica.[[231]](#footnote-231)

# **Dificultades**

Empezada la comunidad religiosa femenina, Doña Jensen pretendía de actuar de fundadora, superiora, legisladora y, según ella, el Padre Aníbal hubiese tenido que limitarse en la tarea sencilla de capellán y, sobre todo, seguir tocando de puerta en puerta para el sustentamiento. Ahora, hasta que se trataba de asistir a las niñas, organizar los talleres, dirigir y controlar los trabajos, llevar adelante el Orfelinato, el Padre Aníbal le había concedido justamente mucha confianza y le dejaba amplia libertad; pero a la pretensión de guiar las almas votadas al estado religioso no consintió mínimamente.

Ella entonces, algún mes tras la vestición, se presentó a Mons. Guarino diciendo que las hermanas estaban descontentas acerca de la dirección del Canónigo Di Francia y que, por lo tanto, deseaban dejar las *Casas Aviñón* para ponerse completamente a bajo su guía. El Arzobispo fue tan hábilmente enredado que escribió un billete en que autorizaba a las novicias a seguir la Jensen.

Las novicias, sin embargo, una vez que llegaron a conocer la cosa, se negaron a seguirla. El Padre Aníbal, a su vez, una vez que cayó en la cuenta de la mala jugada, se fue muy dolido al Arzobispo para pedir humildemente una explicación. Éste, comprendida la verdad de las cosas, lo tranquilizó: «*¡tenga, tenga a las hermanas y siga adelante sin problemas!*».[[232]](#footnote-232)

El Padre Aníbal, mientras tanto, en el intento de recuperarla, escribió a la Jensen:

«Son muchos y considerables los sacrificios que vos hicisteis para estas huerfanitas y Pobrecillas del Sagrado Corazón de Jesús, y yo os aseguro que siempre los aprecié altamente; aunque no sea esta vuestra recompensa, sino aquella que os prepara el Sumo Dios en el cielo. (…)

«Retened, hija bendita en Jesucristo, que la cosa más importante para el buen funcionamiento de la Comunidad del Pequeño Refugio es justamente este buen ejemplo. Pues, si queremos que las niñas crezcan humildes y obedientes, hace falta que vos así os demostréis; y, ¿qué edificación pueden acaso tener si os ven poneros en abierta oposición conmigo?

«En esta Obra Piadosa, como en cada otra, no puede haber que un único jefe; al revés una Obra se convertiría en una torre de Babel. Todos los otros jefes de la Comunidad no tienen que ser sino representantes fidelísimos y en todo de aquel único jefe. Hasta ahora la Divina Providencia, por sus fines imperscrutables, quiso que el más indigno de todos los Ministros de Dios, como soy yo, fuese al cargo de esta Obra Piadosa; mañana podrá ser otro; mañana Monseñor Arzobispo podrá decirme de ponerme en un lado, y enviar allá otra persona; pero el principio de uno que gobierna y de todos que tienen la obligación de obedecerle, queda siempre el mismo».[[233]](#footnote-233)

La Jensen, sin embargo, no regresó, resuelta en fundar una obra por su cuenta. Compró un terreno en la aldea Arcipeschieri, construyó una casa y empezó un orfelinato y una comunidad de religiosas: *Pequeña Casa de las Pobres Hijas del Corazón de Jesús*. Intentó seguir teniendo como guía espiritual al Padre Aníbal y muchos años después quiso la fusión de su Obra con la del barrio Aviñón, pero el Padre Aníbal en 1922 le concedió solamente la *afiliación* espiritual a las Obras Antonianas.[[234]](#footnote-234)

Mientras tanto, justamente en el mes de julio de 1887 explotó en Mesina una tremenda epidemia de cólera: el Padre Aníbal, su hermano y las novicias se pusieron a disposición del Arzobispo: pero él permitió sólo a don Francisco de asistir a los enfermos en el Lazareto, mientras despidió al Canónigo Aníbal diciendo: «*Allá tenéis vuestra familia*».[[235]](#footnote-235)

De la carta que las novicias escribieron al Arzobispo sabemos que ya el 10 de agosto la superiora del *Pequeño Retiro de San José* era la señorita Rosalía Arezzo.[[236]](#footnote-236)

Hacia finales de 1887 el P. Aníbal escribió tres peticiones a Mons. Guarino: la primera, en octubre, se refería a la autorización eclesiástica de la naciente comunidad de religiosas:

«Y ahora suplico la Excelencia Vuestra que dirigiendo una mirada benigna suya hacia esta humilde Institución, se digne, cuando nada lo impida, y por amor de aquella divina palabra que forma su emblema e indica su finalidad, se digne corroborar su existencia mediante una aprobación eclesiástica de su parte, y se digne revisar y reconocer, por lo que cree, el reglamento, el hábito con el sagrado emblema, las oraciones, el nombre de las Novicias y su pobre morada».[[237]](#footnote-237)

Las otras dos, en noviembre, se referían en cambio a la autorización a formar en el barrio Aviñón la Unión Piadosa de las Hijas de María con petición de agregación a la Primaria de Roma.[[238]](#footnote-238)

El Padre Aníbal se esperaba por el Arzobispo el decreto de autorización de la Congregación femenina, pero ello no llegó sino tras mucho tiempo y muchas tribulaciones, casi en vísperas de su muerte: sin embargo el Guarino le quería mucho, lo apreciaba e intentaba favorecerlo y ayudarlo en toda ocasión.

Mientras tanto, durante el cólera la señora Susana Consiglio, viuda Miceli, había hecho una promesa: si su familia saldría sin daño de la epidemia, ofrecería pan a los huerfanitos del Canónigo Di Francia.

En octubre, acabada la epidemia, el Padre Aníbal se vio llegar las primeras 60 liras: empezó así la providencial institución del *Pan de San Antonio* para los huerfanitos de las *Casas Aviñón*.[[239]](#footnote-239)

El 9 de enero de 1888 murió Ana Toscano con 57 años. Don Francisco Di Francia que vivía con ella decidió, entonces de trasladarse al barrio Aviñón.[[240]](#footnote-240)

La muerte de la mamá hizo caer totalmente en las espaldas de nuestro Padre Aníbal una cruz que ya duraba unos ocho años: Juan, el hermano mayor.

Juan había tenido que despedirse del Banco de Sicilia en que trabajaba, renunciar al inminente matrimonio y encerrarse en casa por una forma virulenta de escorbuto. La asistencia no le faltaba, pero «en vano el hermano Francisco o las hermanas – atestigua el P. Vitale – se ofrecían para asistirle», él quería sólo Aníbal.[[241]](#footnote-241)

En este propósito, he aquí lo que escribió el mismo Padre Aníbal en las *Notas* para la *Historia de la Obra Piadosa*:

«Grave tribulación por la enfermedad de mi hermano Juan, que me quita a la Obra, creyendo que sea esto mi deber, y habiendo llevado a sí la compasión del Arzobispo Guarino que recordaba aquel pasaje de San Pablo: «*Si quis suorum et maxime domesticorum curam non habet fidem negavit et est infideli deterior*» (1Tim 5, 8); y lo aplicaba a mi caso. Interpelado por Doña Jensen por carta, contestaba: “¡El Canónigo Di Francia encuentre un sacerdote amigo suyo que lo sustituya en la Obra!”. Siendo imposibilitado en encontrarlo, yo creí que seguía la voluntad del Arzobispo abandonando durante más años la Obra casi totalmente y permaneciendo al lado de mi hermano».[[242]](#footnote-242)

Fallecida la madre, apunta: «Sigue empeorándose la tribulación de mi hermano Juan. Se encuentra un arreglo morando en el cuarto de Alessi en Aviñón».[[243]](#footnote-243) O sea un inquilino del palacio Alessi, cerca del barrio Aviñón, dejó libre un cuarto. El Padre Aníbal lo tomó en alquiler y obligó a su hermano a mudarse allí. Aquí Juan poco a poco entendió que no era correcto en sus pretensiones, y empezó a permitirle de retomar en pleno su trabajo entre los pobres.[[244]](#footnote-244)

El 15 de diciembre de 1899 moría el piadoso camilo P. José Sóllima. Este, como tuvimos modo de mencionar, el 8 de diciembre de 1881 había fundado en Mesina un asilo para las huerfanitas abandonadas, que había confiado a una cierta Doña Víllari, mientras él se prodigaba en búsqueda de medios de subsistencia.

El P. Sóllima, a pesar suyo, había atado la vida del Instituto a la suya; siendo consciente de ello, intentó asegurar su continuación haciéndolo declarar ente moral, pero la práctica iniciada por él no tuvo éxito, porque el asilo no tenía patrimonio ninguno, ni el lugar en el que funcionaba. Pagaba, en efecto, una pensión anual de 1.440 liras.

El periódico *La Luce* del 21/12/1889, cerrando la necrológica del P. Sóllima, expresaba el deseo que «la obra caritativa del P. Sóllima encuentre un digno seguidor».

«Aquel Orfelinato – recuerda el P. Aníbal – resultó un peso para sus dos hermanos, que no pudiendo suportarlo, me rogaron insistentemente de asumirlo. Con gusto yo lo tomé. Había allí 25 huerfanitas (yo tenía otras tantas), y muchas aportaciones mensuales de particulares y del Ayuntamiento, que daba 1.500 liras cada año al Padre Sóllima que luego me pasó a mí. Otras tantas ya me habían asignado».[[245]](#footnote-245)

Se hizo un contrato entre los hermanos Sóllima y el P. Aníbal.[[246]](#footnote-246) No habiendo lugares suficientes en el Barrio Aviñón, las huerfanitas del Sóllima permanecieron en su sede.

«Se sentía la necesidad de un lugar adecuado para desarrollar el Orfelinato femenino y dejar el de Aviñón para todo el masculino, nos informa el mismo Padre Aníbal. Se dio una ocasión favorable. Había sido puesto en alquiler un gran palacio de la antigua familia noble Brunaccini. Lo tomé en cargo durante tres años, y con gran satisfacción común y gratitud de la Divina Misericordia, allá fue trasladado el Orfelinato femenino con las hermanas asistentes. Esto fue en el año 1893 (*sic*). En Aviñón permaneció un presidio de religiosas».[[247]](#footnote-247)

Trasladado el Orfelinato femenino del barrio Aviñón al palacio Brunaccini, una semana después (23/4/1891) allí mudó también las huérfanas del Sóllima. El nuevo lugar favorecía una mejor organización y el desarrollo de la Obra.[[248]](#footnote-248)

Habiendo crecido el número de las huerfanitas, el Padre Aníbal tuvo que trabajar para hallar cada vez nuevos medios: consiguió lograr la exclusiva de las *florestrellas* para adornar las cajas de agrumes de cuatro empresas; luego los usuales trabajos femeninos de costura y con máquina de coser, ya de costumbre en el barrio Aviñón, fueron incrementados en el Brunaccini. Los lugares permitieron abrir las escuelas primarias para el año escolar 1892-1893 y la enseñanza de la música para las externas.[[249]](#footnote-249)

«En el Orfelinato femenino del Can. A. Di Francia – escribe *Il Corriere Peloritano* del 9/9/1891 – se efectúan trabajos de agujas y de máquina, se cose ropa, se bordan ajuares, se hacen mantas, se trabaja en guipur, se hacen birretas para curas, gorras para niños, y flores artificiales también para iglesia: todo esto a precios muy baratos.

«*Prendas de punto*. Además de dichos trabajos, en dicho Orfelinato femenino se trabaja en prendas de punto con las máquinas, se hacen calcetines, franelas, cubre ramilletes, a precios muy discretos.

«Solicitamos a los buenos ciudadanos de confiar trabajo a estas huerfanitas que no tienen rentas para mantenerse, sino que viven con sus trabajos más que con las muy escasas subvenciones de hoy.

«*Birretas para curas*. Este artículo, que sale también por dicho Orfelinato, lo encomendamos cálidamente a todos los Rectores de iglesias, párrocos, capellanes y sacerdotes de Mesina y de la diócesis. Las huerfanitas trabajan a la perfección birretas para curas y con precios baratísimos.

«Para todos los antedichos artículos dirigirse a la hermana directora del Orfelinato femenino de la Obra Piadosa de Beneficencia, en frente a la Fuente de Genaro, Casa Brunaccini, Mesina».

El Padre Aníbal, aunque en medio de muchas ocupaciones y preocupaciones, alimentaba su vida espiritual con el amor a Jesucristo:

«El amor que llevo para con el Señor mío Jesucristo, como verdadero Dios, - escribía al profesor Tomás Cannizzaro - me impulsa a obedecer a todas sus palabras, además que produce en mí otra flama de amor, o sea el amor para con mi prójimo.

«Jesús dijo: “*Amad al prójimo como a vosotros mismos*”: y yo me esfuerzo de amar al prójimo como a mí mismo; y es por esto che dediqué mi vida miserable para bien de mi prójimo, por lo que mezquinamente pueda.

«Jesús dijo: “*Dad al que os pida*” y: “*Lo que haréis al más miserable me lo hacéis a mí mismo*”. Y yo intento no negarme con nadie, y en la persona del pobre venero la persona de Jesucristo. Jesús bendijo a los niños, los amó con tierno amor y dijo: “*No menospreciéis a ninguno de estos niños porque sus Ángeles contemplan continuamente el rostro de Dios*”. Y yo por eso amo mucho a los niños y me esfuerzo de salvarlos. Considero en primer lugar que el máximo fin de todo lo que hizo, dijo y padeció Jesucristo Nuestro Señor, fue la eterna salvación de las almas, y sudó sangre en el huerto pensando a cuántas almas se pierden por el orgullo y la sensualidad; y yo me esfuerzo antes que nada para la salvación eterna de las almas.

«Todo esto le digo, Profesor muy querido, no para lucir, porque yo no soy nada, sino para demostrarle que el amor del prójimo hasta el sacrificio no puede subsistir sin el amor para con Jesucristo Dios.

«Hablo del sacrificio verdadero, humilde, íntimo y no del fanatismo que no llega a otra cosa que al simulacro del amor del prójimo.

«Considere, Profesor muy querido, que, si no amara a Jesucristo Dios, me hartaría muy pronto de vivir en medio de los pobres más abyectos, y despojarme de lo mío, y perder el sueño y la propia tranquilidad por los pobres y los niños».[[250]](#footnote-250)

De este escrito citado es posible sacar como su Cristología no fuese abstracta y vaga, sino que tuviera como centro propulsor la visión del misterio pascual de la Pasión de Cristo y de Jesús Eucaristía, y hundía las raíces en la Sagrada Escritura.

La imagen del Cristo que sufre es el objeto prevalente de sus meditaciones. La compenetración en los sufrimientos, y en particular en las *penas íntimas* padecidas por el Redentor, son los caminos maestros de su itinerario espiritual, personal y de director de las almas, secreto íntimo de su entrega a los hermanos.[[251]](#footnote-251)

En esta dirección, tuvo gran importancia la visión del *Rogate*, no sólo como mandato o monición, sino como momento de pena íntima del Señor para con los hombres considerados como «rebaño perdido sin pastor».

He aquí, entonces, la conexión muy estrecha entre oración y caridad, típica del carisma del P. Aníbal.

En su vida indicó constantemente a las almas, que se ponían bajo su guía espiritual, este particular objeto de meditación, mientras la prescribió a sus dos Congregaciones, los Rogacionistas y las Hijas del Divino Celo, en la «*23ª Declaración*»:[[252]](#footnote-252)

«Para crecer cada vez más en el fervor y en el celo de la Divina Gloria y salud de las almas, para comprender y cumplir santamente nuestra sublime misión, (…) no descuidaré nunca la meditación diaria, que se hará en común o privado, sobre los misterios de la vida, Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo; y si puedo, añadiré más. De forma especialísima, conforme a las Reglas de esta Piadosa Congregación de los *Rogacionistas del Corazón de Jesús*, me entregaré a la meditación de las penas íntimas del *Corazón de Jesús*; es decir, pensaré y reflexionaré en los profundos y escondidos tormentos del Corazón Santísimo de Jesús, desde el primer instante de su encarnación, ante los pecados del mundo, ante las ingratitudes humanas, ante el detrimento de las mismas almas de los elegidos y especialmente ¡ante la condenación eterna de tantas almas! Me hundiré en este abismo inconmensurable de las penas del Corazón Santísimo de Jesús, las cuales superan inmensamente incluso aquellas de su Santísima Humanidad, y sobre las que pocos meditan. Me uniré a las penas del Divino Redentor, para sentirlas en mi corazón y lo contemplaré náufrago y sumergido en el mar de estas penas inefables en el huerto de Getsemaní. (…)

«De estas meditaciones sacaré valor y fortaleza para todo sacrificio para inmensa gloria de Dios y bien de todas las almas, para infinita consolación del Corazón Santísimo de Jesús».

El texto preferido para sus meditaciones personales, y que siempre aconsejaba, era el libro del agustino Ven. Siervo de Dios P. Tomás de Jesús, *Travagli e Patimenti di N. S. Gesù Cristo*, del que editó, en enero de 1927, sólo el primer volumen, habiendo llegado luego la muerte.[[253]](#footnote-253)

Naturalmente, cabía en la esfera de sus intereses espirituales toda aquella literatura que se ocupaba de este particular aspecto de la oración mental.

La meditación constante sobre este tema encontró terreno fértil en la naturaleza sensible y poética del Padre Aníbal. Él, en efecto, desarrolló una gran capacidad de compenetración y una fineza espiritual tal que le permitieron coger las profundidades de la literatura mística.

El interés para la mística constituye, son duda, otro aspecto muy marcado de su espiritualidad, no separado por su interés predominante de apostolado activo. Algo que a primera vista puede parecer anómalo y fuera de lugar, pero si seguimos su itinerario espiritual constatamos que, en cambio, es posible y hasta eficaz.

Entre sus lecturas habituales encontramos en efecto el libro de Sor María de Jesús de Ágreda, *La Mística Ciudad de Dios*,[[254]](#footnote-254) y obras de otros famosos místicos.

Gran importancia, entonces, asume la edición, hecha por él en 1891, del *Diario de S. Verónica Giuliani*, donde destaca no sólo una buena y sólida preparación literaria, sino también la profunda capacidad de compenetración espiritual del escrito, sin lo cual difícilmente habría podido percibir tales y tantos matices.

Su finalidad, luego, no era lo de hacer un trabajo crítico, sino de hacer el escrito de la Giuliani inteligible para un público más amplio para contribuir a la salvación de las almas. Haciéndole así absolver la función confiada por el Señor a estas personas, en el gran designio de la economía de la salvación

Estos escritos, decía, «tienen la calidad de renovar la Fe en los corazones, y de encender nuevamente un vivo amor a Jesús y a María (…); los aprovecharán los Predicadores, los Directores espirituales, los Confesores, los amantes de la perfección, y todos los que tendrán la suerte de leerlos».[[255]](#footnote-255)

También en este camino espiritual de relación con el Señor, íntimo y extremadamente personal, se entrevé la proyección del P. Aníbal hacia el exterior, hacia el Prójimo, que se explica en todas las formas de caridad, tanto espiritual como material.

La preocupación continua de la Obra, la necesidad diaria de tocar a la puerta y a los corazones de las personas para recoger el sustentamiento necesario, las penitencias con que sometía su cuerpo, la extenuante asistencia al hermano Juan, contribuyeron a un agotamiento nervioso que el Padre Aníbal tuvo en los primeros meses de 1893.[[256]](#footnote-256)

«Con cuarenta y dos años caí de repente en una neurastenia agudísima. Me faltó de repente el sueño, que en mí era profundo, y el hambre que era gallarda. Durante un tiempo no podía más ni tomar alimento, ni dormir.

«Los recursos que me daban los médicos en Mesina no me ayudaron para nada. Mi ánimo había vuelto tétrico. En ciertos momentos me parecía que me iba a desmayar. No encontraba remedio ninguno, hasta que una Hija de la Caridad me habló de Kneipp, que en aquel entonces aún vivía, y me dio un volumen en francés del mismo autor. Abrí aquel libro, y en la primera me salió una página que hablaba de un sacerdote agotado por muchas fatigas y curado por Kneipp.

«Entonces le escribí y tras unos cuantos días me envió la terapia. Empecé a practicarla y a mejorar. Luego me envió una segunda».[[257]](#footnote-257)

Así escribió él mismo.

De repente, pues, el Padre Aníbal fue obligado a parar, de repente las financias de la Obra se redujeron a nada: faltaba su diario tocar a la caridad de la gente y no había el que lo hiciera en su lugar.

El Arzobispo Guarino, inmediatamente se activó para salvar tanto un sacerdote suyo y también el fruto de su largo trabajo:

«¡Hola hermanos nuestros mesineses!

«Más que nunca hoy es el tiempo que los “Pobrecitos del Corazón de Jesús”, recogidos por aquel Rev.mo y piadoso Canónigo Di Francia, reciban por la caridad ciudadana una poderosa ayuda en las miserables condiciones en que se hallan desde hace muchos años. Ellos no tienen casa para morar, ni medios suficientes para vivir: sólo tienen a un buen Padre, dicho Canónigo Di Francia, en alabanza del cual no decimos ninguna palabra, ya que sería querer añadir esplendor al sol.

«Sin embargo no se conocen las penurias que sufrió, y que sigue sufriendo este buen sacerdote del Señor, para sustentar tanta mísera gente allí recogida. Son más de cien huérfanos y pobres que viven para peso y cuidado de dicho Padre Di Francia, sin renta ninguna, sin medios seguros. (…)

«¡Ayudemos para no perderlo antes del tiempo con doble pena de nuestros corazones!».[[258]](#footnote-258)

Esta apelación del 2 de noviembre de 1893 está firmada por Mons. Guarino, por el obispo auxiliar Mons. D’Alcontres y por el Vicario General Mons. Basile.

El mismo día se constituyó un comité de ciudadanos que lanzó a su vez una apelación para evitar que «una obra tan útil y humanitaria» pudiera disolverse. Entre los signatarios aparecen el barón Cianciolo, el príncipe D’Alcontres, el abogado Fulci, el prof. Costa Saya y otros personajes ilustres incluso no practicantes. En el mismo mes se constituyó otro “Comité Activo de Celadores”, al que tomaron parte otros personajes.[[259]](#footnote-259)

Esta repentina movilización de personas importantes consiguió suscitar nuevas simpatías para con la Obra y a llevar una ayuda positiva a los Institutos; pero el entusiasmo duró durante breve tiempo, a pesar de las reiteradas apelaciones de la prensa.[[260]](#footnote-260)

La intención de los Comités y de la prensa era evitar que el Padre Aníbal se echara nuevamente en aquel trabajo intenso, lleno de ansiedad, minando definitivamente su salud. El Padre Aníbal, sin embargo, en cuanto se lo permitieron, había vuelto a tocar de puerta en puerta para garantizar el pan a sus pobres. Luego no había podido decir que no al Doctor Lorenzo Mandalari, que había abierto en el barrio Retiro una clínica psiquiátrica en que servían las Hermanas Hijas de Santa Ana, para cuidar la dirección espiritual de estas religiosas. Lo hizo con placer, no sólo por su amistad hacia el Doctor Mandalari y para obedecer a su Arzobispo, sino también como acto de favor para con Madre Rosa Gattorno.[[261]](#footnote-261)

Otra preocupación del Canónigo en este periodo fue la de redactar un informe administrativo detallado sobre sus Obras, para dar cuenta a las Autoridades, a las Entidades y a los Bienhechores sobre el estado económico de la Obra.[[262]](#footnote-262)

El 16 de noviembre de 1894 Mesina tembló violentamente: «La consternación del pueblo fue enorme y continua durante muchos días porque al tremendo seísmo siguieron muchos otros temblores, aunque de violencia menor».[[263]](#footnote-263)

El Padre Aníbal mudó temporáneamente la comunidad del Brunaccini al barrio Aviñón, donde las casitas bajas eran más seguras. En efecto, como recuerda el P. D’Agostino, clérigo en aquel entonces, «heridos, afligidos, perdidos, desconcertados en el espíritu, solos o en procesión, iban todos al barrio Aviñón. Yo estaba presente. El Siervo de Dios predicaba y confortaba; hacía rezar las Letanías de los Santos: hasta los indiferentes y ateos encontraban una orientación tras sus palabras».[[264]](#footnote-264) Y Rosario Marchese, que ya estaba al lado del Padre Aníbal, refiere que «ya desde aquel entonces toda Mesina hablaba de él con entusiasmo, especialmente por el terremoto ocurrido en noviembre de 1894, por lo cual el Siervo de Dios predicaba cada noche muchas veces, según el número de las peregrinaciones de penitencia que hacían allá los Mesineses, aterrados por el terremoto, que lloraban sus pecados tras las palabras de santa unción del Siervo de Dios».[[265]](#footnote-265)

Hacía tiempo el Padre Aníbal estaba en busca de una sede estable para el Orfelinato femenino; llegó a conocer la disponibilidad del antiguo Monasterio del Espíritu Santo, y el 18 de junio de 1894 hizo petición de ello al Ayuntamiento.[[266]](#footnote-266)

Mientras tanto el abogado Carmelo Pugliatti, propietario del palacio Brunaccini, hacia el mes de junio de 1894 vendió el inmueble: el nuevo propietario comunicó al Padre Aníbal que no quería renovarle el contrato de alquiler, y le dio el desahucio para ejecutarse no más tarde del 31 de mayo de 1895.[[267]](#footnote-267)

«El año 1895, el Orfelinato se halló en un punto muy crítico, del que humanamente no era fácil salir. Se trataba que el palacio Brunaccini había sido vendido, y el nuevo propietario nos había impuesto de dejarlo libre. En aquella grave situación las pobres huerfanitas estuvieron más días en la capilla para rezar al Señor y a la Santísima Virgen, cuando inesperadamente se movió a nuestro en primer lugar toda la prensa ciudadana con muchos artículos, luego la ciudadanía, y presionaron tanto a los Administradores del Ayuntamiento, que el Consejo unánimemente deliberó concedernos este ancho Monasterio, con grandes pórticos y jardines».[[268]](#footnote-268)

El Ayuntamiento hacía oído sordo, pero no había tiempo para perder: el Padre Aníbal tocó a todas las puertas que podía. Hizo una nueva petición el 3 de marzo y otra nuevamente el 8 de abril de 1895.[[269]](#footnote-269) Tuvo los periódicos católicos con él y luego el Arzobispo que ya en octubre de 1894 lo había propuesto como Rector de la Iglesia del Espíritu Santo.[[270]](#footnote-270)

Mientras tanto, se preparaba una nueva campaña de prensa para solicitar la caridad: para el 28 de abril se organizó un *Paseo de Beneficencia*: «La ciudad se conmovió, y de los balcones, de los comercios, de las tiendas llovían objetos de toda clase, y aportaciones en dinero, mientras los transeúntes bendecían al Padre que acompañaba el carro y extendía la mano para sus hijos. No faltaron episodios que revelaron el corazón del Padre, y se notó que, saliendo de alguna casa en que había recibido objetos o dinero, en seguida lo compartía con algún pobre que lo perseguía».[[271]](#footnote-271)

El Consejo Comunal finalmente el 14 de mayo tuvo una sesión a puertas cerradas y, tras una discusión animada, decidió conceder «temporáneamente al Canónigo Di Francia una parte del antiguo Monasterio del Espíritu Santo para recoger allí las huérfanas. La concesión del uso en cualquier tiempo y por cualquier causa será revocable por determinación del Ayuntamiento» además concedía una aportación extraordinaria de 4.000 liras por los primeros gastos para las reformas del edificio. En otras palabras, el Padre Aníbal había conseguido el monasterio sólo temporáneamente y tuvo que luchar no poco para que esta clase de confianza después de unos cuantos años se convirtiera en enfiteusis.[[272]](#footnote-272)

Así que el 7 de junio el Padre Aníbal pudo mudar allá la comunidad del Brunaccini, pero tuvo que padecer muchas molestias por parte de los vecinos.[[273]](#footnote-273)

Solucionado en parte el problema del lugar, permanecía siempre el económico. Por eso el 13 de junio de 1896 difundió una *Propuesta Piadosa a los Católicos Mesineses* en que, entre otras cosas, escribía:

«*El pan de San Antonio*. Como ya todo el mundo sabe en Mesina, tengo, desde hace más años, dos Orfelinatos, uno masculino y otro femenino, cuyo personal, en total, asciende a cerca de ciento treinta individuos. Hay quien me pregunta: ¿Cómo se hace a mantener todos estos niños acogidos? ¿Qué renta tiene el Instituto?

«El Instituto no tiene otras rentas si no las que llegan de los trabajos de los huerfanitos y de la caridad pública. El gasto anual supera las veinte mil liras. Mientras tanto las entradas ciertas llegan hasta diez mil liras cada año. Pero, ¿cómo se hace para todo lo demás?

«Las contribuciones se han vuelto muy escasas; los huérfanos aumentan cada mes, ya que son muchas las insistencias y muchos los casos críticos, a los que tal vez se tiene que ceder. Además, se tiene que añadir que, además de muchos huérfanos, me encuentro obligado a tener que socorrer una muchedumbre de pobres verdaderamente necesitados, que vienen a mis Orfelinatos de todas las partes de Mesina, ¡y tal vez se mueren de hambre! (…)

«Teniendo yo pues el peso del mantenimiento de tantos huérfanos, y necesitando mucho la ayuda del Cielo para conseguir el objetivo de su educación, imploré la intercesión del Glorioso San Antonio de Padua. Por lo cual, en la iglesia de mi Orfelinato femenino, en el Espíritu Santo, hay una imagen bonita de San Antonio (…). Debajo de esta Santa Imagen hay una cajita que lleva el lema: *El pan de San Antonio*.

«Ahora propongo a todos los buenos católicos que cada vez que necesiten alguna gracia, sea espiritual o sea temporal, se dirijan a San Antonio de Padua, que es llamado el Santo de los milagros, y le prometan alguna cantidad de pan, lo que cada uno crea».[[274]](#footnote-274)

En otras palabras, el Padre Aníbal había retomado la idea del voto de la señora Susana Consiglio, de que hablamos anteriormente.

A este periodo difícil, sin embargo, estaba para suceder otro mucho más complicado. Un episodio que marca un punto de inflexión decisivo en la historia de la Obra, tanto que puso en peligro su misma existencia. Fue como un crisol al que se someten las obras para comprobar su valor. Esta vez el problema no venía del exterior, sino que surgía desde dentro.

Ya vimos que la Obra pasó a través varias vicisitudes y estaba buscando laboriosamente un ajuste, presentando lagunas y faltas, que son propias de los comienzos. Esto no era desorden, sino natural condición de cosas que, nacidas de la nada, se tienen que arreglar poco a poco. Es lo que normalmente se lee en la historia de los orígenes de todas las Congregaciones religiosas. Esto, sin embargo, no se entendía por todos, y mientras la ciudad admiraba el heroísmo del Padre Aníbal, no faltaba entre los cohermanos el que, en cambio desconfiaba abiertamente.

Unos años después, el 11 de octubre de 1910, él mismo contestando a las dificultades de Mons. Zimarino sobre Don Eustaquio Montemurro, escribió:

«Quería someter una observación de no leve importancia a Vuestra Excelencia, fruto de mi pobre experiencia en asuntos de obras similares, en que me encuentro yo también desde hace años. O sea que cuando aparecen Obras similares en una Diócesis, son afortunadas si el propio Pastor, con luces del Espíritu Santo, que no le pueden faltar, las toma él mismo en serio, y con sus bendiciones, con sus exhortaciones, con sus consejos, y casi con su aliento, las lleva adelante si las reconoce como Obras de Dios, y con su autoridad y con su poder las destruye cuando con certeza reconoce que no vienen de Dios. Pero, ¡ay si para tales Obras interviene el clero para juzgarlas! En la mayoría de los casos los sacerdotes – quitando las debidas excepciones – toman partido contrario, y mueven cien críticas, que, queriendo o no, influyen en cierto modo en el ánimo de la Autoridad eclesiástica. La canasta, si no se llena, se moja.

«Para decir algo sobre mis casos – *non expedit quidem* – unos curas dijeron tantas cosas en contra de mis pobres Institutos, que el Cardenal Guarino de feliz memoria, aunque me quisiera mucho por su caridad, y aunque quisiera mis pequeñas Obras, aconsejado por un alto y sabio personaje del clero, disolvió mi Instituto de hermanas, aunque sin decreto escrito. Un padre franciscano,[[275]](#footnote-275) que sabía cómo iban las cosas, se presentó al Eminentísimo nuestro Arzobispo y le pidió un año de prórroga, como el viñador del Evangelio. Su Eminencia lo concedió con gusto, y luego, cuando fui a su casa para agradecerlo, me estrechó cariñosamente la mano, me miró benigno, casi quisiera decirme: *Pobre Canónigo Di Francia, ¡cuántas vicisitudes tenéis que pasar!*

«Yo no sé si en Gravina acontezca algo similar por parte del clero. Pero es mucho mejor que Vuestra Excelencia se consulte con nuestro Señor en la santa oración y en la santa Misa, más que escuchar a otros».[[276]](#footnote-276)

Ya vimos como el Padre Aníbal, incluso tras haber empezado el primer noviciado había seguido pidiendo la colaboración a varias congregaciones para confiarles la dirección o al menos la formación de la comunidad femenina. Los intentos diversos, sobre todo por la extrema pobreza, no llegaron a un éxito favorable, así que el Padre Aníbal, considerando que sus religiosas eran casi todas unas jóvenes de la misma edad, confiaba el gobierno a una de ellas, que ante el público tenía que aparecer como la superiora o la directora, mientras que internamente era sólo una hermana supervisora. Así, Doña Jensen había sido sustituida por la señorita Rosalía Arezzo hasta junio 1892.[[277]](#footnote-277) Cuando también esta se retiró para volver a su familia, el Padre Aníbal nombró supervisora a Sor Carmela D’Amore, que fue superiora en el Brunaccini y luego en el Espíritu Santo hasta julio de 1896.[[278]](#footnote-278) Mientras que en la pequeña comunidad de hermanas que quedaban en el barrio Aviñón había sido escogida Sor Verónica Briguglio, que conservó también ella este oficio hasta finales de julio de 1896.[[279]](#footnote-279)

Mientras tanto, acusaciones que se demostraron totalmente infundadas habían empezado a desacreditar en la Curia a Sor Carmela D’Amore, hasta que: «Hace tiempo que me llegan reclamaciones en contra de Sor Carmela D’Amore, superiora actual de su Instituto femenino, escribió Mons. Guarino al P. Aníbal el 3 de agosto de 1896. No le hablé antes sobre este asunto en la confianza que, conocidas las cosas, Usted mismo las arreglaría. Pero no sé por qué Vuestra Señoría, engañada, la dejó hasta ahora, en su sitio.

«Mientras tanto los desórdenes son continuos, tal como me aseguran honradísimas personas seglares y sacerdotes, y ponen en peligro la existencia del Instituto.

«Dispongo pues que el encargo de Superiora sea de tres años y la elección se haga por voto secreto por la Comunidad de Hermanas, y desde este momento destituyo dicha Sor Carmela; y como su carácter no es adecuado para hacer de Superiora, la declaro inelegible en perpetuo».[[280]](#footnote-280)

El Padre Aníbal, sorprendido por la durísima medida tomada por el Arzobispo, ejecutó las órdenes, sin embargo sintió el deber de atestiguar lo que sabía:

«Recibí el oficio que Vuestra Eminencia me envió por medio de mi hermano Sacerdote, con el que me ordenaba de deponer del encargo de directora a Sor Carmela D’Amore. (…) Ya dispuse que se haga entre hoy o mañana el Capítulo de las Religiosas para la elección de la nueva Superiora.

«Ya participé a Sor Carmela D’Amore la grave punición inflicta por Vuestra Eminencia, y la joven se sometió humildemente a ella.

«Mientras tanto, como deuda de mi conciencia, me siento movido a declarar a Vuestra Eminencia, por lo que me consta, como Director Espiritual de este Instituto, que Sor Carmela D’Amore, en los cinco años en que está en nuestro Instituto, tuvo una conducta siempre jamás irreprensible. (…)

«La joven mostró en seguida verdadera vocación, resistiendo más veces a las vivas insistencias de los familiares que la querrían en casa; siempre fue exacta en la obediencia, docilísima ante mis enseñanzas, modesta y piadosa. Además, habiéndola Dios dotada de un particular ingenio para el gobierno, le confié desde hace más años el Orfelinato femenino y lo dirigió siempre con mucho sentido, con mucha prudencia, con mucho amor, (…) por lo cual más veces consideré esta vocación como una gracia del Señor para mi Orfelinato, ni pude nunca encontrar entre mis otras Religiosas la que podría sustituirla.

«Tengo que añadir que esta joven nunca ambicionó el cargo de Superiora, al revés, que yo tuve casi que obligarla en virtud de obediencia. (…)

«Me sorprende oír que personas muy honradas, seglares y eclesiásticas, desde hace más tiempo hagan reclamaciones en contra de esta joven. No sabría qué decir, pero podría haber sido alguna equivocación de persona, o que alguien hablara no bien informado».[[281]](#footnote-281)

El 7 de agosto el P. Aníbal remite al Arzobispo el Verbal del Capítulo celebrado el día 5 en que resultaron elegidas Sor Rosa D’Amico como superiora de la Comunidad de las Hermanas, y Sor Nazarena Mayone como directora del Orfelinato.[[282]](#footnote-282)

«Además, para evitar malentendidos, tengo que decir a Vuestra Eminencia que donde en la carta mencionaba a mi hermano, allá no entendí hablar en contra del mismo acerca de su irreprensible conducta moral. Sólo quise mencionar unos modos de ver y actuar de mi hermano que no están de acuerdo conmigo, ni con las personas prudentes y razonables de mis Institutos, nadie exceptuado, tanto entre los hombres que entre las mujeres».[[283]](#footnote-283)

Mons. Guarino autorizó las dos escogidas, y añadió: «Usted actuó con la usual suma prudencia, de la que siempre me complací. No hacía falta hacer protestas de obediencia, porque siempre de ello fui convencidísimo, ni tampoco hacer declaraciones sobre su hermano, porque también de él estoy convencido».[[284]](#footnote-284)

Cumplida la voluntad del Arzobispo, y alejada del encargo de superiora la que se creía la causa de todos los malestares, se esperaría un normal arreglo de las cosas. Y todo parecía seguir en este sentido.

Mientras tanto el Padre Aníbal, siguiendo el consejo de su confesor el abad D’Amico, había enviado a Sor D’Amore para todo el mes de septiembre en familia para descansar. El hermano don Francisco «se protestó que quiere permanecer en su lugar, y quiere despojarse totalmente de esas personas».[[285]](#footnote-285) Pero, evidentemente, la elección no había ido por la dirección deseada y la D’Amore, que luego no era «la autora de todo el desbarajuste por sus relaciones continuas con el Canónigo Aníbal a cargo del hermano don Francisco».[[286]](#footnote-286) El hecho es que «la actuación del hermano provocó en un primer momento por parte de la Curia la prohibición que el hermano Francisco entrara en el Espíritu Santo, prohibición que había sido provocado por pequeños grupos de hermanas que estaban en el lado de él», recordaba el P. D’Agostino.[[287]](#footnote-287) Y el Padre Aníbal dejó escrito: «Aquel Sacerdote, muy acepto a la autoridad eclesiástica, fue por la misma apartado de ocuparse más del Instituto, y empleado en carga honorable en el Capítulo de Mesina».[[288]](#footnote-288)

Don Francisco, en efecto, en este periodo fue nombrado Canónigo[[289]](#footnote-289) pero no estaba contento por el momento escogido para ser investido con esta carga: «¿Me hacen Canónigo para alejarme? ¡Se equivocan!», parece que iba diciendo.[[290]](#footnote-290) En efecto, no lograba absorber el grave golpe de la prohibición de ir al Instituto del Espíritu Santo y entonces, como «el Cardenal le prohibió entrar en el Monasterio, se tomó el permiso por Basile».[[291]](#footnote-291) Mientras tanto se intentó en todas las maneras de inhabilitar totalmente a Sor D’Amore, que probablemente, por su fidelidad al P. Aníbal, era vista como un peligro constante, incluso con cartas anónimas para inducirla a renunciar a la vocación. Estas cartas tuvieron que salir por personas que conocían bien la cuestión y que eran directamente interesadas.[[292]](#footnote-292)

«No existía un noviciado – depuso Sor Briguglio – y el personal había crecido, pero sin formación religiosa, porque faltó desde el principio el noviciado». (…) «No estábamos contentas por la administración, (…) todo nos dejaba descontentas; se insinuaban naturalmente malestares y descontentos; (…) don Ciccio[[293]](#footnote-293) (…) comprendía nuestro ánimo, quería que se alquilara una casa para empezar un verdadero noviciado; don Aníbal compartía la idea, pero luego en práctica no llegaba nunca a la conclusión sobre nada».[[294]](#footnote-294)

Que el noviciado faltara, no es verdad; que no todo fuese bajo las normas comunes, esto sí, y el Padre Aníbal estaba perfectamente consciente de estas deficiencias y esperaba poco a poco llegar a arreglar las cosas, como se acostumbra hacer en una obra naciente; pero Don Francisco y Sor Verónica Briguglio se mostraron impacientes y premurosos de formar un noviciado regular.[[295]](#footnote-295)

«Yo era clérigo – depuso el P. D’Agostino – y me di cuenta que entre uno, Francisco, y el otro, Aníbal, había profundas divergencias sobre la administración: el hermano pretendía una administración de contable, mientras el otro era contrario, porque quería confiar en la Providencia».[[296]](#footnote-296)

Pero veamos cómo se desarrollaron los hechos:

«Fui yo – depuso Sor Verónica Briguglio – que una noche, de repente, comuniqué a otras dos hermanas mi decisión: dejar la casa del Espíritu Santo y retirarme a Roccalumera para vivir allá una vida religiosa regular. Dicho, hecho: el día siguiente, de madrugada, yo, Sor Rosa, Sor María Marino y su hermana Sarita, salimos con el primer tren hacia Roccalumera. (…) Me parece que antes yo había escrito al Arzobispo, pero de él no tuve respuesta. (…) Llegadas allá en seguida escribimos al Siervo de Dios, para notificarle nuestro paso, y el propósito de empezar allí el verdadero noviciado siempre bajo su obediencia. (…) Aclaro que el Reverendo Don Ciccio[[297]](#footnote-297) no cooperó positivamente en toda nuestra conducta de secesión: yo, tomada la decisión, se la confié en aquella misma tarde que precedió la salida; no recuerdo sus palabras; recuerdo sólo que, por la mañana, con las cosas ya concluidas, mostró dolor; así me refirieron las hermanas que habían quedado.[[298]](#footnote-298)

Era la mañana del 12 de marzo de 1897.[[299]](#footnote-299)

El Padre Aníbal estaba en el convento de los Frailes Menores en el barrio Ritiro donde se hallaba el P. Francisco Bonarrigo, porque enfermo de tuberculosis, cuando le llegó la noticia de la huida de las religiosas. Llamó en seguida a Don Francisco para examinar la situación lamentable: antes de todo le declaró que lo creía ajeno en el asunto y abiertamente le dijo que no sospechaba para nada sobre él. Don Francisco calló, disimulando que no sabía nada.[[300]](#footnote-300)

En las notas del Padre Aníbal leemos:

«La Briguglio y las demás conferían con él. Concertó la huida, pero dijo: no me nombréis. La Briguglio dijo: Iré yo a presentarme ante el Cardenal. La noche antes de la salida les dio 30 liras en un sobre. Concertaron con la Cortona [la portera] y salieron de la puerta segundaria de la Iglesia. (…) Él había quedado verlas después de Pascua».[[301]](#footnote-301)

Mientras tanto aquel día o el día siguiente llegó de Roccalumera la carta de las cuatro: «Dolidas por el disgusto que le provocamos, Le pedimos humildemente perdón y esperamos en su bondad, en la ternura de su paterno corazón de conseguirlo»; y siguen diciendo que su decisión había sido determinada por el desorden, por la insubordinación y la inobservancia de las reglas que reinaban en la Comunidad del Espíritu Santo. Motivo del gesto era fundar una nueva casa de observancia o noviciado, y aunque el Padre Aníbal podría desaprobar el gesto, tendría que estar contento por la finalidad y autorizar la razón que lo había determinado. Además, pintan una posibilidad: no hacer propaganda, decir que todo aconteció con su consentimiento y así adquirir un elemento de ventaja para la Comunidad de Mesina.[[302]](#footnote-302) Una carta, análoga por su contenido, fue enviada también al P. Francisco Bonarrigo.[[303]](#footnote-303)

El Padre Aníbal se fue ciertamente al Cardenal: «Amenazas de Mons. Guarino», apuntó; pero el Prelado estaba en la cama paralítico y entonces hizo redactar por Mons. José Basile una carta de amonestación para las que se habían escapado. Este lo hizo oficialmente, mientras en realidad «ayudaba por debajo» a don Francisco.[[304]](#footnote-304) «Me encontré obligado – escribió el P. Aníbal al Sac. Patané - a referirme a la autoridad eclesiástica: a nuestro muy amado Cardenal, y a nuestro dignísimo Vicario. Con el uno y con el otro encontré, gracias al Señor, las acogidas más paternas, y las medidas más oportunas para el estado de las cosas».[[305]](#footnote-305)

El día 14 el P. Aníbal fue a Roccalumera: «Dos días después apareció él personalmente: nos movió unos reproches y nos mencionó una carta del Vicario General que mandaba nuestro regreso; no hicimos resistencia; yo sin embargo fui dejada, porque enfermiza, a quedarme en casa de mis familiares», depuso Sor Verónica.[[306]](#footnote-306)

En realidad, volvieron a Mesina sólo Sor Rosa D’Amico y la joven aspirante Sarita Marino. En Mesina, mientras tanto, alguna otra, sobrecogida por los escrúpulos, habló y ayudó a descubrir las maniobras que se iban haciendo. Los documentos que nos llegaron nos hacen entrever el clima de conspiración y exaltación difundido en el grupo de las que hacían cabo a las que habían ido a Roccalumera.[[307]](#footnote-307) Sor Rosa había vuelto «en primer lugar para hacer la obediencia, luego para amparar la Comunidad del escándalo por mi recibido» en calidad de Superiora, me pide «que me haga la caridad de librarme del voto de perseverancia como estoy librada de los demás; no habiendo Retiro, somos libres, pero espero la palabra de Vuestra Reverencia».[[308]](#footnote-308)

Mientras tanto Sor Verónica y Sor M. Asunción Marino el 22 de marzo estaban dispuestas para volver a Mesina: «Nosotras estamos esperando sólo una señal suya; y totalmente conscientes del mal que hicimos y sinceramente arrepentidas, La rogamos nuevamente de querernos perdonar. Así que cuando Vuestra Reverencia nos llamará otra vez seremos listas para obedecer y para demostrarle con los hechos que de nuestra imprudencia somos arrepentidas de verdad. (…) Mientras tanto, Padre, la rogamos que quiera hacernos la caridad de enviarnos algo de dinero. Cuando quiera nuestro regreso, no tiene que hacer nada sino la caridad de avisarnos y enviarnos las peticiones».[[309]](#footnote-309)

Y el 10 de abril escribe nuevamente: «Vuestra Reverencia no tiene que dudar para nada, yo quiero siempre permanecer bajo su dirección. (…) La Marino es totalmente arrepentida. Vuestra Reverencia haga la caridad de volver a aceptarla porque es muy arrepentida; si quiere, se la envío. (…) Vuestra Reverencia puede enviar a otras porque aquí hay la comodidad, también la hermana D’Amico aquí ciertamente se le pasarán todas las fantasías».[[310]](#footnote-310) Sin embargo, probablemente, don Francisco trabajaba en sentido contrario,[[311]](#footnote-311) y los frutos se vieron muy pronto. En efecto, Sor Verónica refiere que «el Siervo de Dios, habiéndolas vistas tristes y descontentas, una tras otra las envió a Roccalumera: Sor Rosa con el hábito, Sor María sin hábito, para castigarla. Más bien tengo que decir que, luego, envió allá también unas otras, entre otras la sacristana».[[312]](#footnote-312) Además, el hilo entre la nueva comunidad de Roccalumera y la de Mesina se redujo sólo al hábito, al que no tenían más derecho, por eso el Padre Aníbal pidió su restitución, lo que aconteció el 14 de julio de 1897.[[313]](#footnote-313)

Se consumió así la separación entre las dos comunidades, que humanamente fue un fracaso para la minúscula incipiente Obra, sea porque hundió su número, sea porque comentarios de toda clase provocaron en la ciudad y en los alrededores una motivada desconfianza que habría podido repercutirse negativamente en las vocaciones.

El Padre Aníbal tuvo seguramente que temer un estancamiento de las vocaciones y en los límites del posible intentó disipar unas dudas, sobre todo en los párrocos, para que no se alejaran eventuales vocaciones. De la carta escrita al Párroco de Gaggi, el P. Patané, el 22 de mayo de 1897 es posible tener también un testimonio preciso sea porque el que escribe es un testigo directo, sea porque nos hallamos en el mismo periodo en que se desarrollaron los acontecimientos. El texto de esta carta nos sirve para que tengamos una mirada de conjunto sobre esta prueba que el Padre Aníbal y su naciente Institución tuvo que superar:

«Yo considero lo que aconteció en ella como una prueba exquisitísima que el Señor quiso hacer para esta Obra, para mí, y para las personas que le pertenecen.

«Hoy que la prueba se puede decir casi terminada, no querría mínimamente hablar sobre ella, tanto más que ya no lo hice cuando la prueba estaba en su vigor. Siempre tuve presente el sagrado dicho del Espíritu Santo: *In silentio et in spe erit fortitudo vestra* [Is 30, 15 volg.]. Además, donde los pasados acontecimientos dejaran rastros perjudiciales para esta Obra mía podría sentirme tal vez de hacer alguna rectificación; y es justamente esto el caso, por lo cual me muevo a escribirle. Entro pues en el tema.

«Un Sacerdote [don Francisco], para mí queridísimo en muchos aspectos, y de moral irreprensible, por insinuación de unas jóvenes que pertenecían a mi Comunidad, pero que ahora fueron expulsadas de ella, formaba unos falsos juicios sobre otras jóvenes bien vistas por mí en mi Comunidad. De esto surgieron, como es bien natural, muchos inconvenientes, que habiéndolos yo previstos, intenté superarlos callándolos y disimulándolos, pero poco me valió, porque aquel Sacerdote para mí queridísimo, movido por celo excesivo, no pudiendo desviar mi manera de ver, buscó apoyo, en un primer tiempo en unos Sacerdotes acreditados de Mesina, y luego en la autoridad eclesiástica. Con los primeros empezó secretamente desde hace más años; y como cuando uno tiene su propia manera de ver, y la mantiene, hablando habla con calor, y transmite en los demás sus sentimientos, así aquel Sacerdote persuadió aquellas personas acreditadas; que se encontraron casi tomadas por el mismo celo, al punto que, aunque sabias y sensatas, no pensaron que habría sido cosa normal no oír hablar a uno solo, sino llamarme también a mí para poder luego juzgar con más exactitud. (…)

«En cuanto luego a la autoridad eclesiástica, en la persona de nuestro muy querido Cardenal, ella fue tomada, hace ocho meses, casi por sorpresa no sólo por aquel Sacerdote, sino también por los demás a los que él había transmitido su celo excesivo; y de esto vino una mayor complicación de cosas. (…)

«Hoy la autoridad eclesiástica está plenamente convencida que el Instituto sufrió una prueba. Mientras tanto las personas acreditadas que compartieron el celo excesivo de aquel Sacerdote igual todavía permanecen en sus falsas suposiciones, por la razón que yo nunca tuve ninguna premura de hablar con ellos, ya que para mí es suficiente que sólo la autoridad eclesiástica tuviera conocimiento de las cosas. Tanto el Cardenal como Monseñor Basile hablaron en manera para mí muy confortante. (…)

«Yo la ruego, muy estimado Padre, de no quererse escandalizar por estos acontecimientos; porque no es la primera vez que esto suele acontecer en la fundación de Obras similares; y esta es una prueba que Dios suele permitir en los comienzos de una Obra. La prueba fue de tal naturaleza, que si esta Obra no se destruyó, es verdadero signo que el Señor la protegió misericordiosamente contra las insidias del enemigo infernal. (…) Sólo de esto me duelo, por las pasadas vicisitudes; que produjeron una inútil alarma perjudicial, en cierto modo, a las vocaciones. (…)

«Sepa además que la Comunidad fue purificadas de aquellas personas que en el tiempo de la prueba no estuvieron fieles a sus promesas; y aunque, por órdenes superiores, llamé otra vez unas que se salieron, sin embargo, poco a poco fueron despedidas; y así el escenario está ya purificado; las causas de los contrastes pasados están ya quitadas integralmente, y la Comunidad forma ya un solo rebaño con un solo pastor».[[314]](#footnote-314)

El Padre Aníbal, mientras se activaba con prudencia para reparar al escándalo, se dirigía principalmente al Señor esperando por Él la vuelta de la calma en comunidad e invocando sobre todo una persona escogida que levantara nuevamente las suertes de la Obra: «Os suplico, oh piadosísimo Dios, - escribía el 22 de abril de 1897 - que quisierais concederme la elegida para esta Pequeña Obra de los pobres, y queráis concedérmela santa, humilde, culta, experta, y tal que sea la más adecuada para la reparación y formación de esta Obra Piadosa».

A causa de la pobreza, no había sido posible tener una congregación religiosa que tomara la dirección y la formación de la comunidad, así ahora intentaba tener una persona santa. Vimos como a través del confesor de María Palma de Oria, el canónigo Vicente De Ángelis, había entrado en contacto con Melania Calvat, la vidente de La Salette.[[315]](#footnote-315)

Intenta persuadirla de ir a Mesina para dirigir su Obra, pero como Melania estaba para volver a Francia, entonces pide tener con ella al menos un coloquio.[[316]](#footnote-316)

«En los días 8, 9 y 10 de agosto de 1897 – escribe Melania al abad Emilio Combe el 16 de agosto – tuve el gran consuelo de conocer a un cura verdaderamente santo, que me hizo prometer de no salir de aquí sin que él me viera para hablarle de su alma y de su Obra. Todos los días, durante muchas horas, hablamos de nuestro amorosísimo Jesús y de nuestra dulce, tierna y encantadora Madre María, de la Iglesia, de la predestinación, etc. etc. Este santo cura es un profundo teólogo, pero su grandísimo espíritu de humildad lo hacía como un estudiante que busca continuamente profundizar las ciencias místicas para amar a Dios cada vez más y con las más puras intenciones. (…) Finalmente, sin que lo mereciera, me confesé con un santo: haga Dios que ponga en práctica sus ejemplos de humildad y sus sabios consejos. Él habría deseado que fuera con él para dirigir su obra. Dada mi repugnancia para esto, él se ofreció para buscarme una residencia en la ciudad que le podría indicarle».[[317]](#footnote-317)

Mientras tanto, encontrándose el Padre Aníbal en Galatina (Lecce) para convencer a Melania para ir a dirigir la comunidad de las hermanas, en Mesina aconteció un episodio que de por sí no tenía importancia, pero que en cambio provocó una toma de posición revelando así el clima poco favorable, hacia él, que se había creado en la Curia.

En este propósito, atestiguó el P. Francisco Nalbone S. I.:

«Él [el Padre Aníbal] había sufrido por el que traducía siniestramente las cosas de su Instituto. Me refiero a muchos canónigos de la Catedral que no nutrían ninguna confianza en él, y ponían, para así decir, palos en las ruedas e influían no cierto simpáticamente en el alma del Arzobispo, y confieso que para mí, en aquel entonces joven, estas contradicciones constituían unas verdaderas heridas, conociendo los sacrificios de aquel santo hombre».[[318]](#footnote-318)

Una huerfanita, eludiendo la vigilancia, se había alejado queriendo volver a la familia. Lamentablemente, no habiéndola podido encontrar, las hermanas fueron obligadas a denunciarlo a la policía.[[319]](#footnote-319) Esta, durante sus investigaciones se dirigió a la Curia para las debidas aclaraciones. Esto fue la gota que hizo trasbordar el jarrón: el Vicario General Mons. Basile convocó al P. Francisco Bonarrigo y le comunicó la decisión verbal que el Instituto femenino se tenía que considerar disuelto y lo invitó a participar el asunto al Padre Aníbal en cuanto volviese de Apulia.[[320]](#footnote-320)

«El ambiente de la Curia Arzobispal – recuerda el P. Vitale – estaba saturado de apelaciones, como habíamos dicho, ¡y a la huida de las religiosas ahora se añadía la de una huérfana! Por eso, el Monseñor Vicario General, que durante la gravísima enfermedad del Cardenal Arzobispo asumía la plena responsabilidad del gobierno, creyó que para acabar con las molestias que aportaba la Obra femenina del Padre Di Francia, sin medios seguros, con un porvenir dudoso, con un único Sacerdote que la regentara, otro recurso no habría que suprimirla definitivamente. Y, en efecto, no se hizo esperar mucho el decreto de la Curia que ordenaba a las hermanas de abandonar el hábito y volver a sus casas».[[321]](#footnote-321)

«De vuelta a Mesina – escribe el Padre Aníbal a Melania – encontré la persecución aumentada; el pobre y mi querido hermano penetró en el ánimo de un Superior eclesiástico, que ya obtuvo del Cardenal el orden de suprimir mi pequeña Comunidad religiosa. Me darán un término para hacerlas desvestir el hábito y despedirlas. Mientras tanto aquí hay una verdadera opresión de los inocentes, y luego con referencia a la Comunidad que está haciendo mi pobre hermano, poco o nada se piensa. Él va y viene de aquel pueblo. (…)

«Nuestra posición es muy crítica; toda la Ciudad está llena de este escándalo, y las Autoridades quieren reparar suprimiendo mi Comunidad».[[322]](#footnote-322)

El Padre Aníbal había ido en seguida a la Curia, pidiendo audiencia a Mons. Basile diciéndose listo para obedecer al orden de despedir las hermanas; sin embargo pedía luces para arreglar el asunto con las setenta huerfanitas.

«Ante esta petición inesperada, el Monseñor Vicario permaneció perplejo, y dijo que había sido obligado a emanar el decreto, (…) sin embargo habría dado tiempo al Padre para encontrar alguna persona para confiarle las huerfanitas; y en seguida después habría tenido que despedir a las hermanas».[[323]](#footnote-323)

«Habría un recurso para intentar: - sigue el P. Aníbal en la carta a Melania – encontrar una persona anciana, acostumbrada en la educación de las jóvenes, que se ofreciera de tomar la dirección; así se podría esperar que las Autoridades se vuelvan clementes. Premiso esto, ¿no podríais vos, en línea provisional, venir en ayuda de esta Comunidad mía?».[[324]](#footnote-324)

Mientras tanto el Padre Aníbal estaba obligado a hacer de padre y de madre, como se suele decir, y tenía «que entrar a menudo en la casa, y frecuentar a las hermanas y a las huerfanitas».[[325]](#footnote-325) Esto, ciertamente, no gustaba al que le había sido prohibido estar en contacto continuo con las hermanas. Entonces, se empezó a insinuar la duda que la actuación del Canónigo podría ser motivo de escándalo.

«Voy a rogarle un consejo suyo en algo que me tiene perplejo: - escribió el P. Aníbal el 5 de septiembre a Mons. Pennino[[326]](#footnote-326) - hace cierto tiempo que unos dignos eclesiásticos hallan algo para observar acerca de la asistencia personal que yo reservo a mi pequeña fundación de las Comunidades de las huerfanitas y de las Religiosas dedicadas a la educación de las huerfanitas; dicen que yo doy escándalo, y que pongo en peligro a mí y a las jóvenes visitando la Casa. Ante esta acusación consulté, antes de todo, mi propia conciencia. (…)

«En toda esta asistencia me pareció actuar como un padre en medio de sus hijas, y como Sacerdote entre sus discípulas; ningún otro sentimiento que esto penetró en mi espíritu, o en mi corazón. (…)

«Consultada pues mi conciencia encontré (si no me engaña justo mi amor propio) que mi asistencia personal a las dos Comunidades de jóvenes fue una necesidad, y en ella nunca se abusó. Durante diez años nadie me hizo observaciones sobre esto. Ahora dignos eclesiásticos hacen observación. (…)

«Me gustaría también saber cómo se lo arreglaba el Padre [Santiago] Cusmano. No pude presentarme a nuestro amadísimo Cardenal porque se encontró abatido como sabe Vuestra Reverencia».[[327]](#footnote-327)

La respuesta de Mons. Pennino no se hizo esperar:

«Leyendo lo que Usted me escribió en su muy apreciada del 5 pasado, me parece que Usted se arregló egregiamente con las Hermanas y con las huerfanitas de sus Comunidades. Así hacía el Padre Santiago Cusmano, y así hace su sucesor el Padre Mammana,[[328]](#footnote-328) sacerdote de conciencia inmaculada; así hicieron y hacen todos los fundadores de obras parecidas. Vuestra Señoría por lo tanto quede tranquila, que se encuentra en óptima compañía. Los pocos eclesiásticos por cuanto dignos, que le suscitan dudas en contra, faltan ciertamente de experiencia sobre este asunto. Si no, pensarían diferentemente».[[329]](#footnote-329)

Mientras tanto, el P. Bernardo de los Frailes Menores interpuso espontáneamente su mediación y consiguió por el Cardenal un año de prórroga. El Padre Aníbal intentó persuadir a Melania que, finalmente, considerando el peligro real de disolución de la Comunidad, aceptó y el 14 de septiembre de 1897 llegó a Mesina y asumió la dirección de las Hermanas.[[330]](#footnote-330)

El 2 de octubre Melania escribió su primera carta de Mesina al abad Combe:

«Pasé de un extremo a otro: de la vida totalmente solitaria a la vida activa; pero tenemos un número de oraciones bastante grande. El cuarto voto de esta comunidad es rezar tres veces cada día al Divino Dueño para que envíe buenos curas a su Iglesia, según aquella palabra del Evangelio: “*Rogate ergo Dominum messis…*”.

«La comunidad no es numerosa; las hermanas son una decena. Las novicias y las postulantes 6 o 7; las huérfanas 77. La comunidad está totalmente desprovista de rentas: lo que ayuda un poco para vivir es el molino: se vende el pan y los clientes son numerosos por la buena calidad del pan. (…) Hace ocho días tuvimos el dolor de perder a nuestro Cardenal, enfermo desde hace muchos años».[[331]](#footnote-331)

El Padre Aníbal retuvo siempre el año de gobierno de Melania como un año de bendición para la naciente Congregación femenina.

# **Fundación de la Congregación masculina y Sagrada Alianza**

Hacia finales de 1897 hubo en Mesina una terrible epidemia de tifus: «Mis ocupaciones se multiplicaron – escribe Melania al abad Combe el 29 de diciembre -en estos últimos 25 días, por el azote del tifus, que invade la ciudad y vino a visitar la comunidad: ¡tuvimos afectadas 20 huerfanitas! Una murió el día antes de la Vigilia de Navidad, otra está muriendo, las demás, por gracia de Dios, están fuera de peligro; pero el Ayuntamiento, que quiere apropiarse del Orfelinato, o sea hacerlo “sin Dios”, no cesó de enviar a sus delegados, para ver de encontrar algún defecto sobre todo en relación a la higiene, y esto nos molestó bastante. Nosotros mismos actuamos la desinfección de todo el monasterio».[[332]](#footnote-332)

Mientras tanto el 21 de septiembre de 1897 había fallecido Mons. José Guarino. El Padre Aníbal «fue muy aficionado al Ordinario. – atestigua el P. Caudo – (…) En la muerte del Cardenal Guarino él fue uno de los más celosos para celebrar sus entierros y rezó en Catedral un elogio fúnebre en que manifestó su veneración para el difunto. (…) Se cuidó también de la publicación de un *número único* en memoria del venerando difunto».[[333]](#footnote-333)

Mons. Letterio D’Arrigo Ramondini fue nombrado antes Vicario Capitular y, luego, Arzobispo, «uno de los canónigos capitulares – escribe siempre Melania al P. Combe en la misma carta – que todavía no fue consagrado. Yo lamento la muerte de nuestro Cardenal, que estaba aficionado a esta comunidad: no sé qué será para nosotros el nuevo obispo».[[334]](#footnote-334)

A los Fundadores no raramente el Señor destina una cruz particular, a menudo larga, pero siempre amarga: la incomprensión por parte de sus obispos. Es uno de los medios escogidos por la Providencia para afinar las virtudes de sus siervos.[[335]](#footnote-335)

Es necesario antes de todo decir que Mons. D’Arrigo, a pesar de las manifiestas prevenciones, sin embargo, mostró al P. Aníbal estima, en muchas ocasiones lo favoreció, lo benefició y se sirvió de él en momentos muy delicados.[[336]](#footnote-336)

Antes de ser elegido obispo era canónigo de la catedral de Mesina. Sus relaciones con el Padre Aníbal eran cordiales, aunque la actividad apostólica de este no era totalmente compartida. A pesar de todo, cada vez que el Padre Aníbal se había dirigido a su buen corazón para préstamos, lo había ayudado sin luego pretender la restitución. Aunque no le había ahorrado algún comentario desalentador: «Siempre estaba sujeto a la voluntad de los Superiores – depuso Francisco De Gregorio – incluso cuando estos le reprochaban; por ej. lo sentí que se confiaba con el P. Francisco Bonarrigo por el trato un poco frío por parte del Arzobispo D’Arrigo, que aunque le entregara una cantidad de dinero en limosna, pedida por el Siervo de Dios, porque se encontraba en absoluto defecto, se sintió decir: “*¡Pero haga usted el Canónigo, en vez de ponerse en estos líos!*».[[337]](#footnote-337)

Mons. D’Arrigo, sin embargo, iba asiduamente a celebrar la *Fiesta del Primero de Julio* en el barrio Aviñón; se había dirigido al Padre Aníbal para inscripciones diversas (lápidas de su iglesia, epígrafe de la madre, etc.), y además estaba contento que el Padre Aníbal no le hacía faltar los clérigos cuando celebraba en su Iglesia. Lamentablemente, sin embargo, no confiaba en él, y por casi todos los veinticinco años de su episcopado, creyó que éste le estuviera en contra.

Por su parte el Padre Aníbal, consideró un sufrimiento atroz no poder conquistar la confianza de su obispo. Y de ello se asumió todas las responsabilidades, que en realidad no eran suyas, hizo de ellas una culpa para sí a tal punto que dejó escrito en su *autoelogio* fúnebre: «Alienó de sí y de la Obra Piadosa el alma de Mons. D’Arrigo, Arzobispo de Mesina».[[338]](#footnote-338)

El origen de todo esto se tiene que buscar en la situación que se había creado entre el clero mesinés en los últimos años de Gobierno del Cardenal Guarino.[[339]](#footnote-339) Cuando en efecto Mons. D’Arrigo llegó a disentir con el Cardenal Guarino y el clero se dividió en dos partidos, el Padre Aníbal, que por naturaleza escogía obedecer a la Autoridad constituida, no aprobó su conducta, pero, sin embargo, jamás intervino.

En este propósito atestigua el Canónigo Vitale: «Entendí desde cuando era clérigo, por discursos que sentía por parte de diversos sacerdotes, que no había identidad de opiniones y también de posturas entre la Curia y un grupo de sacerdotes, que hacían cabo al Canónigo D’Arrigo, que luego fue Vicario Capitular y Arzobispo de Mesina tras la muerte del Cardenal Guarino. Nunca conocí la razón de estas discrepancias. El Siervo de Dios que sabía esto, estaba *a priori* en favor de la Curia, porque fundado sobre el principio de obediencia a la autoridad. Cuando fui encargado por el Arzobispo Guarino de proponer para la cátedra de Teología moral en el Seminario a Mons. D’Arrigo, tras la muerte del Canónigo Muscolino, el Siervo de Dios fue contento de ello, dando así una confirmación que sus oposiciones no eran por las personas sino por el principio de la autoridad. Cuando luego el Mons. D’Arrigo fue Arzobispo, pienso y sé que el Siervo de Dios se llevó con él como el más obediente de sus hijos. Jamás recogí de él confianzas de rencores, de menosprecios o de crítica, exceptuada alguna lamentación de ser creídos, yo y él y algún otro, enemigos del Arzobispo».[[340]](#footnote-340)

Una vez elegido Arzobispo, Mons. D’Arrigo constituyó una nueva Curia, se rodeó de hombres de su confianza, pero «tuvo la culpa de mirar con poco cariño a todos los que habían sido aficionados al Guarino – escribió el Padre Caudo – y que en las divergencias de que hablé, habían estado siempre en la parte de la autoridad eclesiástica o se habían mostrado neutrales».[[341]](#footnote-341)

La postura negativa de D’Arrigo se alimentaba también por los componentes de la nueva Curia, sobre todo por Mons. Mangráviti y Mons. Bruno.

Recuerda el P. Caudo: «Con ocasión de su muerte tuve que constatar que alguna persona, que se había mostrado siempre hostil a las obras del canónigo Aníbal María Di Francia, y había influido muchísimo en el orden de cerrar el [Instituto del] Espíritu Santo, habló muy bien de él en un discurso fúnebre y dijo a los feligreses presentes en la iglesia: “*Intentad tocar aquellas vestimentas, que un día serán reliquias y reliquias de un santo*”. Y estoy hablando del canónigo Bruno Francisco; entendí luego que él había hablado por un cierto celo que no podría existir más tras la muerte».[[342]](#footnote-342)

El Arzobispo no persiguió a los guarinianos o a los neutrales, pero nunca tuvo ninguna confianza en ellos, considerándolos siempre como adversarios, porque no entendió, probablemente, que ellos, en particular el Padre Aníbal y el P. Vitale, estaban con Guarino cuando y porque el Superior eclesiástico legítimo era Guarino, y con D’Arrigo cuando y porque este se había convertido en Superior legítimo.

«El canónigo Di Francia – escribe el P. Caudo – jamás tomó parte activa en dichas divergencias; pero bastaba su gran afección para con el arzobispo Guarino para ser visto con mirada poco benévola por la nueva Curia».[[343]](#footnote-343)

El Padre Aníbal, luego, tenía como hijo espiritual al P. Vitale, que había sido un predilecto de Mons. Guarino, y esto agravaba las sospechas; además había el problema con don Francisco Di Francia: «Me parece que el Arzobispo privilegiara al hermano Francisco, porque habría sido más obediente y más humilde a él», así refiere Sor Briguglio.[[344]](#footnote-344)

El P. Caudo, por su parte, sostiene, en cambio, que Mons. D’Arrigo «influenciado por el hermano del Canónigo Di Francia (…) no trató muy bien al Siervo de Dios. Esto lo pude comprobar no por el mismo Canónigo Di Francia, que nunca se quejaba y mucho menos hablaba mal de los Superiores, sino de otras personas que mostraban disgusto por las adversidades de la autoridad eclesiástica en contra de la persona y de los Institutos del P. Aníbal».[[345]](#footnote-345)

«Muchos canónigos de la Catedral – refiere el P. Nalbone S. J. – no tenían ninguna confianza en él [el P. Aníbal], y ponían, por así decir, palos entre las ruedas e influían no cierto simpáticamente en el corazón del Arzobispo, y confieso que para mí, en aquel entonces joven, estas contradicciones constituían unas verdaderas heridas, conociendo los sacrificios de aquel santo hombre».[[346]](#footnote-346)

Cuando, en efecto, el D’Arrigo fue elegido Vicario Capitular, el P. Aníbal le presentó el caso de la reciente escisión de su Instituto femenino, pidiendo una solución; pero el recién elegido repuso que, habiendo así hallado las cosas, no podía cambiarlas por respecto al gobierno anterior y, por lo tanto, aceptaba el hecho cumplido. Cuál fuera el *statu quo* autorizado es difícil entenderlo. Mons. Guarino, en efecto, no había dejado nada constituido: la comunidad de Roccalumera, separada de Mesina y además falta de hábito religioso, era cosa para definir. De todos modos, don Francisco presentó las jóvenes al Arzobispo con el hábito que ellas vestían en Mesina, - que había sido hecho dejar y devolver por el Padre Aníbal – y este, sin ningún titubeo, lo animó a seguir en el camino empezado.

Ciertamente, siendo una comunidad diversa era una equivocación que se tenía que evitar: «Cuando se trató del hábito, tras nuestra secesión, - refiere Sor Verónica Briguglio – el Siervo de Dios deseaba una innovación en nuestra congregación; pero el Obispo se opuso y entonces el Siervo de Dios, le contestó: “Bien, ¡entonces la innovación la haré yo, entre mis hermanas!” El Obispo se limitó a decir: “hágalo sin problema”».[[347]](#footnote-347)

El Padre Aníbal, por su parte, a pesar de todo, no sólo fue obediente a Mons. D’Arrigo, sino que se mantuvo siempre fiel a él, dándole numerosas pruebas de afecto y devoción en todas las ocasiones. Nunca quedó, además, indiferente a los eventuales ataques contra su Arzobispo. Cuando, en efecto, en 1907 el periódico *Germinal* se atrevió a definir a Mons. D’Arrigo «*sacristán*», el P. Aníbal no dudó en escribir a su primo Eugenio Toscano, director del periódico, una acalorada carta en que entre otro es dicho: «Grande es la dignidad de todos los sacerdotes, y más aún la de los obispos. (…) Tú me dirás: “Pero el Obispos, pero los sacerdotes no hacen su deber”.

«Antes de todo no te toca a ti, ni podrías alcanzar a juzgar si el Obispo sepa o no cumplir con su sublime ministerio. Si todos tenemos la prohibición de juzgar a nuestros hermanos, habiendo dicho el Apóstol: “*¿Quién eres tú, que juzgas a tu hermano?*” (cf. Rom 14, 10), ¿cuánto más tenemos la prohibición de juzgar a nuestros superiores eclesiásticos? ¡Y tú lo juzgas y lo insultas! Que sepas que tú también eres un súbdito del Obispo: él tiene el poder eclesiástico de todas las conciencias.

«Estoy de acuerdo además que pueda haber sacerdotes que falten en alguna cosa. Pero, ¿qué pasa con esto? A nadie es lícito insultar a ninguno, y tanto menos a los ministros de Dios».[[348]](#footnote-348)

En los últimos años, además, Mons. D’Arrigo fue el objetivo de numerosos ataques: en junio de 1920 unos temerarios publicaron una hoja clandestina con el título: *La Nueva Diócesis*, con el subtítulo: *¡Qui gladio ferit, gladio perit!*, en evidente alusión a la hoja *Diócesis*, publicada en su tiempo en contra del Cardenal Guarino y suportado por el Mons. D’Arrigo.

«El Padre Aníbal quedó muy entristecido de ello, - recuerda el Padre Tusino – Un día en la mesa – había con él sólo el P. Catanese y el Vicario Antonuccio de San Pier Niceto, además al P. Vitale; yo los servía –hablaban sobre el acontecimiento que había indignado la ciudadanía. Recuerdo en un cierto punto las expresiones del Padre: “En todo este doloroso episodio hay algo que me preocupa más que todo. El pueblo de Mesina conoce bien el Arzobispo y no se deja engañar; el Arzobispo permanece tranquilo por el testimonio de la buena conciencia, sabe que son calumnias. Lo que me duele es el pensamiento que los autores de la hoja serán ciertamente unos sacerdotes, que se mancharon de culpa grave».[[349]](#footnote-349)

Mientras tanto en la ciudad nadie mostraba solidaridad hacia el Arzobispo, y así el Padre Aníbal escribió una vigorosa «*Protesta del clero de Mesina contra un opúsculo difamatorio lanzado inútilmente en contra de la veneranda persona de S. E. Mons. Letterío D’Arrigo arzobispo y archimandrita de Mesina*»; donde la protesta no se hacía para desmentir las acusaciones o reparar ofensas, dada la convicción que el arzobispo era exento de estas calumnias, sino «para revindicar a nosotros mismos el alto honor de la más sincera manifestación de aquel profundo y sagrado obsequio y filial amor, con que siempre alimentamos un culto para con nuestro dignísimo Prelado».[[350]](#footnote-350)

Hizo, luego, firmar la *Protesta* al Capítulo de la Catedral y al mayor número de sacerdotes y promovió su amplia difusión.

Hubo ya la posibilidad de hablar sobre los clérigos de que el Padre tenía el cuidado de la formación espiritual. En modo bien distinto él en 1897, justo en el desbarajuste creado por el nacimiento del Instituto de Roccalumera, dio comienzo a la Congregación masculina con unos Hermanos Coadjutores. Veamos cómo fueron las cosas.

En los primeros meses de 1897 el Padre Aníbal había hospedado en el barrio Aviñón al P. Plácido Mauro, un benedictino casinés, que había bajado a Mesina para sondear el terreno con la intención de volver a abrir una Casa de su Orden. Éste, habiendo notado la buena dirección de los clérigos, sugirió al Padre Aníbal que ya había llegado el tiempo de actuar su viejo deseo de añadir a ellos unos jóvenes con el hábito sagrado, que mostraban buenas disposiciones a la piedad y no pensaban dejar el Instituto.[[351]](#footnote-351)

El Padre Aníbal, en efecto, desde el 22 de diciembre de 1895, había manifestado a Mons. Guarino sus intenciones en mérito:

«Habiendo yo empezado, por como Vuestra Eminencia conoce, un Orfelinato masculino y una pequeña Comunidad de Clérigos, cuya finalidad es la de educar los huérfanos y evangelizar los pobres; así para proveer con un servicio regular este Instituto naciente, quería dar principio a formar una pequeña Comunidad de hermanos legos, que servirían la Comunidad y si fuera necesario harían un poco que cuesta en ventaja de los huérfanos.

«Estos hermanos legos llevarían un simple hábito de Congregación religiosa.

«Todo esto someto al juicio y arbitrio de Vuestra Eminencia esperando cualquier decisión».[[352]](#footnote-352)

Pero no había decidido poner en práctica este deseo: igual los problemas que empezaban a surgir en la comunidad femenina lo habían frenado. Ahora, solicitado por el P. Mauro, creyó coger la voluntad del Señor.

El domingo 16 de mayo fue hecha la vestición de los primeros tres Hermanos Coadjutores: Plácido Romeo (Fray Plácido), Francisco Di Gregorio (Fray Benedicto), Carmelo Calabró (Fray José). Presidió el rito el P. Mauro.[[353]](#footnote-353)

El Padre Aníbal daba mucha importancia al hábito sagrado: para él era un sacramental, que tenía que ser llevado con espíritu de fe y con mucha dignidad y decoro, signo de la especial consagración a Dios. Sobre sugerencia del P. Mauro se escogió «un hábito talar negro a la manera benedictina, estrecho en los lados por un cinto de cuero, con una capa negra también, adornada por un esbozo de capucha monástica. No faltaba un solideo, ello también de color negro».[[354]](#footnote-354) «Había en el pecho un corazón de paño rojo con la leyenda: “*Rogate*”».[[355]](#footnote-355)

El 23 de abril de 1899, hubo la primera profesión religiosa de dos Hermanos Coadjutores: Fray Plácido y Fray Benedicto, con los votos de castidad y de oración por las vocaciones, y las promesas de pobreza y obediencia.[[356]](#footnote-356)

Este pequeño germen se desarrolló, y el 6 de mayo de 1900 hubo la profesión religiosa del P. Aníbal, del P. Bonarrigo, del P. Catanese, del Subdiácono D’Agostino y de unos Clérigos. Esta Comunidad se presentó unos días después ante el nuevo arzobispo Mons. Letterío D’Arrigo para ponerse bajo su protección.[[357]](#footnote-357)

El nuevo grupo había nacido con el nombre de *Clérigos Regulares de la Rogación Evangélica*.

Evidentemente Mons. D’Arrigo pensaba en un colegio eclesiástico, que le preparara sacerdotes para la diócesis. En efecto, en cuanto fueron ordenados sacerdotes, los destinó a las parroquias.[[358]](#footnote-358)

Es emblemático el caso del P. Antonino Catanese: el Arzobispo había más veces manifestado la idea de usar el sacerdote en la Diócesis. Entonces el P. Catanese mismo sugirió al P. Aníbal de proponerlo para Taormina, para así asistir al párroco, muy anciano y enfermo, y habría podido hacer de capellán a las hermanas Hijas del Divino Celo de aquella Casa. Y así aconteció (1902). El P. Catanese permaneció en Taormina hasta 1908, cuando Mons. D’Arrigo lo envió como arcipreste a Forza D’Agró (Mesina) y encargó al mismo P. Aníbal de concederle la posesión canónica el 9 de agosto de 1908.

«Tratándose de la obediencia a los Superiores – recordaba el P. D’Agostino – no caminaba, sino que volaba».[[359]](#footnote-359) Así el P. Aníbal acompañó aquel hijo suyo espiritual, y en presentarlo, entre otras cosas dijo: «Yo lo eduqué con mucho cariño, lo hice instruir suficientemente en las escuelas del Seminario, y tuve la consolación de verlo sacerdote después de unos diez años que había estado en mi Instituto. Yo lo llamé con el nombre de hijo primogénito.

«Os confieso, oh Forceses, que pensaba tenerlo conmigo, haciendo de él una piedra fundamental de mi Instituto, un compañero e igual un sucesor de mi pequeño ministerio de beneficencia. Pero Dios dispuso diversamente. (…) Yo lo destinaba a cultivar la pequeña huerta de mis Institutos, ¡pero el Señor lo destinó a cultivar el místico campo de Forza D’Agró! Yo alabo y bendigo las divinas disposiciones, y estoy feliz que un hijito espiritual mío, más bien, el primogénito de mis hijitos en Jesucristo sea aquí puesto por la Providencia de Dios como pastor y padre de vuestras almas».[[360]](#footnote-360)

El P. Catanese permaneció siempre Rogacionista en el espíritu, hijo devoto del Padre Aníbal; más veces presentó renuncia al arciprestazgo para volver a la Congregación, pero Mons. D’Arrigo nunca lo dejó.[[361]](#footnote-361)

El Padre Aníbal, en cambio, concebía una verdadera congregación religiosa y desde el comienzo preanunció un noviciado regular, que instituiría en el momento favorable. En efecto, el 14 de septiembre de 1901 comunicó al Arzobispo los nombres definitivos de sus dos Congregaciones: *Rogacionistas del Corazón de Jesús* e *Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús*. He aquí como acontecieron los hechos, contados por el mismo Padre Aníbal:

«¡Es tan importante dar el nombre a la Obras como a las personas! (…) Se hicieron durante muchos años unas oraciones a aquel Dios Soberano, que es Padre de las luces (…). Atraída durante tres años la espiritual protección de los Prelados de la santa Iglesia, se empezó a confiar en sus oraciones y bendiciones.[[362]](#footnote-362)

«Para que los nombres para imponerse correspondieran a la sagrada misión asumida con aquella palabra del Evangelio,[[363]](#footnote-363) pensé que hacía falta en primer lugar definir con un nombre dicha oración: adaptarle un nombre que la presentara a la atención de los demás, y que formara de ello casi una institución. Se rezó y se esperó durante muchos años. (…) Mientras tanto mi mente persistía en aquella palabra: *Rogate*.

«El mes de enero de este año fue dedicado al Nombre Santísimo de Jesús con esta intención de los nombres para encontrar. El último día, pensé en un nombre con que podría llamar la oración para conseguir los buenos Trabajadores para la santa Iglesia y, si no me equivoco, me pareció el más propio y adecuado. Además, no lo manifesté a nadie: y, con ocasión de una visita a Roma, tuve modo de exponerlo a insignes Cardenales de la santa Iglesia, y a unos oficiales de las Congregaciones Romanas. El nombre gustó y pareció bien indicado.

«El hallazgo de este nombre fue como encontrar la llave para la solución: muy pronto aparecieron en mi mente los otros nombres.

«El 14 de septiembre de 1901, día de la exaltación de la Santa Cruz, escribí en una hoja la idea general de esta Institución Piadosa de Beneficencia, y los nombres con que habría querido llamar la oración para conseguir los Buenos Trabajadores para la santa Iglesia, y las dos Comunidades religiosas. Lo presenté todo en el mismo día a mi Monseñor Arzobispo, que, tras leer la hoja, allí añadió su autorización escribiendo en estos términos: “*Autorizamos con gusto los nombres aquí dentro escritos, para la Obra Piadosa de Beneficencia del Canónigo Aníbal Di Francia en Mesina*”.

«El día siguiente, domingo, festividad del Nombre Santísimo de la Virgen María y octava de la natividad de María Santísima, se reunieron las Comunidades en las Capillas de los dos Institutos, y con un poco de rito, hice la proclamación de los nombres, antes en el primero y luego en el otro Instituto, añadiéndole la consagración de dichos Nombres a los santísimos de Jesús y de María. (…)

«He aquí los que fueron los nombres, con que finalmente todo fue definido.

«1. La oración para conseguir los buenos Trabajadores para la santa Iglesia fue llamada: *La Rogación Evangélica*, de la palabra del Evangelio: *Rogate*.

«2. La Casa de los Sacerdotes Religiosos, que tienen la doble finalidad de Religión y Beneficencia, fue nombrada: *Instituto de la Rogación Evangélica*.

«3. Los Sacerdotes, que le pertenecen, se dicen *Los Padres Rogacionistas*, o sencillamente *Los Rogacionistas*. (…)

«*La Rogación Evangélica*, con una sagrada perífrasis, se puede también llamar el *Mandato del Divino Celo del Corazón de Jesús*. En consecuencia, la Casa de las Hermanas se llama *Instituto del Divino Celo del Corazón de Jesús*, y las Hermanas tomaron el nombre: *Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús*, o sencillamente *Hijas del Divino Celo*».[[364]](#footnote-364)

Con ocasión de las felicitaciones para el 1903 el Padre Aníbal recordó a Mons. D’Arrigo la petición de protección para la pequeña comunidad: «Protección, finalmente, cuando con incansables fatigas miramos a nuestro ideal de procurar y establecer, con la gracia del Señor, una ínfima Congregación Religiosa de Sacerdotes consagrados a la misión de la Rogación Evangélica del Corazón de Jesús, y a la de la salvación de los huérfanos y a la evangelización de los pobres. De esta manera prepararemos a Vuestra Excelencia un equipo de Sacerdotes estrechos por el vínculo de la Profesión Religiosa, y listos siempre a sus indicaciones y a su mandato».[[365]](#footnote-365)

El continuo sobrevenir de tribulaciones, debidos a los acontecimientos que se mencionaron antes, no desanimaba al Padre Aníbal, más bien él traía de ellas motivo para acrecentar su confianza en Dios y de idear siempre nuevas *industrias espirituales* – así él usaba llamar sus iniciativas – para atraer sobre la Obra las divinas misericordias:

«Se conoce muy bien – escribió – que cuando se pone mano a la obra para empezar un trabajo en que pueda haber unas cuantas glorias para el Señor y también para bien de alguna alma, tienen que surgir dificultades de toda manera para atravesar la iniciativa piadosa y destruirla. Las dificultades rodearon esta Obra Piadosa de beneficencia y la golpearon por todos los lados hasta su primera concepción. Ellas fueron siempre creciendo con tal complicación de las cosas, con tal combinación de circunstancias que la Obra se halló casi arrollada en un torbellino de tribulaciones, y estuvo cerca de morir unas cien veces incluso antes de nacer.[[366]](#footnote-366)

«Parecía que tuviera que disolverse, pero efectivamente no lo hacía, ciertas ayudas sobrevenían inesperadas y alentadoras, para mantenerla viva y hacerla subsistir, para experimentar siempre desde el principio nuevas dificultades y probar nuevos dolores.[[367]](#footnote-367)

«Cuando en nuestros trabajos todo se va al revés, no queda otro consuelo que la resignación a la Divina Voluntad, que todo lo hace bien, aunque nosotros no lo entendamos. Pero en mi caso había una circunstancia que me amargaba todavía más este cáliz: o sea tener que resignarme en ver desperdiciar el germen de una Obra consagrada a la santísima finalidad de aquel mandato celestial: “*Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*”; tener que guardar esta bandera sacrosanta, en que resplandece una de las más tiernas expresiones del Corazón Santísimo de Jesús, y al que se puede vincular la salvación de las almas por el camino más corto y más seguro.[[368]](#footnote-368)

«El presente se hacía cada vez más dificultoso, complicado, desalentador. Y fue justamente entonces que una idea bonita, que llamaremos “*idea-recurso*”, apareció de repente en la mente del sacerdote iniciador:[[369]](#footnote-369) sin embargo ella misma era hija de una “gran palabra del Evangelio”, de una “idea” aún más grande, más sublime, que el Espíritu, que sopla donde quiere, parece que inspiró, él mismo, muchos años antes de que empezara la Obra Piadosa, desde los primeros años de una juventud espiritual.

«La llamamos “revelación evangélica, idea divina”, (ni sería humildad mitigarla), que llegó y acompañó al mísero sacerdote iniciador en la difícil hazaña, y que consideramos ahora y en aquel entonces, como la base sobre la cual se edifica la Obra Piadosa, como la llave que nos abrió algún erario de las divinas misericordias, como un secreto de las divinas gracias deseadísimas. Todo esto con relación a la Obra Piadosa.

«En relación pues con la santa Iglesia católica, en relación con la sociedad, con el mundo entero, esta es el gran medio de todos los bienes y de toda salvación en el tiempo y en la eternidad. (…).

«Y, sin embargo, durante veinte siglos (esta es la verdad) la gran “Palabra”, que es, ni más ni menos, un mandato de nuestro Señor Jesucristo, permaneció casi sepultada en el Santo Evangelio, mientras en aquel divino “Mandato” salido del “divino celo del Corazón de Jesús”, está contenido un gran secreto de salvación de la Iglesia y de la Sociedad. ¡Inexplicables misterios de Dios! (…)

«¡La santa Misa y las Bendiciones! Oh, ¿Quién ofrecerá dignamente la santa Misa para esta Obra Piadosa para atraernos las divinas bendiciones? Y, ¿tendrá que menguar una Obra que, además que, a la salvación de las almas, atiende, igual única en la Iglesia, en ejecutar y hacer ejecutar aquel gran divino mandato: “*Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*”? ¿Cómo no confiar en el Corazón Santísimo de Jesús que nos salvará? (…)

Si hay personas en el mundo a las que más de todos interesa aquella divina palabra: “Rogate…”, ellas son los obispos. Ellos preferentemente sienten la necesidad de tener sacerdotes enviados justamente por Dios, suscitados justamente por el Espíritu. (…)

«Los obispos pues no podrán no tomar en serio esta Obra Piadosa; si yo pido a ellos una ayuda muy eficaz, no me la podrán negar. Pero, ¿Qué ayuda? ¿Acaso un concurso de aportaciones en dinero? Ay, ¡jamás será así! No es con el dinero que se forman las obras del Señor; ¡más bien con el desprecio del dinero!

«Ahora, pues, me dirigiré a los Sagrados Prelados de la santa Iglesia, extenderé ante ellos la gloriosa bandera de la Rogación Evangélica, plantada no sobre las torres altísimas, sino en las casitas de los pobrecillos, y doblados los suplicaré de un “concurso meramente espiritual de oraciones y bendiciones en el acto más solemne de nuestra santa religión, o sea del gran sacrificio de la santa Misa”».[[370]](#footnote-370)

«En este año 1898 - escribe el mismo Padre Aníbal en el *Memorial de los Divinos Beneficios* - la Obra tuvo la gran gracia que 12 Obispos de Sicilia aceptaron celebrar la divina “Misa Apostólica” anual para la Obra, con ofrenda y bendición, etc.».[[371]](#footnote-371)

Mientras tanto, don Francisco Di Francia cada vez más insistentemente pedía ser readmitido en la Obra. Considerando que los “contrastes” entre los dos hermanos se referían a las elecciones “espirituales y didácticas” de la Obra y no a sus personas, el Padre Aníbal, convencido que la separación hubiese acontecido porque querida por la Providencia, hacia finales de septiembre de 1898 puso unas “condiciones” para una eventual readmisión. La intención era el de conseguir coger un signo de la voluntad del Señor.[[372]](#footnote-372)

Don Francisco, naturalmente, ni esta vez ni en todos los intentos que hará hasta 1908 quiso aceptar las condiciones propuestas.[[373]](#footnote-373) El Padre Aníbal, por su parte, en efecto, aunque repitiera siempre su cariño fraternal, condicionaba la readmisión del hermano y de las hermanas de Roccalumera al reconocimiento de sus culpas en el asunto de la escisión y en la aceptación de las directivas que habían mientras tanto sobrevenido con el nacimiento de la Congregación masculina.[[374]](#footnote-374)

Tras el terremoto de 1908, don Francisco volvió a insistir: «Mi hermano – escribe el Padre Aníbal al Padre Palma – por el canónigo Vitale me envía a decir palabras de inusual docilidad. Él insiste para la unificación».[[375]](#footnote-375)

Entonces, el Padre Aníbal redactó un convenio. Eran los años en que era Vicario General de la diócesis de Mesina Don Luigi Orione.

«El Siervo de Dios ciertamente, como fue afligido por la huida, de la cual desconoció la preparación, así deseaba su regreso – depuso el P. Vitale – yo estuve presente en la conversación entre el Siervo de Dios y Don Orione en propósito; pero Don Orione fue totalmente contrario, porque creía moralmente imposible la fusión en el espíritu del Canónigo Aníbal Di Francia. No obstante, el Siervo de Dios fue ancho de ayudas morales, y creo también financieras».[[376]](#footnote-376)

El Padre Aníbal habla del encuentro con Don Orione refiriendo su opinión: «¡No admite sino una humilde y completa dedicación de aquellas hermanas a nosotros! Yo, el Canónigo Vitale, el P. Bonarrigo, estamos convencidos de ello».[[377]](#footnote-377)

La decisión de Don Orione confortó al Padre Aníbal, que, además del convenio había enviado a su hermano una carta de 10 páginas «para una fusión verdadera y total», pero no se quedaba tranquilo. Escribe en efecto al P. Palma: «Recemos, porque es también un cierto peligro para nosotros admitir sus hermanas, aunque tengan que retractar y hacer seis meses de postulandado y un año de noviciado».[[378]](#footnote-378)

La condición pareció demasiado grave a don Francisco y a sus hermanas, y por eso también aquella vez no se hizo nada. Acabaron así también las peticiones de fusión por parte de don Francisco.

Mientras tanto, el 4 de agosto de 1903, había subido al trono pontificio Pio X, y entre los objetivos de su ministerio había puesto la necesidad de reformar los seminarios. Como primer acto abolió la institución de los clérigos externos, y estableció que el que quisiera acceder a las Órdenes tenía que vivir en comunidad en el seminario.

En Mesina Mons. D’Arrigo actuó en seguida el Decreto, extendiéndolo también a los clérigos que estaban en el barrio Aviñón con el Padre Aníbal.

Sin duda, estos, que ya desde unos cuantos años emitían votos y promesas *ad annum* junto con el Padre Aníbal (y de esto el Arzobispo estaba plenamente enterado), no se tenían que considerar clérigos externos porque, entre otra cosa, no vivían en familia sino en una comunidad.

«Un día de septiembre de 1904, - comenta el P. Santoro – [El Padre Aníbal] comunicó lo que el Arzobispo, tras las disposiciones pontificias, había decretado para el año siguiente; y como se acercaba la apertura de la escuela, añadió: “Nosotros somos una comunidad religiosa. Por eso se tiene que suspender los estudios durante dos años, hacer el noviciado, trabajar para el Instituto. Seguidamente se verá lo que quiere el Señor».[[379]](#footnote-379)

En el Instituto, en el espacio de pocos días, no permaneció ni un clérigo. Al lado del Poder Aníbal se hallaron sólo el P. Bonarrigo, los dos hermanos coadjutores Fray José Antonio y Fray Plácido y el joven sacerdote P. Pantaleón Palma.[[380]](#footnote-380)

«Fue para mí inesperado el golpe de la total deserción de los clérigos congregados, que tanto quería», repuso el P. Aníbal a uno de ellos que le había escrito pidiéndole perdón, «Yo no había dudado nunca (con excepción de alguno de ellos) de su fidelidad y perseverancia.

«Ahora me resigné a la Divina Voluntad, que todo dispone perfectísimamente y del mismo mal sabe sacar el bien».[[381]](#footnote-381)

Vimos que entre los componentes de la comunidad del barrio Aviñón, tras la deserción de los clérigos, hay el P. Pantaleón Palma. Este será uno de los colaboradores más eficaces y fieles del Padre Aníbal. Es menester, pues, presentarlo brevemente.

El P. Palma era un joven sacerdote de Ceglie Messapico que había llegado a Mesina para completar los estudios universitarios. Para encontrar un alojamiento se había dirigido a su amigo, que era también de la misma diócesis, P. Vicente Lilla, que era profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Mesina.

El P. Lilla, a su vez, era un gran estimador del Padre Aníbal y en enero de 1902 había publicado un opúsculo que elogiaba su Obra.[[382]](#footnote-382) Así que se dirigió a él para obtener hospitalidad en el barrio Aviñón.

El Padre Aníbal, que consideraba sagrada la hospitalidad, lo acogió con mucho gusto.

Muy pronto el P. Palma se convirtió en hijo espiritual del Padre Aníbal, y el espíritu de pobreza, de oración y de caridad del hombre de Dios lo conquistaron: dejó los estudios y de dedicó totalmente en la Obra, «y lo hizo – comenta el P. Santoro – con la usual entrega, de cabeza, con el ardor del neófito. (…) Empezó sistemáticamente, con Fray José Antonio Meli, que ya tenía un poco de práctica, la obra de la colocación de las cajitas [del Pan de San Antonio] en los pueblos de la provincia de Mesina, exhortando con discursos a usar esta caridad para los huérfanos de San Antonio. Seguidamente, extendió poco a poco la esfera de acción a toda Sicilia, a pesar de la dificultad de los medios de comunicación de aquel tiempo».[[383]](#footnote-383)

# **Difusión de la Obra**

En el año 1902 tuvo su comienzo con la apertura de la Casa de Taormina, «la hija primogénita», como usaba llamarla el Padre Aníbal. Las tratativas habían empezado desde 1900; finalmente, para los lugares, el Ayuntamiento estaba dispuesto a conceder en alquiler una parte del antiguo convento de los Capuchinos. Como en todas las fundaciones del Padre Aníbal, ya esta primera no faltó con su cruz.

La planta baja del convento había sido convertida en la prisión del distrito; y del piso superior, que el Canónigo pedía enteramente, el Ayuntamiento quería reservarse una parte para la escuela de música y para la sala de ensayo para la banda ciudadana.

Tuvo que luchar no poco para convencer la Junta municipal para obviar los inconvenientes que se engendraban.[[384]](#footnote-384)

Finalmente, el 7 de enero de 1902 salió para Taormina el primer núcleo de hermanas: «Era el primer alejamiento que acontecía entre las hermanas – escribe el P. Vitale – unidas entre ellas por mucho afecto en el Señor; era el primer brote que se separaba de la plantita, enraizada en Mesina, para trasplantarse a otras zonas. El granito de mostaza empezaba a extender sus ramas».[[385]](#footnote-385)

El Padre Aníbal quiso una función «con rito y predicación de misión». He aquí unos pasajes de aquel sermón:

«Hijitas muy queridas, un nuevo providencial acontecimiento está para realizarse en este mínimo Instituto de las Hijas del Divino Celo: vosotras estáis ya listas para salir para la fundación de una nueva Casa, para la apertura de un nuevo Orfelinato. En este momento para nosotros solemne, muchos y muchos pensamientos se presentan a mi mente, y muchas y muchas emociones compenetran mi corazón. (…) Si volvemos al pasado para encontrar nuevamente el origen de este Instituto de hermanas, si buscamos recordar sus muchas vicisitudes y peripecias, vemos visiblemente una mano divina, que nos condujo admirablemente hasta este punto».

Enumeró las dificultades sobrevenidas y superadas con la ayuda del Señor, habló de la misión confiada a ellas en Taormina y recomendó: la oración, la prudencia, la caridad, la mansedumbre, la observancia, el celo y la unión espiritual. Y concluyó:

«Jesucristo os dará su bendición; me permito anticipar la mía en cuanto su ministro. Os bendigo, hijas muy queridas: si veo actuados mis ideales, lo veo por vosotras, por vuestra fidelidad. (…) Os bendigo como padre, hijas de mis lágrimas… el Señor bendiga vuestros pasos».[[386]](#footnote-386)

Así se abrió el Orfelinato y el laboratorio para las chicas externas con la enseñanza de bordado, costura, filete, flores artificiales y música.

Mientras tanto don Mariano Vecchio, párroco de Giardini (terminal de ferrocarril de Taormina), habiendo notado el bien hecho por las hermanas en Taormina, se activó ante el Padre Aníbal para tener una casa también en su parroquia.

Así el 25 de marzo de 1903, en Giardini (Mesina) fue abierta la segunda Casa femenina con externado.[[387]](#footnote-387)

Entre octubre y noviembre de 1903, el Padre Aníbal junto con el P. Palma fue a las Apulias: la divina Providencia disponía este viaje casi para preparar el lugar de amparo de su Obra.

El P. Palma en la visita que hizo a su pueblo, Ceglie Messapico, tras 6 años de lejanía, aprovechó para hacer conocer el Padre y su Institución Piadosa, provocando por parte de los Capuchinos de la cercana Francavilla Fontana una invitación al Padre Aníbal para un cursillo de ejercicios espirituales a los Terciarios Franciscanos. En Ceglie conoció las hermanas Dominicas de San Sixto Viejo. Su fundadora, la Sierva de Dios Madre María Antonia Lalia (1839-1914) después de unos años escogió justamente aquel pueblo para su destierro, y al Padre Aníbal como su director espiritual.[[388]](#footnote-388)

Seguidamente, del 27 de octubre hasta el 3 de noviembre estuvo en Grottaglie con los Padres Jesuitas, donde predicó y tuvo un triduo, y luego volvió a Ceglie y Francavilla, empeñado siempre en la propaganda de la Sagrada Alianza, de la Unión Piadosa y del Pan de San Antonio.

Había ido también a Oria. Don Pascual Marsella recuerda así aquella visita: «Me fue presentado por el arcipreste don Cosme Ferretti, donde había ido antes de pedir audiencia al Obispo, Mons. Antonio Di Tommaso. (…) El día siguiente fue acogido con deferencia por el prelado de Oria, que admiró su encendido fervor hierático y le hizo promesas benévolas».[[389]](#footnote-389)

La motivación de la visita a Mons. Di Tommaso se entiende pronto: el Prelado, como ya su antecesor Mons. Gargiulo, había adherido a la Sagrada Alianza, conocía al Padre Aníbal y le había pedido abrir una Casa en Oria. El Padre Aníbal, en esta visita, se sirvió del obispo para entablar negociaciones con los propietarios del antiguo convento de los Alcantarinos, llamado de San Pascual, para adquirirlo.[[390]](#footnote-390)

El Señor dispuso que el desarrollo de la Obra del Padre Aníbal y su comienzo en tierra de las Apulias fuera vinculado con un evento particular, que en pocos segundos sepultó materialmente todos sus Institutos: el terremoto del 28 de diciembre de 1908. He aquí el aterrador relato de aquella mañana:

«A las 5,20 horas un estruendo resuena en el cielo, y la tierra salta, se levanta, se rompe, mientras las piedras de los palacios se derriten y se amontonan en las calles entre nubes de polvo. En seguida es un coro de gritos, gemidos, y aún estruendos y derribos. (…) Después de unos minutos se levantan lenguas de fuego desde diversos puntos de la ciudad, e iluminan con destellos el pandemonio, los cadáveres medio sepultados y blancos por el polvo, casi todos desnudos. Entonces el incendio se extiende entre barrancos y montañas de ruinas. (…) De repente olas gigantescas voltean unos diez metros sobre el nivel del mar, y se arrojan con estruendo en tierra, barriendo y aplastando todo lo que encuentran, y llevándose consigo ruinas de barcos. Luego el mar se retira, tragándose cadáveres, heridos, y personas que habían salido incólumes de los derribos».[[391]](#footnote-391)

Esto es el espeluznante relato de lo que aconteció en pocos, largos instantes. Pero veamos ahora lo que aconteció en los Institutos del Padre Aníbal de lo que cuenta él mismo a los lectores del periódico *Dios y el prójimo*:

«Los huerfanitos se levantaron a las cinco de la madrugada, según su costumbre. A las cinco y cuarto estaban de pie y vestidos. El joven responsable Emanuel Vizzari, nuestro antiguo huérfano que se quedó en nuestro Instituto, en aquel momento llamó a todos los niños para rezar las oraciones de la mañana ante la bonita imagen de la Santísima Virgen; (…) en aquel instante, la tierra tiembla formidablemente en medio de un estruendo espantoso; las paredes tambalean, y aquella porción de dormitorio, de la que se habían retirados entonces los niños, se derriba, cayendo abajo el tejado con estrépito. Lo que quedaba del dormitorio, donde estaban los niños, quedó en pie.

«Los niños en seguida salieron al patio.

«En el Orfelinato tenemos una sección de jovencitos estudiantes, que aspiran a ser sacerdotes del mismo Instituto, para ser los futuros educadores de los huerfanitos antonianos. (…)

«Explotado el terremoto, su dormitorio cayó completamente, y la iglesia cayó también. Quedó en pie sólo el trato del techo bajo el cual rezaban los chicos, a los que se habían añadido también los Hermanos legos de nuestro Instituto, nuestros fieles compañeros y coadjutores, que forman con nosotros una sola Familia Religiosa. Así, jovencitos, estudiantes y Hermanos legos permanecieron incólumes. (…)

«Pasemos al Orfelinato femenino, en que estaban más de cien personas: unas setenta huerfanitas, grandes y pequeñas, y unas cuarenta hermanas, incluidas las novicias y las postulantes.

«En el momento del inmenso desastre las huerfanitas se hallaban por la mayoría en el dormitorio ya vestidas, y otras en el pasillo contiguo, que lleva al lavadero. Cuando de repente el amplio salón saltó como una nave en la tempestad, los muros cayeron, el techo precipitó, y las niñas se encontraron arrolladas en aquel exterminio. (…) Y bien, ¿quién lo creería? (…) El gran Santo de los milagros salvó completamente los huerfanitos y las huerfanitas de los dos Orfelinatos a él confiados.

«Pero, ¡para una tan portentosa liberación, hacían faltas unas víctimas! Y estas San Antonio de Padua las escogió entre la comunidad religiosa de las Hijas del Divino Celo, dedicadas a la educación y custodia de las huerfanitas. Las víctimas fueron trece (…).

«Aquí, con mi gran disgusto, tengo que manifestar que yo no me hallaba en Mesina. La noche misma de la Santa Navidad, o sea tres días antes del inmenso desastre, había salido para Roma, por unos asuntos urgentes. (…)

«Nuestro sacerdote Pantaleón Palma (…), en cuanto terminó el terrible terremoto, acorrió en seguida al Orfelinato femenino, que está a unos cinco o seis minutos del masculino. Dos Hermanos legos lo siguieron. (…) Su presencia reanimó a las hermanas, y se empezó la obra de salvación de las pobres aplastadas. Se oían sus gemidos entre los escombros. El Padre Palma las llamó por nombre y unas cuantas respondieron, y a todas dio la absolución *in articulo mortis*. Luego se trabajó con todas las fuerzas para sacar las pobrecillas. (…)

«Yo supe del terrible acontecimiento en Roma a las 10 de la mañana del martes, 20 de diciembre, siguiente al gran terremoto. Se imaginen nuestros piadosos amigos cómo fue mi corazón ante la terrible noticia: “¡Mesina destruida por el terremoto: ochenta mil muertos bajo los escombros!”. ¡Lloré por muertos a todos mis queridos hijos e hijas espirituales! ¡Ante mis ojos todo estaba acabado! Sin embargo, poco a poco, invocando los Corazones Santísimos de Jesús y María y San Antonio de Padua, un rayo de esperanza brillaba un instante, y luego desaparecía en mi alma oscurecida.

«La noche del martes salí para Nápoles, no pudiendo con el tren seguir hasta Mesina y esperé el barco del día siguiente. El día siguiente dos prófugos mesineses me echaron en la desolación, ¡diciéndome que mis Institutos eran un cúmulo de escombros!

«No se concedían billetes de salida para Mesina; sin embargo, providencialmente, con un concurso de circunstancias movidas por mano soberana, encontré un billete sobre el barco “*Scilla*”, y salí de Nápoles para Mesina».

Pero no tuvo la posibilidad de bajar en Mesina y tuvo que ir a Catania, donde encontró el P. Trombaduri, franciscano. Este le comentó que «el día después del terremoto había encontrado a Fray José Antonio, (…) que le había dicho que todos de la primera y de la otra Comunidad estaban a salvo, con excepción de unas víctimas. De todas maneras, el P. Aníbal no pudo entrar en Mesina porque había es estado de sitio hasta el 5 de enero.[[392]](#footnote-392)

El P. Santoro escribió que «con el regreso del Padre [Aníbal] todo el mundo se animó. Fue como si, tras una noche oscura y de tempestad, hubiese reaparecido el sol. Parecería una hipérbole; y efectivamente parecería un sentimiento humanamente inexplicable; pero no era así. El Señor le había dado una misión de paternidad espiritual, autoridad y ternura, que todo miembro de la Obra sentía en el íntimo del corazón, casi instintivamente. Y de ello sentía los efectos de seguridad, serenidad y confianza, justamente en las grandes pruebas, como la de entonces, en que parecía que todo fuese derribado. Ya estaba él con su inmensa confianza en Dios. El mismo terremoto con su terror perdía toda carga de espanto.

«En efecto, el terremoto cerraría un periodo oscuro de la Obra, pero abriría otro más rico, más dinámico y más luminoso. No se sabía aún cómo, pero se sentía que habría sido así, porque Dios estaba con Él».[[393]](#footnote-393)

«En los primeros días, - sigue el relato del P. Aníbal a los lectores del periódico *Dios y el Prójimo* – no llegaba ninguna ayuda, tanta era la confusión. Pero un pastelero, que trabajaba para su cuenta en nuestro Instituto, perdió muchos quintales de pasta entre los escombros. Él salió pero antes dejó a nuestra disposición aquella pasta si la hubiésemos encontrada. Teníamos también unos sacos de harina y de sémola, y se hizo el pan.[[394]](#footnote-394) Teníamos unos centenares de vestidos militares, adquiridos con la autorización del Ministerio, que sirven para cubrir los huérfanos y huérfanas en estas noches rígidas, en que duermen en las tiendas bajo las intemperies».[[395]](#footnote-395)

Mientras tanto el Padre Aníbal escribió en seguida a los Capuchinos de Francavilla Fontana y a Mons. Antonio Di Tommaso; en cuanto llegó una respuesta positiva, salió en seguida para las Apulias para ver cómo poder arreglar las dos Comunidades y los Huérfanos.

En Francavilla le fue puesto a disposición medio edificio de los Escolapios; en Oria, «tras petición del obispo Mons. Di Tommaso, las monjas benedictinas dieron su consentimiento y todo fue decidido. El Orfelinato femenino con las Hermanas, exceptuado las pocas que serían hospedadas en la casa del señor Casalino, se mudarían al Monasterio de San Benito». Mientras tanto se intensificaban las negociaciones para la adquisición del antiguo convento «San Pascual».[[396]](#footnote-396)

El Padre Aníbal, de regreso a Mesina, el 30 de enero empezó el traslado.

«Cuando el tren llegó a la estación de Francavilla, - cuenta el mismo Padre Aníbal – el espectáculo fue conmovedor. El ánimo generoso y expansivo de aquella ciudad se afirmó en toda su extensión. El pueblo se agolpaba todo allí; todas las Autoridades Civiles y Eclesiásticas al frente del pueblo estaban en expectación. Las diversas sociedades habían intervenido con los estandartes levantados. Las más selectas damas estaban listas para acoger a las huerfanitas. Se aplaudía clamorosamente y se gritaba: “¡Qué vivan los huérfanos mesineses!”.

«Bajados todos del tren, las huérfanas fueron tomadas en medio por las damas y los huérfanos por los caballeros: y así se entró en la ciudad, para ir al Palacio de la Ciudad. Pero se tuvo que desviar bastante el camino, porque (…) les obligué a entrar antes a la Iglesia de los Padres Capuchinos para agradecer al Altísimo e implorar, antes de todo, la bendición celestial».[[397]](#footnote-397)

Empezó así la expansión de la Obra en las Apulias. El terremoto, además, llevó a la naciente Congregación el P. Francisco Vitale.

«El Padre [Aníbal], - escribe el P. Santoro – al acabar el 1909 apuntó en el *Libro de los Divinos Beneficios*: “Este año tuvimos la vocación del Canónigo Vitale, que se dio todo a la Obra”.

«Fue admitido oficialmente en la Congregación en la Fiesta del Patrocinio de San José, 1909, que aquel año caía el día 1 de mayo. El rito se celebró en la Capilla provisional, la que él mismo se había activado para arreglar, para hacerla centro de santo ministerio también por los vecinos. El Padre lo invitó a asistir Don Orione y Don Albera, del Comité Pontificio, que vinieron con gusto, e hizo un discurso memorable sobre la belleza del estado religioso, especialmente del estado Rogacionista. Al nombre de bautismo el Padre le añadió el de Bonaventura, porque pensaba que su entrada era una verdadera bendición para el naciente Instituto».[[398]](#footnote-398)

Mientras tanto, un colaborador precioso llegaba, y otro se iba: el 16 de febrero de 1910 fallecía, en efecto, el P. Francisco Bonarrigo, primer sacerdote de la Obra. Luego diversas otras muertes funestaron durante el 1909 la comunidad femenina.

«¡Ruegue por mí! – escribió el P. Aníbal a Don Orione – El cáliz se me presenta incomprensible: el Señor me va sacando de los Institutos muchas personas con las enfermedades y la muerte, personas que tendrían que dirigir y guiar a los acogidos; ¡Y en cambio estos se acrecientan! ¡Desaparecen las personas útiles y crecen las que necesitan ayuda y dirección! ¡Qué misterio! ¿Cómo se podrá seguir? En treinta años aconteció siempre así; ¡pero ahora más que antes! ¿Qué será? ¿Acaso el Señor no quiere que las cosas sigan en mis manos? ¡Cierto que son mis pecados la causa de todo! Oh, ¡si pudiera saber lo que quiere el Altísimo!».[[399]](#footnote-399)

Se mencionó varias veces Don Orione: éste, tras el desastre de 1908 hizo parte de la Comisión Pontificia para las ayudas a las víctimas del terremoto y luego fue Vicario General de Mesina del 28 de junio de 1909 al 7 de febrero de 1912. Lamentablemente los eclesiásticos que rodeaban a Mons. D’Arrigo mal aguantaban este nombramiento, y muy pronto se creó un clima de desconfianza y hostilidad.[[400]](#footnote-400)

El conocimiento y la estima de Don Orione y el Padre Aníbal remontaba al año 1900,[[401]](#footnote-401) y más veces el Beato había sido huésped en el barrio Aviñón; en resumen, se había establecido aquel vínculo de santo afecto que une a los santos. Y, en Mesina, Don Orione pudo contar siempre en el Padre Aníbal y en el P. Vitale. Tras el terremoto el Padre Aníbal vio en Don Orione también su legítimo superior; he aquí el motivo que lo impulsó a interpelarlo sobre el tema de la admisión del hermano don Francisco.

«Estas nuestras mínimas Casas son suyas – se lee en los escritos del Padre Aníbal dirigidos a Don Orione – y reconocerán en Vuestra Reverencia no sólo el superior eclesiástico, sino también el superior mayor de toda la Institución».[[402]](#footnote-402)

Lamentablemente, se tiene que destacar que la intimidad que unía a los dos santos amigos perjudicó más las relaciones del Padre Aníbal con la Curia mesinés y con Mons. D’Arrigo;[[403]](#footnote-403) pero no mudó su postura de deferencia y sumisión hacia ellos.

Volviendo a la difusión de la Obra, añadimos que, en diciembre de 1909, el Padre Aníbal informó a los lectores del periódico *Dios y el Prójimo* sobre las condiciones en que se hallaban entonces sus Institutos. Publicó, en efecto, un artículo con el texto: «*Estado actual de los Orfelinatos Antonianos de los Sagrados Corazones de Jesús y de María*», que referimos integralmente:

«Cuando, después de dos días del grave desastre de Mesina, me movía en el piróscafo hacia la ciudad caída, ¡pensaba en mi corazón que igual encontraría muy pocas reliquias de mis Orfelinatos, y que así todo ya hubiese acabado!

«Pero muy a propósito se me habría podido dirigir el reproche del Evangelio: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? *Modicæ fidei, quare dubitasti?* (Mt 14, 31).

«La Divina Providencia disponía en cambio que la enorme catástrofe fuera para mis Orfelinatos el principio de una mayor extensión.

«Nuestras Casas, que antes del terremoto eran cuatro, ahora son diez, así repartidas:

«1. En Oria (provincia de Lecce [ahora de Bríndisi]) tenemos la Casa de la Comunidad de los Sacerdotes, de los Hermanos legos y de los jovencitos llamados a hacerse Religiosos en nuestros Institutos, unos de los cuales aplicados al estudio.

«Esta Casa es un antiguo Convento muy grande, con latifundio y bosque en un sitio estupendo.

«2. En Oria se estableció también la Casa Madre de las Hijas del Divino Celo del Corazón de Jesús, con la Superiora General, con hermanas y novicias y postulantes.[[404]](#footnote-404) Hay también anexo el Orfelinato femenino.

«3. En Francavilla Fontana (provincia de Lecce [ahora de Bríndisi]) tenemos el Orfelinato masculino antoniano en el antiguo Convento de los Escolapios, y allí hay una zapatería, sastrería y banda musical.

«4. En Francavilla Fontana tenemos también un Orfelinato femenino antoniano de huerfanitas pequeñas, que tienen un bonito San Antonio al que le dirigen sus inocentes oraciones, y el Santo desde el cielo dispensa gracias.

«5. En Mesina, en nuestra querida patria, tenemos aún nuestra antigua Casa del Orfelinato masculino en calle del Valore, y allí tenemos una nueva iglesia pública,[[405]](#footnote-405) que fue entre las primeras que funcionó tras el terremoto, a la que acude diariamente el pueblo numeroso; y allí se frecuenta la santa Comunión diaria, y se ruega en común para que el Corazón Sagradísimo de Jesús envíe buenos trabajadores al santuario, escogidos sacerdotes para la mística mies de las almas. Allí tenemos también dos nuestros sacerdotes que ofician incansablemente en aquella iglesia, y Hermanos legos. Se recogen los niños para la instrucción del catecismo, y también los pobres para evangelizarlos y socorrerlos.

«Para formar aquí un Orfelinato masculino, es indispensable formar un buen cuartel, al que ya se está poniendo mano.

«6. En Mesina todavía tenemos la conocida Casa del Espíritu Santo, aunque en gran parte destruida. Aquí tenemos un buen número de huerfanitas supérstites de los terremotos, tenemos hermanas y postulantes.

«Ya se puso mano, desde poco tiempo, para formar unos cuarteles en regla, habiendo recibido ya tablas para esta finalidad; y así aquel Orfelinato antoniano de niñas huerfanitas resurgirá con la ayuda de San Antonio de Padua, en orden y numeroso, como el que fue trasladado a las Apulias. Las huerfanitas de Mesina tienen entre ellas la prodigiosa talla de nuestro San Antonio, que nos vino de Roma.

«7. En Taormina (Mesina) tenemos otro Orfelinato antoniano femenino en un antiguo Convento, que se nos cedió hace unos años por aquel ayuntamiento por impulso del egregio alcalde, y culto profesor Salvador Cacciola. Es también dirigido por nuestras hermanas. Anexa hay también la iglesia de los Padres Capuchinos, donde se encuentra una antigua tela de San Antonio de Padua en tamaño natural, al que aquellas huerfanitas de Taormina presentan sus humildes y diarias oraciones para sus bienhechores.

«8. En Giardini (Mesina) hay una residencia de nuestras hermanas, que tienen una escuela de trabajo para jovencitas civiles y del pueblo, las primeras pagando discretamente y las segundas sin pagar o casi. Unas y otras son también instruidas en el catecismo, e introducidas a buena educación civil y religiosa.

«9. En San Pier Niceto, provincia de Mesina, el día 24 de octubre, sagrado a San Rafael Arcángel,[[406]](#footnote-406) por obra del reverendo Padre Vicario Foráneo Antonuccio, se abrió al lado de la Iglesia de la Virgen de Pompeya, por el mismo edificada hace muchos años, una Casa de residencia de nuestras hermanas, con Noviciado y laboratorio para las chicas de aquel pueblo, que allá concurren numerosas. La Santísima Virgen de Pompeya y el glorioso San Rafael Arcángel quieran proteger y prosperar esta otra reciente fundación.

«10. En Trani, gran ciudad de la provincia de Bari, con sede arzobispal, que conta entre 40 y 50 mil habitantes, con Tribunal de Apelación, aquel dignísimo y celoso arzobispo, Mons. Francisco Pablo Carrano, cedió por contrato un gran palacio a nuestras hermanas, las Hijas del Divino Celo, para abrir allá unas escuelas de trabajos para clases ricas y para hijas del pueblo: ya presentó humildemente este proyecto al Sumo Pontífice Pio X, y el Santo Padre benignamente concedió su Bendición Apostólica para esta nueva Casa, que será inaugurada, con la ayuda del Señor, en el próximo año 1910».[[407]](#footnote-407)

En estos mismos años, «el Padre [Aníbal] no atribuía nada a si mismo de lo bien que se actuaba en sus Instituciones, - escribe el P. Vitale – y quería que todos fuesen gratos como él al Señor por las gracias recibidas. Y con amorosísima confianza en la infinita Bondad de Dios, confiaba a Él todo el gobierno y la dirección de cada Comunidad, no sólo en general, sino también en particular; no sólo en las cosas graves y difíciles, sino también en las cosas mínimas con todas las circunstancias que las acompañaban: no en esta o en la otra inesperada contradicción, sino siempre, en todos los tiempos y en todos los lugares. Se quería en resumen él despojar de toda directa inmediata dirección, renunciar al nombre de Fundador (que nunca aceptó), o Director, sino que todos tenían que reconocer como Superior inmediato, efectivo, absoluto de las dos Congregaciones el Corazón Sagradísimo de Jesús; y en concomitancia y coronación de esta gracia soberana, para facilitar el conseguimiento de todas las gracias particulares, también la Santísima Virgen habría tenido que ser Superiora efectiva de todas las Obras, como Aquella que las presentaba ante el divino Hijo, y por eso las hacía meritorias en todo».[[408]](#footnote-408)

Por eso en 1904, con ocasión del 50º aniversario del dogma de la Inmaculada, tras un año de preparación, había proclamado solemnemente la Santísima Virgen Inmaculada Divina Superiora de las Hijas del Divino Celo.[[409]](#footnote-409) Después de nueve años, en 1913, pensó proclamar el Divino Superior para los Rogacionistas,[[410]](#footnote-410) y escogió la fiesta por excelencia de la Obra, el 1 y 2 de julio. Preparó la comunidad con un triduo de oraciones y un amplio comentario de las súplicas preparadas para la proclamación.

«Ante el cielo y la tierra – rezó en la Súplica el Padre Aníbal – ante todos los Ángeles y todos los Santos, desde lo íntimo del corazón Os proclamamos, y por cuánto esté en nosotros os escogemos como tal, oh Corazón Eucarístico, o sea como nuestro supremo, efectivo, inmediato y absoluto Superior, Director, Guía y Maestro. (…) Y ahora confiados a vuestra infinita bondad, oh dulcísimo Corazón Eucarístico de Jesús, a coronación de tan inefable gracia que imploramos, nosotros aún otra os pedimos. (…) Os suplicamos que, junto con Vuestro divino eucarístico Corazón, como nosotros lo proclamamos, nos deis también a la Inmaculada Señora María, (…) como absoluta, inmediata, y efectiva nuestra Superiora, Guía y Maestra».[[411]](#footnote-411)

El 2 de julio dirigió la Súplica a la Santísima Virgen:

«Nosotros os suplicamos, oh Inmaculada Madre, que nos deis la coronación de tan inefable gracia, o sea Vos misma otorgad a vuestro Hijo adorable, de constituiros Vos como nuestra Superiora, Guía y Maestra, inmediata y efectiva».[[412]](#footnote-412)

# **Dirección de las Hijas del Sagrado Costado**

El Padre Aníbal durante su vida tuvo modo de encontrar diversas personas espirituales, que hoy gozan los honores de los altares como santos o beatos, y que encuentran mucho respeto y devoción, a menudo fundadores de Congregaciones Religiosas: Don Bosco, Don Rua, el P. Santiago Cusmano, Don Orione, el P. Joaquín La Lomia, el P. Ludovico de Casoria, Bartolo Longo, Sor M. Luisa de Jesús, Madre María Antonia Lalia, Madre Rosa Gattorno, Don Eustaquio Montemurro, el Cardenal Dusmet, el P. Genaro Bracale, Madre Teresa Quaranta, el P. Francisco Jordan, el P. Justino Russolillo, el P. Alfonso M. Fusco, sin hablar del Cardenal José Guarino, del Canónigo Antonino Celona, de Mons. Francisco Di Francia y muchos otros nombres igual menos conocidos. Tuvo modo de tener también relaciones con sus Obras, no pocas veces con ayudas y socorros generosos. Y no había perplejidad en su ánimo: tanto valía para él ante el Señor una hermana suya, como aquella de otra Congregación. Él, en efecto, no consideraba ninguna Congregación como algo propio, sino como obra de Dios que pertenece a Él.[[413]](#footnote-413)

«Carácter de la espiritualidad del Padre, lo sabemos todos, - escribió el P. Santoro – era el del desinterés y de la generosidad, cuando se trataba de consolar el Corazón de Jesús. He aquí porque lo encontramos trabajando para la organización de las nuevas familias religiosas».[[414]](#footnote-414)

Entremos ahora en mérito a las dos Congregaciones con que el Padre Aníbal tuvo relaciones en este periodo.

Hacia 1910, conoció una Obra consagrada a Santa Gertrudis, fundada en Nápoles por una oblata benedictina, doña Gertrudis Gómez d’Arza (1862-1934), coadyuvada por el Sac. Ángel Padovano. En un principio el Instituto era una casa de trabajo para la asistencia de las jovencitas obreras, luego se le había añadido un orfelinato. Las dificultades y las necesidades, pues, se habían multiplicado.

El Padre Aníbal intentó en todas las maneras trabajar para no hacer perecer la Obra, solicitando la prensa napolitana y luego, durante unos años, enviando (1917-1918) antes cinco y luego dos Hijas del Divino Celo, vestidas con el hábito benedictino, para la formación de las «Gertruditas del Corazón de Jesús».[[415]](#footnote-415)

El P. Ángel Padovano le atribuyó el título de «Cofundador», y esto hace suponer que el Padre Aníbal se activó no poco para aquella Obra.[[416]](#footnote-416)

Más trabajo le dieron en cambio las Hijas del Sagrado Costado. Pero veamos cómo fueron las cosas.

Don Eustaquio Montemurro, médico y valiente estudioso de ciencias naturales matemáticas, sintió la voz del Señor, y con 47 años fue ordenado sacerdote.[[417]](#footnote-417) Trabajando como sustituto párroco, tuvo la idea de fundar una Congregación religiosa de sacerdotes que ayudaran a los párrocos en el cuidado de las almas. Así, junto con el P. Valerio Saverio (1878-1937)[[418]](#footnote-418) y con el P. Genaro Bracale S.J. (1865-1933),[[419]](#footnote-419) el 21 de noviembre de 1907 en Gravina de Apulia (Bari) dio comienzo a los «Hermanitos del Santísimo Sacramento». Quiso, luego, completar muy pronto la Obra, acompañando la actividad de los sacerdotes con una Obra femenina, y el 1 de mayo de 1908 empezó la Congregación de las «Hijas del Sagrado Costado».

Tras el traslado, por causa del terremoto, de sus Institutos a las Apulias, el P. Aníbal conoció al P. Bracale, que estaba en Grottaglie, y luego el P. Montemurro. En el diario de los Padres Jesuitas de Grottaglie, en efecto, con fecha 25 de agosto de 1909, se lee: «Por la mañana salen para Gravina el Canónigo Di Francia y Don Eustaquio con cuatro mujeres jóvenes, que van a consagrarse religiosas en el naciente Instituto de Don Montemurro: de estas tres son de Grottaglie, una es de Ostuni».[[420]](#footnote-420)

Las cosas parecían ir bien, cuando aparecieron en el horizonte unas nubes oscuras: Mons. Nicolás Zimarino, aunque ya había autorizado la Obra del Montemurro, habiendo recibido numerosas acusaciones contra las dos fundaciones por parte del clero, ordenó una investigación confiándola a tres sacerdotes diocesanos.

Don Eustaquio, convencido que los inquisidores fueran prevenidos, abrió una Casa en Minervino Murge, en la diócesis de Mons. Staiti, y aquí dio el hábito a las cuatro jóvenes que venían de Grottaglie. Luego obtuvo por el arzobispo de Trani, Mons. Francisco Pablo Carrano, la autorización para llevar a los «Hermanitos» al Seminario obispal de Bisceglie (Bari).

En este punto, Mons. Zimarino se sintió superado y habiendo hasta recibido un informe negativo sobre la investigación, decidió remitir el asunto a la Sagrada Congregación. El obispo, sin embargo, se sintió en deber de solucionar la situación él también; decidió entonces de buscar el consejo del Padre Aníbal. De la respuesta que éste dio el 11 de octubre de 1910 venimos a conocer las acusaciones que se hacían al Montemurro y a sus Obras.

Vamos a referir amplios tramos de esta carta porque de ella se pueden coger la personalidad y la prudencia del Padre Aníbal.

La primera acusación era la siguiente: «Estas Obras no están en regla con los decretos de la Sagrada Congregación». El Padre Aníbal contestó que el Montemurro aseguraba que se había hecho guiar en todo por el Cardenal Casimiro Gennari, que en el derecho formaba una autoridad, y que por lo tanto se podía estar tranquilos.

La segunda se refería directamente a la relación con el Ordinario: «el Montemurro empezó sus obras sin la autorización del Obispo».

«Este permiso – repuso el Padre Aníbal – ciertamente el Montemurro o implícito o explícito, u oral o de otra forma habrá tenido que tenerlo por parte de Vuestra Excelencia, sino no es pensable que Vuestra Excelencia lo hubiera dejado seguir adelante. Más bien, por lo que recuerdo, cuando fui allá, Vuestra Excelencia consentía al Montemurro de hacerse ceder por el ayuntamiento un antiguo convento, que me parece se llamara Santa Sofía. Así hubo un consentimiento de Vuestra Excelencia».

«Y, ¿cómo se explica el pasaje del Montemurro a otras diócesis?».

El Padre Aníbal: «Vuestra Excelencia lo puede saber: y es de suponer que sí (que hubo consentimiento) porque ni el Montemurro habría podido poner pie clandestinamente en otra diócesis, ni aquellos obispos lo hubiesen aceptados sin ser seguros del consentimiento de Vuestra Excelencia».

Los interrogantes se desplazaban pues en las Obras y sobre su posibilidad de subsistencia: «Las Obras no pueden crecer, porque no tienen medios».

De esta respuesta se tiene una clara y sintética idea de lo que pensaba el Padre Aníbal, tras mucha experiencia, y cómo tenía que ser, según su parecer, la estructura misma de las Obras.

«En cuanto a los medios, - contestó el Padre Aníbal - ¿Qué le tengo que decir, Excelencia? Mi palabra sería aquí interesada, porque mis pequeñas Obras siguieron durante treinta años sin fondos en la caja, sin rentas fijas, y vimos los milagros de la Providencia. En estas Obras el asunto de los medios creo que esté en tercer grado.

«En primer lugar, hace falta la obra espiritual, o sea la recta y pura intención, el espíritu de fe y sacrificio, el amor de nuestro Señor y del querido prójimo, y todas estas cosas bellas tienen que resplandecer en las instituciones, por lo que *potest humana fragilitas*, porque las miserias humanas siempre están con nosotros.

«Luego, hace falta la obra eclesiástica, o sea estar en perfecta regla con las Autoridades eclesiásticas, bendecidos por ellas y perfectamente dependientes por ellas.

«En tercer lugar, viene la obra civil, o sea medios, administraciones, trabajos, industrias, etc… Se entiende que hace falta también trabajar: *ora et labora*; y entonces, cuando se atiende en primer lugar al reino de Dios y a su justicia, se añade el propio trabajo para comer el pan de cada día *in sudore vultus*, oh, entonces, ¿cómo jamás pueden faltar los medios? ¡Faltará el cielo (o sea la atmósfera) y la tierra, pero a Palabra nunca fallará!».

Se tocaba luego la persona misma del Montemurro: «¿Se pueden aceptar las revelaciones del Montemurro, de las que parecen originadas sus Obras?».

El Padre Aníbal, que tenía una gran experiencia de literatura mística, se revela en toda su prudencia:

«Vuestra Excelencia duda mucho sobre las revelaciones del Montemurro. En materia tan delicada toda duda es prudente. Según la enseñanza de los teólogos místicos (Scaramelli, San Juan de la Cruz, Santa Teresa) ninguna obra se tiene que emprender o autorizar en base a revelaciones privadas: se tiene que hacer abstracción de estas cosas, como si no existieran. Me recuerdo haber leído en Santa Teresa que ella callaba totalmente las revelaciones que la movían a fundar, cuando proponía una fundación a sus directores espirituales. (…) No le escondo que en ciertos momentos a mí también nace la sospecha sobre las revelaciones del Montemurro, aunque yo sepa de ellas poca cosa, por haberme hecho leer unas cuantas páginas el Padre Bracale en Grottaglie. (…) Pero, ¿las revelaciones del Montemurro vienen de Dios? ¿La doctrina que contienen es perfectamente conforme a la Sagrada Escritura y a la doctrina de la Iglesia? Como sería gran ligereza admitirlo todo como divino, sin haberlo bien examinado, y sobre todo sin el responso de las buenas obras y del tiempo; así, creo que podría ser un juicio demasiado precipitado el de creerlas sin duda como obra diabólica, o humana ilusión. Vuestra Excelencia me corrija, si me equivoco».

El Padre Aníbal cerró, pues, la carta con una recomendación en que aparece toda su amarga experiencia en los comienzos de la Obra,[[421]](#footnote-421) invitando el Prelado a rezar y pedir consejo al Señor, en vez de sentir a los demás.[[422]](#footnote-422)

El hecho es que, provocada por Zimarino o tras la instancia enviada por el P. Montemurro con las cartas de recomendación de los obispos que amparaban sus Obras, en el principio de 1911 se abrió la Visita Apostólica. El resultado fue comunicado a través de Mons. Zimarino el 23 de junio de 1911: se intimaba la supresión de las Obras y los fundadores se condenaban por presudomisticismo. [[423]](#footnote-423)

Suprimió las Congregaciones, cerró las Casas, el P. Montemurro hubiese tenido que despedir las Hermanas y los «Hermanitos» a sus familias «con escolta segura». Así pensaba Mons. Zimarino; pero Mons. Ignacio Monterisi, obispo de Potenza, Mons. Félix Del Sordo, obispo de Venosa, y Mons. Francisco Pablo Carrano, arzobispo de Trani, no compartían su pensamiento. Estos Prelados habían podido tocar con su propia mano el bien actuado, en poco tiempo, por aquel grupo de generosas, en las respectivas diócesis, especialmente entre las clases pobres y espiritualmente abandonadas, y no querían renunciar a su preciosa colaboración. Monterisi, por lo tanto, no despidió a las jóvenes, más bien hizo saber expresamente a Zimarino «que las seguiría teniendo consigo y bajo su exclusiva dependencia y dirección y que lo había ya notificado a Roma».[[424]](#footnote-424)

Entonces aquellos obispos, incluido Zimarino, rogaron al Padre Aníbal de tomar la dirección de las comunidades suprimidas:[[425]](#footnote-425) «Los Obispos me empeñaron de encargarme de la naciente institución – escribió el Padre Aníbal – y de incorporarla con la otra mía de las Hijas del Divino Celo. Yo consentí en tomarla, pero no quise agregarla a la otra mía, porque pensé hacer de ella una Congregación aparte, en honor del Sagrado Costado de nuestro Señor».[[426]](#footnote-426)

Había entendido yo también, ocasionalmente, hablar del piadoso sacerdote Don Eustaquio Montemurro, fundador en Gravina de los *Hermanitos del Santísimo Sacramento* y de las *Hijas del Sagrado Costado*. – Depuso Mons. Farina – Supe cómo estas dos Instituciones habían sido disueltas y cómo el Canónigo Di Francia, por deseo del Obispo, había acogido consigo en Oria los mejores entre los miembros de la Institución masculina, y asumida la dirección de las diversas Casas de beneficencia regentadas por las Hijas del Sagrado Costado, con formal encargo de diversos obispos locales y propiamente de Mons. Ignacio Monterisi, obispo de Mársico y Potenza, y de Mons. Del Sordo, en aquel entonces obispo de Venosa».[[427]](#footnote-427)

Tras lo que había acontecido, no hubiese sido prudente por parte del Padre Aníbal comprometerse para hacer revivir una Congregación suprimida. Las acusaciones, en efecto, no podían decirse totalmente disipadas: la condena del Santo Oficio era una pesante hipoteca, que pesaba sobre la Obra. Quiso por eso que las Hijas del Sagrado Costado pidiesen libremente la agregación a las Hijas del Divino Celo. Ellas lo pidieron y fueron llamadas «nuevas Hijas del Divino Celo». En el pensamiento del Padre Aníbal sonreía siempre la esperanza de ver pronto rehabilitada la Obra destruida, y confiarla nuevamente al Montemurro, en cuanto las autoridades competentes lo establecieran.

El Padre Aníbal escribió en efecto en el “*Libro de los divinos Beneficios*”: «Se nos confiaron los Hermanitos y las Hijas del Sagrado Costado del Padre Montemurro».[[428]](#footnote-428)

El P. Domingo Santoro y el P. Teodoro Tusino eran dos de los “Hermanitos del Santísimo Sacramento” y vivieron en primera persona aquellos días.

«Como se preveía, - recuerda el P. Santoro – en la esperanza que pasara la tempestad, el Padre [Aníbal] tomó consigo aquellos chicos con el objetivo de entregarlos a su santo amigo.

«Para aquellos chicos la prueba fue terrible. Salidos los dos Padres, permanecieron en el Seminario de Bisceglie abandonados a sí mismos, con uno de los más mayorcitos como jefe. Sin un designio admirable de la Providencia, todos habrían vuelto para sus familias. (…) Finalmente el Padre fue allí, hizo preparar la ropa en las maletas para enviar, y cuando todo fue listo, los tomó consigo y con el tren se los llevó a Oria. Era el 20 de agosto de 1911».[[429]](#footnote-429)

«En Oria nosotros los “montemurrinos” formábamos una sección distinta y separada – recuerda el Padre Tusino – porque el Padre, creyendo que fuese una prueba del cielo la desaventura ocurrida al P. Montemurro, pensaba devolvernos a él, tras su esperada rehabilitación. (…) Nuestro asistente – así se llamaba el supervisor entonces – era Fray Carmelo.[[430]](#footnote-430)

«Por Navidad escribimos al Padre [Aníbal] en Mesina nuestras felicitaciones y nos contestó con esta pequeña carta: “A mis muy queridos hijitos montemurrinos y a Fray Carmelo que los guía. (…) El Niño Jesús está allí, en el santo Sagrario, y viene a vuestro corazón con la santa Comunión cada día. Sed fieles a un Amante tan entrañable, que se hace cada día vuestro alimento. Fidelidad quiere decir imitar sus virtudes: la humildad, la obediencia, el sacrificio, la oración, y perseverar en su santo servicio. ¡Dichosos vosotros, hijitos míos, si seréis fieles a Jesús! (…) Yo os bendigo y, siempre indigno, ¡ruego a Jesús que os haga santos! ¡No os olvidéis de rezar por aquel que os fue padre, que se perdió, y que espera adquiriros nuevamente en el Señor!”».[[431]](#footnote-431)

Sigamos con el testimonio del P. Santoro:

«La situación de los montemurrinos en Oria no tenía, ni podía no tenerlo, que un carácter provisional. (…) Don Eustaquio, con el P. Saverio, tras haber estado unos meses en diócesis, pidieron y obtuvieron pasar sus años en el ministerio de las confesiones en el Santuario de Pompeya, bajo la mirada de la Virgen. De las Obras empezadas por ellos no se pudieron más interesar para obedecer a la Santa Sede. Y en esta obediencia fueron verdaderamente heroicos.

«El Padre, en su prudencia, tenía escondidas a sus pobres jovencitos de Oria estas dolorosas vicisitudes. (…) Todas las veces que el Padre iba entre ellos, no faltaban de expresarle el deseo de admitirlos entre los Rogacionistas, porque la espera era tan larga y el porvenir oscuro. El Padre evitaba estos discursos y los exhortaba a la fidelidad a la propia vocación. A menudo iba a ver a Don Eustaquio en Pompeya, y trataban el asunto común. Tuvieron hablar también sobre este deseo de los jóvenes que estaban en Oria, y de la inútil esperanza de una vuelta a la normalidad.

«Una tarde del otoño de 1912, se supo que el Padre iba a Oria. (…) En cuanto vio el grupito de los montemurrinos, los saludó afectuosamente diciendo: “¡Todos Rogacionistas! ¡Todos Rogacionistas!, y luego explicó: “El P. Montemurro dijo: No quiero que aquellos pobres hijos tengan que permanecer así suspendidos y en una espera vana. ¡Les doy mi consentimiento y toda mi bendición! ¡Pasen sin problemas a los Rogacionistas!”».[[432]](#footnote-432)

Sobre las Hijas del Sagrado Costado, si el Padre Aníbal hubiese querido la fusión de las Obras, los medios lo le habrían faltado y la ocasión sería propicia. Se trataba de 21 jovencitas, de las que sólo un pequeño grupo vestía el hábito religioso. El Padre Aníbal habría podido sustituirlas fácilmente con las Hijas del Divino Celo en las dos casas en que se habían quedado, ya que a los obispos interesaba el apostolado más que las personas: en este modo las Hijas del Sagrado Costado habrían sido absorbidas sin ruido y todo acabaría casi sin darse cuenta. Él tuvo en cambio separadas las dos comunidades y, aunque se dirigía a ellas como “nuevas Hijas del Divino Celo”, escribió para ellas un reglamento propio. Hizo que el gobierno fuera autónomo y consideró las Casas una «Provincia» religiosa.

Tras una probable sugerencia del Montemurro el 16 de agosto de 1911 nombró la Superiora Provincial. El nombramiento fue acompañado por breves directrices según la índole de la Congregación:

«Tenga un cuidado materno de las Hermanas, o novicias o postulantes, residentes en las Casas, procure su crecimiento espiritual a través de la exacta observancia de los deberes religiosos y civiles, y cuide en el mismo tiempo su bienestar en lo que, sin perjuicio de la santa pobreza, es necesario para la vida, no excluida la higiene de la casa y de la comida.

«Como las Casas se encargan laudablemente de instruir a las niñas en los trabajos femeninos, teniendo escuela de trabajo, y de educarlas en los buenos principios para que crezcan cristianamente, la exhortamos para que lleven adelante en el nombre del Señor tan importantes Obras, para que visite las Casas, para que las provea en cuanto le será posible, y para que atraiga las tiernas hijitas a Jesús.

«Será también muy loable obra dedicarse a la doctrina cristiana, sea de los niños sea de las niñas, en alguna iglesia parroquial, allá donde las hermanas fuesen solicitadas o, por lo menos tuvieran la autorización de la Autoridad eclesiástica local.

«Sobre el respeto que las hermanas tendrán que tener para con el Sacerdocio, y mucho más sobre la veneración y la sujeción hacia la sagrada persona de los Obispos, tengan presente el reglamento para estas Casas formado por nosotros recientemente».[[433]](#footnote-433)

El Padre Aníbal tuvo para las Hijas del Sagrado Costado la misma solicitud que reservaba a las Hijas del Divino Celo. Pero también esta tarea, que el Padre Aníbal desarrolló con su usual esmero, le dio no pocos problemas.[[434]](#footnote-434)

«En los años de la dirección asumida por el Siervo de Dios, - recuerda Mons. Farina – el Instituto de las Hijas del Sagrado Costado había abierto alguna otra Casa con la Superiora General y con el Noviciado.

«Tras el fallecimiento de S. E. Mons. Monterisi, obispo de Mársico y Potenza, a él sucedió Mons. Razzoli de los Frailes Menores, ya Custodio de la Tierra Santa. Él teniendo alguna prevención, habiendo conocido la anterior disolución de los Institutos fundados por el sacerdote Montemurro, fácilmente dio importancia a las insinuaciones, debidas principalmente a una novicia, sor Humildad Pijzzi, que tenía buenas dotes naturales de ingenio, de actitudes para el estudio, de rapidez en tratar los asuntos, pero en cuanto a las virtudes y a las dotes sobrenaturales era justamente la antítesis de lo que su nombre religioso expresaba. El Siervo de Dios había habido buenas razones para decidir sus dimisiones del Instituto. Ella no las aceptó y había atraído de las suyas a la Madre General, que no era a la altura de su mandato y sobrevaluaba las dotes naturales de la Pijzzi, y ambas habían prevenido malamente el Obispo en contra del Padre Aníbal, convenciéndolo que no tenía las dotes ni los requisitos requeridos para dirigir la Institución naciente y que desde sus comienzos había sufrido una grave crisis con la disolución que se había mencionado antes. El Obispo decidió no querer que el Padre Aníbal siguiera ocupándose de las casas que estaban en su diócesis.

«A este punto estaban las cosas, que fui a Potenza para hacer la Visita Apostólica a las Casas del Instituto de las Hijas del Sagrado Costado, de que había recibido mandato de la Sagrada Congregación de los Religiosos en el verano de 1919. Para conocer el desarrollo de la Visita se puede consultar mi informe, que fue entregado a la Sagrada Congregación de los Religiosos en marzo 1921.

«La impresión que llevé de la Pijzzi, como ya expresé anteriormente, no fue favorable; y que el juicio desfavorable de ella por parte del Canónigo Di Francia no fuese equivocado, fue después comprobado por los hechos, porque supe seguidamente que ella salió de aquella Congregación, para pasar sucesivamente a otras, creando, en último, entre las Hermanas del Espíritu Santo de la diócesis de Ariano Irpino un pequeño cisma, que no tuvo consecuencias, habiendo fallecido en Bari, por lo que aprendí».[[435]](#footnote-435)

Madre Teresa Quaranta recordaba la dirección del Padre Aníbal en estas palabras: “Dificultades graves en tratar los asuntos de las almas ciertamente tuvo que encontrar en su vida; creo que entre las mayores hubo la de la dirección de nuestro Instituto cuando, por la expulsión de una hermana de Potenza, encontró la resistencia obstinada del Obispo, ya antes concordante, y que llevó al interdicto por parte del Obispo contra el Siervo de Dios de poner pie en Potenza. Las maquinaciones duraron bastante, a pesar que el Padre hubiese obedecido inmediatamente y escrupulosamente a las órdenes del Obispo. Sin embargo, en toda esta dolorosa vicisitud el Siervo de Dios esperó la luz de la verdad y la paz de los ánimos, confiando únicamente en el Señor».[[436]](#footnote-436)

«Siempre tuvo que superar dificultades en la fundación y gobierno de las Casas, de diversas naturalezas, - atestiguó sor Antonieta Galetta – pero el Siervo de Dios siempre fue fuerte y resignado. Por nuestro Instituto, cuando intervinieron las luchas entre el Padre y el Obispo de Potenza, a propósito de una Hermana de la que yo misma era superiora y que llevó a la fatal escisión que todavía ahora existe entre las Hijas del Sagrado Costado, el Padre fue franco y constante en su pensamiento y postura, pero obedientísimo a las decisiones del Obispo, que le había intimado el interdicto de poner pie en Potenza.

«Son inevitables y muchos y graves los obstáculos y las dificultades, tratándose de fundar un Instituto y de regentar una comunidad religiosa: permisos, dineros, materiales, diversidad de caracteres, no siempre formados perfectamente; sin embargo, él todo lo superó, sin desanimarse jamás. El hecho de Potenza, ocurrido justamente a mí, superiora de aquella religiosa que fue expulsada, es una prueba elocuente».[[437]](#footnote-437)

«Las acusaciones que se hacían al Padre Aníbal – refirió Mons. Farina – eran que él fuese impresionable e impulsivo, y por eso apresurado en sus decisiones; que favoreciera excesivamente la piedad a costa de la cultura; y que en la mudanza de los sujetos de una Casa a la otra y en el confiar encargos y mansiones no observara las prescripciones canónicas, no excluida la del noviciado.[[438]](#footnote-438)

«En cuanto a la primera, me parece que se confundiera la fortaleza y la prontitud de la ejecución de las decisiones, aparecidas necesarias con fundamento, con la impulsividad, allá donde él se revelaba reflexivo y ponderado, ni se basaba sólo en su parecer, sino pedía consejo.

«En cuanto a la piedad, que él la favoreciera, no hay duda; pero no me parece que él fuese excesivo, ni, mucho menos, que lo hiciera a cuesta de la cultura; y si había prohibido a las postulantes de acceder a las escuelas públicas estatales, esto era porque frecuentándolas se hallaban expuestas a grave peligro, no sólo de entibiarse en la piedad, sino también de perder la vocación y de convertirse en jóvenes frívolas y mundanas.

«En cuanto a la tercera acusación, hace falta tener presente que ella aunque tuviera cierto fundamento, era bien justificada por el afán de las necesidades de la Obra naciente, que no permitía aquella regularidad, que es propia de un Instituto ya consolidado, tanto más que los tiempos eran turbios, habiendo en aquel posguerra urgente necesidad de obras caritativas y educativas, especialmente en los pequeños centros, donde difícilmente Congregaciones bien formadas y acostumbradas a los grandes centros se adaptarían.

«Si no recuerdo mal, S. E. Mons. Razzoli, obispo de Potenza, en su firme voluntad que el Canónigo Di Francia no tuviese más injerencia alguna en las Comunidades religiosas de las Hijas del Sagrado Costado existentes en su diócesis, le había hasta prohibido el ejercicio de cualquier ministerio eclesiástico en su diócesis.

«El Canónigo había humildemente aceptado la dura y humillante disposición obedeciendo plenamente a ella: lo que es cierto es que conmigo, como ya atestigüé antes, habló siempre con respeto y deferencia sobre aquel Prelado, aunque disentía con él en cuanto al juicio sobre las dos Hermanas sobre mencionadas. Y en general fui siempre edificado, tratando con él, por su serena paz y equilibrio de su alma, a pesar de las contrariedades y también de las ingratitudes probadas en la dirección asumida de esta incipiente asociación, que había aceptado solamente movido por sentimientos de caridad para no hacer perecer tantas iniciativas de bien, pequeñas igual en sí mismas, pero de suma utilidad y ventaja para los centros humildes y aislados donde habían nacido.

«Después de la Visita fueron confiadas al Obispo de Potenza las Comunidades que estaban en el territorio de su jurisdicción, para que bajo otra dirección por él creída mejor, formaran un conjunto religioso aparte; las Comunidades en cambio de las diócesis de las Apulias, por deseo de los Ordinarios, y propiamente los Obispos de Lecce, Andria, Gravina e igual también Altamura, constituyeron a su vez otro conjunto que tuvo una Casa Madre y su centro en Gravina, donde había empezado el Instituto, permaneciendo bajo la dirección del Canónigo Di Francia».[[439]](#footnote-439)

Mons. Fortunato Farina, concluida la Visita Apostólica, quería proponer a la Santa Sede la fusión de las Casas de las Hijas del Sagrado Costado, exceptuadas las de la diócesis de Potenza, con las Hijas del Divino Celo; pero el P. Aníbal lo desaconsejó, por una serie de motivaciones que conocemos a través de una carta escrita a madre Teresa Quaranta:

«Al Mons. Farina aconsejé no proponer a la Sagrada Congregación la fusión con mi Instituto por diversas razones: 1) porque vosotras no lo queréis; 2) porque la comunidad del Sagrado Costado existe desde hace 10 años, tiene casas, etc. y no me parece regular aniquilarla; 3) porque para mí comportaría un gran aumento de fatigas personales y muchos gastos, siendo las Casas del Sagrado Costado nacientes y escasas de medios; 4) porque con la fusión, especialmente obligada, vosotras fácilmente os apoyaríais a nosotros, mientras permaneciendo como sois, tenéis mayor compromiso y estímulo para seguir adelante, y seréis obligadas a trabajar, a rezar, a esforzaros para producir y encontrar medios; 5) porque dos comunidades diferentes pueden hacer por sí mismas mayor bien que lo que puede hacer una sola».[[440]](#footnote-440)

Hacia finales de 1923 empezaron los intentos de reunificación entre los dos ramos, y todavía en octubre de 1926 los asuntos estaban en estado inicial.

«En cuanto a la unión – escribía el Padre Aníbal a Madre Quaranta – hace falta rezar mucho, pero hasta que en aquella comunidad separada está la célebre Pijzzi, creo que no haga falta hablar de unión. Permanece sin embargo una verdadera extrañeza que, por una sola persona, monja sólo de hábito, a lo que parece, se tenga que impedir la unión entre dos comunidades, divididas por causa de aquella. Esto se tendría que presentar a los dos monseñores, Farina y Sanna. En cuanto a las demás hermanas y postulantes de la comunidad separada, creo que tengan que ser buenas jóvenes, incluida la D’Ippolito [la Superiora General]. Seguid rezando, porque con el tiempo se verán los milagros de la oración».[[441]](#footnote-441)

El Padre Aníbal siguió acompañando, ayudando y aconsejando estas hijas suyas espirituales hasta la hora de su muerte.

# **La muerte de Mons. Francisco Di Francia**

Después del terremoto de 1908, don Francisco hizo, como mencionamos anteriormente, otro intento para la “reunificación” de las Obras. Pero no se llegó a nada por la fuerte intervención de Don Orione, que se mostró abiertamente contrario, como se dijo. Don Francisco, entonces, se dio cuenta que ya no era el caso de insistir y que hacía falta que los dos hermanos recorriesen cada uno su propio camino. También cuando, en febrero de 1912, fue hecho Vicario General de Mesina, destacaba el Padre Aníbal, aunque podía imponer por autoridad la unificación, no hizo palabra sobre ello.

Las relaciones entre los dos habían sido siempre plenamente fraternas, como es verdad que don Francisco frecuentaba libremente al Padre Aníbal en el barrio Aviñón.

«¡Mi hermano [Francisco] me escribió que estaba todavía enfermo! – comunica el P. Aníbal al P. Vitale en el octubre de 1910 – Vaya a enviarle al Fray Plácido [para asistirlo] per lo menos unos cuantos días. (…) Mi pobre hermano está debilitado en el corazón por tanta sangre perdida (¡se sacaba sangre a menudo!) y por tantas penas sufridas. ¡Dios quiera que sea sólo debilidad! ¡Espero que la Santísima Virgen me lo haga ver otra vez! ¡Encomendémoslo al Señor! Si usted exige las 3.000 liras, dele 100 liras, que representan una deuda mía. ¿Cómo hace para mantener tantas criaturas mientras ya no puede trabajar? ¡Pero está el Corazón de Jesús! ¡Él tiene tanta fe en San José!».[[442]](#footnote-442)

«Creo que sabrá que mi hermano fue elegido Vicario General de Mesina; - escribía siempre el Padre Aníbal a Don Orione – él, sin embargo, pobrecillo, no está bien, actualmente está en la cama con catarro. Recemos que el Señor le dé salud y gracia por tanto oficio. Yo paso con él en la más cordial relación. La Curia está contenta. Dios gobierna su Iglesia».[[443]](#footnote-443)

El estado de salud de Mons. Francisco, sin embargo, pronto se puso precario, e intentó arreglar como mejor pudo su Instituto: con el permiso de Mons. D’Arrigo, obtuvo (6/6/1913) por el Provincial de los Capuchinos de Mesina que el P. Salvador de Valledolmo lo asistiera también en el gobierno.

La noche del 22 de diciembre de 1913, tras haber pedido y recibido los santos sacramentos, expiraba.

«A las 9 de la noche del 22, - escribió el P. Aníbal al P. Vitale – cuando él expiraba abrazado a San Francisco, yo llegaba entre los franciscanos de Florencia, donde me hospedé».[[444]](#footnote-444)

El Padre Aníbal, en efecto, unos días antes había salido para Roma y luego para Florencia, donde habría tenido que encontrar a Mons. Roberto Razzoli, obispo elegido de Potenza, para arreglar el problema de las Hijas del Sagrado Costado. Los desplazamientos de aquellos días no le permitieron de tener la noticia.[[445]](#footnote-445)

«El día 31 de diciembre pasado – comunicó el P. Aníbal a Mons. D’Arrigo – me llegó en Gravina en las Apulias la dolorosa noticia que mi queridísimo hermano, ¡desde la noche del 22 había pasado a la eternidad!

«¡Imagínese Vuestra Excelencia cuánto esta noticia me afectó! Estaba en las conjeturas y en las dudas particulares sobre su fallecimiento, aunque tenía la confianza en el Corazón Santísimo de Jesús que le habría dado gracia especial para poder bien morir, habiendo sido él un incansable adorador diario del Santísimo Sacramento. (…)

«Cuando luego el día de ayer tuve por el Canónigo Vitale al que había telegrafiado, la carta con los particulares singularísimos de la muerte, quedé atónito alabando con lágrimas la inmensa divina Bondad por una muerte tan preciosa y singular. (…) ¡El día 26 envié a la dirección de mi hermano una postal ilustrada con las felicitaciones para él y sus [Hermanas], desde Roma! (…)

«Yo amé a mi hermano Francisco con un amor muy tierno, ¡y más que fraterno, paterno! En mi miseria e indignidad, inmensamente afligido por sus aflicciones, viendo la problemática en que se había puesto, no sólo lo socorrí como mejor pude, ¡sino no cesaba de rezar el Altísimo para que lo proveyera y consolara!

«Y, oh, ¡caridad infinita del Corazón Santísimo de Jesús! ¡Dios se valió de Vuestra Excelencia para proveerlo y consolarlo en todos los modos! Por lo cual siento el deber de agradecer nuevamente a Vuestra Excelencia por todo el bien que le hizo. (…)

«Y ahora Vuestra Excelencia quiera misericordiosamente bendecirme también a mí y a todos los míos, que todos somos súbditos humildísimos de Vuestra Excelencia.

«A las queridas Hermanas y huerfanitas de mi hermano ya enviamos socorros, y nos ofrecimos por lo de que les pueda hacer falta».[[446]](#footnote-446)

El día siguiente la muerte de don Francisco, en la Casa de Roccalumera llegó una estatua de la Virgen Inmaculada, don del Padre Aníbal al hermano y a su Comunidad.[[447]](#footnote-447)

Una vez más la vida de los dos hermanos es vinculada por la presencia de la Inmaculada, de la que eran tan devotos.

# **Afianzamiento de las Obras**

Las Congregaciones del Padre Aníbal parecían haber tomado un buen camino y con la venida de buenas vocaciones se podía esperar en un futuro mejor.

Poco a poco el Canónigo Antonino Celona, que deseaba dedicarse a la Obra, aunque siguiendo las obligaciones del coro en la Catedral de Mesina, empezaba a interesarse en las dos Comunidades de Mesina y en el ministerio en la iglesia-barraca de la Rogación Evangélica. Andemás, el Canónigo Francisco Vitale, que desde hace unos años colaboraba, obtuvo en fecha 14 de julio de 1913 la posibilidad de renunciar al Decanato del Capítulo Protometropolitano y de consagrarse sin reservas a la Obra del Padre Anibal.

Así bajo la dirección del P. Vitale se pudo formar en Oria la primera Escuela Apostólica.[[448]](#footnote-448)

«Una buena Señorita de Gravina – recuerda el P. Santoro – Doña María Sottile Mennini, que tenía una propiedad en zona Guardiadalto, cerca de la ciudad de Gravina di Puglia, entró en correspondencia con el Padre [Aníbal] porque quería hacer una obra de beneficencia. Ella, en efecto, moraba en Nápoles habitualmente, pero en esta villa paterna había la Capilla de la familia, y ella deseaba crear allí una obra de bien para sufragar las almas de sus difuntos. Tras largas negociaciones, el Padre estableció de empezar en aquella tierra, que tenía la superficie de 9 hectáreas, al lado de la villa, una colonia agrícola para los huérfanos. Era un tiempo en que muchas obras de beneficencias se orientaban en la formación de los agricultores. También Don Orione había creado una colonia en Calabria, y los Salesianos las había en diversos lugares, también en las afueras de Roma. (…) La colonia fue estrenada el 1 de noviembre de 1913».[[449]](#footnote-449)

Pasaron unos años en que el Padre Aníbal intentó dar una conformación a la Congregación masculina y a reforzar unas Casas,[[450]](#footnote-450) pero muy pronto se halló delante otra prueba para superar: la guerra de 1915-1918. Los Rogacionistas eran pocos y la Congregación estaba para germinar cuando hubo la llamada a las armas. En breve las Casas se vaciaron: permanecieron los niños y los más ancianos. Con el P. Aníbal estaban el P. Vitale, el Canónigo Celona, Fray Salvador, Fray Plácido y pocos otros Hermanos reformados porque enfermos. El P. Palma fue dispensado porque reconocido Director del nuevo Orfelinato para las huérfanas de Guerra en Altamura; se consiguió tener también la dispensa para Fray José Antonio Meli y Fray María Antonio Scolaro, reconocidos necesarios para la zapatería de Oria, que trabajaba los zapatos para las Fuerzas Armadas, mientras todos los demás, uno tras otro, tuvieron que salir para el frente. Así la actividad de las Casas masculinas de paró casi totalmente. Fue necesario cerrar también la colonia agrícola de Gravina.[[451]](#footnote-451)

El Padre Aníbal se activó en todos los modos, pero sobre todo a través de la correspondencia, para tener firme en sus Religiosos que estaban en el frente la vocación, buscando alimentar, por lo que era posible, su vida espiritual. De todas maneras, las malas noticias no se hicieron esperar: Fray Mansueto cayó en el frente, Fray Mariano se quedó ciego y Fray Mauro murió de tuberculosis.

Cada vez eran golpes, jirones de la propia carne que saltaban, pero, sin embargo, siempre lleno de confianza en Dios, el P. Aníbal incitaba a todos sus hijos espirituales: «A todos, con ocasión de la fiesta del Patrocinio de San José el 11 de abril de 1918, - recuerda el P. Santoro – en que se solían renovar los votos y las promesas, exhortaba hacer la novena de preparación, e insistía: “No relajad vuestro espíritu de la divina Presencia y del espíritu religioso, y que las labores y los malestares de la vida militar os sirvan como medio eficacísimo, con que el Señor os llama para una más estrecha unión con su divino Corazón”».[[452]](#footnote-452)

La movilización adelgazaba así día tras día las filas de los Rogacionistas, que dejaban desiertos los talleres de los Institutos, mientras las necesidades de las casas crecían. Las tipografías de Mesina y de Oria ya no podían satisfacer adecuadamente las necesidades de la propaganda antoniana, que el P. Palma había en estos años puesto en marcha a través de las Secretarías Antonianas. La edición del periódico *Dios y el Prójimo* superaba abundantemente las 120 mil copias, algo sorprendente para aquellos años. El Padre Aníbal, entonces, pensó que se tenían que empezar las tipografías en las Casas femeninas, en Mesina en el Instituto «Espíritu Santo» el 4 de febrero de 1917 y en el Instituto «San Benito» en Oria en 1918, y en 1919 en la Casa de Trani (Bari).

Durante el periodo de las hostilidades, por un lado, tuvo el problema de la subsistencia de la Congregación masculina, mientras aquella femenina, ya rica de elementos, tuvo un ulterior incremento.

Una monja de casa, Sr. Rosaria Jaculano, se dirigió al P. Aníbal para una fundación en Santa Eufemia D’Aspromonte, con la promesa de devolver a él todos sus bienes con escritura particular. El P. Aníbal aceptaba sólo tras haber estipulado un acto público de venta de bienes raíces y haber establecido las obligaciones asumidas en una escritura particular depositada en la Curia obispal de Mileto. Se establecía así de instituir «una escuela de trabajos femeninos y de instrucción del catecismo para las niñas y jovencitas, sea civiles sea de pueblo, confiando esta escuela a las hermanas Hijas del Divino Celo». Y todo acontecía bajo el control de la Curia y del Obispo de Mileto.[[453]](#footnote-453)

Así el 20 de junio de 1915 se inauguró la Casa de Santa Eufemia.

A través de una carta dirigida a Mons. Adolfo Varrienti, Prelado de Altamura, el Padre Aníbal nos da una confirmación de los criterios puestos en acto cuando aceptaba de constituir una nueva fundación. Del mismo escrito se puede sacar también una breve síntesis de las actividades de sus dos Congregaciones religiosas.

«Es demasiado correcto lo que Vuestra Excelencia me exponía – escribió el P. Aníbal – acerca de la fundación del proyectado Orfelinato en Altamura, o sea que no basta con fundarlo, sino que hace falta que haya suficiente garantía de llevarlo adelante por lo que se refiere el sustento de las huerfanitas y todo lo que haga falta para su buena educación y éxito y para la perpetuidad de la obra benéfica.

«Expongo cándidamente mis ideas a Vuestra Excelencia y me remito perfectamente a su juicio, para que, si la obra se tiene que fundar, proceda con la perfecta dirección y entendimiento de Vuestra Excelencia.

«Antes de todo, en cuanto a la fundación, yo podría disponer, por gracia de Dios, de medios no llamativos, sino discretos. Sería mi idea tomar un terreno y construir, antes para la acogida de una docena de huerfanitas, y luego poco a poco hasta que lleguemos a acoger unas treinta huerfanitas, que para Altamura creo que sería bastante. No importa que el edificio fuera acabado todo en una vez para el número completo de las acogidas, sino que se empezaría formando un proyecto de la fábrica entera, que luego poco a poco se fuera desarrollando.

«En cuanto al sustentamiento, tenemos muchos recursos por gracia del Señor. (…) Pero dejemos la aportación antoniana, y venimos a los demás ingresos, que humanamente se dicen seguros. Las hermanas de mi humilde institución conocen diversos trabajos lucrativos, y los adoptan en las Casas con provecho diario. El primero es un el trabajo textil con las máquinas. Donde se abre un Orfelinato, implantamos tres, cuatro, cinco máquinas de tejer con las que se hacen calcetines, franelas, mantones, y se trabaja en seda, en hilo, en algodón, en lana. No hay Casa nuestra en que las máquinas de tejer no trabajan cada día y no dan buenos resultados de lucro.

«Las hermanas, algunas conocen bien el guipurro: trabajo muy rebuscado, que se paga a precio de mérito; conocen la costura, el corte, con que, además que se da una enseñanza provechosa a una chica, se conoce también toda clase de bordado en blanco, en seda, en colores, en oro, y se hacen muchos trabajos de comisiones, especialmente trabajos de iglesia y ajuares para bodas. Se conoce bien también el trabajo de flores artificiales.

«En cuanto a rendas fijas, generalmente en nuestros Orfelinatos no hay; exceptuado en los de Mesina, donde el Ayuntamiento contribuye con tres mil liras anuales y la Provincia mil liras, y exceptuado en el de Trani, que tiene cien mil liras de capital vinculado, desde hace pocos días, podemos decir, o sea desde la muerte del santo y sabio Arzobispo de Trani Mons. Francisco Pablo Carrano, nuestro insigne bienhechor, que dejó para aquel Orfelinato el palacio comprado por él, cien mil liras y una renta de unas tiendas por 80 liras cada mes. (…)

En Mesina, en los lugares del antiguo Monasterio del Espíritu Santo, que nos concedió el Ayuntamiento, desde hace dieciocho años implanté un molino y una panadería con energía eléctrica, para la confección de pan de puro trigo. (…) En Mesina y en Oria tenemos tipografías con diversas máquinas, además de zapatería y sastrería para los artesanitos. En Oria implantamos recientemente, por gracia del Señor, una Zapatería a máquina, o sea con trece máquinas para hacer zapatos.[[454]](#footnote-454)

El 24 de mayo de 1916 se inauguraba el Orfelinato de Altamura en el antiguo convento de Montecalvario, cedido por el obispo, para recoger allí las huerfanitas de los soldados fallecidos en la guerra.

Hacía tiempo que el Padre Aníbal acariciaba la idea de abrir un instituto en Padua como tributo de reconocimiento hacia San Antonio. En 1916 el P. Bressan de los franciscanos, párroco de la iglesia de Arcella, lo había animado interesándose ante el obispo y para la adquisición de un terreno de su parroquia.

El 29 de septiembre de 1916 hizo su petición oficial al Obispo en estos términos:

«Sería una Obra piadosa para las clases pobres, que sería confiada a la Comunidad de las hermanas llamadas Hijas del Divino Celo, que curarían maternamente a los niños y niñas y jovencitas, y además de la ayuda y socorro material y de la enseñanza de los trabajos, se tomarían el máximo cuidado de instruir los grupos escolares en la Doctrina Cristiana, de iniciarlas a la piedad, de acercarlas a los Sacramentos y de coadyuvar en tal manera en Arcella la obra del celoso sacerdote Bressan y de sus cohermanos, que tanto trabajan para el bien del místico rebaño, bastante numeroso, que se les confió».

Mons. Luis Pellizzo al margen de la misma carta escribió: «Bendiciendo autorizamos con ánimo grato y con todo auspicio. † Luis Pellizzo».[[455]](#footnote-455)

El 7 de octubre de 1916 se adquirió el terreno y se empezaron las fábricas.

El año siguiente, el obispo le pidió unas cuantas hermanas para el Hospital militar que se tenía que abrir en Padua: deberían ocuparse del ropero, de la cocina y de la enfermería.

Así, acompañadas por el P. Palma el 31 de mayo de 1917, llegaron a Padua ocho Hijas del Divino Celo para tomar servicio en el Hospital militar “Belzoni”. También con ellas el Padre Aníbal usó las mismas atenciones que tuvo con los Rogacionistas en el frente, las asistía espiritualmente con frecuentes cartas, animándolas y exhortándolas: «Grande es la hazaña que os fue asignada, bastante largo el campo y nuevo. Pero sabed vosotras todas cuáles son nuestras armas: la oración, la recta intención, el espíritu de sacrificio, el ejercicio de la caridad, e igualmente la buena observancia de las reglas religiosas entre las mismas hermanas».[[456]](#footnote-456)

Y tuvo grandes satisfacciones de este equipo de hermanas. Tras la derrota de Caporetto el Hospital “Belzoni” fue trasladado a Florencia, el personal fue dejado libre, y ellas volvieron a las respectivas Casas de pertenencia, acabando así su experiencia en el hospital.

Mientras tanto, sobre el Instituto en Padua que se iba acabando, sin todavía haber sido inaugurado, cayó un manojo de bombas que lo derribó totalmente. El sueño del Padre Aníbal así fracasó: él, en efecto, nunca pude ver aquel Instituto, porque los Rogacionistas, por un conjunto de circunstancias, pudieron retomar la construcción sólo en 1949.

Al azote de la guerra, en los meses de septiembre-octubre 1918 se añadió la epidemia llamada “española”: en las comunidades femeninas el Padre Aníbal tuvo que contar trece víctimas, mientras que en el ya diezmado número de los Rogacionistas hubo sólo dos fallecimientos.[[457]](#footnote-457)

Terminadas las actividades bélicas, con el regreso de los supérstites intentó reorganizar la Congregación masculina: encargó al P. Vitale de volver a empezar un aspirantado en Mesina y de cuidarse de la formación de los clérigos, que habían tenido que suspender su camino hacia el sacerdocio, y estos eran: el P. Santoro, el P. Tusino, el P. Tursi, el P. Drago, el P. Appi, el P. Ruggeri y muchos otros.

«En las dos Casas [Mesina y Oria] – recuerda el P. Santoro – se formó como una competición de emulación. La Congregación asumía así claramente el carácter clerical. (…) Se decía: nuestra familia creció y se derramó acá y allá. Con las dos Casas masculinas y las nueve femeninas, ya son el respetable número de once: las dos de Mesina, barrio Aviñón y Espíritu Santo, Taormina, Giardini, San Pier Niceto, Santa Eufemia de Aspromonte, las dos de Oria, San Pascual y San Benito, luego Francavilla Fontana, Altamura, Trani. Todos eran una sola familia, bajo la mirada y la guía de un Padre, animador de todo y de todos, juez inapelable en todo asunto y controversia. (…) Para los bienhechores y devotos de San Antonio en pro de los huérfanos, ya estaba afirmado, y especializado, el órgano mensual “*Dios y el prójimo*”, que había llegado entonces a la edición de 700.000 copias».[[458]](#footnote-458)

Ya mencionamos al Canónigo Celona entre los Rogacionistas. En realidad, si bien iba colaborando con la Obra del Padre Aníbal nunca se decidió hacer el paso definitivo y dedicarse por completo en la Institución. Esta posición poco clara dolía profundamente al Padre Aníbal.[[459]](#footnote-459) Vino a añadirse, además, una idea que el Celona había ido acariciando, o sea la de fundar una Congregación femenina dedicada a la oración y a obras de hospitalidad para chicas “civiles” bajo la obediencia del Padre Aníbal.

«¡No, no! – escribe el P. Aníbal al mismo Canónigo Celona – Esto me faltaría, que hiciera una comunidad de *Hermanas Rogandinas*, ¡mientras ya tengo una hecha! Hasta ahora el clero y la Curia me han llamado de loco, si hiciera una cosa como esta me llevarían al Mandalari».[[460]](#footnote-460)

Entonces, el 23 de agosto de 1917, el Celona presentó a Mons. D’Arrigo un largo y detallado memorial de la Obra que quería fundar, implorando su autorización y bendición. Ambas le fueron concedidas el 8 de septiembre. Sólo en este punto informó al Padre Aníbal, pidiéndole su bendición.

«El Reverendo Canónigo Celona, - comunicó el P. Aníbal a Mons. D’Arrigo – junto con el billete de Vuestra Excelencia me envió una carta de 16 páginas para exponerme que había deferido todo a Vuestra Excelencia, o sea su proyecto, que había conseguido el consentimiento pleno y así me rogaba, suplicaba e imploraba, “para hacer todo con mi obediencia”, que yo le diera también mi bendición. A todo esto, le contesté que, si la suya era obra del Señor, el Sumo Dios me dispersara como granito de arena si tuviera que oponerme a la obra de Dios; así que le daba no una sino cien bendiciones, aunque todo esto fuese superfluo, luego de haber recibido la de Vuestra Excelencia. Sólo le hacía reflexionar que su obra era distinta y separada de las nuestras y él mismo se ponía en el camino de un progresivo alejamiento de nosotros. (…)

«El Reverendo Canónigo Celona con gemidos y suspiros me muestra su arrepentimiento por haberme suplantado en el alquiler del antiguo convento de los Ángeles, y me suplica de animarlo con alguna palabra de consolación del profundo abatimiento en que cayó. No habiendo yo corazón de resistir ante tanta aflicción producida por el gran compromiso que tiene de actuar cuanto antes la apertura de la pensión, que fue durante muchos años encima a mis pensamientos, y además de una escuela para trabajos femeninos; no teniendo corazón para resistir ante tantas demostraciones de angustia y de dolor, yo cedo, y dejo al Canónigo Celona el antiguo convento que estaba para comprar, o para alquilar, si la adquisición no hubiese sido posible».[[461]](#footnote-461)

Desde este momento solicitó al Celona para asumir una postura clara para no engendrar también unas posibles confusiones, proponiéndole unas soluciones a las que, aunque permaneciera entre los Rogacionistas, pudiese asistir y guiar su Congregación de las Ancilas Reparadoras, desplazando su sede a Catania. Pero no se concluyó nada; así después de 1919, el Canónigo Celona siguió por su camino.[[462]](#footnote-462)

Otro aspecto que atormentó al Padre Aníbal en la posguerra fue la búsqueda de una autorización jurídica de sus Institutos.

El Concilio Vaticano I, entre sus otras decisiones, había expresado el voto que todo el conjunto de las leyes eclesiásticas formuladas hasta entonces a lo largo de los siglos, fuese recopilado en un Código oficial. La hazaña, de no fácil realización, permaneció un deseo piadoso hasta el Papa Pio X. Éste creó una Comisión, compuesta por los más acreditados juristas católicos, y le encargó la redacción de un Código de Derecho Canónico. Tras doce años, Benedicto XV con la Constitución Apostólica *Provvidentissima Mater Ecclesia* promulgó el nuevo Código y estableció que entrara en vigor el 12 de mayo de 1918.

El Código daba disposiciones precisas sobre la erección y la autorización de los nuevos Institutos religiosos: determinaba las competencias de los Ordinarios locales y las prácticas para seguir.

El Padre Aníbal, entonces, se puso seriamente a pensar sobre la fisionomía jurídica para dar a sus Institutos. Antes de todo era necesario preparar las Constituciones. Encargó al P. Vitale de preparar un borrador según las nuevas normas, para que luego las examinara y completara él. En junio de 1919 las presentó a Mons. D’Arrigo, pidiéndole de examinarlas y conceder el Decreto de reconocimiento de sus dos Congregaciones *Jure diœcesano*. Destaca el P. Santoro:[[463]](#footnote-463) «Mons. D’Arrigo acogió la petición con gusto. Como maestro de moral y derecho eclesiástico, él quería estudiar personalmente estos asuntos. Esta fue la razón por la cual hizo falta un tiempo antes de que llegara un resultado positivo. Pasaron muchos años».[[464]](#footnote-464)

El 18 de diciembre de 1922, sin embargo, Mons. D’Arrigo falleció de repente: «Lo que aconteció luego, desaconsejó una inmediata presentación, antes de todo por la sede vacante, y luego por la elección del sucesor, Mons. Ángel Paino, que se puso a trabajar con alacridad para organizar la reconstrucción de las Iglesias de Mesina (…). Se tuvo que esperar».[[465]](#footnote-465)

El 1 de noviembre de 1923 el Padre Aníbal presentó nuevamente los dos textos de las Constituciones al nuevo obispo y Mons. Paino, que conocía todo y lo estimaba, acogió amablemente la petición, reservándose de hacer examinar los textos por canonistas competentes de Roma. Mientras tanto pasó otro tiempo. Y la Congregación se enriqueció con otras Casas.

«Hijitos e Hijitas benditos en Jesucristo, - así escribió el Padre Aníbal en la circular del 14 de septiembre de 1924 – vosotros sabéis que desde hace más años estuvo en los votos comunes el de poder abrir, con el divino beneplácito, dos casas en Roma, una de nuestros jóvenes con su inicio en la formación de los Religiosos Rogacionistas por ahora, y probablemente para tener allí seguidamente un Orfelinato masculino, y la otra de nuestras Hermanas con uno de sus Orfelinatos Antonianos; y esto no por humana ambición, - ¡que Dios nos libre! sino para poder elevar la sagrada bandera del olvidado mandato de nuestro Señor Jesucristo: *Rogate ergo Dominum messis, ut mittat operarios in messem suam*. (…)

«Dos acontecimientos, de los que el primero sin importancia, justo llegado en Roma, estando aún en la carroza, y el segundo atándose en una de nuestras obras de caridad usada en Mesina para con una persona no vulgar caída en miseria, cuando menos lo pensaba, me pusieron en el camino no de una búsqueda de lugares, sino de recibirlos ofrecidos por parte de otros.

«El primero que se me ofreció presentaba muchas dificultades: se trataba de un terreno muy caro, en lugar remoto, con poca atracción y para tener que construir nosotros, y ¡quién sabe con qué dinero!

«Había así vuelto en mi indiferencia, cuando el encuentro casual – digo casual, pero todo está dispuesto por Dios – de aquel señor beneficiado, me llamó para atender a una oferta de un amplio lugar de una industria, ya fallida, de cinematografía. (…) El lugar que nos daría la divina Misericordia es en el principio de la nueva bonita y amplia calle de Circunvalación, dicha *Appia Nuova*. (…).

«Aquí termino, y deseo una respuesta de cada Casa que me exprese sus impresiones».[[466]](#footnote-466)

«Fue justamente en aquella ocasión y en aquellos lugares húmedos y fríos, -- recuerda el Padre Santoro, aún no adecuados para vivir, que en noviembre de 1924 tomó aquella pleuritis difundida, convertida en crónica, de la que ya no se recuperaría y que, con altibajos, lo habría llevado a la tumba.

«Hacía falta que una vida, enteramente tejida por toda clase de sacrificio, fuese coronada por una suprema inmolación por la Casa que él había deseado tanto, y juntamente para rendir homenaje de su fe en el supremo pontificado y en la Santa Sede».[[467]](#footnote-467)

La Casa, temporalmente confiada a las Hijas del Divino Celo como Orfelinato masculino, se convirtió luego en su Casa General, mientras los Rogacionistas abrieron un Orfelinato en Roma sólo en 1947.

Además de la Casa de Roma, el 22 de enero de 1925 fue abierta otra en Torregrotta, a la que el 11 de febrero de 1927 se añadió la de Novara de Sicilia.

Mientras tanto la autorización eclesiástica tardaba siempre en llegar, cuando aconteció uno de aquellos episodios que revelan la gran misericordia del Señor, que se sirve de medios escondidos a los hombres para alcanzar sus objetivos.

«La Santa Sede había decidido confiar a un insigne Prelado de Roma – atestigua el P. Vitale – la tarea de visitar las Obras del Canónigo Di Francia, para dar un informe exhaustivo. Y Mons. Francisco Parrillo, Auditor de la Sagrada Rota, el 25 de febrero de 1926 se presentaba en nuestras Casas del barrio Aviñón con este importante mandato.

«Fue acogido con toda demostración de profunda veneración, y encontró todos los ánimos bien dispuestos para recibir las órdenes de la legítima Autoridad superior. Quiso visitar todos los lugares del Instituto masculino, el Templo bonito en construcción, los talleres y las escuelas, y poco a poco, con interrogaciones oportunas a cada Padre y Hermano, iba investigando sobre el estado de la Congregación: reglas, constituciones, condiciones financieras y lo que le podía interesar.

«El aspecto del Prelado era siempre grave y bastante sospechoso, y contrastaba con el candor natural de su rostro. El Padre, enfermizo, como vimos, se hallaba en el Espíritu Santo, y el Reverendísimo Visitador, hecho el primer examen de las *Casas Aviñón*, fue, acompañado por nuestro P. Vitale, al Instituto Femenino para la visita a las Hermanas, y hablar personalmente con el Fundador.

«Éste, en cuanto supo de su llegada, quiso bajar de su apartamento sostenido por el P. Palma, que se hallaba entonces en Mesina, hasta la entrada del Instituto para recibirlo y besarle la mano de rodillas.

«Contestó a las primeras interrogaciones del Visitador, y se disculpó si no podía subir las escaleras y acompañarlo en la visita de los lugares, encargando al P. Vitale y al P. Palma de sustituirlo uniéndose a la Superiora de la Casa y a otras Hermanas. (…) El Prelado, una vez acabada su visita, sea de los lugares sea de las personas del Instituto femenino, por el tiempo que él creyó suficiente para su finalidad, se despidió del Padre con una postura grave y reservada, y acompañado por nuestros Sacerdotes fue al Seminario donde estaba hospedado. A lo largo del camino dirigía siempre alguna observación, escondiendo sin embargo estudiosamente su ánimo, como el de quien no hubiese sido suficientemente satisfecho.

«Mientras tanto, en las Casas se rezaba para el feliz éxito de esta Visita Apostólica, inesperada, por medio de un personaje tan insigne por virtud e ingenio, y se temía que se preparara una nueva tempestad sobre las Obras Antonianas.

«El día siguiente, el P. Vitale fue a buscar a Mons. Parrillo en el Seminario, para someterle unas aclaraciones sobre la vida de las Obras.

«El Prelado lo acogió afablemente, pero afligido en el rostro y con los ojos húmedos empezó a decirle: “Sabe, tengo que confesarle que había venido con la intención de hacer abolir las Obras del Padre Di Francia, y mis sugestivas preguntas iban para esta finalidad. Rezaba el Señor que me diera unas luces especiales. Fui a la cama permaneciendo en mi convicción; pero no pude cerrar ojo: tenía delante de mí la figura de un Santo, de uno que me decía: ¡Dios está conmigo! Repasé en mi mente lo que había visto y entendido; las palabras del Hombre de Dios y el recto fin y funcionamiento de sus Obras, y sentía una voz que me reprochaba mis intenciones. Tuve que convencerme que estaba equivocado y que me encuentro ante una Obra Santa que el Señor quiere y que se tiene que favorecer a cualquier costo”».[[468]](#footnote-468)

El 10 de marzo de 1926 el Padre Aníbal escribió una carta circular a las Casas sobre esta Visita Apostólica inesperada:

«Una gran misericordia espiritual del Corazón Sagradísimo de Jesús se manifestó para toda nuestra Obra piadosa. Inesperadamente nos fue enviado desde Roma un Visitador Apostólico para examinar cómo van nuestras Casas, porque en Roma, ante algún Eminentísimo Cardenal y alguna oficina de Congregación Romana, llegaron críticas más o menos sobre nosotros. Sin embargo, este Monseñor que vino a nosotros fue un ángel del Cielo: quedó entusiasmado de la Obra, se dolió que aún no se obtuvo la autorización canónica, quiso que le escribiera un informe detallado sobre toda la Obra desde cuándo empezó, etc. Nos prometió que hablará él con el Santo Padre para hacernos tener la autorización canónica y una bendición general con sagrado valor retroactivo, o sea que tome y abrace toda la Obra desde su primer momento, y lo rectifique todo, y sanee todo lo que no se hizo según las reglas canónicas. Luego nos prometió que en un año espera hacernos tener una autorización de mayor importancia, que se llama el *Decreto de alabanza*. La Obra así adquiriría el carácter sagrado de muchas otras Congregaciones Religiosas, ya fundamentadas y reconocidas por la santa Iglesia.

«Puesto esto, hace falta desde ahora empezar especiales acciones de gracias y oraciones porque todo tenga un éxito feliz, según el santo entusiasmo de este piadoso Visitador».[[469]](#footnote-469)

Así las esperanzas del Padre Aníbal se concretizaron: el 30 de julio de 1926 la Congregación de los Religiosos comunicó a Mons. Ángel Paino, arzobispo de Mesina el *Nihil obstat* para la autorización canónica de *derecho diocesano* de las dos Congregaciones. El 6 de agosto siguiente Mons. Paino emanó los dos decretos. Según la praxis dirigió una súplica al Eminentísimo Cardenal Camilo Laurenti, Prefecto de la Congregación de los Religiosos, para que concediera el «indulto por todas las irregularidades cometidas, prometiendo en el porvenir una exacta observancia de las prescripciones del Código».

El indulto fue concedido en fecha 3 de mayo de 1927 y el 19 de mayo, el Vicario General, Monseñor Pio Giardina, ejecutó el Rescrito pocos días antes de la muerte del Padre Aníbal.[[470]](#footnote-470)

Éste podía repetir las palabras del justo Simeón: «Ahora, Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz» (Lc 2, 29). Había acabado con la Obra de *buen trabajador* de la primera hora.

# **Última enfermedad y muerte**

Desde noviembre de 1924, en que el Padre Aníbal en los nuevos lugares adquiridos en Roma había contraído una forma de pleuritis, ya no consiguió recuperarse a pesar de que su dinamismo lo llevara a seguir innumerables actividades.

En Roma, en efecto, entre noviembre y el 14 de diciembre de 1924 tuvo que permanecer en cama con fuertes fiebres. En cuanto los médicos vieron que podía enfrentar el viaje, le aconsejaron de trasladarse a Mesina, donde el clima más suave lo había sin duda favorecido. Así llegó a Mesina el 15 de diciembre. Aquí se recuperó en seguida, y en marzo de 1925 volvió a ir a las Apulias.

Tuvo la alegría de ver el Templo de la Rogación Evangélica de Mesina, comúnmente dicho Santuario de San Antonio, acabado y asistir a la bendición de las campanas; de participar en la Ordenación sacerdotal de los primeros jóvenes rogacionistas, el P. Tusino y el P. Santoro.[[471]](#footnote-471)

«En el verano fue para el Continente, para una última visita a aquellas Casas, que no lo habrían visto más en esta tierra. Y en otoño volvió a Sicilia, lamentablemente muy cansado y doliente. – recuerda el P. Santoro – En el invierno de 1926 aquella forma de pleuritis se hizo cada vez más preocupante. Llegó a tal estado de debilidad, que no tuvo ni la fuerza de celebrar en el altar doméstico, en su despacho».[[472]](#footnote-472)

El P. Palma y el P. Vitale, con el consentimiento de los médicos mesineses que lo curaban, pidieron un parecer también al ilustre clínico napolitano, prof. Amato, pero este no hizo nada más que confirmar la diagnosis y la terapia de los médicos sicilianos. Y justo tras el consejo de estos que en la primavera de 1927 se quiso intentar el cambio de aire: el 9 de mayo dejó su apartamento en el Monasterio del Espíritu Santo, y fue trasladado a la Casa de campo cerca de la capilla de Nuestra Señora de la Guardia».[[473]](#footnote-473)

«Previó su muerte inminente: - atestiguó el Hermano Miguelito Lapelosa – “*Mi vida está cerca de su ocaso: esta es la última enfermedad: es difícil que vuelva a Mesina*”. Oí estas palabras mientras le hacía de enfermero en la Guardia».[[474]](#footnote-474)

Durante esta larga y dolorosa enfermedad edificó a todos con su docilidad, paciencia y suportación de los terribles dolores. «¿Qué se puede decir acerca de su humildad? – recuerda el P. Vitale – Pedía siempre disculpa y perdón por todo servicio que se le ofrecía. (…) Lo que caracterizó su espíritu en aquellos días, como también en toda su vida, fue su unión con Dios, la piedad, la oración».[[475]](#footnote-475)

«El 29 de mayo, - seguía el P. Vitale – Mons. Arzobispo Paino, que quería ser continuamente ser informado sobre las condiciones de su salud, fue con su secretario a visitarlo en la Guardia. El Padre, sentado en su sillón, lo acogió con aquella profunda veneración que sentía en su corazón hacia sus superiores; habría querido postrarse, pero no lo consiguió y con la máxima inclinación le besó el sagrado anillo. ¡Cuánto lo confortó y lo elevó espiritualmente aquella visita! El Arzobispo lo animó a bien esperar y a confiar en las oraciones que para él se hacían por muchas almas buenas y por muchos niños y niñas inocentes; pero en su corazón, como luego el mismo Pastor tuvo a decir, quedó muy entristecido, porque el estado de salud del Padre le pareció muy grave ».[[476]](#footnote-476)

Por la mañana del 30 fue alegrado por otra visita: la de la Santísima Niña María, a la que era muy devoto.

«Otro día hacia las 7:30 o las 8:00 horas, la vigilia de su muerte, - atestiguó el Hermano Miguelito Lapelosa – el Siervo de Dios de repente se trasfiguró; empezó a exclamar sonriente: “*¡Qué bonita es la Niñita! La cabecita, ¡las pequeñas espaldas!*» y con las manos tendidas hacia la ventana parecía que quisiese correr para abrazarla, (…) luego se quietó, y su paz y sonrisa fueron de paraíso».[[477]](#footnote-477)

«Por la noche pareció más deshecho, - escribió el P. Vitale – sin embargo, se acostó serenamente; bendijo como siempre a los que lo rodeaban, y permaneció con el Hermano Miguelito Lapelosa que lo vigilaba. Pasó la noche insomne y sufriendo, pero luego pareció que se durmiera. Pasada la media noche, el Hermano sintió que la cama se sacudía por un ligero temblor; se acercó al Padre pidiéndole si necesitara algo; pero no teniendo respuesta, se asustó, llamó al Hermano María Antonio (Scolaro), y ambos despertaron el cura que dormía en la habitación contigua. Aquella noche había querido permanecer con el Padre [Aníbal] un Sacerdote nuestro amigo, su gran admirador, el P. Vicente Gandolfo de Aragona, y nuestros Sacerdotes, no sospechando un fin tan próximo, se lo consintieron. El P. Gandolfo se dio cuenta que el Padre estaba agonizante y empezó a rezar las relativas oraciones, mientras con el teléfono llamaron el P. Vitale que acorrió llevando consigo al médico, que detectó una congestión cerebral, ordenó las medidas apropiadas, pero pronosticando la muerte inminente.

«El padre exhaló el último respiro en medio de las invocaciones sugeridas por el sacerdote asistente (el P. Vitale) y a las oraciones de sus hijitos. Eran las 6:30 horas de la mañana del 1 de junio de 1927, miércoles. (…) Se llamó al Arzobispo. (…) La noticia de la muerte del Padre más que por el teléfono pareció llevada por el aire de aquellos campos por todas las zonas y por la ciudad entera.

«Acorrieron los campesinos de los campos cercanos, llevando flores y lirios; empezaron de la ciudad a venir amigos, conocidos, admiradores; todos fueron a ver “*al Santo que duerme*”».[[478]](#footnote-478)

Las Autoridades Eclesiásticas y Civiles comunicaron, con los respectivos carteles, la dolorosa noticia; fueron formados comités, la prensa se movilizó, se proclamó el luto de la ciudad.[[479]](#footnote-479)

Se dispuso el traslado del cadáver a la ciudad; a pesar que todo esto se hizo de noche, después del *Ave María* y en privado, cuando esto llegó en el Templo de la Rogación Evangélica a las 21:30 horas un gentío conmovido se agolpaba desde fuera, y con dificultad un cordón de carabineros consiguió a mantener la gente atrás.

«A las 22:00 horas, - recuerda el P. Vitale – llegó Mons. Arzobispo; él lloró y besó respectivamente los pies, las manos, y la frente del que él llamó “escogida perla de Sacerdote”, y permaneció durante largo tiempo doblado rezando al lado de su ataúd».[[480]](#footnote-480)

Las festividades de la Virgen de la Carta, Patrona de Mesina, hicieron que los entierros se desplazaran al 4 de junio.

Desde la mañana del día 2 el cadáver fue expuesto al público: a las 8 horas el Arzobispo quiso celebrar la santa Misa y hablar ante el cadáver, diciendo lo que el corazón le sugería. Cordones de carabineros y bomberos en alta uniforme proveían al orden de un inmenso gentío espontaneo que se volcó en aquellos tres días, en que el cadáver permaneció expuesto, para tocar los restos del Padre Aníbal.[[481]](#footnote-481)

El 4 de junio hubo el corteo: el gentío fue inmenso; aunque el Ayuntamiento hubiese dispuesto un carro fúnebre de gran lujo tirado por cuatro caballos, el ataúd fue llevado por los jóvenes católicos y estudiantes universitarios. Hubo discursos del Alcalde, de la Comisión Real, del Arzobispo, de la Junta Diocesana y finalmente del P. Palma: todos publicados por la prensa.[[482]](#footnote-482)

«He aquí, oh santo, - así terminó su elogio fúnebre Mons. Paino – el último saludo, la última bendición, y esta manifestación de pueblo, así como igual nunca se vio en Mesina, especialmente de este gentío tan conmovido, venido aquí para enviarte a ti el saludo extremo y para agradecer a Dios que quiso recompensarte así ya aquí en la tierra. Nosotros que no sabemos privarnos de ti, a ti nos encomendamos nosotros y nuestra ciudad, que por la continuación de tu Obra encuentra la mayor razón de sus grandes aspiraciones. Por esto quedará nuestra comunión de vida: Tú desde allá reza, nosotros de aquí gritaremos fuerte y fuerte: gloria, gloria, gloria; y Tú nos responderás: ¡caridad, caridad, caridad!».[[483]](#footnote-483)

Después del corteo solemne, el féretro volvió a la iglesia; en efecto, por encargo de las Autoridades Eclesiásticas y Civiles, desde el 3 de junio el Gobierno había concedido que el Padre Aníbal fuese sepultado en el Templo de la Rogación Evangélica, por él querido y edificado.[[484]](#footnote-484)

Desde aquellos días, desde el cielo, el *Padre Francia*, - así lo había siempre llamado el pueblo – siguió manifestando su amor para con los niños y para con todos los que invocaban su intercesión para conseguir de Dios favores y gracias temporales y espirituales.[[485]](#footnote-485)

# **Fuentes y Bibliografía**

**(con siglas y abreviaciones usadas en la obra)**

AAS, = *Acta Apostolicæ Sedis*.

AAVV, = *Annibale Di Francia. La Chiesa e la povertà*, Ed. Studium, Roma 1992.

ACB, = Archivio della Curia Vescovile, Bova.

ACG, = Archivio della Curia Vescovile, Gravina di Puglia (Bari).

ACM, = Archivio della Curia Arcivescovile, Messina.

ACP, = Archivio della Curia Arcivescovile, Potenza.

AGC, = Archivio del Gran Camposanto, Messina.

ALFONSO DE’ LIGUORI, *Operette Spirituali*, Napoli 1768.

ANCORA, = ANCORA A., *Oria nel Primo quindicennio del Novecento e P. Annibale. Aspetti e momenti*, in *Annibale M. Di Francia: Momento, Opera, Figura*, Atti delle Giornate di Studi, Oria 15-16/10/1977, Bari 1979, p. 139-240.

ANDRONICO C., *Il colera del 1887 a Messina*, Torino 1887.

AOR, = Archivio dei Figli della Divina Provvidenza (Orionini), Roma.

APC, = Archivio Parrocchiale Chiesa del Carmine, Messina.

APR, = Archivio della Postulazione dei Rogazionisti, Roma.

ASM, = Archivio di Stato, Messina.

ASR, = Archivio Centrale di Stato, Roma.

BEDINI B.G., *Le Abazie Cistercensi d’Italia*, Casamari 1964.

BIBLIOGRAFIA, = GRECO SALVATORE, *Bibliografia Rogazionista*, pro manuscripto, Roma 1986.

BOLLETTINO, = *Bollettino della Rogazione Evangelica del Cuore di Gesù*.

BORRACCINO G., *Azione religiosa e sociale del Cardinale Dusmet e di Annibale Di Francia*, tesi di Laurea inedita discussa presso la Facoltà di Lettere e Filosofia di Roma nell’anno accademico 1968-1969.

BORZOMATI, = BORZOMATI P., *Chiesa e Società meridionale. Dalla Restaurazione al secondo dopoguerra*, Ed. Studium, Roma 1982.

BORZOMATI P., *A. M. Di Francia e la pietà meridionale*, Studium 80, 3 (1984), p. 319-336.

BORZOMATI P., *Al Centro delle sue Opere: l’Eucaristia*, (Padre Annibale, oggi, 4), Roma 1986.

BORZOMATI P., *Amore e fedeltà al Papa*, (Padre Annibale, oggi, 13), Roma 1988.

BORZOMATI P., *Le Congregazioni Religiose nel Mezzogiorno e Annibale Di Francia*, Ed. Studium, Roma 1992.

BNF, = Biblioteca Nazionale di Firenze.

BRANCATO F., *Origini e carattere della rivolta palermitana del settembre 1866*, Archivio Storico Siciliano s. III, 5 (1952-1953), p. 150-172.

BRANCATO F., *La Sicilia nel primo ventennio del Regno d’Italia*, in «Storia della Sicilia post-unificazione», Bologna 1956.

BUM, = Biblioteca Universitaria, Messina.

CALLARO M. – FRANCESCONI M., *L’Apostolo degli emigranti G. B. Scalabrini, vescovo di Piacenza*, Milano 1968.

CAMPANALE F., *A. M. Di Francia e Santa Veronica Giuliani (in rapporto alla pubblicazione del Diario)*, in «*Testimonianza e Messaggio di Santa Veronica Giuliani*», a cura di L. Iriarte ofmcap, I-II, Roma 1983, p. 71-101.

*Carteggio Scalabrini-Bonomelli* (1868-1905), a cura di C. Marcora, 1983.

CENTI, = CENTI T., *Madre Antonia Lalìa, fondatrice delle Suore Domenicane di San Sisto Vecchio*, Ed. S. Sisto Vecchio, Roma 1972.

CERRITO G., *La Sicilia dal 1860 al 1870. Antologia di documenti*, Messina 1955.

CONDORELLI M., *Momenti di riformismo ecclesiastico nella Sicilia borbonica (1786-1850). Il Problema della manomorta*, Reggio Calabria 1971.

CONTI GUGLIA, = CONTI GUGLIA C., *Due cuori per chi non è amato*, Suore Cappuccine del S. Cuore, Roma 1975.

CORBINO E., *Annali dell’economia italiana*, I, Città di Castello 1931.

COSTITUZIONI, = *Costituzioni della Congregazione Religiosa dei Rogazionisti del Cuore di Gesù*, Tip. Orfanotrofi Antoniani, Messina 1927.

CRISPI F., *Discorsi Elettorali*, Roma 1882.

CRONOLOGIA, = GRECO SALVATORE, *Cronologia di Padre Annibale*, pro manuscripto, Roma 1986.

DE GREGORIO, = DE GREGORIO D., *Il card. Giuseppe Guarino*, Apostole della Sacra Famiglia, Messina 1982.

DEL PANTA L., *Le epidemie nella storia demografica italiana (secoli XIV-XIX),* Torino 1980.

DI FRANCIA, *Primi Versi*, = *Primi Versi di Annibale Di Francia da Messina*, Tip. Nobolo, Messina 1869.

DI FRANCIA, (1901), = ANNIBALE M. DI FRANCIA, *Preziose Adesioni*, Tipografia del S. Cuore, Messina 1901.

DI FRANCIA, (1919), = ANNIBALE M. DI FRANCIA, *Preziose Adesioni*, Tipografia M. D’Auria, Napoli 1919.

DI FRANCIA A. M., *Fede e Poesia*, Oria 1926.

DI FRANCIA, = ANNIBALE M. DI FRANCIA, *Discorsi*, Scuola Tipografica Antoniana, Messina 1940.

DI FRANCIA, *Inni*, = ANNIBALE M. DI FRANCIA, *Gl’Inni del Primo Luglio*, Scuola Tipografica Antoniana, Messina 1940.

DOCUMENTS, III, = *Pour servir à l’Histoire réelle de La Salette. Documents.* III, Nouvelles Editions Latines, Paris 1966.

DOCUMENTS, IV, = *Pour servir à l’Histoire réelle de La Salette. Documents.* IV, Editions Résiac, Montsurs 1978.

DOLCIMASCOLO, = DOLCIMASCOLO M. G., *Sulle Relazioni Cusmano – Di Francia*, in «Bollettino della Congregazione dei Padri Rogazionisti del Cuore di Gesù», 40, 5 (1964), p. 605-655.

FALZONE, = FALZONE M. T., *Giacomo Cusmano. Poveri, Chiesa e Società nella Sicilia dell’Ottocento* (1834-1871), S. F. Flaccovio Ed., Palermo 1986.

FELICI I., *Il Padre delle orfane*, Roma 1964.

FOTI, = FOTI G., *Storia, arte e tradizione nelle Chiese di Messina*, Grafo ed., Messina 1983.

FRANCHETTI L. – SONNINO S., *La Sicilia nel 1876*, 2 ed., II, Firenze 1925.

GALLUPPI, = GALLUPPI G., *Nobiliario della Città di Messina*, Napoli 1877.

GIGANTE, = GIGANTE A. J., *Le città nella Storia d’Italia. Messina*, Laterza, Bari 1980.

GRECO, IV, = GRECO SALVATORE, *Immagini di una Vita*, inserti speciali in «*Noi Rogazionisti*», poi «*Studi Rogazionisti*».

IMBERT-GOURBEYRE A., *Palma d’Oria. Esame della tesi razionalista. Lista istorica degli Stimmatizzati*, prima versione italiana, Lecce 1902.

LACAVA, = LACAVA E., *Una finestra su Bova e dintorni*, in «*Calabria press*», 5 (1987).

LANDES D. S., *Storia del tempo. L’orologio e la nascita del mondo moderno*, Milano 1984.

LECCISOTTI T., *Il Cardinale Dusmet*, Catania 1962.

LENTINI, = LENTINI G., *Un Santo a Palermo. Giacomo Cusmano*, Roma 1985.

LICATA G., *Un giorno come gli altri. Terremoto a Messina: 28 dicembre 1908*, Milano 1966.

LOVIGLIO T., *Annibale Di Francia educatore*, Roma 1975.

MAM, = PRESTIFILIPPO S. – SAITTA T., *Messina artistica e monumentale*, Azienda autonoma di Soggiorno e Turismo, Messina 1974.

MARRANZINI, = MARRANZINI A., *Eustachio Montemurro. Epistolario*, I-II, Roma 1986.

MARTINEZ G. *Guida manuale di Messina, con pianta della Città*, Messina 1874.

N. I. = Undici volumi di Scritti del Servo di Dio Annibale Maria Di Francia «Nuper Inventa», vol. 1-10, (presentati alla Congregazione delle Cause dei Santi ed esaminati dai Teologi Censori).

OLIVA G., *Annali della Città di Messina*, Messina 1892-1893.

PALMA, = PALMA PANTALEONE, *Cenni biografici intorno al defunto Fratello Francesco M. del Bambino Gesù (Gaetano Drago)* in «Dio e il Prossimo», 1913-1916 (cap. 1-20), inediti (cap. 21-26).

PAPASOGLI - TADDEI, = PAPASOGLI G. – TADDEI T., *Annibale Maria Di Francia*, Marietti, Torino 1958.

PELLEGRINO B., *Chiesa e rivoluzione unitaria nel Mezzogiorno. L’episcopato meridionale dall’assolutismo borbonico allo stato borghese (1860-1861)*, Roma 1979.

PESCI, = PESCI G., *La luce nasce al tramonto*, Tip. Grafica Fiorentina, Firenze 1968.

*Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975.

POSITIO, = *Positio super Virtutibus Hannibalis Mariæ Di Francia*, I-II, Roma 1988.

PSS, = I. *Positio super Scriptis*; II. *Positio super Scriptis Nuper Inventa*.

*Relatio et Vota*, Roma 1978.

*Relatio et Vota*, Roma 1988.

RENDA F., *Dalle riforme al periodo costituzionale (1734-1816)*, in AAVV, «*Storia della Sicilia*», vol. VI, Napoli-Palermo 1978.

RIGANO S., *L’Ideale non muore*, Borgetto (Palermo) 1972.

RIGHETTI M., *L’Anno Liturgico. Il Breviario*, vol. II, 3 ed., Milano 1969.

ROMANO S. F., *I Fasci Siciliani*, Bari 1958.

ROMEO R., *Il Risorgimento in Sicilia*, Bari 1950.

ROPS D., *Storia della Chiesa*, VI/2 e /3, Torino 1969.

SALVO C., *I Giornali della Provincia di Messina*, Palermo 1985.

SANTARELLA V., *Pedagogia Rogazionista*, Roma 1974.

SANTORO, BPS, = SANTORO S. D., *Breve Profilo Storico della Congregazione dei Rogazionisti*, Roma 1985.

SANTORO, CB, = SANTORO S. D., *Cenni biografici del Canonico Annibale M. Di Francia*, Tipografia degli Orfanotrofi Antoniani, Messina 1928.

SANTORO, IC, = SANTORO S. D., *Inizio carismatico e laborioso dell’Istituto delle Figlie del Divino Zelo*, ciclostilato, Trani 1974.

SANTORO, LC, = SANTORO S. D., *Lettera Circolare*, Messina 1945.

SANTORO, MS, = SANTORO S. D., *Memorie Storiche della Pia Opera della Rogazione Evangelica del Cuore di Gesù*, dattiloscritto in 4 fascicoli parzialmente edito, Messina 1926.

*Scalabrini tra vecchio e nuovo Mondo*, Atti del Convegno Storico Internazionale, Piacenza 3-5 dic. 1987, a cura di G. ROSOLI, Roma 1989.

SCRITTI, = *Scritti del Servo di Dio Annibale Maria Di Francia*, vol. 1-62, (presentati alla Congregazione delle Cause dei Santi ed esaminati dai Teologi Censori).

SDM, = GRECO SALVINO, *Storia di Messina*, II ed., Messina 1983.

SIMONE DA NAPOLI, *Horologio della Passione di Giesù Cristo secondo le 24 Hore, nelle quali la patì*, Napoli 1718.

SINDONI A., *La Gioventù Cattolica in Sicilia. Le Origini (1871-1906)*, in «*La Gioventù Cattolica dopo l’Unità* 1868-1968». Raccolta di Saggi, a cura di L. OSBAT – F. PIVA, Roma 1972, p. 613-653.

SINDONI A., *L’eversione dell’Asse Ecclesiastico*, in AAVV, «*Storia della Sicilia*», vol. IX, Palermo 1977, p. 201-220.

SINDONI A., *La vita religiosa e morale dall’Otto al Novecento*, in «*Storia della Sicilia*», vol. IX, Napoli-Palermo 1978.

SINDONI, = SINDONI A., 1. – *Dal Riformismo assolutistico al Cattolicesimo sociale*. 2. – *Moti popolari, Stato unitario e vita della Chiesa in Sicilia*, Ed. Studium, Roma 1984.

SINDONI A., *Chiesa e Società in Sicilia e nel Mezzogiorno nei secoli XVII-XX*, Reggio Calabria 1984.

THURSTON H., *The Stations of the Cross*, London 1906.

TURRISI C., *La diocesi di Oria nell’800. Aspetti socio-religiosi di una diocesi del Sud (1798-1888)*, Roma 1978.

TUSINO, AP, = TUSINO T., *L’Anima del Padre. Testimonianze*, Roma 1973.

TUSINO, AT, = TUSINO T., *Articoli Testimoniali*, in «*Bollettino della Congregazione dei Rogazionisti*», 57, 3 (1979), p. 392-471 (estratto p. 1-80).

TUSINO, FSC, = TUSINO T., *Il Padre e le Figlie del Sacro Costato*, Tip. Belardi, Roma 1969.

TUSINO, LP, = TUSINO T., *Lettere del Padre*, I-II, Erredici, Padova 1965.

TUSINO, MB, = TUSINO T., *Memorie biografiche*, 1-5 (dattiloscritto inedito), Roma s. d.

TUSINO, NMN, = TUSINO T., *Non disse mai no*, II ed., Edizioni Paoline, Modena 1967.

TUSINO, PFV, = TUSINO T., *Padre Francesco Bonaventura Vitale*, Arti Grafiche Favia, Bari-Roma 1959.

TUSINO T., *La Messina del Padre*, in «*Bollettino della Congregazione dei Rogazionisti*», 43, 5 (1967), p. 602-616.

VAN DER SPEETEN P., *Vie du bienheureux Jean Berchmans d’après les Actes de sa béatification et autres documents authentiques*, Louvain 1865.

VAN DER SPEETEN P., *Il Beato Giovinetto Giovanni Berchmans della Compagnia di Gesù*, Modena 1869.

VILLARI P., *Dove andiamo?*, Nuova Antologia 1/11/1893, p. 5-25.

VITALE, = VITALE F., *Il Canonico Annibale Maria Di Francia nella vita e nelle opere*, Scuola Tipografica Antoniana, Messina 1939.

VITALE, IGC = VITALE F., *Innamoratevi di Gesù Cristo*, Scuola Salesiana del Libro, Roma 1950.

VITALE, LC = VITALE F., *Lettere Circolari*, Scuola Tipografica Antoniana, Oria 1950.

# **APÉNDICE**

**Homilía de San Juan Pablo II para la beatificación**

**de José Allamano y**

**del Padre Aníbal María Di Francia**

7 de octubre de 1990

*“Para que vayáis y deis fruto”* (Jn 15, 16).

1. En la liturgia del domingo de hoy vuelve la imagen de la viña. El Evangelio de Mateo retoma en efecto el canto de la viña de Isaías, el canto del amor de Dios para con su viña, o sea: el pueblo escogido. Es el canto del amor, no correspondido, sin embargo, como es debido. El evangelista constata que los trabajadores de la viña se apropiaron del derecho sobre ella, y cuando viene el hijo del dueño, no lo acogen como heredero, sino que lo matan. Esta imagen de la viña es particularmente elocuente y no puede no estimular a la reflexión.

Penetrantes también son las palabras del Salmo: “Dios del universo, vuélvete: | mira desde el cielo, fíjate, | ven a visitar tu viña. Cuida la cepa que tu diestra plantó | y al hijo del hombre que tú has fortalecido” (Sal 79, 15-16).

2. El Hijo - la piedra angular -, aunque rechazada por los constructores (cf. 1 Pd 2, 6-7), asumió sin embargo plenamente la heredad de la viña de Dios. La asumió en manera definitiva con el sacrificio de la cruz y con el poder de la resurrección. En el contexto de esta realidad, Jesucristo dice a los apóstoles: “No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido y os he destinado para que vayáis y deis fruto” (Jn 15, 16).

Son palabras, estas, que atestiguan la regeneración de la viña de Dios; atestiguan la redención. También los apóstoles son enviados por el Hijo-Redentor, porque, a través su ministerio, la viña sea constantemente regenerada. Son enviados a dar fruto, a confirmar nuevamente la heredad de Dios. Su servicio, como nuevos trabajadores de la viña, traerá frutos de la abundancia del don que viene de Dios: ¡que viene del mismo Dios!

3. Después de ellos, después de los apóstoles, seguirán otros, y se pondrán en camino a lo largo de la historia, de una generación a la otra, para reconfirmar la herencia de Dios y dar fruto, como los dos nuevos beatos, por los cuales la Iglesia hoy está de fiesta.

El apóstol Pablo, en la segunda lectura de este domingo, tras dar unas recomendaciones, presenta a los cristianos de Filipos su ejemplo como programa de vida. “Lo que aprendisteis, recibisteis, oísteis, visteis en mí, ponedlo por obra”. Puede invitar a los fieles para que sean sus “imitadores”, porque él, primero es imitador de Jesucristo (*Flp* 4, 9; 3, 17).

Dios en todo periodo de la historia suscita en la Iglesia determinadas personas, para que sean como modelos del pueblo de Dios. A esta compañía pertenecen los presbíteros proclamados beatos hoy: José Allamano y Aníbal María Di Francia.

4. El beato José Allamano, sucediendo a su tío, san José Cafasso, en la dirección de la Residencia eclesiástica de la Consolata, imitó su amor para con los sacerdotes y su solicitud para su formación espiritual, intelectual y pastoral, actualizándola según las exigencias de los tiempos. Nada ahorró para que innumerables multitudes de sacerdotes fueran plenamente conscientes del den de su vocación y a la altura de su misión. Él mismo dio el ejemplo, conjugando el compromiso de santidad con la atención a las necesidades espirituales y sociales de su tiempo. Estaba arraigada en él la profunda convicción que “el sacerdote es antes que todo el hombre de la caridad”, “destinado a hacer el mayor bien posible”, a santificar a los demás “con el ejemplo y la palabra”, con la santidad y la ciencia. La caridad pastoral – afirmaba – exige que el presbítero “arda por el celo para la salvación de los hermanos, sin poner reservas o demoras en la dedicación de uno mismo”.

5. El canónigo Allamano sintió como dirigidas directamente a sí las palabras de Jesucristo: “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16, 15). Y para contribuir a imprimir a la comunidad cristiana este impulso, aunque permaneció siempre activo como sacerdote diocesano, fundó antes el Instituto de los Misioneros, luego el de las Misioneras de la Consolata, para que la Iglesia fuese cada vez más “madre fecunda de hijos”, “viña” que da frutos de salvación.

En el momento en que se cuenta entre los beatos, José Allamano nos recuerda que para permanecer fieles en nuestra vocación cristiana hace falta saber compartir los dones recibidos por Dios con los hermanos de toda raza y cultura; hace falta anunciar con valor y coherencia a Jesucristo a todos los que encontramos, especialmente a los que todavía no lo conocen.

6. El mismo fuego de amor para el Señor y los hombres marcó toda la vida y la obra del beato Aníbal María Di Francia. Impresionado desde su adolescencia por el pasaje evangélico: “La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos. rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies” (*Mt* 9, 38; *Lc* 10, 2), gastó todas sus energías por esta nobilísima causa.

La multitud de personas todavía no alcanzadas por el Evangelio y el número insuficiente de los evangelizadores fueron el tormento de su corazón de apóstol y de sacerdote. Fundó para este fin dos Familias religiosas: los Rogacionistas y las Hermanas Hijas del Divino Celo, y promovió numerosas iniciativas para difundir entre los fieles la conciencia de la necesidad de rogar intensamente por las vocaciones.

Así mismo amó profundamente su sacerdocio; lo vivió con coherencia, exaltó su grandeza en el pueblo de Dios. Repetía a menudo que la Iglesia, para desarrollar su misión, hace falta de sacerdotes “numerosos y santos”, “según el corazón de Dios”. Sentía que esto es un problema de esencial importancia e insistía para que la oración y la formación espiritual fueran en el primer lugar en la preparación de los presbíteros; en caso contrario – escribía – “todas las labores de los obispos y de los rectores de los seminarios se reducen a un cultivo artificial de curas…” (cf. *Scritti*, vol. 50, p. 9). Para él toda auténtica vocación es fruto de la gracia y de la oración antes aún que de las también necesarias mediaciones culturales y organizativas.

7. A la oración por las vocaciones unió una atención concreta a las necesidades espirituales y materiales de los sacerdotes y seminaristas. Allá donde había necesidades, a las que se tenía que atender: pequeños sin familias, jovencitas en graves peligros, monasterios de contemplativas en dificultades materiales, fue presente con tempestividad y amor. de todos fue padre y bienhechor; pronto siempre a pagar en persona, ayudado y sostenido por la gracia.

El mensaje que él nos transmitió es actual y urgente. La heredad dejada a sus hijos e hijas espirituales es comprometedora. Pueda la obra iniciada por él seguir dando frutos generosos para provecho de toda la comunidad cristiana y por su intercesión el Señor conceda a la Iglesia santos sacerdotes, según el corazón de Dios.

8. ¡Resplandezcan los nuevos beatos como modelos de santidad sacerdotal! Los indica como tales la Iglesia, mientras está en el pleno de sus trabajos la VIII Asamblea general del Sínodo de los obispos, llamada a examinar la importante cuestión de la formación de los sacerdotes de nuestro tiempo.

¿Cómo no destacar esta providencial circunstancia? En efecto, mientras los padres sinodales buscan las soluciones más oportunas para un problema tan vital, nuestros beatos indican con claridad la dirección hacia donde proceder. Su existencia, sus ejemplares experiencias apostólicas ofrecen luz al trabajo sinodal. Ellos repiten que el mundo, ahora como entonces, necesita sacerdotes santos, capaces de hablar al corazón del hombre moderno, para que se abra al misterio del Dios vivo. Necesita apóstoles generosos, prontos para trabajar con alegría en la viña del Señor.

9. ¡“Para que vayáis y deis fruto”! Vuelve en la liturgia la llamada a los trabajadores en la viña divina, o sea a los que son enviados por el Hijo-Redentor, como los apóstoles. A los que Cristo sigue llamando y enviando en todo tiempo y lugar, como llamó y envió a estos dos sacerdotes que hoy la Iglesia elevó a los honores de los altares: el beato José Allamano, el beato Aníbal María Di Francia. Su misión fue extraordinaria. Misión que sin embargo requirió una profunda madurez de espíritu.

A los santos y beatos no falta esta madurez, gracias justamente al Espíritu de verdad dejado por Jesucristo a su Iglesia. Gracias al Espíritu de verdad se hace consciente la certeza que el mundo es de Dios; gracias a él se comprende que la tierra es una viña de la que el hombre no se puede apropiar; la tierra se le confió con la tarea de cultivarla y perfeccionarla. Y del Espíritu de la verdad que vienen esta conciencia y esta certeza: conciencia y certeza llanas de amor para con el Creador y la creación, hacia Dios y hacia el hombre.

Demos gracias por todos los que Jesucristo, el Hijo-Redentor, sigue escogiendo para que vayan y den fruto. ¡Y que este fruto “renueve la faz de la tierra” (Sal 104, 30)!

¡Amén!

Cf. *L’Osservatore Romano*, n. 232 (8-9 octubre 1990), p. 4

**Discurso del Papa en la audiencia del 8 de octubre de 1990**

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. Estoy feliz de encontraros nuevamente el día siguiente la ceremonia de beatificación de vuestros fundadores y padres espirituales. Dirijo un fraterno bienvenido al cardenal Salvador Pappalardo, arzobispo de Palermo; como también saludo a Mons. Juan Saldarini, arzobispo de Turín y Mons. Ignacio Cannavò, arzobispo de Messina, diócesis de las que vienen los nuevos beatos, y todos los obispos presentes. Saludo, en particular, a los superiores y superioras de vuestras respectivas Congregaciones, como también las delegaciones y los grupos que tomaron parte al solemne rito de ayer. Quisiera, además, abrazar espiritualmente a cada miembro de vuestras familias religiosas y a través de ellos hacer llegar un afectuoso agradecimiento a todos los que con generosidad y abnegación desarrollan un precioso servicio en la comunidad cristiana, ocupándose del problema de las vocaciones y difundiendo el anhelo caritativo y misionero que tiene que inspirar toda la acción pastoral.

2. “Primero santos, y luego misioneros” – solía repetir el beato Allamano. La santidad es la perfección del amor y fue justamente este amor que hizo de él un apóstol y un maestro de vida espiritual. Él hizo suyos el ansia de san Pablo apóstol y el ardor de san Francisco Javier, que pasaron de una nación a la otra para anunciar al Cristo Salvador. Hubiese querido encender, en todos, el fuego de la caridad, especialmente en los sacerdotes. “No tenemos que pocos días para vivir; sean todos para el Señor”, decía, repitiendo una expresión del tío san José Cafasso: “Trabajemos, trabajemos; descansaremos en el paraíso”. Y añadía que hace falta proclamar el Evangelio y estar cerca de los hermanos en toda su necesidad, incluso a cuesta de comprometer la salud y acortar la vida: “Nosotros misioneros tenemos que dar la vida”.

3. Esta misma pasión para las almas fue del beato Aníbal María Di Francia, auténtico anticipador y celoso maestro de la moderna pastoral vocacional. En él el amor a la Iglesia se hizo atención y compromiso para las vocaciones y para la formación de los sacerdotes mientras el impulso misionero se tradujo en servicio concreto a los pobres.

¡Cuánto parecen proféticas unas expresiones suyas a propósito de la crisis de las vocaciones! “Todos los fieles – escribía – tienen que comprender que la más grande misericordia que el buen Dios pueda hacer a un pueblo, a una ciudad, sea justamente la de enviarle sacerdotes escogidos… Viceversa, el más grande castigo con que el Altísimo hiere los pueblos es cuando los hace faltos de sus ministros, mejor, de ministros según su corazón”.

Y destaca que “los pueblos tienen que comprenderlo y acostumbrarse a rezar al Señor que les envíe sacerdotes que los catequicen, que les administren los santos sacramentos, que los conduzcan a la vida eterna” (cf. *Scritti*, Prez. Ades., 1919, p. 9).

Nació de aquí el “Rogate ergo Dominum messis” que, según él, es el recurso infalible de todos los males de la Iglesia. Esta intuición profética caracterizó toda su existencia y animó las obras fundadas por él.

4. Acoged, muy queridos hermanos y hermanas, el mensaje que se os confía por vuestros fundadores, y haced que ello, con el paso de los años, marque cada vez más no sólo vuestra personal experiencia, sino también la de muchas otras personas. Despreciando los ideales terrenos, sedientos sólo de Dios y su gracia, el beato José Allamano y el beato Aníbal María Di Francia se volvieron instrumentos dóciles de la misericordia divina e intrépidos propagadores de la infinita caridad del Señor. Las dificultades e incomprensiones nunca ralentizaron su subida hacia el Absoluto; sobre todo cálculo egoistico y temporal prevaleció siempre la confianza en la Providencia. Por eso el Señor los bendijo. Y vosotros, que os inspiráis a su ejemplo, no tenéis que cesar nunca de avanzar en sus mismas huellas; así podréis anunciar, vosotros también, con vuestras existencias, “las grandes obras de Dios” (Hch 2, 11).

Como prenda de estos votos imparto a todos con corazón mi afectuosa bendición.

Cf. *L’Osservatore Romano*, n. 232 (8-9 octubre 1990), p. 6

**Homilía de San Juan Pablo II para la canonización**

**del Padre Aníbal María Di Francia y otros cinco beatos**

16 de mayo de 2004

1. “Mi paz os doy” (*Jn* 14, 27). En el tiempo pascual escuchamos a menudo esta promesa de Jesús a sus discípulos. La verdadera paz es fruto de la victoria de Cristo sobre el poder del mal, del pecado y de la muerte. Los que lo siguen fielmente se convierten en testigos y constructores de su paz.

Bajo esta luz me complace contemplar a los seis nuevos santos, que la Iglesia presenta hoy a la veneración universal:  Luis Orione, Aníbal María di Francia, José Manyanet y Vives, Nimatullah Kassab Al-Hardini, Paula Isabel Cerioli y Gianna Beretta Molla.

2. “Hombres que han entregado su vida a la causa de nuestro Señor Jesucristo” (Hch 15, 26). Estas palabras de los Hechos de los Apóstoles pueden aplicarse bien a san *Luis Orione*, hombre totalmente entregado a la causa de Cristo y de su reino. Sufrimientos físicos y morales, fatigas, dificultades, incomprensiones y todo tipo de obstáculos marcaron su ministerio apostólico. “A Cristo, la Iglesia y las almas -decía- se los ama y sirve en la cruz y crucificados, o no se los ama y sirve” (*Escritos*, 68, 81).

El corazón de este estratega de la caridad “no conoció confines, porque estaba dilatado por la caridad de Cristo” (*ib*., 102, 32). El celo por Cristo fue el alma de su vida intrépida, el impulso interior de un altruismo sin reservas y el manantial siempre fresco de una esperanza indestructible.   
Este humilde hijo de un empedrador proclama que “sólo la caridad salvará al mundo” (*ib*., 62, 13) y repite a todos que “la perfecta alegría está sólo en la entrega perfecta de sí a Dios y a los hombres, a todos los hombres” (*ib*.).

3. “El que me ama guardará mi palabra” (Jn 14, 23). En estas palabras evangélicas vemos delineado el perfil espiritual de *Aníbal María di Francia*, a quien el amor al Señor impulsó a dedicar toda su vida al bien espiritual del prójimo. Desde esta perspectiva, sintió sobre todo la urgencia de realizar el mandato evangélico: “*Rogate* *ergo*...”, “Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 38).

A los padres Rogacionistas y a las religiosas Hijas del Divino Celo les encomendó la misión de trabajar con todas sus fuerzas para que la oración por las vocaciones fuera “incesante y universal”. El padre Aníbal María di Francia dirige esta misma invitación a los jóvenes de nuestro tiempo, sintetizándola en su exhortación habitual: “Enamoraos de Jesucristo”.

De esta providencial intuición ha surgido en la Iglesia un gran movimiento de oración por las vocaciones. Deseo de corazón que el ejemplo del padre Aníbal María di Francia guíe y sostenga también en nuestro tiempo esta acción pastoral.

4. “El Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, será quien os lo enseñe todo y os vaya recordando todo lo que os he dicho” (Jn 14, 26). Desde el principio el Paráclito ha suscitado hombres y mujeres que han recordado y difundido la verdad revelada por Jesús. Uno de estos fue *san José Manyanet*, verdadero apóstol de la familia. Inspirándose en la escuela de Nazaret, realizó su proyecto de santidad personal y se dedicó, con entrega heroica, a la misión que el Espíritu le confiaba. Para ello fundó dos congregaciones religiosas. Un símbolo visible de su anhelo apostólico es también el templo de la Sagrada Familia de Barcelona.

Que san José Manyanet bendiga a todas las familias y os ayude a llevar los ejemplos de la Sagrada Familia a vuestros hogares.

5. Hombre de oración, enamorado de la Eucaristía, que solía adorar durante largos ratos, san *Nimatullah Kassab Al-Hardini* es un ejemplo tanto para los monjes de la Orden Libanesa Maronita como para sus hermanos libaneses y para todos los cristianos del mundo. Se entregó totalmente al Señor en una vida de gran renuncia, mostrando que el amor a Dios es la única fuente verdadera de alegría y felicidad para el hombre. Se dedicó a buscar y a seguir a Cristo, su Maestro y Señor.

Acogiendo a sus hermanos, alivió y sanó muchas heridas en el corazón de sus contemporáneos, testimoniándoles la misericordia de Dios. Que su ejemplo ilumine nuestro camino y suscite especialmente entre los jóvenes un auténtico deseo de Dios y de santidad, para anunciar a nuestro mundo la luz del Evangelio.

6. “El ángel (...) me enseñó la ciudad santa, Jerusalén, que bajaba del cielo” (Ap 21, 10). La espléndida imagen propuesta por el Apocalipsis de san Juan exalta la belleza y la fecundidad espiritual de la Iglesia, la nueva Jerusalén. De esta fecundidad espiritual es testigo singular *Paula Isabel Cerioli*, cuya vida produjo mucho fruto.

Contemplando a la Sagrada Familia, Paula Isabel intuyó que las comunidades familiares se mantienen sólidas cuando los vínculos de parentesco se sostienen y unen al compartir los valores de la fe y de la cultura cristiana. Para difundir estos valores, la nueva santa fundó el Instituto de la Sagrada Familia. En efecto, estaba convencida de que los hijos, para crecer seguros y fuertes, necesitan una familia sana y unida, generosa y estable. Que Dios ayude a las familias cristianas a acoger y testimoniar en toda circunstancia el amor de Dios misericordioso.

7.*Gianna Beretta Molla* fue mensajera sencilla, pero muy significativa, del amor divino. Pocos días antes de su matrimonio, en una carta a su futuro esposo, escribió: “El amor es el sentimiento más hermoso que el Señor ha puesto en el alma de los hombres”.

A ejemplo de Cristo, que “habiendo amado a los suyos (...), los amó hasta el extremo” (Jn 13, 1), esta santa madre de familia se mantuvo heroicamente fiel al compromiso asumido el día de su matrimonio. El sacrificio extremo que coronó su vida testimonia que sólo se realiza a sí mismo quien tiene la valentía de entregarse totalmente a Dios y a los hermanos.

Ojalá que nuestra época redescubra, a través del ejemplo de Gianna Beretta Molla, la belleza pura, casta y fecunda del amor conyugal, vivido como respuesta a la llamada divina.

8. “Que no se turbe vuestro corazón ni se acobarde” (Jn 14, 28). Las vicisitudes terrenas de estos seis nuevos santos nos estimulan a perseverar en nuestro camino, confiando en la ayuda de Dios y en la protección materna de María. Que desde el cielo velen ahora sobre nosotros y nos sostengan con su poderosa intercesión.

De: <http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/2004/documents/hf_jp-ii_hom_20040516_canonizations.html>

**Índice**

[Presentación 5](#_Toc13951705)

[Situación del Sur de Italia en la época de la Unificación 10](#_Toc13951706)

[La Iglesia y la Sociedad Mesinés 14](#_Toc13951707)

[Las familias Di Francia y Toscano 19](#_Toc13951708)

[Nacimiento y primera infancia 22](#_Toc13951709)

[Adolescencia y primera juventud 27](#_Toc13951710)

[Inteligencia del Rogate 29](#_Toc13951711)

[Vocación 31](#_Toc13951712)

[Hacia la Ordenación Sacerdotal 40](#_Toc13951713)

[Las «Casas Aviñón» 45](#_Toc13951714)

[Comienzos de la Obra Piadosa de Beneficencia 47](#_Toc13951715)

[Fundación de la Congregación femenina 60](#_Toc13951716)

[Dificultades 70](#_Toc13951717)

[Fundación de la Congregación masculina y Sagrada Alianza 91](#_Toc13951718)

[Difusión de la Obra 103](#_Toc13951719)

[Dirección de las Hijas del Sagrado Costado 112](#_Toc13951720)

[La muerte de Mons. Francisco Di Francia 122](#_Toc13951721)

[Afianzamiento de las Obras 124](#_Toc13951722)

[Última enfermedad y muerte 133](#_Toc13951723)

[Fuentes y Bibliografía 137](#_Toc13951724)

[APÉNDICE 143](#_Toc13951725)

1. DI FRANCIA, p. 131-133 passim. [↑](#footnote-ref-1)
2. En las más antiguas hagiografías el relato de los milagros tenía justamente esta finalidad: «demostrar» que el santo había restaurado en sí aquella relación con la naturaleza que había antes del pecado original. [↑](#footnote-ref-2)
3. POSITIO, II, p. 288 n. 4. [↑](#footnote-ref-3)
4. POSITIO, II, p. 281-282. [↑](#footnote-ref-4)
5. CONGREGATIO DE CAUSIS SANCTORUM, P. n. 729, *Positio super virtutibus Canonizationis Servi Dei Hannibalis Mariæ Di Francia*, I-II, Roma 1988. [↑](#footnote-ref-5)
6. Cf. Intervención en el Congreso sobre la *Ilustración y sociedad meridional*, en Archivio Storico per la Sicilia Orientale, 71 (1975), p. 176-177. [↑](#footnote-ref-6)
7. Cf. RENDA F., *Dalle riforme al periodo costituzionale* (1734-1816), en AAVV, *Storia della Sicilia*, vol. VI, Nápoles-Palermo 1978, p. 254-260. [↑](#footnote-ref-7)
8. Cf. G. CERRITO, *La Sicilia dal 1860 al 1870. Antologia di documenti*, Mesina 1955, p. 39; F. BRANCATO, *La Sicilia nel primo ventennio del Regno d’Italia*, en *Storia della Sicilia post-unificazione*, Bolonia 1956, passim. [↑](#footnote-ref-8)
9. Brancato (en *Origini e carattere della rivolta palermitana del settembre 1866*, Archivio Storico Siciliano s. III, 5 (1952-3), p. 168) comprobó que los 24 monasterios femeninos de la provincia de Palermo hacían vivir, con limosnas diarias, a 919 familias y que repartían cada año la cifra de 327.000 liras (acerca de 675.000 euros actuales), empleando también unos 744 funcionarios. Cf. *La Relazione della Commissione per l’Inchiesta sulle condizioni morali ed economiche della Città e Provincia di Palermo* en CERRITO, ob. cit., p. 31 ss.; Cf. M. CONDORELLI, *Momenti del riformismo ecclesiastico nella Sicilia borbonica* (1786-1850). *Il problema della manomorta*, Regio de Calabria 1971, p. 35-38. [↑](#footnote-ref-9)
10. En Mesina, por ejemplo, el Estado asumió la gestión de los Internados Cappellini, Alighieri y Donati; de los Orfelinatos S. Ángel y de los Huérfanos Dispersos: del Asilo de los Lisiados y del Asilo de la Mendicidad; además a los Conservatorios de las Blanquitas, de las Virgencitas, del Amparo de los Pobres, de Santa Isabel, de las Arrepentidas. Cf. G. MARTINEZ, *Guida manuale di Messina, con pianta della Città*, Mesina 1874, passim. Así que la ciudad contaba con un buen número de Instituciones benéficas, antes en manos de Órdenes religiosos. Su vida, sin embargo, fue muy difícil, y siguieron dando muy poco de su tradicional aportación asistencial. [↑](#footnote-ref-10)
11. Cf. R. ROMEO, *Il Risorgimento in Sicilia*, Bari 1950, p. 344. A. SINDONI, *L’eversione dell’Asse Ecclesiastico*, en *Storia della Sicilia*, vol. IX, Palermo 1977, p. 201-220. [↑](#footnote-ref-11)
12. Cf. *Rapporto della Camera di Commercio di Catania al Ministero di Agricoltura, Industria e Commercio in Torino, sulle condizioni economiche della Provincia* (18/4/1861) en ROMEO, ob. cit., apéndice II, p. 387-401. [↑](#footnote-ref-12)
13. Cf. L. FRANCHETTI – S. SONNINO, *La Sicilia nel 1876*, 2 ed., II, Florencia 1925, p. 149. [↑](#footnote-ref-13)
14. Cf. E. CORBINO, *Annali dell’economia italiana*, I, Ciudad de Castillo 1931, p. 11. [↑](#footnote-ref-14)
15. Cf. CERRITO, ob. cit., p. 16. [↑](#footnote-ref-15)
16. Cf. Istituto Centrale di Statistica, *Censimento generale della popolazione al* *31/12/1861*, p. 105-106. [↑](#footnote-ref-16)
17. De estos fermentos se llegó, a través de una difícil gestación, a un «*pensamiento social*» de la Iglesia, que culminó con la *Rerum Novarum* de León XIII. Cf. D. ROPS, *Storia della Chiesa*, VI/2 y 3, Turín 1969, passim. [↑](#footnote-ref-17)
18. Cf. S. F. ROMANO, *I Fasci Siciliani*, Bari 1958, passim; P. VILLARI, *Dove andiamo?*, Nuova Antologia 1/11/1893, p. 5-25; F. CRISPI, *Discorsi Elettorali*, Roma 1882, p. 199. [↑](#footnote-ref-18)
19. Cf. M. T. FALZONE, *Giacomo Cusmano. Poveri, chiesa e società nella Sicilia dell’ottocento* (1834-1871), Palermo 1986; T. LECCISOTTI, *Il Cardinale Dusmet*, Catania 1962; A. SINDONI, *Dal Riformismo assolutistico al Cattolicesimo sociale.* 2. *Moti popolari, Stato unitario e vita della Chiesa in Sicilia*, Roma 1984; P. BORZOMATI, *Chiesa e Società meridionale. Dalla Restaurazione al secondo Dopoguerra*, Roma 1982; G. BORRACCINO, *Azione religiosa e sociale del Cardinale Dusmet e di Annibale Di Francia*, tesina de Licenciatura inédita discutida en la Facultad de Letras y Filosofía de Roma en el año académico 1968-1969. [↑](#footnote-ref-19)
20. Cf. p. e., A. SINDONI, *La vita religiosa e morale dall’Otto al Novecento*, en *Storia della Sicilia*, vol IX, Nápoles-Palermo 1978, p. 181-200; BORZOMATI, p. 21. [↑](#footnote-ref-20)
21. Cf. SINDONI, *La vita religiosa*, ob. cit., passim; BORZOMATI, passim. [↑](#footnote-ref-21)
22. Cf. B. PELLEGRINO, *Chiesa e rivoluzione unitaria nel Mezzogiorno. L’episcopato meridionale dall’assolutismo borbonico allo stato borghese* (1860-1861), Roma 1979, p. 43 ss. [↑](#footnote-ref-22)
23. Cf. p. 763 citado por T. TUSINO, *La Messina del Padre*, en «Bollettino della Congregazione dei Rogazionisti del Cuore di Gesù», 46 (1970), p. 177 ss. [↑](#footnote-ref-23)
24. Cf. DE GREGORIO, p. 85. [↑](#footnote-ref-24)
25. Cf. CAUDO V. en *La Scintilla* 16/10/1950. Hace falta decir que esta situación era bastante común en toda Italia. Para tener un ejemplo relatamos aquí un pasaje de la carta de Mons. Scalabrini, obispo de Piacenza, a Mons. Bonomelli, obispo de Cremona: «*Si el episcopado no se levanta por sí mismo con la fuerza de su poder divino, todo está perdido en cuanto a la sumisión y al gobierno diocesano. Y la energía es necesaria sobre todo para los seminarios. Yo tomé decisiones gravísimas y de esto bendigo al Señor*». «*Expulsé a 22 clérigos y a 3 superiores, y sin tales disposiciones no habría obtenido nada, nada de nada*», cf. M. CAGLIARO – M. FRANCESCONI, *L’apostolo degli emigranti: G. B. Scalabrini*, Milano 1968, p. 180 y nota 68; Cf. *Carteggio Scalabrini-Bonomelli* (1868-1905), por C. MARCORA, Roma 1983, 30/12/1882 y 1/7/1883. Sobre la figura y la actividad de Scalabrini cf. también *Scalabrini tra Vecchio e nuovo Mondo*, Atti del Convegno Storico Internazionale, Piacenza 3-5 dic. 1987, por G. ROSOLI, Roma 1989. [↑](#footnote-ref-25)
26. Cf. DE GREGORIO, p. 85. [↑](#footnote-ref-26)
27. Cf. DE GREGORIO, p. 87 (carta de 29/6/1881), P. 87-88 (carta de 11/4/1882). El Piff-Paff era un periódico satírico y denigratorio, cf. C. SALVO, *I Giornali della Provincia di Messina*, Palermo 1985, p. 72. [↑](#footnote-ref-27)
28. Cf. S. TRAMONTIN, *Società, religiosità e movimento cattolico in Italia Meridionale*, Roma 1977, p. 167. Cf. A. SINDONI, *La Gioventù Cattolica in Sicilia. Le Origini* (1871-1906), en «*La Gioventù Cattolica dopo l’Unità*». 1868-1968. Raccolta di Saggi, a cura di L. OSBAT – FIVA, Roma 1972, p. 613-653, sobre todo p. 642. [↑](#footnote-ref-28)
29. Cf. DE GREGORIO, p. 89; VITALE, p. 125. [↑](#footnote-ref-29)
30. Cf. DE GREGORIO, p. 85-86. [↑](#footnote-ref-30)
31. Cf. TRAMONTIN, ob. cit., p. 326. [↑](#footnote-ref-31)
32. Cf. ANCORA, p. 139-190 passim. C. TURRISI, *La diocesi di Oria nell’800. Aspetti socio-religiosi di una diocesi del Sud* (1798-1888), Roma 1978. [↑](#footnote-ref-32)
33. Cf. POSITIO, II, p. 288, 326-327 etc. [↑](#footnote-ref-33)
34. Cf. ANCORA, p. 191-209, 231-233 passim; Cf. POSITIO, II, p. 301, 302, 322. [↑](#footnote-ref-34)
35. Cf. POSITIO, II, p. 267. [↑](#footnote-ref-35)
36. Cf. GALLUPPI, p. 83-84. [↑](#footnote-ref-36)
37. Del ramo de la ciudad de Paula es fray Tomás DI Francia de los Predicadores. Consagrado obispo de Oria en 1690, dirigió aquella diócesis durante 19 años con edificación, celo, prudencia, y gran calidad para con los pobres (cf. GALLUPPI, p. 84). El Padre Aníbal habla de él en un discurso tenido en Oria el 5/4/1909: «(…) *fui otra vez en Oria, huésped del obispo Mons. Gargiulo. Entonces aprendí por él que más de un siglo atrás Oria había tenido un obispo de mi familia: el obispo Tomás María Di Francia, de las Calabrias, donde un ramo de los Francia se había propagado llegando de Otranto, que fue la primera tierra donde se estableció*» (DI FRANCIA, p. 487). [↑](#footnote-ref-37)
38. Cf. GALLUPPI, p. 84 ss. [↑](#footnote-ref-38)
39. La abadía de Roccamadore se encontraba en la aldea mesinés de Tremestieri (cf. B. G. BEDINI, *Le Abazie Cistercensi d’Italia,* Casamari 1964, p. 85-86). [↑](#footnote-ref-39)
40. Cf. A. M. DI FRANCIA, *Fede e Poesia*, Oria 1926, p. V (el prefacio, de donde se sacó la citación, fue escrito en diciembre de 1921). [↑](#footnote-ref-40)
41. Aristocles era el verdadero nombre de Platón. El sobrenombre de Platón se le había dado por sus anchas espaldas. [↑](#footnote-ref-41)
42. Cf. G. OLIVA, *Annali della Città di Messina*, Messina 1892-93, p. 89; el periódico *L’Aristocle* (1842) «*de 1833 hasta 1847 con el despertar de los buenos estudios*» fue uno de los más importantes de Mesina (cf. *Messina e Dintorni*, Messina 1902, p. 122). [↑](#footnote-ref-42)
43. Cf. SALVO, ob. cit., p. 64. Le pusieron el sobrenombre de don Margotti, porque como don Santiago Margotti (1823-1887) era muy batallero contra los liberales y los anticlericales de su tiempo, para defender los derechos del papado y de la Iglesia (cf. VITALE, p. 5). [↑](#footnote-ref-43)
44. Cf. A. M. DI FRANCIA, *Fede e Poesia*, ob. cit., p. V. [↑](#footnote-ref-44)
45. Cf. P. BORZOMATI, *Amore e fedeltà al Papa*, (P. Annibale oggi 13), Roma 1988. [↑](#footnote-ref-45)
46. Cf. VITALE, p. 5, [↑](#footnote-ref-46)
47. Esta particular devoción mariana tiene un reflejo concreto en la imposición del nombre de María a los hijos, haciéndolo anteponer al nombre personal de cada uno. [↑](#footnote-ref-47)
48. Cf. VITALE, p. 5; POSITIO, II, p. 741-743. [↑](#footnote-ref-48)
49. Cf. VITALE, p. 5; POSITIO, II, p. 741-743. [↑](#footnote-ref-49)
50. Antigua propiedad de los Benedictinos Casinenses. [↑](#footnote-ref-50)
51. Cf. GALLO – OLIVA, vol. VII, p. 446. [↑](#footnote-ref-51)
52. Juan fue un joven de rara inteligencia, escritor elegante y apreciado colaborador de publicaciones periódicas, dotado de buena inspiración poética. No se casó. Empleado en el Banco de Sicilia, tuvo que dejarlo por motivos de salud. Tras contraer el escorbuto, en efecto, sufrió mucho. Durante la enfermedad quiso a su lado sólo el hermano Aníbal. Y para éste, que había iniciado hacía poco tiempo el apostolado en las Casas Aviñón, fue una verdadera cruz. Murió el 20 de agosto de 1892 con solo 49 años. (Cf. VITALE, p. 195-196; POSITIO, II, p. 13, 56, 145, 313, 399, 553, 583, 1264). [↑](#footnote-ref-52)
53. Catalina fue una mujer de gran bondad. Se casó con Antonino Montalto. Uno de los hijos, José, entrado en el naciente seminario del Padre Aníbal, murió prematuramente el 19/4/1895. Catalina murió el 2 de febrero de 1908 con 59 años (Cf. VITALE, p. 6; SANTORO, BPS, p. 21; POSITIO, II, p. 13, 56-57, 117, 1264). [↑](#footnote-ref-53)
54. Cf. VITALE, p. 3-4; POSITIO, II, p. 1265. El nombramiento se había hecho necesario por el fallecimiento del Vicecónsul Don Letterío Russo y la elección aconteció «siendo nosotros certificados de la idoneidad y probidad». [↑](#footnote-ref-54)
55. Cf. VITALE, p. 6; POSITIO, II, p. 12, 14, 56, 741-745, 1265. Con licencia del párroco celebró el bautismo el Can. José Marchese, Arcidiácono de la Catedral y Juez de la Monarquía Real. Fue padrino el tío materno el Padre José Toscano. [↑](#footnote-ref-55)
56. Cf. VITALE, p. 4; POSITIO, II, p. 12, 14, 1265. [↑](#footnote-ref-56)
57. Cf. POSITIO, II, p. 1265-1266. Don Francisco fue sepultado en la iglesia de S. María de Jesús Superior, en la aldea Retiro. El aluvión de 1863 destruyó aquella iglesia y los restos mortales de Don Francisco se perdieron. [↑](#footnote-ref-57)
58. Cf. POSITIO, II, p. 1266. [↑](#footnote-ref-58)
59. Cf. VITALE, p. 8-9. [↑](#footnote-ref-59)
60. Cf. VITALE, p. 9. [↑](#footnote-ref-60)
61. Cf. VITALE, p. 10. [↑](#footnote-ref-61)
62. «*El Siervo de Dios fue verdaderamente devorado por la caridad para con Dios y el prójimo (…) pero donde Él sobresalió en manera particularísima, tanto que nunca se podrá alcanzar fácilmente, fue en la caridad y la dedicación irresistible que sintió para con los huérfanos y los niños pobres e infelices. Él mismo escribió:* “Yo quiero a mis niños, ellos para mí son el más querido ideal de mi vida”*. Él fue de veras para ellos un padre incomparable*» así atestiguó el Padre Carmelo Drago, y añadió: «*Todo el sistema educativo tenía su eje en el amor. Amar de veras al niño afectiva y efectivamente. Y este amor no sólo se tenía que sentirlo interiormente, sino hace falta manifestarlo también al niño en todos los modos y con las palabras cariñosas y con las obras premurosas como las de una mamá, porque la pena que más atormenta al huérfano y al derelicto es la falta de cariño. (…) Decía que por cuánto el Instituto se pueda esforzar de sustituir a la familia, lamentablemente queda siempre un sustituto. Añadía pues:* “Hagamos al menos que este sustituto sea cuanto más parecido a la realidad familiar”» (Cf. POSITIO, II, p. 303-304, cf. también p. 20, 273-274, 279-280, 295-296, 315, 333, 351, 354-355,380, 417). [↑](#footnote-ref-62)
63. Cf. VITALE, p. 11. [↑](#footnote-ref-63)
64. Cf. VITALE, p. 14. POSITIO, II, p. 1266-1267. [↑](#footnote-ref-64)
65. Cf. VITALE, p. 16. [↑](#footnote-ref-65)
66. Aníbal que ya había empezado, como él mismo nos cuenta, «*a garabatear unos cuantos versos*» (Cf. A. DI FRANCIA, *Fede e Poesia*, ob. cit., p. V), dedicó a Garibaldi un soneto en que no se podía aguantar las risas cuando lo declamaba, por la ingenuidad de las rimas, cf. VITALE, p. 22. [↑](#footnote-ref-66)
67. Cf. SINDONI, p. 33, 35, 41, 248 passim. [↑](#footnote-ref-67)
68. Cf. VITALE, p. 17. POSITIO, II, p. 1267. [↑](#footnote-ref-68)
69. Cf. VITALE, p. 17-18. POSITIO, II, p. 1267. [↑](#footnote-ref-69)
70. Cf. VITALE, p. 17. POSITIO, II, p. 1267. [↑](#footnote-ref-70)
71. Cf. POSITIO, II, p. 1267. Probablemente durante el año escolar 1861-1862, preparado por el P. Foti, recibió la Primera Comunión. [↑](#footnote-ref-71)
72. Cf. VITALE, p. 22-24; en abril de 1865 se puede colocar el poema *A una mariposa*, confluido en la colección publicada en 1869 (*Primi versi di Annibale Di Francia da Messina*), mientras en noviembre de 1865, firmado «Aníbal Di Francia educando cisterciense», es el segundo poema publicado: *En muerte de Francisco Sarlo, mi querido primo* (cf. POSITIO, II, p. 1205 y 1267). [↑](#footnote-ref-72)
73. Ley 7/7/1866 Nº 3096, hecha ejecutiva con el reglamento autorizado con Decreto Real del 21/7/1866 n. 3870. [↑](#footnote-ref-73)
74. Cf. VITALE, p. 27-30. [↑](#footnote-ref-74)
75. José Toscano había tomado la dirección del periódico tras la muerte de Pascal Scibilia, fallecido como el Bisazza en la funesta epidemia de cólera que devastó Mesina en 1867. [↑](#footnote-ref-75)
76. Cf. VITALE, p. 32. Léanse luego las composiciones escritas entre el 1867-69 recogidos en la colección *Primeros versos*, recordada más arriba, y especialmente: *Una hora tétrica y fantástica* (enero de 1868), *Poeta* (marzo de 1868), *En muerte de Félix Bisazza* (marzo de 1868), *El ángel de la mañana* (mayo de 1868), *A mi ángel* (mayo de 1869), *Soledad* (septiembre de 1869) (cf. POSITIO, II, p. 1205-1206). [↑](#footnote-ref-76)
77. Alguien comentó como hipótesis que la chica podría ser M. Carolina Taccone Gallucci (cf. POSITIO, II, p. 256). El P. Teodoro Tusino, sin embargo, demostró que, por cuestiones cronológicas, no podría tratarse de ella, más bien de una chica mesinés fallecida verosímilmente antes de enero de 1868 (cf. T. TUSINO, *La Messina del Padre*,en «Bollettino della Congregazione dei Rogazionisti», 45, 2 [1969], p. 226-230). [↑](#footnote-ref-77)
78. Cf. VITALE, p. 34-35; POSITIO, II, p. 15, 77-78. [↑](#footnote-ref-78)
79. Cf. POSITIO, II, p. 14. En aquella época acercarse a la Eucaristía cada día no era costumbre, y se consideraba un verdadero privilegio espiritual que los confesores concedían a los fieles. [↑](#footnote-ref-79)
80. Cf. VITALE, p. 28; POSITIO, II, p. 34, 138, 502-503. [↑](#footnote-ref-80)
81. Cf. PSS, I, p. 30. [↑](#footnote-ref-81)
82. Cf. POSITIO, II, p. 26 y 933. [↑](#footnote-ref-82)
83. El gran templo de San Juan de Malta se elevaba donde hoy está situada la Prefectura. La iglesia actual corresponde al ábside de la vieja, destruida por el terremoto de 1908, cf. G. FOTI, *Storia, Arte e Tradizione nelle chiese di Messina*, Messina 1983, sub voce. [↑](#footnote-ref-83)
84. Cf. SCRITTI, Vol. 2, P. 143; VITALE, p. 35-36; TUSINO, AP, p. 110; TUSINO, NMN, p. 23-24; POSITIO, II, p. 16, 18-19, 57-58, 80, 176, 286-287, 320-321, 354-355, 471-473, etc. [↑](#footnote-ref-84)
85. «*En el fervor de sus oraciones, e igual antes de vestir el hábito, estando ante los pies de Jesús Sacramentado, iba reflexionando (no sin divina inspiración) que una de las gracias importantísimas para la salvación de las almas, que tendría que pedirse continuamente a Nuestro Señor, es sin duda la de enviar Santos Sacerdotes a su Iglesia*» (cf. VITALE, p. 42); esta divina intuición se tiene que poner antes de la vocación al sacerdocio, sostiene y comprueba TUSINO, AP, p. 111. [↑](#footnote-ref-85)
86. Cf. VITALE, p. 43. [↑](#footnote-ref-86)
87. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 7, p. 241; POSITIO, II, p. 317, 320-321. El Segundo Teólogo Censor de los Escritos comentó este paso diciendo: «*Aquí también hace falta hacer la tara de su demasiada modestia: no fue por fijación, fue por celo*» (cf. PSS, II, p. 28) [↑](#footnote-ref-87)
88. Cf. VITALE, p. 36. [↑](#footnote-ref-88)
89. Cf. VITALE, p. 32-33. POSITIO, II, p. 87-88. [↑](#footnote-ref-89)
90. Cf. TUSINO, NMN, p. 23. [↑](#footnote-ref-90)
91. Cf. *La Parola Cattolica*, a. IV, n. 78 (3/10/1869), p. 4. Se trata de la traducción al italiano de PROSPER VAN SPEETEN, *Vie du bienheureux Jean Berchmans d’après les Actes de sa béatificacion et autres documents authentiques*, Louvain 1865. [↑](#footnote-ref-91)
92. Cf. VITALE, p. 44. [↑](#footnote-ref-92)
93. Cf. TUSINO, MB, I (1969), p. 236. [↑](#footnote-ref-93)
94. Cf. VITALE, p. 44. [↑](#footnote-ref-94)
95. Cf. VITALE, p. 44. [↑](#footnote-ref-95)
96. Cf. VITALE, p. 37. POSITIO, II, p. 16. [↑](#footnote-ref-96)
97. Cf. VITALE, p. 37. [↑](#footnote-ref-97)
98. Los dos jóvenes eran conocidos por el parentesco con el P. José Toscano. Aníbal se había hecho notar con unos artículos en *La Parola Cattolica*, y además justamente en aquel año había publicado un opúsculo con el título: *Primi versi di Annibale Di Francia da Messina* (cf. POSITIO, II, p. 1205). El último poema de la colección es de septiembre de 1969 y la visita al Arzobispo se tiene que situar probablemente alrededor de la segunda mitad del mes de noviembre. [↑](#footnote-ref-98)
99. CF. VITALE, p. 37-38. Es probable que tanto la petición, cuanto el permiso, acontecieron verbalmente, porque no se halló en los archivos consultados ningún documento en propósito. [↑](#footnote-ref-99)
100. Cf. VITALE, p. 39. POSITIO, II, p. 16-17, 58, 70, 138, 313, passim. [↑](#footnote-ref-100)
101. Cf. *La Parola Cattolica* 12/12/1869*.* [↑](#footnote-ref-101)
102. Cf. VITALE, p. 39 passim. [↑](#footnote-ref-102)
103. Cf. VITALE, p. 39. [↑](#footnote-ref-103)
104. Cf. POSITIO, II, p. 59-60. [↑](#footnote-ref-104)
105. Cf. POSITIO, II, p. 745-746, 1268-1270. Los aspectos que normalmente están presentes en estos atestados de buena conducta son: 1) llevó el hábito talar; 2) es de buenas y ejemplares costumbres; 3) frecuentó los sacramentos a menudo; 4) intervino con asiduidad en las funciones sagradas de la parroquia; 5) ejerció las Órdenes recibidas; 6) nunca fue investigado por el poder civil; 7) se hicieron las peticiones públicamente en ocasión de las Órdenes; 8) puedo testificar que la Iglesia tiene verdadera necesidad de este ministerio de los clérigos.

     Tal vez se tiene también el atestado de buena conducta publicado también por otros sacerdotes, con que Aníbal desarrollaba particulares servicios pastorales, como p. ej. el de la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños. [↑](#footnote-ref-105)
106. Cf. VITALE, p. 41. [↑](#footnote-ref-106)
107. También en la correspondencia de aquellos años con muchas personas espirituales se entrevé la «búsqueda» y la labor del adolescente. Cf. p. ej. APR 4, 138-155; 5, 242. [↑](#footnote-ref-107)
108. Cf. POSITIO, II, p. 86. [↑](#footnote-ref-108)
109. Cf. *Discorso letto dal Can. A. M. Di Francia… ad onore della Serva di Dio Suor Maria Luisa di Gesù la sera del 3 dicembre 1922*, Mesina 1923, p. 4; DI FRANCIA, p. 552-554; POSITIO, II, p. 1232. [↑](#footnote-ref-109)
110. Este deseo piadoso no es una «excentricidad» inspirada a Aníbal por el P. Pedro de Porto Salvo y por el P. Bernardo (cf. POSITIO, II, p. 17, 718 y también p. 1017), sino que tiene que ser enfocada en el ámbito de la espiritualidad cristiana meridional, que a menudo se enraíza en las antiguas tradiciones de la Iglesia romana e ítalo-griega. En efecto, como se conoce a través de una nutrida producción bibliográfica sobre la Historia del Cristianismo y sobre la Literatura Cristiana Antigua, desde los tiempos más remotos (Egeria, Jerónimo, Casiano, etc.) había la costumbre no sólo de ir en peregrinación a los Lugares Sagrados sino también a lugares particulares para conocer santos monjes, anacoretas o personas de las que se había difundida fama de santidad para tener consejos o simplemente para tener un impulso espiritual. Quedaron célebres las peregrinaciones a los Estilitas (Simeón el joven y el viejo, Daniel etc.). Y así a lo largo de los siglos aprendemos por la literatura hagiográfica este acorrer de la gente hacia los «santos vivientes». La sugerencia de los Padres, pues, se injerta en una genuina tradición cristiana, cf. p. ej. M. RIGHETTI, *L’Anno Liturgico . Il Breviario*, vol. II, ed. 3, Milano 1969, passim. [↑](#footnote-ref-110)
111. Cf. POSITIO, II, p. 1017. [↑](#footnote-ref-111)
112. Ana, visto que ambos hijos habían tomado el camino del sacerdocio, había vuelto a casar en la esperanza que el segundo marido se asumiera el compromiso de cuidar el patrimonio que iba menguando, dad su poca experiencia. Muy pronto, sin embargo, tuvo que arrepentirse; en efecto, Arturo, que pertenecía a una familia noble, no quería preocuparse de «banales» cuestiones administrativas, ni mucho menos de pendencias judiciales. Surgieron unas incomprensiones y fue inevitable la separación legal, entre otras cosas aconsejada justamente por Sor María Luisa de Jesús a la que Ana se había dirigido (cf. APR 4, p. 138-155; 5, 212), por el Can. De Angelis y, seguramente también por María Palma de Oria (cf. infra). De las segundas nupcias de Ana nació Teresa (cf. POSITIO, II, p. 15, 56,145, 204, 250, 399-403 passim). [↑](#footnote-ref-112)
113. Cf. *Discorso letto dal Can. A. M. Di Francia… ad onore della Serva di Dio Suor Luisa di Gesù la sera del 3 dicembre 1922*, Mesina 1923, p. 4; DI FRANCIA, p. 552-554; POSITIO, II, p. 1232. [↑](#footnote-ref-113)
114. Cf. APR 4, 138-155; 5, 242; POSITIO, II, p. 17-18; 60, 89, 104, 119, 180, 603, 617, 718. Aníbal permaneció durante toda su vida aficionado al Monasterio de Estrella Matutina y lo ayudó hasta económicamente (Cf. POSITIO, II, p. 381, 813,-821, 1206, 1269 ss.). [↑](#footnote-ref-114)
115. Sr. María Luisa le escribió: «en cuanto a estas cartas anónimas, os aconsejo de no preocuparos, aunque hubiera cien de ellas, porque si Vos un día en el lugar indicado vais a poner 100 liras, tendréis luego otras cartas que sobrarán el número de las liras y Vos, ¿qué haréis? ¿Dónde las tomaríais? Solamente tenéis que vigilar sobre Vos, sin ir a lugares de campo a solas, porque correríais el riesgo de pasar alguna cosa, en cualquier lugar que fuerais en que hubiera peligro id en compañía de otros. Haciendo así no tengáis miedo, vivid tranquilo, seguro que Dios os ayudará en todo acontecimiento, Él que jamás deja perecer sus siervos que tanto lo quieren» (cf. 11/9/1872, APR 4, 149; VITALE, p. 50-51). [↑](#footnote-ref-115)
116. Cf. APR 5, 242; APR 4, 141, 145, 146, 148; POSITIO, II, p. 60, 89, 119, 154, 603, 718, 1271. María Palma estuvo en el centro de la atención de la medicina de la época que intentaba explicar los estigmas, las éxtasis, las profecías, y sobre todo los sufrimientos atroces que sufría (cf. V. IMPERT- A. GOURBEYRE, *Palma d’Oria. Esame della tesi razionalista. Lista istorica degli Stimatizzati*, prima versione italiana, Lecce 1902; cf. también VITALE, p. 51 y ss.). [↑](#footnote-ref-116)
117. Cf. POSITIO, II, p. 706-707, 711-713; APR 54, 3950, 3951, 3953 etc. [↑](#footnote-ref-117)
118. Cf. VITALE, p. 53-54; POSITIO, II, p. 17, 59, 508, 1269; APR 4, 141. [↑](#footnote-ref-118)
119. Cf. POSITIO, II, p. 1269. La invitación se explica con la estimación y el aprecio que gozaba por la seriedad de los estudios, realizados bajo la guía de maestros ilustres, por su propensión a la predicación y por su inspiración creativa. [↑](#footnote-ref-119)
120. Cf. POSITIO, II, p. 17-18, 1269 ss. [↑](#footnote-ref-120)
121. Cf. POSITIO, II, p. 59. [↑](#footnote-ref-121)
122. Cf. POSITIO, II, p. 1208-1209, cf. p. 17. [↑](#footnote-ref-122)
123. Cf. *Novenario in onore di Maria Santissima sotto il titolo della Immacolata Concezione di Lourdes*, Messina 1899, p. 10. Cf. POSITIO, II, p. 1210. [↑](#footnote-ref-123)
124. Cf. nota anterior. Para conocer toda la actividad de estos años, véase POSTIO, II, p. 17 ss., 30 ss., 60-63, 79, 202-204, 215, 508, 615, 1274. [↑](#footnote-ref-124)
125. Cf. S. GRECO, *Lettera all’Arcivescovo Giuseppe Guarino*, en «Studi Rogazionisti», 5 (1984), p. 61-62. [↑](#footnote-ref-125)
126. Cf. *La Parola Cattolica*, a. X, 56 (9/7/1876), p. 3; cf. los numerosos testimonios, mencionados en la POSITIO, I, p. 60, nota 160. [↑](#footnote-ref-126)
127. Cf. las citaciones en la POSITIO, I, p. 60, nota 161. [↑](#footnote-ref-127)
128. Cf. los numerosos testimonios, mencionados en la POSITIO, I, p. 60, nota 162. [↑](#footnote-ref-128)
129. Cf. POSITIO, I, p. 60, nota 163 (referencias). [↑](#footnote-ref-129)
130. Hasta que Francisco no retomó el hábito pidió oraciones a Sor María Luisa, y a las demás venerandas Religiosas de Estrella Matutina, a Sor Teresa, abadesa de las Capuchinas de Ciudad del Castillo, etc. Referimos, a modo de ejemplo, un trozo de una carta de Sor María Luisa: «*Por lo que decís de vuestro hermano, yo cálidamente lo encomiendo al Señor, para que lo fortifique en la vocación; rogad por eso también vos y él, porque si es una tentación, le pase, y si luego sigue continuando así, es signo que Dios no lo llamó al Sacerdocio; y es mejor que haga un buen seglar que un cura malo. Os serviré en las 2 Avemarías y Gloria que queréis que se recen*» (cf. 9/2/1872; APR 5, 242). [↑](#footnote-ref-130)
131. Léase: Ciccillo (Paquito), porque así Francisco era llamado en familia. [↑](#footnote-ref-131)
132. Léase: Ciccillo (Paquito), cf. nota anterior. [↑](#footnote-ref-132)
133. Léase: Ciccillo (Paquito), cf. nota anterior. [↑](#footnote-ref-133)
134. Cf. APR 39, 2332; POSITIO, p. 1270. [↑](#footnote-ref-134)
135. Cf. POSITIO, II, p. 16-17, 27, 56, 60, 746-747, 1270-1271. [↑](#footnote-ref-135)
136. Cf. DE GREGORIO, p. 78 ss.; POSITIO, II, p. 747-748, 1271. [↑](#footnote-ref-136)
137. Cf. POSITIO, II, p. 1272. [↑](#footnote-ref-137)
138. Cf. POSITIO, II, p. 748-749, 1272. El 22 de septiembre del mismo año aconteció un episodio muy denso de significado: era un sábado, el joven Diácono tenía en la iglesia de Santa María de la Providencia un discurso sobre las apariciones de la Virgen en la montaña de La Salette. Entre los oyentes había Melania Calvat, que en incógnito se hallaba en aquellos días en Mesina (cf. APR 61, 4368). [↑](#footnote-ref-138)
139. Cf. VITALE, p. 64. [↑](#footnote-ref-139)
140. Cf. VITALE, p. 64; POSITIO II, p. 61, 84, 188, 445, 535, 1273. [↑](#footnote-ref-140)
141. Jn 1, 35-39. [↑](#footnote-ref-141)
142. Cf. los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 64, nota 175. [↑](#footnote-ref-142)
143. Cf. VITALE, p. 68-69. [↑](#footnote-ref-143)
144. Cf. VITALE, p. 69. [↑](#footnote-ref-144)
145. Cf. DI FRANCIA, (1901), p. 3; POSITIO, II, p. 927-945, 1211-1212; Mt 9, 36-38. [↑](#footnote-ref-145)
146. Cf. DI FRANCIA, (1919), p. 5; POSITIO, II, p. 927-945, 1227. [↑](#footnote-ref-146)
147. POSITIO, II, p. 17, 59-60, 749-750. [↑](#footnote-ref-147)
148. Cf. VITALE, p. 70. [↑](#footnote-ref-148)
149. Cf. APR 43, 2841 y 2867; 53, 2831, p. 23; VITALE, p. 176; FOTI, p. 57; cf. los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 66, nota 182. Laura Bucca se había casado con Guillermo Jensen, oriundo inglés, y había tenido tres hijas. El marido, protestante pero de gran bondad natural, cuidaba de los asuntos económicos, y le concedía mucha libertad. Ella así había educado las hijas a la fe católica, pero la práctica en aquella casa era bastante relativa: la señora se dedicaba más bien al mundo. Era generosa de corazón, activa y tenía una gran disposición para el bien y el ideal religioso, que desde un estado latente pasó a uno de entusiasmo. Sincera, muy inteligente, era suficientemente instruida: tenía el diploma de maestra elementar. [↑](#footnote-ref-149)
150. La antigua ciudad de Mesina nacía en la zona Zaera. Derribada en el año 396 a. C. por los Siracusanos, se desplazó hacia el puerto. [↑](#footnote-ref-150)
151. Esta puerta fue edificada por el Senado mesinés en 1621 en honor de Carlos V, que regresaba en 1535 de la victoria de Túnez (cf. *Guida per la città di Messina*, Siracusa 1826, p. 9). [↑](#footnote-ref-151)
152. Cf. los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 63, nota 3. [↑](#footnote-ref-152)
153. Cf. POSITIO, II, p. 19. [↑](#footnote-ref-153)
154. Cf. DI FRANCIA, (1919), p. 5; POSITIO, II, p. 928-929. Cf. con lo que escribe el sac. Vicente Lilla, profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Mesina en el Opúsculo *Il Canonico Annibale Maria Di Francia e la sua Pia Opera di Beneficenza*, Messina 1902, p. 10-14. [↑](#footnote-ref-154)
155. María Catalina Scoppa de los barones de Badolato se casó con el com. Cayetano Loffredo, marqués de Cassibile. El marqués conocía muy bien a don José Toscano, tío materno del Padre Aníbal, y saludará con gozo que la dirección del periódico *La Parola Cattolica* se le confiará a nuestro protagonista (cf. APR 53, 3847). La Marquesa, muy piadosa y generosa, probablemente solicitada por el Padre Aníbal, contribuyó para la adquisición y el amueblamiento de la primera capilla en el barrio Aviñón. Ella le prometió que habría elevado una iglesia con su dinero, pero luego no mantuvo la palabra. Como tendremos modo de ver, la Marquesa será una verdadera cruz para nuestro Padre Aníbal (cf. POSITIO, II, p. 23-24, 45, 240, 696-697, 969-972). [↑](#footnote-ref-155)
156. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 308-309. [↑](#footnote-ref-156)
157. Cf. POSITIO, II, p. 1207, 1275. [↑](#footnote-ref-157)
158. Cf. POSITIO, II, p. 931. [↑](#footnote-ref-158)
159. Cf. VITALE, p. 74. [↑](#footnote-ref-159)
160. Cf. TUSINO, MB, I, p. 515. Se confronten también los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 70, nota 11. El P. Ludovico escribió diversas cartas a la Marquesa para interesarla a la obra del P. Aníbal, pero esta, tras el fallecimiento del marido, habiendo como consejero un ex fraile, siempre fue desviada de ello. [↑](#footnote-ref-160)
161. José Ciccolo era una persona emprendedora, ligado en la amistad con muchas familias aristocráticas y ricas de la ciudad (cf. los testimonios señalados en POSITIO, I, p. 71, nota 12). [↑](#footnote-ref-161)
162. El Muscolino era hombre de gran espíritu y piedad; fue canónigo de la Catedral y Profesor de Teología Moral en el Seminario de Mesina (cf. los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 71, nota 13). [↑](#footnote-ref-162)
163. La iniciativa que hubiese sido casi imposible para el Padre Aníbal no fue difícil para el Padre Ciccolo, dada su gran influencia sobre los nobles de la ciudad. [↑](#footnote-ref-163)
164. Cf. VITALE, p. 81; POSITIO, II, p. 612-613, 1276. [↑](#footnote-ref-164)
165. Probablemente el artículo se tiene que atribuir al bolígrafo del mismo Padre Aníbal. [↑](#footnote-ref-165)
166. Recordemos que la familia Di Francia era muy devota de San José y ciertamente lo que dice el articulista era practicado per Doña Ana Toscano. La costumbre, muy difundida en Sicilia, es practicada hasta ahora en muchas comunidades meridionales, y permaneció viva en el corazón de los migrantes meridionales al exterior. [↑](#footnote-ref-166)
167. Cf. *La Parola Cattolica,* a. XV, n. 30 (22/3/1881), p. 3; cf. POSITIO, II, P. 1276; VITALE, p. 85 ss.; también la *Gazzetta di Messina* publicó, como también otros periódicos, la noticia en breve, elogiando y animando la obra benéfica empezada para el saneamiento del barrio Aviñón. [↑](#footnote-ref-167)
168. Cf. APR 58, 4226; POSITIO, II, p. 1274. La *Apelación* fue firmada por: Sac. José Ciccolo, Sac. Aníbal María Di Francia, Sac. Francisco María Di Francia, Sac. Antonino Muscolino. [↑](#footnote-ref-168)
169. Cf. VITALE, p. 93-94. [↑](#footnote-ref-169)
170. Cf. POSITIO, II, p. 1277. [↑](#footnote-ref-170)
171. El 27 de febrero tomaba posesión del cargo (cf. POSITIO, II, p. 750-753). [↑](#footnote-ref-171)
172. Los Canónigos Protometropolitanos de Mesina tenían el privilegio de llevar la mitra, el anillo, la capa y las hebillas, además que las insignias comunes. [↑](#footnote-ref-172)
173. Cf. VITALE, P. 123. Este anillo canonical más que usarlo como insignia de honor, lo utilizó como prenda en el Monte de Piedad (léanse los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 74, nota 23). [↑](#footnote-ref-173)
174. El P. Aníbal socorrerá siempre estas Hermanas (cf. p. ej. TUSINO, LP, II, 686; POSITIO, II, p. 1277). [↑](#footnote-ref-174)
175. Cf. VITALE, p. 93-94. El Ciccolo, sin embargo, permaneció siempre aficionado al P. Aníbal. El P. Tusino atestigua que en los últimos años (falleció en 1920) reducido a la inmovilidad por la enfermedad, non pudiendo ayudar más a las Hermanitas de los Pobres, incluso porque las personas pudientes sobre las que ejercía su influencia habían perecido en el terremoto de 1908, las enderezaba siempre al Padre Aníbal diciendo: «Dirigiros siempre al Canónigo Di Francia, porque es él quien os hizo llegar en Mesina». Y la generosidad del P. Aníbal fue continua (cf. POSITIO, II, p. 381; TUSINO, LP, II, p. 686; TUSINO, MBI, p. 409-410). [↑](#footnote-ref-175)
176. Cf. *La Parola Cattolica*, a. XVI, n. 31 (21/3/1882), p. 3. [↑](#footnote-ref-176)
177. Cf. POSITIO, II, p. 1279. [↑](#footnote-ref-177)
178. Cf. POSITIO, II, p. 1279. [↑](#footnote-ref-178)
179. Cf. *La Parola Cattolica*, a. XVI, n. 88 (11/10/1882), p. 2-3; de este acontecimiento habló también la *Gazzetta di Messina* del 9/10/1882; véase también APR 7, 322. [↑](#footnote-ref-179)
180. La apelación está aún firmada también por los otros sacerdotes «*unidos a él, más bien, sin embargo, en el espíritu, que en la acción*» (cf. VITALE, p. 102). Seguidamente, en efecto los nombres de los otros tres desaparecerán. [↑](#footnote-ref-180)
181. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 319; Cf. VITALE, p. 143-144. [↑](#footnote-ref-181)
182. Cf. POSITIO, II, p. 1094. [↑](#footnote-ref-182)
183. Cf. VITALE, p. 144;cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 319-320. [↑](#footnote-ref-183)
184. Cf. VITALE, p. 104-109; POSITIO, II, p. 164. La *Gazzetta di Messina* 11/10/1883, 8/12/1883, 10/12/1883. En el artículo del 8/12 se pedía también al Ayuntamiento de instalar una farola de gas en el barrio Aviñón y como las Autoridades no hacían caso, volvió a la carga el 14/12/1883. Finalmente, el 21/1/1884 fue instalado el farol, cf. *La Gazzetta di Messina* 22/1/1884; VITALE, p. 110. [↑](#footnote-ref-184)
185. Cf. POSITIO, II, p. 62, 532, 753-755, 2178. [↑](#footnote-ref-185)
186. Cf. VITALE, p. 124-125. [↑](#footnote-ref-186)
187. Cf. TUSINO, MB, I, p. 487-498. El Padre Aníbal escribió también un *Pequeño resumen del Catecismo para niños* (cf. POSITIO, II, p. 1252). Según el P. Tusino, este escrito tenía que ser una reducción en italiano de un catecismo en dialecto siciliano que se enseñaba en Sicilia hacía siglos, tradicionalmente atribuido a Bellarmino (Cf. también V. SANTARELLA, *Pedagogia Rogazionista*, Roma 1974; T. LOVIGLIO, *Annibale Di Francia educatore*, Roma 1975). [↑](#footnote-ref-187)
188. En 1878 predicó semanalmente los sábados; en junio tuvo un panegírico en honor de Nuestra Señora de la Carta, y predicó a las Damas del Sagrado Corazón en la iglesia del Monasterio de San Pablo; el uno de julio empezó el triduo de la Preciosísima Sangre en la iglesia parroquial de San Lucas y el 7 tuvo un sermón en Gazzi sobre el Sagrado Corazón; en octubre predicó la novena a Nuestra Señora del Rosario de Castanea delle Furie; acompañó a Mons. Guarino en la Visita Pastoral en Castanea, publicando de ella también un informe detallado sobre el periódico *La Parola Cattolica* (a. XII, n. 92, 23/10/1878, p. 2). En 1879, en enero y marzo predicó las *Cuarenta Horas*; en abril, ejercicios espirituales y triduo en Castanea; coloquio y panegírico en S. Francisco de Paula; en junio novena del Sagrado Corazón en el Monasterio de San Pablo; en julio novena a Nuestra Señora de Estrella Matutina; en agosto, panegírico a Nuestra Señora de la Merced; en octubre, panegírico al Sagrado Corazón; en noviembre discurso para los fieles difuntos. Todo esto se repitió hasta 1882. A partir de 1883 los compromisos crecientes para llevar adelante la Obra de beneficencia le impusieron un límite a la predicación fuera de Mesina. Para toda la actividad oratoria, cf. POSITIO, II, p. 1273-1281. [↑](#footnote-ref-188)
189. Recordamos, como ya dijimos, que el Padre Aníbal era el Responsable de los Clérigos externos. [↑](#footnote-ref-189)
190. Cf. POSITIO, II, p. 755-759, 1280. El P. Francisco Vitale recuerda que cuando Mons. Guarino fue nombrado Cardenal, obtuvo por la Santa Sede el privilegio del lazo rojo en el chapel y la faja roja para los canónigos de la Catedral. El Padre Aníbal se sintió crecer la confianza de llegar a su intención. «*”Ahora no puede no aceptar el Cardenal mi renuncia. ¿Por qué, jamás podré yo con el lazo en la cabeza y con la faja que me ciñe, lleno de este rojo, ir por las calles, llevando en un bolsillo la botella del aceite, en el otro la del vino, y bajo las axilas pan, queso, pescado y otro con una cierta unción, que no me puede faltar en la capa, para ir a las barracas de los pobres, que esperan la santa Providencia?* *Seria perjudicada la dignidad del Senado Capitular”. De ello reímos un poco juntos, pero los canónigos de Mesina, aunque muy gratos a su Arzobispo, nunca usaron del privilegio, y faltó al Padre el fundamento de su renuncia*» (Cf. VITALE, p. 127-128). [↑](#footnote-ref-190)
191. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 313-314; VITALE, p. 112-113. [↑](#footnote-ref-191)
192. Cf. POSITIO, II, p. 1280. [↑](#footnote-ref-192)
193. Mons. Carini era hijo del General patriota y garibaldino Jacinto. Además de ser un sacerdote celoso, era historiador, arqueólogo y paleógrafo insigne. Fue Canónigo de la Basílica de San Pedro, Subarchivero de Santa Romana Iglesia y Prefecto de la Biblioteca Vaticana. Fundó el Archivo Histórico Siciliano y la Sociedad siciliana de Historia Patria. Fue tenido a bautismo por Francisco Crispi; dado este parentesco espiritual, más veces León XIII se había servido de él para conseguir algún *exequatur* real por el osco Presidente del Consejo. [↑](#footnote-ref-193)
194. Para la historia de la Institución véase el trabajo muy bueno de FALZONE. La Obra de Cusmano tomó la denominación de «Bocado del Pobre», por deseo del Beato fundador, porque un día hallándose en casa de un amigo en Palermo quedó sorprendido por un noble gesto de caridad, que era diario en aquella casa. En cada porción, cada uno de los comensales quitaba del propio plato un bocado y lo ponía en una taza, puesta en el centro de la mesa. Cuando terminó la comida, entró un pobre y los hijos del dueño de casa lo sirvieron con premurosa caridad. El Padre Cusmano fue declarado Beato el 30 de octubre de 1983 por el Papa San Juan Pablo II. [↑](#footnote-ref-194)
195. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 639. [↑](#footnote-ref-195)
196. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 637. [↑](#footnote-ref-196)
197. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 651. [↑](#footnote-ref-197)
198. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 637. Seguidamente el Padre Aníbal ofrecerá su modesto óbolo al Papa. Desde entonces decía: «*Al Papa no hace falta pedir cosas materiales porque tiene que proveer a todo el mundo, pero solamente cosas espirituales*». Fue una de sus maneras de hacer, tanto que Pio X se maravilló con Don Orione: «*¡Este Canónigo Di Francia me pide siempre indulgencias y gracias espirituales y nunca me pide dineros!*» (cf. POSITIO, II, p. 266, 295). [↑](#footnote-ref-198)
199. Cf. POSITIO, II, p. 762-764, 1280. [↑](#footnote-ref-199)
200. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 636-638. [↑](#footnote-ref-200)
201. Se trata de una de las casitas compradas por el Padre Aníbal adaptada a capilla (cf. más arriba). [↑](#footnote-ref-201)
202. Además de la zapatería y la sastrería, el P. Aníbal implantó en 1884 una tipografía con una máquina vieja, donada por el tipógrafo mesinés caballero José Crupi. Esta máquina servía no solamente para introducir los jóvenes al trabajo, sino que ayudaba también a solucionar parcialmente el problema económico, especialmente con la impresión de las etiquetas para las cajas de agrumes. Es interesante destacar que el Padre Aníbal dio comienzo a sus publicaciones con una hoja con fecha «*Noviembre 1884*», con la denominación: «*Tip. Barrio Aviñón*» (cf. VITALE, p. 250; léanse también los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 84, nota 52). [↑](#footnote-ref-202)
203. Cf. la Carta del 7 de agosto de 1884: DOLCIMASCOLO, p. 636-637; cf. las numerosas referencias presentes en POSITIO, I, p. 85, nota 53. [↑](#footnote-ref-203)
204. Cf. la Carta del 11 de agosto de 1884: DOLCIMASCOLO, p. 640-641. Mientras tanto el P. Aníbal se había dirigido también a Don Bosco, que a través de Don Rua le había animado escribiéndole que: «*si las deudas de V. S. ascienden a unos 1500 francos, para los de Don Bosco se tendría que añadir casi “tres ceros” a esta cifra*», (cf. POSITIO, II, p. 768-770). Y el Padre Aníbal en cuanto pudo envió personalmente un pequeño donativo a Don Bosco. [↑](#footnote-ref-204)
205. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 641-642. [↑](#footnote-ref-205)
206. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 643-645. [↑](#footnote-ref-206)
207. Cartas: 3 de marzo de 1885; 20 de marzo de 1885, la tercera está sin fecha (cf. DOLCIMASCOLO, p. 645-647). [↑](#footnote-ref-207)
208. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 649-650. [↑](#footnote-ref-208)
209. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 650-651; APR 35, 2045. [↑](#footnote-ref-209)
210. Cf. *Lettere del Servo di Dio P. Giacomo Cusmano Fondatore del Boccone del Povero*, por G. Ajello, vol. 1.2, Palermo 1952, p. 27. La Marquesa que aquí se menciona es la Marquesa de Cassibile, en cuyas promesas Mons. Guarino aún confiaba. [↑](#footnote-ref-210)
211. Cf. APR 35, 2055; cf. TUSINO, LP, I, p. 553. [↑](#footnote-ref-211)
212. Cf. DOLCIMASCOLO, p. 654. [↑](#footnote-ref-212)
213. Así prefería llamarse, en vez de Fundador. [↑](#footnote-ref-213)
214. Cf. APR 62, 4383, p. 263-270; 51, 3668; 53, 3821, p. 24-25; cf. los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 90, nota 64. [↑](#footnote-ref-214)
215. Cf. APR 32, 1829. Cf. POSITIO, II, p. 1283. [↑](#footnote-ref-215)
216. Se trata de las Hermanas Hijas de la Caridad de la Preciosísima Sangre, fundadas en Pagani por el Siervo de Dios Tomás María Fusco, con que el Padre Aníbal estaba en correspondencia. [↑](#footnote-ref-216)
217. Cf. DI FRANCIA, p. 441. [↑](#footnote-ref-217)
218. Cf. POSITIO, II, p. 1264. [↑](#footnote-ref-218)
219. Cf. VITALE, p. 165-167 passim. [↑](#footnote-ref-219)
220. Cf. DI FRANCIA, p. 441. [↑](#footnote-ref-220)
221. Cf. VITALE, p. 167. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 316. [↑](#footnote-ref-221)
222. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 316. [↑](#footnote-ref-222)
223. Cf. los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 92, nota 73. [↑](#footnote-ref-223)
224. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 316. [↑](#footnote-ref-224)
225. Cf. POSITIO, II, p. 770-771. [↑](#footnote-ref-225)
226. Cf. POSITIO, II, p. 778-780. [↑](#footnote-ref-226)
227. Cf. POSITIO, II, p. 20, 226, 539, 770-771, 775-776, 786-791,1284. [↑](#footnote-ref-227)
228. Cf. los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 93, nota 79. [↑](#footnote-ref-228)
229. Cf. POSITIO, II, p. 777-780, 1285. [↑](#footnote-ref-229)
230. Cf. POSITIO, II, p. 780-783. [↑](#footnote-ref-230)
231. En efecto, en la petición que estos aspirantes dirigían a Mons. Guarino se lee: «*La ruego que, en su caridad, quiera concederme el permiso del hábito clerical, queriendo yo hacerme sacerdote y hallándome acogido por el Canónigo Di Francia*» y el Arzobispo: «*Concedemos al jovencito… de vestir el hábito clerical y morar con el Rev.mo Canónigo Di Francia*».

     El grupo de los clérigos era formado por: prof. Francisco Bonarrigo, que será un válido colaborador del Padre Aníbal, Cama, Anastasi, José Montalto, sobrino del Padre Anibal, Catanese, D’Agostino, Cicala Orlando, Frassica, Mollura, Abbadessa, Schepis, Isaia, Merenda, Quartarone, Mazziotta, Zingale, Micalizzi. [↑](#footnote-ref-231)
232. Cf. VITALE, p. 169 ss. [↑](#footnote-ref-232)
233. Cf. POSITIO, II, p. 772-774; VITALE, p. 172-177. [↑](#footnote-ref-233)
234. Cf. VITALE, p. 172-177. [↑](#footnote-ref-234)
235. Cf. POSITIO, II, p. 771-772, 775-777, 1285; VITALE, p. 180; cf. C. ANDRONICO, *Il Colera del 1887 a Messina*, Torino 1887. [↑](#footnote-ref-235)
236. Cf. POSITIO, II, p. 776, 1286. [↑](#footnote-ref-236)
237. Cf. POSITIO, II, p. 779-780. [↑](#footnote-ref-237)
238. Cf. POSITIO, II, p. 185, 386, 1287-1288. [↑](#footnote-ref-238)
239. Cf. APR 58, 4246, 4251, 4252; cf. POSITIO, II, p. 1287; cf. infra. [↑](#footnote-ref-239)
240. Cf. POSITIO, II, p. 1288; VITALE, p. 199. El 15 de enero, fiesta del Santísimo Nombre de Jesús, el P. Aníbal reúne sus comunidades y dirige la primera gran *Súplica al Eterno Divino Padre* en el Nombre de Jesús. Empieza así una de las prácticas piadosas características de sus Institutos. [↑](#footnote-ref-240)
241. Cf. VITALE, p. 196. [↑](#footnote-ref-241)
242. Cf. APR 55, 3992; cf. VITALE, p. 195-200; POSITIO, II, p. 13, 145, 313-314, 553, 583. [↑](#footnote-ref-242)
243. Cf. *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-243)
244. Juan falleció el 20 de agosto de 1892. Cf. POSITIO, II, p. 1295. [↑](#footnote-ref-244)
245. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 328. [↑](#footnote-ref-245)
246. Cf. VITALE, p. 206-207. [↑](#footnote-ref-246)
247. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 328. Léase: *el año 1891* (cf. *Il Corriere Peloritano* 9/9/1891; invitación impresa para la inauguración de la capilla sacramental en el Brunaccini 23/12/1891; *Il Corriere Peloritano* 12/8/1892, 1/9/1892, 28/10/1892, 10/11/1892, etc.). El error de la fecha (1893) fue debido a un defecto de la memoria. El P. Aníbal contó esto al P. Santoro unos meses antes de fallecer. [↑](#footnote-ref-247)
248. Cf. los numerosos testimonios en propósito, mencionados en la POSITIO, I, p. 98, nota 101. [↑](#footnote-ref-248)
249. Cf. *Il Corriere Peloritano* 9/9/1891, 8/10/1891, 12/8/1892, 1/9/1892, 28/10/1892, y para el Orfelinato masculino, *La Luce* 18/10/1889. [↑](#footnote-ref-249)
250. Cf. TUSINO, LP, II, p. 61-63. Tomás Cannizzaro (1838-1921), poeta y literato mesinés, se profesaba ateo. Había escrito dos sonetos en que se decía admirador de Jesucristo «*como sublime hijo de María*». El Padre Aníbal, tomando inspiración de esta admiración, le escribió la carta de la que fue sacado esta parte. Es una de aquellas cartas reveladoras, «termómetro», de su amor para con Jesucristo-Dios. [↑](#footnote-ref-250)
251. Cf. las numerosísimas citaciones de testimonios presentes en POSTIO, I, p. 100, nota 104. [↑](#footnote-ref-251)
252. Cf. A. M. DI FRANCIA, *Le Quaranta Dichiarazioni*, Roma 182, p. 63-64. [↑](#footnote-ref-252)
253. Cf. POSITIO, II, p. 28, 35, 110, 391, 451, 1251. [↑](#footnote-ref-253)
254. Cf. POSITIO, II, p. 707, 715-717. [↑](#footnote-ref-254)
255. Cf. *Un tesoro nascosto, ovvero scritti inediti di Santa Veronica Giuliani. Opera utilissima per la santificazione delle anime*, vol. I, Mesina 1891 (Cf. POSITIO, II, p. 1242-1243). La edición, lamentablemente, se paró con el I volumen. Por toda la problemática y la importancia de esta edición del *Diario* de la Giuliani, léanse los *Atti del Congresso Internazionale sulla Santa* celebrado en octubre de 1982: *Testimonianza e Messaggio di Santa Veronica Giuliani,* por Lázaro Iriarte ofmcap, I-II, Roma 1983 y, en particular, el estudio allá contenido del P. FRANCESCO CAMPANALE, *Annibale Maria Di Francia e Santa Veronica Giuliani (in rapporto alla pubblicazione del Diario)*, p. 71-101. [↑](#footnote-ref-255)
256. Cf. VITALE, p. 217; POSITIO, II, p. 65, 269, 549-573 passim. [↑](#footnote-ref-256)
257. Cf. SCRITTI, vol. 37, p. 98. El Padre Aníbal tuvo una correspondencia con el Sac. Doc. Sebastian Kneipp para sanar los enfermos de sus Institutos, y era abonado al periódico mensual *La Cura Kneipp*. [↑](#footnote-ref-257)
258. Cf. APR 67, 4577. [↑](#footnote-ref-258)
259. Cf. *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-259)
260. Cf., p. ej. la *Gazzetta di Messina*: 9/3/1894; 25/10/1894; 27/10/1894; 5-6/11/1894; 9/11/1894; 14/11/1894; 17/11/1894. [↑](#footnote-ref-260)
261. CF. APR 55, 4040; 4, 279; 5, 282; POSITIO, II, p. 1296. [↑](#footnote-ref-261)
262. Cf. POSITIO, II, p. 792-795, 1296. [↑](#footnote-ref-262)
263. Cf. *La Scintilla* del 19/10/1951 (relatado por el P. Caudo); cf. *La Gazzetta di Messina* y los demás periódicos de aquellos días. Cf. DE GREGORIO, p. 169 ss. [↑](#footnote-ref-263)
264. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 101. [↑](#footnote-ref-264)
265. Cf. POSITIO, II, p. 144. [↑](#footnote-ref-265)
266. Cf. SCRITTI, vol. 41, p. 21. [↑](#footnote-ref-266)
267. Cf. VITALE, p. 209-211, 242-245; V. LILLA, *Il Can. A. M. Di Francia e la sua Pia Opera di Beneficenza*, Messina 1902, p. 17. [↑](#footnote-ref-267)
268. Cf. Discurso de 1906 en SCRITTI, vol. 45, p. 440; N. I. vol. 10, p. 225; POSITIO, II, p. 1239. [↑](#footnote-ref-268)
269. Cf. TUSINO, MB, p. 327-329. [↑](#footnote-ref-269)
270. Cf. p. ej. *Il Risveglio* 30/3/1895; 27/4/1895; *La Gazzetta di Messina* 9/5/1895. [↑](#footnote-ref-270)
271. Cf. VITALE, p. 242; POSITIO, II, p. 147, 164, 348, 546; *L’Aquila Latina* 6/4/1895; 19/4/1895; 21/4/1985; 28/4/1985; *La Gazzetta di Messina* 6/4/1985; 19/4/1985; 28/4/1985; 29/4/1985; 30/4/1985; *Il Risveglio* 25/4/1985; 27/4/1985; etc. [↑](#footnote-ref-271)
272. Cf. VITALE, p. 244-245; APR 58, 4257; cf. los muchísimos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 106, nota 125. [↑](#footnote-ref-272)
273. Cf. POSITIO, II, p. 1297; *Il Risveglio* 9/11/1895. [↑](#footnote-ref-273)
274. Cf. TUSINO, MB, II, p. 388-389; cf. los testimonios en propósito recordados en POSITIO, I, p. 107, nota 127. [↑](#footnote-ref-274)
275. Se trataba del P. Bernardo, cf. POSITIO, II, p. 1308. [↑](#footnote-ref-275)
276. Cf. POSITIO, II, p. 1016-1017; cf. APR 37, 2281, p. 12. [↑](#footnote-ref-276)
277. Cf. POSITIO, II, p. 786-791, 1294. [↑](#footnote-ref-277)
278. Cf. los numerosos testimonios publicados en POSITIO, I, p. 108, nota 132. [↑](#footnote-ref-278)
279. Cf. los numerosos testimonios publicados en POSITIO, I, p. 108, nota 133. [↑](#footnote-ref-279)
280. Cf. POSITIO, II, p. 799-800, 1298. [↑](#footnote-ref-280)
281. Cf. POSITIO, II, p. 800-802. [↑](#footnote-ref-281)
282. Cf. POSITIO, II, p. 802-806, 1299. [↑](#footnote-ref-282)
283. Cf. POSITIO, II, p. 804. [↑](#footnote-ref-283)
284. Cf. POSITIO, II, p. 807. [↑](#footnote-ref-284)
285. Cf. POSITIO, II, p. 807 y 809: «Con gran consolación de mi alma tengo que participar a Vuestra Eminencia que sábado, tal como bajé en Mesina mi hermano Padre Francisco [María Di Francia] me llamó a parte, y tirándose al suelo ante mis pies con lágrimas de mucha compunción me pidió perdón por todo lo que había pasado, haciendo unas buenas protestas para el porvenir» (cf. también SCRITTI, N. I., vol. 5, p. 268). [↑](#footnote-ref-285)
286. Cf. POSITIO, II, p. 850. [↑](#footnote-ref-286)
287. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 268-269; SCRITTI, vol. 37, p. 24-26. [↑](#footnote-ref-287)
288. Cf. POSITIO, II, p. 865 (carta del Padre Aníbal al sac. Patanè). [↑](#footnote-ref-288)
289. Cf. POSITIO, II, p. 830-831. [↑](#footnote-ref-289)
290. Cf. POSITIO, II, p. 858. [↑](#footnote-ref-290)
291. Mons. Basile era el Vicario General. Por toda esta problemática léanse las fuentes mencionadas en POSITIO, I, p. 111, nota 145. [↑](#footnote-ref-291)
292. Cf. POSITIO, II, p. 811-812, 821-827. No faltó el que pensó que don Francisco fuese el autor o por lo menos el inspirador de aquellas cartas, cf. POSITIO, II, p. 99. [↑](#footnote-ref-292)
293. Don Francisco Di Francia. [↑](#footnote-ref-293)
294. Cf. POSITIO, II, p. 227-228; 847-851. [↑](#footnote-ref-294)
295. El Instituto fundado por ellos en Roccalumera tuvo un noviciado en regla sólo tras la muerte de Don Francisco (1913) por obra del P. Salvador da Valledolmo (cf. RIGANO, p. 119). Esto quiere decir que, cuando ellos pusieron mano a la obra, se dieron cuenta, y tuvieron que hacer de la necesidad una virtud, que la cosa no era así de fácil como parecía, y tuvieron que esperar la hora de la Providencia. [↑](#footnote-ref-295)
296. Cf. *Positio super Causæ Introductione*, Roma 1975, p. 268-269. [↑](#footnote-ref-296)
297. Don Francisco Di Francia. [↑](#footnote-ref-297)
298. Cf. POSITIO, II, p. 228. [↑](#footnote-ref-298)
299. Cf. POSITIO, II, p. 831-836; *Il Ramo fiorito*, p. 25. [↑](#footnote-ref-299)
300. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 7, p. 7, n. 23. El P. Bonarrigo había sido ordenado sacerdote el 30 de marzo de 1895 y se había puesto a total disposición del Padre Aníbal y de la Obra. El Padre Aníbal lo consideraba «un verdadero hermano espiritual y compañero fiel», (APR, 55, 3903). Léanse también en este propósito los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 112, nota 152. [↑](#footnote-ref-300)
301. Cf. POSITIO, II, p. 857-858. [↑](#footnote-ref-301)
302. Cf. POSITIO, II, p. 831-833. [↑](#footnote-ref-302)
303. Cf. POSITIO, II, p. 833-834. [↑](#footnote-ref-303)
304. Cf. APR 55, 3992. [↑](#footnote-ref-304)
305. Cf. POSITIO, II, p. 864. [↑](#footnote-ref-305)
306. Cf. POSITIO, II, p. 228. Nótese que el Padre Aníbal fue a Roccalumera tras consultar la Autoridad eclesiástica, y llamó la atención a las religiosas no con su autoridad propia de Director, sino con la del Vicario General, y no se sirvió de sus poderes de Director destituyéndolas y librándolas de los votos. [↑](#footnote-ref-306)
307. Cf. POSITIO, II, p. 835-837, 855-857, 861. [↑](#footnote-ref-307)
308. Cf. POSITIO, II, p. 838-839; y también 843-845. Es interesante notar que la religiosa pide ser dispensada «del voto de perseverancia», mientras que se cree libre de los demás votos por causa de la falta de un noviciado (Retiro) según como ella lo concebía. Y esto poco coincide con lo que había suscrito en las cartas enviadas de Roccalumera (cf. p. 831-834). [↑](#footnote-ref-308)
309. Cf. POSITIO, II, p. 841; cf. p. 842. [↑](#footnote-ref-309)
310. Cf. POSITIO, II, p. 846. [↑](#footnote-ref-310)
311. Léanse los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 114, nota 163. [↑](#footnote-ref-311)
312. Cf. POSITIO, II, p. 228, 855-857. [↑](#footnote-ref-312)
313. Cf. POSITIO, II, p. 868.869. [↑](#footnote-ref-313)
314. Cf. POSITIO, II, p. 862-866. [↑](#footnote-ref-314)
315. Cf. POSITIO, II, p. 870-879. [↑](#footnote-ref-315)
316. *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-316)
317. Cf. DOCUMENTS, III, p. 42. [↑](#footnote-ref-317)
318. Cf. POSITIO, II, p. 139. [↑](#footnote-ref-318)
319. Cf. POSITIO, II, p. 852. [↑](#footnote-ref-319)
320. Cf. los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 118, nota 172. [↑](#footnote-ref-320)
321. Cf. VITALE, p. 266-267. Recordemos que, en realidad, se trata de un decreto verbal, que nunca fue traducido por escrito. [↑](#footnote-ref-321)
322. Cf. POSITIO, II, p. 876. [↑](#footnote-ref-322)
323. Cf. VITALE, p. 268. [↑](#footnote-ref-323)
324. Cf. POSITIO, II, p. 876. [↑](#footnote-ref-324)
325. Cf. POSITIO, II, p. 881. [↑](#footnote-ref-325)
326. Mons. Antonino Pennino (1840-1911) fue Protonotario Apostólico, Canónigo Penitenciario y Vicario General de Mons. Celesia en Palermo. Había sido director espiritual y confesor del P. Santiago Cusmano y de Sr. María Rosa Zangara (1846-1914), fundadora de las Hijas de la Misericordia y de la Cruz. Elegido obispo de Caltanissetta, tanto hizo que le retiraron el nombramiento. Era hijo espiritual de Mons. Guarino. El Padre Aníbal se dirigió a Pennino ya que el Mons. Guarino estaba gravemente enfermo y el P. Cusmano había fallecido. [↑](#footnote-ref-326)
327. Cf. POSITIO, II, p. 880-882, 65. [↑](#footnote-ref-327)
328. P. Francisco Mammana (1842-1912) fue el primer sucesor del Beato Santiago Cusmano. [↑](#footnote-ref-328)
329. Cf. POSITIO, II, p. 893. [↑](#footnote-ref-329)
330. Cf. los testimonios recogidos en POSITIO, I, p. 120, nota 181. [↑](#footnote-ref-330)
331. Cf. DOCUMENTS, III, p. 53. Lamentablemente la comunidad se había reducido por la cuestión que había engendrado el Instituto de Roccalumera, se había reducido en efecto a casi unas 20 unidades, entre las que habían pasado al nuevo Instituto y las que había vuelto a la familia (cf. APR 39, 2395). [↑](#footnote-ref-331)
332. Cf. DOCUMENTS, III, p. 57. [↑](#footnote-ref-332)
333. Cf. las fuentes y los testimonios mencionados en POSITIO, I, p.121, nota 2. [↑](#footnote-ref-333)
334. Cf. DOCUMENTS, III, p. 57. [↑](#footnote-ref-334)
335. Cf. p. ej. *La Civiltà Cattolica*, 1938, p. 446. Los ejemplos para recordar podrían ser innumerables: S. Juan Eudes, S. Eufrasia Pellettier, S. Antida Thouret, S. Juan Bosco, la Beata María De Mattias, etc. [↑](#footnote-ref-335)
336. Cf. POSITIO, II, p. 759-762. [↑](#footnote-ref-336)
337. Cf. POSITIO, II, p. 135. [↑](#footnote-ref-337)
338. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 7, p. 242. [↑](#footnote-ref-338)
339. Para comprender todo el asunto cf. DE GREGORIO, p. 135-188 passim. [↑](#footnote-ref-339)
340. Cf. POSITIO, II, p. 88. [↑](#footnote-ref-340)
341. Cf. *La Scintilla*, gennaio 1955. [↑](#footnote-ref-341)
342. Cf. POSITIO, II, p. 96-97. [↑](#footnote-ref-342)
343. *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-343)
344. Cf. POSITIO, II, p. 234. [↑](#footnote-ref-344)
345. Cf. POSITIO, II, p. 98. [↑](#footnote-ref-345)
346. Cf. POSITIO, II, p. 139. [↑](#footnote-ref-346)
347. Cf. POSITIO, II, p. 234. [↑](#footnote-ref-347)
348. Cf. TUSINO, AP, p. 868. [↑](#footnote-ref-348)
349. Cf. TUSINO, AP, p. 869. [↑](#footnote-ref-349)
350. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 5 p. 296; léanse también los numerosos testimonios mencionados en propósito en POSITIO, I, p. 126, nota 19. [↑](#footnote-ref-350)
351. Cf. POSITIO, II, p. 164-165, 1305; SANTORO, BPS, p. 21-23. [↑](#footnote-ref-351)
352. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 5, p. 317. [↑](#footnote-ref-352)
353. Cf. SANTORO, BPS, p. 21-23; POSITIO, II, p. 114, 164-165, 327, 449, 911, 1305. [↑](#footnote-ref-353)
354. Cf. SANTORO, BPS, p. 23. [↑](#footnote-ref-354)
355. Cf. POSITIO, II, p. 21. [↑](#footnote-ref-355)
356. Cf. POSITIO, II, p. 911, 1313. [↑](#footnote-ref-356)
357. Cf. POSITIO, II, p. 912-916; 1314; VITALE, p. 298. [↑](#footnote-ref-357)
358. Cf. los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 128, nota 27. [↑](#footnote-ref-358)
359. Cf. POSITIO, II, p. 116. [↑](#footnote-ref-359)
360. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 4, p. 241-242. [↑](#footnote-ref-360)
361. Cf. TUSINO, MB, III, P. 526. [↑](#footnote-ref-361)
362. Se trata de los Eclesiásticos que adhirieron a la *Sagrada Alianza* de que se hablará luego, cf. intra. [↑](#footnote-ref-362)
363. O sea el *Rogate*. [↑](#footnote-ref-363)
364. Cf. POSITIO, II, p. 927ss. passim, 1313. VITALE, p. 299-301. [↑](#footnote-ref-364)
365. Cf. POSITIO, II, p. 1003; TUSINO, LP, I, p. 272. [↑](#footnote-ref-365)
366. Cf. DI FRANCIA, (1901), p. 8. [↑](#footnote-ref-366)
367. Cf. DI FRANCIA, (1919), p. 4. [↑](#footnote-ref-367)
368. Cf. DI FRANCIA, (1901), p. 8. [↑](#footnote-ref-368)
369. Así usaba definirse el Padre Aníbal, porque consideraba que el Fundador y el Superior era el mismo Jesucristo. Cf. intra. [↑](#footnote-ref-369)
370. Cf. DI FRANCIA, (1919), n. 4-6 passim. [↑](#footnote-ref-370)
371. Véase la citación de las fuentes en POSITIO, I, p. 132, nota 40. [↑](#footnote-ref-371)
372. Cf. POSITIO, II, p. 646-681 passim, 900-909, 1313. El documento nos permite conocer muchos detalles de aquellos días tristes de la separación de las hermanas. Se presenta con un lenguaje duro, comprensible por una serie de motivaciones, como, p. ej.: a) para coger la voluntad de Dios, como ya se mencionó; b) por las vicisitudes todavía recientes; c) por la relación entre los dos hermanos, que iba más allá de la relación carnal: era paterna y espiritual, centrada en un afecto y estima mutua. Esto se saca de lo que siempre escribió el P. Aníbal y por su actuación con el Instituto de Roccalumera, al que nunca hizo faltar su ayuda. [↑](#footnote-ref-372)
373. Cf. POSITIO, II, p. 1313-1331. [↑](#footnote-ref-373)
374. Léanse los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 132, nota 43. [↑](#footnote-ref-374)
375. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 7, p. 41. [↑](#footnote-ref-375)
376. Cf. POSITIO, II, p. 93. [↑](#footnote-ref-376)
377. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 7, p. 45. POSITIO, II, p. 1004. [↑](#footnote-ref-377)
378. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 7, p. 45. POSITIO, II, p. 1005. [↑](#footnote-ref-378)
379. Cf. SANTORO, BPS, p. 40. POSITIO, II, p. 174-178, 546. [↑](#footnote-ref-379)
380. Cf. SANTORO, BPS, p. 40-41. Cf. documentación y testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 134, nota 49. [↑](#footnote-ref-380)
381. Cf. TUSINO, LP, I, p. 301.302; SANTORO, BPS, p. 41. [↑](#footnote-ref-381)
382. Sobre el Prof. Lilla hablamos varias veces, cf. infra. [↑](#footnote-ref-382)
383. Cf. SANTORO, BPS, p. 38. [↑](#footnote-ref-383)
384. Cf. TUSINO, MB, III, p. 132 ss. [↑](#footnote-ref-384)
385. Cf. VITALE, p. 322; léanse también los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 135, nota 54. [↑](#footnote-ref-385)
386. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 4, p. 249. [↑](#footnote-ref-386)
387. Cf. POSITIO, II, p. 23, 140, 154, 181, 1319-1320. [↑](#footnote-ref-387)
388. En la correspondencia conservada en el APR madre Lalia se dirige al Padre Aníbal llamándolo: «*Mi inmerecido Padre en Jesucristo, mi veneradísimo Padre Cofundador*». Y el Padre Aníbal nutrió para el Instituto de la Lalia una ternura paterna, sobre todo tras la muerte de la fundadora. «Desde que nuestra Madre Fundadora pasó a los eternos descansos, - escribió el 26 de abril de 1921 Sor Cecilia Fichera, Priora General – Vuestra Paternidad vino para sustituirla. Usted nos hizo de padre y nos hizo de madre» (cf. APR 55, 4028; SCRITTI, vol. 41, p. 132; T. CENTI, *Madre M. Antonia Lalìa*, Roma 1972, 257 ss.). [↑](#footnote-ref-388)
389. Cf. TUSINO, MB, III, p. 592. [↑](#footnote-ref-389)
390. Cf. los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, 137, nota 59. [↑](#footnote-ref-390)
391. Cf. G. LICATA, *Un giorno come gli altri. Terremoto a Messina: 28 dicembre 1908*, Milano 1966, p. 34, 36 passim; MERCADANTE, *Il terremoto di Messina*, Roma s. f.. [↑](#footnote-ref-391)
392. Cf. *Dio e il Prossimo*, supplemento, año 2, n. 1 (6/1/1909), p. 1-3; VITALE, p. 385 ss. [↑](#footnote-ref-392)
393. Cf. SANTORO, IC, p. 71. [↑](#footnote-ref-393)
394. Sin embargo, la pasta no sirvió sólo a las comunidades. El P. Aníbal quiso participar esta providencia también con todos los supérstites que se presentaban para pedir. Este trato de caridad impresionó no pocas personalidades de los públicos poderes. En efecto, recuerda el P. Tusino, cuando unos años después los alumnos de la Casa de Oria se presentaron a Bríndisi para el para hacer la mili, el subprefecto, oída su proveniencia, recordó el hecho a los presentes con altas palabras de alabanza para el Padre Aníbal (cf. TUSINO, MB, IV, p. 28, n. 1). [↑](#footnote-ref-394)
395. Cf. *Dio e il Prossimo*, supplemento, año 2, n. 1 (6/1/1909), p. 1-3; VITALE, p. 385 ss.; léanse también los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 140, nota 64. [↑](#footnote-ref-395)
396. Cf. SANTORO, BPS, p. 56-57; léanse también los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 140-141, nota 65. [↑](#footnote-ref-396)
397. Cf. SANTORO, BPS, p. 57. [↑](#footnote-ref-397)
398. Cf. SANTORO, BPS, p. 55. [↑](#footnote-ref-398)
399. Cf. SCRITTI, N. I. vol. 7, p. 121. [↑](#footnote-ref-399)
400. Cf. POSITIO del Beato Luigi Orione, passim. [↑](#footnote-ref-400)
401. Cf. SCRITTI, N. I. vol. 7, p. 118. [↑](#footnote-ref-401)
402. Cf. SCRITTI, vol. 37, p. 1. [↑](#footnote-ref-402)
403. Cf. POSITIO del Beato Luigi Orione, passim. [↑](#footnote-ref-403)
404. Esto hasta que no se pudo volver a Mesina, donde a partir de 1910 siguió siendo la cuna de la Obra con la Casa Madre en el Instituto “Espíritu Santo”. [↑](#footnote-ref-404)
405. Trátase de la iglesia-barraca, toda en madera, don del Papa Pio XI. [↑](#footnote-ref-405)
406. Se refiere a la conmemoración según el calendario litúrgico de la época. Hoy la fiesta es unida a la de San Miguel y San Gabriel el 29 de septiembre. [↑](#footnote-ref-406)
407. Cf. *Dio e il Prossimo*, noviembre-diciembre 1909; SCRITTI, N. I., vol. 1, p. 118-120. [↑](#footnote-ref-407)
408. Cf. VITALE, p. 447-448; POSITIO, II, p. 222-223, 512. [↑](#footnote-ref-408)
409. Cf. POSITIO, II, p. 1322. [↑](#footnote-ref-409)
410. En el 1914 hizo lo mismo para las Hijas del Divino Celo (cf. APR, 37, 2276; POSITIO, II, p. 1344-1345, 1349), así que ambas Congregaciones pudiesen tener los Divinos Superiores en Jesús y en María. [↑](#footnote-ref-410)
411. Cf. APR 37, 2273; POSITIO, II, p. 1344-1345. [↑](#footnote-ref-411)
412. *Ibidem*. [↑](#footnote-ref-412)
413. Cf. VITALE, p. 436. [↑](#footnote-ref-413)
414. Cf. SANTORO, BPS, p. 60. [↑](#footnote-ref-414)
415. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 1, p. 82; N. I., vol. 6, p. 247-249; vol. 32, p. 36, 108, 134. [↑](#footnote-ref-415)
416. Cf, VITALE, p. 433-436; TUSINO, LP, II, p. 265; TUSINO, NMN, p. 130. [↑](#footnote-ref-416)
417. Sobre la figura y la obra del P. Montemurro, véase MARRANZINI. [↑](#footnote-ref-417)
418. Cf. CASINO A., *Don Saverio Valerio*, Molfetta 1984; CAPUTO C. *L’angelico Don Saverio Valerio. Profilo biografico*, Cassano Murge, s. f.. [↑](#footnote-ref-418)
419. Cf. MONDRONE D., *Una terribile grazia*, Roma 1966 y 1986. [↑](#footnote-ref-419)
420. Cf. SANTORO, BPS, p. 60; MONDRONE, *ob. cit.*, p. 137; TUSINO, MB, IV, p. 401-403. Una de estas cuatro jóvenes era la futura Madre Teresa Quaranta (cf. POSITIO, II, p. 427-428, 1335). [↑](#footnote-ref-420)
421. El texto está publicado antes, cf. p. 76-77. [↑](#footnote-ref-421)
422. Cf. POSITIO, II, p. 1009-1018. [↑](#footnote-ref-422)
423. En el asunto había intervenido también el Santo Oficio y a través de la Congregación de lo Religiosos había sido emanado el Decreto del 21/2/1911 n. 6125/10; cf. MONDRONE, *ob. cit.*, p. 171-179. [↑](#footnote-ref-423)
424. Cf. MONDRONE, *ob. cit.*, p. 167. [↑](#footnote-ref-424)
425. Mons. Staiti, que como vimos fue desde el principio favorable a Montemurro concediéndole la apertura de la Casa de Minervino Murge, ordenó, en cambio, el cierre de la Obra porque «*se había ofendido por no haber sido consultado, como Mons. Monterisi de Potenza y Mons. Del Sordo de Venosa, sobre la decisión autorizada por ellos, que el Canónigo Di Francia asumiera la dirección de las Hijas del Sagrado Costado*», cf. MONDRONE, *ob. cit.*, p. 221. [↑](#footnote-ref-425)
426. Cf. POSITIO, II, p. 1118-1138 passim; TUSINO, MB, IV, p. 425. [↑](#footnote-ref-426)
427. Cf. POSITIO, II, p. 419. [↑](#footnote-ref-427)
428. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 10, p. 243; TUSINO, MB, IV, p. 422. [↑](#footnote-ref-428)
429. Cf. SANTORO, BPS, p. 74. [↑](#footnote-ref-429)
430. Fray Carmelo era el futuro Padre Carmelo Drago. [↑](#footnote-ref-430)
431. Cf. TUSINO, MB, IV, p. 422-423. [↑](#footnote-ref-431)
432. Cf. SANTORO, BPS, p. 78-79. [↑](#footnote-ref-432)
433. Cf. POSITIO, II, p. 1342. [↑](#footnote-ref-433)
434. Cf. también los numerosos testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 154, nota 22. [↑](#footnote-ref-434)
435. Cf. POSITIO, II, p. 419-420; cf. también p. 22, 206, 425-426, 431-432, 1085-1090, 1103-1105, 1118-1138; MARRANZINI, I, passim. [↑](#footnote-ref-435)
436. Cf. POSITIO, II, p. 430. [↑](#footnote-ref-436)
437. Cf. POSITIO, II, p. 432-433. [↑](#footnote-ref-437)
438. Cf. también lo que es dicho en los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 156, nota 26. [↑](#footnote-ref-438)
439. Cf. POSITIO, II, p. 420-422. [↑](#footnote-ref-439)
440. Cf. TUSINO, LP, II, 390. [↑](#footnote-ref-440)
441. Cf. TUSINO, LP, II, 695-696. [↑](#footnote-ref-441)
442. Cf. SCRITTI, vol. 31, p. 7; APR 40, 2437. [↑](#footnote-ref-442)
443. Cf. POSITIO, II, p. 1024. [↑](#footnote-ref-443)
444. Cf. POSITIO, II, p. 1036; I. FELICI, *Il Padre delle orfane*, Roma 1964, p. 175 ss. [↑](#footnote-ref-444)
445. Para conocer los desplazamientos y viajes del Padre Aníbal en estos días, véase POSITIO, II, p. 1346-1349. [↑](#footnote-ref-445)
446. Cf. POSITIO, II, p. 1037-1040, 1348-1349; en la correspondencia de aquellos días solicita sufragios para su hermano, véanse p. ej. SCRITTI, N. I., vol. 8, p. 145, 147; N. I., vol. 7, p. 151, etc.; cf. el elogio fúnebre publicado en el periódico *Dio e il prossimo*, febrero 1914. [↑](#footnote-ref-446)
447. Cf. POSITIO, II, p. 512. [↑](#footnote-ref-447)
448. Cf. POSITIO, II, p. 1345; véase también SANTORO, BPS, p. 89-91. [↑](#footnote-ref-448)
449. Cf. SANTORO, BPS, p. 85-86; véanse también los testimonios en este propósito mencionados en POSITIO, I, p. 161, nota 37. [↑](#footnote-ref-449)
450. Cf. POSITIO, II, p. 1343-1354. [↑](#footnote-ref-450)
451. Cf. VITALE, p. 452; TUSINO, MB, V, p. 1-19; SANTOTO, BPS, p. 91-97. [↑](#footnote-ref-451)
452. Cf. SANTORO, BPS, p. 95. [↑](#footnote-ref-452)
453. Cf. los testimonios y la documentación mencionados en POSITIO, I, p. 162, nota 41. [↑](#footnote-ref-453)
454. Cf. APR 55, 3966; S. GRECO, *Una lettera al Vescovo di Altamura*, en «Studi Rogazionisti», 8, 17 (1987), p. 56-62. [↑](#footnote-ref-454)
455. Cf. SCRITTI, vol. 29, p. 73. [↑](#footnote-ref-455)
456. Cf. SCRITTI, N. I., vol. 5, p. 247; POSITIO, II, p. 1355-1356. [↑](#footnote-ref-456)
457. Cf. SANTORO, BPS, p. 96-98. [↑](#footnote-ref-457)
458. Cf. SANTORO, BPS, p. 111-113 passim. [↑](#footnote-ref-458)
459. Cf. p. ej. SCRITTI, vol. 37, p. 67 y 70-73; vol. 31, p. 40, 57, 95; N. I., vol. 10, p. 243; vol. 32, p. 1-3, 6, 12, 14-16; vol. 44, p. 150, etc.. [↑](#footnote-ref-459)
460. Cf. SCRITTI, vol. 32, p. 3. El Doct. Lorenzo Mandalari tenía una clínica psiquiátrica en Mesina, cf. infra. [↑](#footnote-ref-460)
461. Cf. SCRITTI, vol. 32, p. 54-57 passim; para toda esta problemática véanse las fuentes y los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 166, nota 49. [↑](#footnote-ref-461)
462. Cf. POSITIO, II, p. 1090-1103; SCRITTI, vol. 32, p. 104, 124, 131, 143, 144, 167-168. [↑](#footnote-ref-462)
463. Cf. TUSINO, LP, II, p. 292-295; cf. también los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 167, nota 51. [↑](#footnote-ref-463)
464. Cf. SANTORO, BPS, p. 103. [↑](#footnote-ref-464)
465. Cf. SANTORO, BPS, p. 115. [↑](#footnote-ref-465)
466. Cf. APR 16, 801; TUSINO, LP, II, p. 561-578; SANTORO, BPS, p. 115-116 y los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 168, nota 54. [↑](#footnote-ref-466)
467. Cf. SANTORO, BPS, p. 116. [↑](#footnote-ref-467)
468. Cf. VITALE, p. 519-523 passim; SANTORO, BPS, p. 116-120. [↑](#footnote-ref-468)
469. Cf. APR 15, 746; TUSINO, LP, II, p. 646-648. [↑](#footnote-ref-469)
470. Cf. VITALE, p. 522-523; SANTORO, BPS, p. 120-122. [↑](#footnote-ref-470)
471. Cf. VITALE, p. 527 ss. [↑](#footnote-ref-471)
472. Cf. SANTORO, BPS, p. 123; cf. también los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 172, nota 60. [↑](#footnote-ref-472)
473. Cf. VITALE, p. 726 ss. [↑](#footnote-ref-473)
474. Cf. POSITIO, II, p. 223. [↑](#footnote-ref-474)
475. Cf. VITALE, p. 723. [↑](#footnote-ref-475)
476. Cf. VITALE, p. 727. [↑](#footnote-ref-476)
477. Cf. POSITIO, II, p. 223-224; cf. también los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 173, nota 65; SANTORO, BPS, p. 123, VITALE, p. 727-728. [↑](#footnote-ref-477)
478. Cf. VITALE, p. 728-729; cf. también los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 174, nota 66. [↑](#footnote-ref-478)
479. Cf. POSITIO, II, p. 1160-1195. [↑](#footnote-ref-479)
480. Cf. VITALE, p. 732. [↑](#footnote-ref-480)
481. Cf. POSITIO, II, p. 1160-1196; VITALE, p. 732 ss.; los testimonios mencionados en POSITIO, I, p. 174, nota 69. [↑](#footnote-ref-481)
482. Cf. POSITIO, II, p. 1176-1188; VITALE, p. 738-743. [↑](#footnote-ref-482)
483. Cf. VITALE, p. 742-743; POSITIO, II, p. 1187. [↑](#footnote-ref-483)
484. Cf. POSITIO, II, p. 50-51, 91, 624-626; VITALE, p. 736, 743. [↑](#footnote-ref-484)
485. Cf. POSITIO, I, p. 286-295. [↑](#footnote-ref-485)